# CÓMO NO SUPERAR A TU EX

MEERA KEAN

# CÓMO NO SUPERAR A TU EX

*A las que amaron con locura, creyendo que todo era real*

*A las que les prometieron «por siempre» y solo obtuvieron cicatrices*

*A las que lloraron hasta quedarse dormidas después de escuchar un «a ella la amo y a ti no»*

*A las que saben lo que es vivir con el corazón roto*

# CAPÍTULO 1

*Inevitablemente, cuando estés pasando por un mal momento, tomarás una terrible decisión que te llevará a estar en un lugar aún peor.*

«El chico a mi lado está lleno de tatuajes… y desnudo».

El corazón se me aceleró al mirar bajo la sábana y descubrir que yo también estaba desnuda. Eso era un problema, pero no era el único.

Primero: tenía ganas de vomitar y no sabía dónde estaba el baño.

Segundo: si me movía demasiado rápido o hacía ruido, despertaría al desconocido.

Tercero: todo me dio vueltas al sentarme al borde de la cama.

Cuarto: no tenía ni puta idea de dónde estaba o cómo había llegado hasta ahí.

Miré de reojo al chico que seguía durmiendo, me daba la espalda.

«Follé con un desconocido. Mierda».

La habitación era un desastre: las paredes estaban empapeladas con afiches de bandas de los noventa. Era la guarida de un

adolescente rebelde después de tres meses sin limpiar, con ropa tirada por todos lados.

«¿Cómo voy a encontrar la mía si no recuerdo lo que llevaba puesto?».

Tomé lo primero que vi: una sudadera negra y gigante. En el frente tenía estampada una corta oración: «Experto en decisiones cuestionables».

«Genial».

Al menos olía a sándalo y estaba limpia. Me la puse, no aguantaba un segundo más desnuda. Logré levantarme a pesar del mareo.

Tenía que salir de ahí lo antes posible. Solo esperaba que mi bolso estuviera en algún lugar y que dentro siguieran mis tarjetas e identificación, mi teléfono…

«Diosito, soy tu guerrera más fuerte. Por favor, que no me hayan robado».

Encontré mis bragas debajo de la cama, pero me dio un poco de asco ponérmelas. La sudadera me quedaba lo suficientemente grande, así que podía huir sin el resto de mi ropa.

Se me escapó un suspiro al encontrar mi bolso y casi lloré de felicidad al comprobar que todo estaba en su lugar. Giré sobre mis pies con tanta rapidez que choqué contra el tocador y la lámpara de lava que estaba encima se tambaleó. Hice malabares para que no llegara al suelo, golpeé la mesa a mi izquierda y una caja de lápices de colores cayó al suelo.

Escuché un sonido grave proveniente de la cama. El chico se dio la vuelta para acomodarse. Por suerte, no se despertó.

Los tatuajes adornaban su cuello, el pecho y el marcado abdomen. Me costó tragar al ver sus brazos tonificados envueltos por los dibujos que no se detenían hasta el dorso de las manos. Una descansaba sobre su cadera y la sábana apenas cubría esa parte. Mis ojos se deslizaron por sus oblicuos y los tatuajes gemelos que bajaban hacia…

«Saca los ojos de ahí, pervertida».

Me concentré en su cara, la única parte de él sin tinta. Su piel era blanca y tenía el ceño fruncido por el ruido que acababa de

molestarlo. Esa expresión… Yo conocía esa cara.

—¡¿Ellis Knox?!

La lámpara se me resbaló de las manos. El cristal explotó y el líquido me salpicó las piernas.

—¿Alex?

«Esto no puede estar pasándome».

Tenía los ojos de un impresionante azul eléctrico, el mismo que recordaba de la infancia, y el pelo negro apuntando en todas direcciones. Ellis Knox en carne y hueso.

—Alex —repitió mientras se frotaba la cara, intentando convencerse de que yo no era una alucinación—. ¿Qué…?

Abrió demasiado los ojos y apretó la sábana alrededor de su cintura al darse cuenta de que estaba desnudo. Me analizó de arriba a abajo y sus ojos quedaron fijos en mis piernas.

—¿Qué coño pasó aquí? —murmuró.

—Te iba a hacer la misma pregunta.

—Eso no es lo que parece.

—Mentira, yo…

—Estabas a punto de huir y dejarme tirado. — Por mi cercanía a la puerta se podía deducir. Su rostro se contrajo—. ¿Qué me hiciste?

—¡¿Cómo que qué te hice?! Debería preguntarte qué hiciste tú. Se supone que vives al otro lado del país. ¿Qué haces en la ciudad y por qué me emborrachaste?

—¡¿Yo?! ¿Emborracharte? —Se incorporó tan rápido que tuvo que sostenerse de la cabecera de la cama—. ¿Qué me diste de beber y por qué tengo esta resaca?

—No te di nada, no sé cómo llegué aquí y mucho menos por qué desperté desnuda.

Sus ojos, una vez más, se fueron a mis piernas. Si había dudado de mi desnudez debajo de la sudadera, se la había confirmado.

—¿Te aprovechaste de mí?

—¡Estás loco! En cualquier caso, eres tú el que se aprovechó de mí.

—¿Por qué haría eso?

—¡No tengo idea! Soy yo la que no recuerda nada.

—¡Pues yo tampoco recuerdo cómo llegaste hasta aquí! —espetó —. La última vez que te vi fue hace cuatro años en una cena de Navidad.

Ese era también mi último recuerdo de Ellis, pero en ese entonces no tenía tatuajes.

—Si tú no te acuerdas y yo tampoco… —Cerré los ojos con fuerza —. Solo dime que no hicimos lo que creo que hicimos —supliqué.

Siempre que se enojaba, sus labios se volvían una línea y su mirada se ensombrecía.

—No me acuerdo de nada, pero si…

—Estamos desnudos… —continué.

—Es bastante obvio.

Se sentó al borde de la cama y los músculos de su espalda se contrajeron en lo que buscaba algo de ropa.

—Lo que me faltaba —masculló—. Metí la polla en el único lugar en el que ni desinfectándome con lejía me podré limpiar.

—¿Disculpa? —Bordeé la cama para enfrentarlo—. ¿Insultarme es lo primero que harás después de haber tenido sexo conmigo? Me insultas a mí y a mi vagina.

—¿Puedes no decir esas palabras?

—¿Cuáles?

—Sexo… y vagina. De solo pensar en que tú y yo…

—¿Follamos? ¿Te da asco? Pues… ¡el sentimiento es mutuo!

Se apretó la cabeza con las manos.

—¡Deja de gritar! Tengo resaca.

—Yo también, y ¡no te estoy insultando!

Se puso de pie y se paró frente a mí. Era alto, tanto que tenía que inclinar la cabeza para sostenerle la mirada.

—Eres incluso más molesta y chillona de lo que recordaba.

—Y tú más estúpido —gruñí sin atemorizarme con su cercanía.

—Me das ganas de vomitar y no solo porque huelas a vodka barato.

El calor subió a mi rostro. No tenía ni idea de lo que había bebido.

—¡Pues eso no te importó mientras follábamos!

El silencio nos envolvió cuando las palabras no dejaron lugar a la negación de lo que había sucedido. Era una locura, un error, una catástrofe; y los dos estábamos en problemas.

—¿De verdad no recuerdas nada? —preguntó por lo bajo, con las cejas juntas.

—No sé ni cómo llegué aquí.

Tomó una profunda bocanada de aire y miró al techo.

—Mucho mejor si ninguno de los dos lo recuerda, así sentiré menos ganas de vomitar cuando piense en este momento.

—Hijo de puta.

Dio un paso atrás y me inspeccionó de pies a cabeza.

—Luces terrible. ¿Puedes desaparecer de mi vista? Tengo que meterme al baño por un día entero para quitarme tu olor de encima.

—¡¿Eso es todo lo que te preocupa?!

—¡Deja de gritar de una buena vez! Me duele la puta cabeza y tu voz es insoportable.

—Pues deja de insultarme y de pretender que lo más importante aquí eres tú y lo desagradable que fue metérmela.

—¿Esperas que festeje por haberme follado a la reina del baile? ¿La muñeca de plástico de mi instituto? ¿A la malcriada popular que…?

—¡Espero que entiendas que eres el hermano menor de mi mejor amiga!

Silencio.

—Eso es un problema entre mi hermana y tú —concluyó—. Ahora vete y… cuando volvamos a vernos, fingiré que esto no pasó.

Me dio la espalda y se dirigió a la que supuse era la puerta del baño.

—Pues yo espero no volver a verte en mi vida, ¡imbécil!

Salí por la otra puerta y me quedé de pie en medio del pasillo vacío. No conocía la casa y tampoco sabía en qué parte de la ciudad estaba. Era el peor día de mi vida.

Mi novio me dejó hace tres semanas.

Tenía resaca.

Estaba descalza.

No llevaba bragas.

Me había follado al hermano de mi mejor amiga.
«Diosito, estoy harta. ¿Qué más me vas a mandar?».

# CAPÍTULO 2

*Mi abuela decía que los niños deben aprender a escuchar antes de hablar, pero yo nunca aprendí.*

Abrí la puerta de mi apartamento con cuidado.

—¿Alex? ¿Llegas a esta hora?

«Mierda».

Lucas, el novio de mi compañera de piso y mejor amiga, estaba en la mesa de la cocina. Me dedicó una hermosa sonrisa.

—Preparé el desayuno. —Señaló a la mesa servida—. Hice panqueques de avena, tus favoritos.

Estuve a punto de soltar el estómago por las náuseas.

—Llego tarde a clases —dije antes de salir corriendo.

Lucas no necesitaba ser el hombre más observador de la Tierra para oler el vodka que salía por mis poros. Era mejor no acercarse.

Me escondí en mi baño e hice hasta lo imposible por parecer una persona decente en menos de treinta minutos. Al terminar, el maquillaje no alcanzaba a cubrir por completo mis ojeras; mi pelo castaño estaba frisado por haberlo secado de la manera incorrecta y mis ojos seguían enrojecidos.

No me reconocí. Necesitaba descansar para reponerme, pero me negaba a que una noche de fiesta me hiciera llegar tarde a clase,

algo que jamás había sucedido en cuatro años de carrera.

Examiné el pasillo antes de salir y escuché una voz proveniente de la cocina. Erika hablaba por teléfono.

«Está distraída. Tengo más posibilidades de huir sin que me vea».

Dos pasos fueron suficientes para que las paredes se curvaran a mi alrededor. Necesitaba hidratarme, tomar algo para el dolor de cabeza que empeoraba cada segundo y, por mucho que lo aborreciera mi estómago, debía comer algo para sobrevivir. Si no pasaba por la cocina, no llegaría a la calle sin desmayarme.

Erika seguía pegada al teléfono y Lucas desayunaba. Fingí no verlos mientras me hacía de provisiones para escapar.

—¿Qué te pasó ayer? —preguntó ella cuando cerré la nevera.

La suerte no me acompañaba ese día, ni las últimas semanas. Las cosas me salían cada vez peor.

—Me emborraché —confesé.

Los dos me miraron con la boca abierta. Era yo, Alex, la que no bebía y, cuando lo hacía, era la más responsable del grupo.

—¿Dónde pasaste la noche? ¿Estás bien? ¿Por qué no nos llamaste?

El pelo negro por debajo de los hombros, la piel blanca y los ojos azules hicieron que la culpa pesara sobre mis hombros. Ellis y Erika eran muy parecidos, a pesar de que ella era un año mayor.

Ahí estaba mi amiga, siempre preocupada por mí, y una hora antes yo había estado desnuda al lado de su hermano. Tuve ganas de caer de rodillas para confesar mi crimen y pedir perdón hasta quedarme sin voz.

—¿Podemos hablar cuando regrese de clase? —supliqué como la cobarde que era.

—¿Te sientes bien? ¿Quieres que te llevemos a la universidad?

Forcé una sonrisa.

—No quiero retrasarlos. Voy tarde para tomar el autobús.

Caminé hacia la puerta y Erika me siguió.

—Entiendo, Alex, pero yo también tengo algo que decirte y es realmente importante. No sé cómo te lo vas a tomar porque…

Le di un beso en la mejilla para interrumpirla.

—En la noche.

No le di tiempo a decir más y corrí hacia el elevador.

---

—Cuéntame qué pasó ayer —supliqué.

Dana alzó la vista de su teléfono cuando me senté a su lado en el auditorio. Se acomodó el pelo rubio detrás de la oreja.

—Soy yo la que debería preguntarte.

Estaba molesta, pero no entendí la razón

—Sé que estábamos en el bar y después no recuerdo nada más.

Puso los ojos en blanco.

—Fui al baño, al cual no me quisiste acompañar, y cuando regresé ya no estabas con nuestro grupo, sino con unos raritos. Dijiste que eran amigos de tu instituto o de tu pueblo. —Alzó una ceja—. Quise arrastrarte con nosotros, pero te negaste.

Yo jamás llamaría a Ellis «amigo de instituto». Que Dana usara la palabra «raritos», a pesar de ser un insulto, era algo que describía muy bien al hermano de Erika y a las personas con las que solía juntarse.

No es que no hubiera sido mi amigo, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos visto como tal. Unirme a él en un bar no sonaba coherente, sin embargo, habíamos despertado juntos.

«No pienses en eso, Alex. Te va a explotar la cabeza y no quieres tus sesos desparramados por el auditorio a primera hora de la mañana».

—Un rato después fui a buscar una bebida a la barra —continuó — y cuando volví habías desaparecido. Los chicos me dijeron que te habías ido con tus «amigos». —Apretó los labios—. Me dejaste sola y no contestaste cuando te llamé. ¿Sabes lo preocupada que estaba? Estuve a punto de llamar a la policía… Y ¿ahora apareces pidiendo explicaciones?

Masajeé mis sienes, seguía con dolor de cabeza.

—Lo siento —murmuré.

Mi amiga regresó la atención a su teléfono.

—¿A dónde fuiste? ¿Por qué me preguntas qué pasó ayer?

—¿Por qué crees? Me emborraché, desperté en una casa donde hubo una fiesta, pero no recuerdo nada y…

Me tragué el resto de la información.

—¿Pasó algo?

Dana sabía quién era Ellis, aunque nunca se habían visto. Podía confiar en ella, sin embargo, no estaba lista para hablar del tema. En mi vida había cometido dos grandes errores y los dos involucraban a Ellis.

«¿Por qué tengo tan mala suerte?».

Me entraron ganas de llorar, pero me faltaba fuerza.

—¿Pasó algo que deba saber? —insistió.

—Descubrí que odio estar borracha. Recuérdamelo cuando vuelvas a verme con una bebida en la mano.

Exhaló un dramático suspiro.

—Es lo más alocado que te he visto hacer en nuestros cuatro años de amistad. Con la cara que llevas, dudo que repitas.

Las imágenes del cuerpo desnudo y tatuado de Ellis volvieron a mi mente.

—Señorita Herrera. —El profesor López se detuvo a mi lado y borró todo recuerdo de esa mañana—. Me alegra verla. Quería saber si Henry recuerda que tiene la conferencia anual para los estudiantes de segundo año.

Me costó procesar sus palabras. La resaca me volvía tonta.

—Su secretaria está al tanto de los compromisos y se asegura de que no falte a ninguno. —Le sonreí—. También puedo recordárselo, aunque Henry nunca falta a su palabra.

López me dio una palmada en el hombro para despedirse y se dirigió a su lugar en el centro del auditorio. Era un hombre a mitad de sus cincuenta, inteligente, mi tutor de tesis y profesor favorito.

—¿No se supone que Henry y tú se separaron hace tres semanas? ¿Por qué no le dijiste que ya no están en contacto?

—No voy a contarle a un profesor sobre los altos y bajos de mi relación.

—¿Altos y bajos? Ayer estabas protestando porque te había dejado sin dar una explicación decente.

—Es solo un tiempo separados, no es definitivo. Ayer estaba borracha. Podía haberme subido a una bicicleta pensando que era un pegaso.

Había follado con Ellis, algo más surrealista que una criatura mitológica.

---

—¡Erika! —grité al entrar por la puerta—. Tengo algo importante que contarte.

—¡Cocina!

La encontré haciendo filetes de pescado. Me tapé la nariz y la boca con la mano. Ya no tenía resaca, me sentía mejor, pero las ganas de vomitar no se iban.

—¿Por qué estás preparando esa cosa asquerosa?

—Por la misma razón por la que esta mañana dije que necesitaba hablar contigo.

La conexión entre el pescado y cualquier conversación carecía de sentido.

—Vale, no voy a protestar por tu pescado, pero hay algo que necesito decirte. Es sobre Henry. Llevo todo el día pensando en él y durante la clase de Paisajismo me di cuenta de que…

—¿Estabas pensando en Henry a mitad de clase de Paisajismo? —me interrumpió—. ¿El tema de tu tesis, en la que estás bastante atrasada?

—Sí, pero no estaba hablando de mi tesis, ya me pondré al día con eso. Lo importante es que estuve pensando en las verdaderas razones por las que me dejó. Estamos a meses de cumplir dos años juntos y…

—Dijo que la relación no estaba funcionando.

—Puras palabras sueltas sin algo concreto, como un vacío legal y lo sabes, estudias Derecho. Es como el equivalente a eso que ustedes usan para engañar a la gente, lo de «y todas las actividades

permitidas por la ley». Lo agrupa todo y no hay nada puesto en el papel porque está en otro lado.

—¿Desde cuándo usas analogías de leyes para explicarme tus problemas amorosos?

—Ese. No. Es. El. Centro. De. La. Conversación. —Tomé asiento a la mesa—. No hay una razón real porque estábamos bien, se notaba. Era todo perfecto y ¿de pronto «no funciona»?

Erika se volvió a concentrar en el pescado.

—¿No te parece que es por culpa de sus padres? Es bastante obvio —continué—. Henry Stewart. Empresario, millonario, dueño de su firma de arquitectura y diseño, de treintaiún años, proveniente de una familia adinerada. El hombre perfecto a excepción de una cosa… —Me señalé—. Sale con una estudiante de veintiuno, nacida en un pueblo al fin del mundo, que a duras penas se puede mantener.

»Sí, soy la alumna estrella, la primera de mi clase, pero esos señores jamás me aceptaron. Sabes que quisieron causar problemas entre nosotros. Las únicas discusiones que tuvimos fueron por culpa de ellos y siempre después de una de esas cenas familiares, lo cual se reduce a tres peleas en casi dos años de relación.

—¿Crees que los padres de Henry podrían hacer que un hombre adulto e independiente se separe de su pareja?

—Alguna mentira inventaron sobre mí. A Henry lo engañaron. —Miré al techo de la cocina—. Esto es temporal, una tontería. Solo necesito darle tiempo. Tarde o temprano se solucionará y…

El estruendo de un mueble al caer al suelo me hizo dar un respingo.

—¿Qué fue…?

—La razón por la que estoy preparando pescado —dijo mi amiga.

—¡Eri! ¿Por qué hay tantas cajas llenas de porquería aquí?

Solo existía una persona que le decía Eri a mi mejor amiga: su hermano.

Ellis se detuvo en la puerta de la cocina y apoyó la mano en la parte superior del marco. En esa ocasión solo estaban expuestos los tatuajes del cuello y las manos gracias a la sudadera negra. En el frente se leía una frase estampada en letras blancas: «Si yo fuera tú, también querría ser como yo».

—Dijiste que la habitación estaba lista para instalarme y eso es un trastero —protestó.

—Son cosas de Alex. Ella organizará y…

Tomé a mi amiga del delantal y la pegué a mí.

—¿Qué significa esto?

Me miró con los ojos cargados de culpa.

—Te dije que necesitaba hablar contigo —susurró—. Ellis no tiene dónde quedarse y se va a mudar con nosotras. Será nuestro compañero de piso.

«No puede estar pasándome esto. No. No. No».

Ellis forzó una sonrisa y no para provocarme. La situación le agradaba tan poco como a mí. Los dos estábamos pensando lo mismo: hicimos lo que hicimos y ahora estaremos a tres pasos de distancia.

# CAPÍTULO 3

*Nunca, nunca, nunca creas en las palabras de un hombre.*

Nuestro apartamento tenía tres habitaciones. Nos costó mucho encontrar algo en una buena zona y a un precio decente cuando Erika y yo conocimos a Dana y decidimos compartir gastos. El problema era que Dana se había mudado.

Sus padres le ofrecieron ayuda para pagar un lugar más pequeño y cerca de la universidad. No podía culparla por buscar independencia. Eso nos dejaba con la necesidad de una tercera persona que ayudara a pagar el alquiler. Que Ellis se convirtiera en esa persona no era mi peor pesadilla, sino el infierno.

Erika ocupaba la habitación con un baño independiente, la había ganado justamente cada año cuando apostábamos quién se la iba a quedar. Dana y yo compartíamos un baño que comunicaba nuestras habitaciones y eso quería decir que…

—Vete, me tengo que bañar.

Ellis se frotó los ojos al cerrar la otra puerta del baño.

—Yo también. Vete tú.

Tenía marcadas ojeras, cara de no haber dormido en siglos, el pelo hecho un desastre y una camiseta de manga corta con otra

frase en letras blancas a la altura del pecho: «Ahorremos tiempo y acordemos que yo siempre tengo la razón».

—Tengo que irme a la universidad, lo cual es más importante porque responde al horario de una estudiante y no al de un vago que de seguro pasó la noche pegado a un videojuego. —Abrí su puerta—. Sal y espera a que yo termine.

—¿Sigues siendo la misma niña malcriada que arma un berrinche cada vez que no le dan lo que quiere?

—¿Y tú el rarito que no hace más que estar pegado a un teclado mientras el mundo se cae a su alrededor?

—Por lo segundo, no voy a discutir con una niña chiquita, pero por lo primero, sí. Soy un rarito, el marginado y ermitaño. Me encanta serlo. —Una sonrisa se extendió en su rostro—. Mis horarios me permiten evitar a gente superficial y aburrida como tú.

Me aguanté las ganas de gritarle que se fuera a la mierda.

—Pues pon en práctica tus maniobras de evasión para no encontrarnos a la hora en la que me ducho.

Alzó una ceja.

—¿Estás así de enojada porque todavía no le has dicho a Erika lo que pasó entre nosotros?

El alma se me fue a los pies.

—Ni se te ocurra decir una palabra hasta que yo pueda contarle los detalles de la manera correcta.

—Cuando tú hagas eso, yo negaré todo y quedarás como una loca. Prefiero arrancarme los ojos antes de aceptar que una parte de mi cuerpo estuvo dentro de ti.

Mi cara ardió por la ira.

—Eres un pesado irritante que posiblemente se aprovechó de mí porque iba borracha hasta las trancas esa noche.

Su expresión se volvió neutral e indescifrable. Me percaté de lo que acababa de decir y lo que implicaba.

—Yo jamás haría eso.

Me aclaré la garganta.

—Lo sé… Yo… lo siento. Sé que no harías algo así y yo tampoco lo habría hecho. —Exhalé un suspiro—. De verdad no recuerdo nada.

—También lo sé —dijo en voz baja.

No nos soportábamos, pero nos conocíamos desde niños y ninguno habría sido capaz de aprovecharse del otro, o de nadie. Teníamos que haber estado muy mal para que esa noche terminara de la manera en que lo hizo.

Tuve ganas de preguntarle de qué se acordaba y de quién era la casa en la que habíamos ido a parar. Sin embargo, eso alargaría la conversación y yo no tenía tiempo.

—Entonces, estamos de acuerdo en que no queremos que nadie sepa —dije para romper el incómodo silencio.

—Sí, pero eso no debería ser lo único preocupante. —Guardó las manos en los bolsillos—. ¿Te has detenido a pensar en si usamos protección?

Me quedé sin aire. No me había pasado por la cabeza.

—No. Imposible. No. —Hice un cálculo mental a toda velocidad —. Mi período llega en dos días. No estaré embarazada, a menos que tenga una suerte de mierda, la cual tengo, pero…

—Sí usamos —me interrumpió.

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que lo encontré.

—¿El condón?

—¿Hablamos de algo más?

—¿Usado? Viste si tenía…

—¿Semen? —La palabra me dio escalofríos—. Sí, y el condón era de la marca de los que uso. No hay de qué preocuparse.

Entrecerré los ojos.

—No te creo. Me haré pruebas de todo por los meses siguientes. De seguro…

—Estoy más sano que tú, pero haz lo que te dé la gana y sal del baño.

Era insoportable hasta cuando hablábamos de algo serio.

—Acordemos algo más. —Le di una sonrisa—. Nadie se enterará de lo que pasó, y el baño me pertenece a esta hora.

—¿Por qué aceptaría sin que me des algo a cambio?

—Porque me queda media hora para tomar el autobús. —Lo obligué a darse la vuelta—. Usa el baño cuando yo termine.

Lo empujé para que saliera, pero Ellis era mucho más alto y fuerte. Afinqué los pies descalzos en el lugar y ejercí toda mi fuerza sobre su espalda mientras él se sostenía del marco de la puerta.

—¡Auch!

Un calambre me recorrió la pierna y tuve que soltarlo. Se me había reventado una de las ampollas en mi pie y fue como si acabaran de quemarme con hierro al rojo vivo.

Ellis se quedó mirando mientras yo gimoteaba.

—¿Cómo…?

—Ayer salí sin zapatos de esa maldita casa. Caminé descalza como diez calles —dije, aunque no parecía preocupado—. Vete de una vez para curarme y desaparecer.

Me miró a los ojos.

—Tú ganas hoy. Pero quiero tus cajas llenas de basura fuera de mi habitación esta misma noche.

Era un insensible de mierda.

—No es basura y la sacaré de…

—No quiero que entres a mi habitación.

—Pues déjalas fuera de mi puerta. Y, tranquilo, antes muerta que entrar a lo que llamas habitación. Para mí se convirtió en una cueva repugnante y no me gusta la mugre.

—Mejor para mí.

Me dio la espalda y se fue.

El día empezó de la peor manera y no mejoró cuando llegué a la universidad. El profesor López me reprochó por lo atrasada que iba en mis propuestas de tesis. Al regresar a casa, el apartamento olía a pescado frito, cortesía de Erika preparando lo único saludable que comía su hermano. Casualmente, algo que yo odiaba.

En la puerta de mi habitación me topé con cuatro cajas. Protesté por lo bajo en lo que las acomodaba en una esquina.

Lo único bueno de todo el día fue que en una de las cajas encontré un pequeño kit de primeros auxilios que no recordaba tener. Curé mis ampollas, y hasta había tiritas especiales con las que protegerlas.

Lo vi como una señal de que el universo no siempre estaba en mi contra.

—Ayer te llamé unas diez veces y no contestaste —me reclamó Dana camino a la biblioteca.

—Ellis lleva una semana viviendo con nosotras, pone música y su habitación está junto a la mía. Es insoportable. Y apenas me queda tiempo para adelantar mis propuestas de tesis. —¿Traducción? Una semana sin dormir bien—. Ayer ni miré el teléfono.

—Siempre dices lo mismo. Hacías igual con los exámenes. Salías diciendo que suspenderías y después sacabas sobresalientes.

Dana no alzó la vista de su teléfono en ningún momento, estaba revisando Instagram.

—Estaré atenta a partir de ahora —murmuré—. ¿Te pasó algo? ¿Por qué llamaste?

—Necesitaba ayuda con mi tesis, pero ya lo solucioné. Además, estaba preocupada por ti y todo el drama «tengo que vivir con el hermano pequeño de mi mejor amiga al que odio». Te iba a decir que podías quedarte en mi casa unos días.

—Gracias, pero…

—También quería comentarte que Henry no ha subido nada a redes sociales.

—Casi nunca lo hace. —Le gustaba mantener su vida en privado —. Deja de revisar sus redes, no encontrarás nada. Además, es un mal hábito.

Me sonrió.

—La información es poder, y esta ruptura es muy rara.

—Te dije que no es una ruptura, es algo temporal y…

—¡Está aquí!

Dana me agarró del brazo para mostrarme una foto de la sala principal de conferencia de nuestra universidad con una figura pequeña en la oscuridad, detrás del podio del orador. No reconocí el usuario de la persona, pero había etiquetado a Henry.

El estómago me dio un vuelco.

—¡Corre! ¡Tengo que verlo!

La arrastré por el pasillo y no nos detuvimos hasta tomar asiento al fondo de la sala.

Henry lucía mejor que nunca. Siempre me pasaba lo mismo cuando se iba de viaje y pasaba semanas sin verlo. Olvidaba lo guapo que era y lo tanto que me gustaba.

Ese día tenía puesto un traje gris que se ajustaba a la perfección a cada centímetro de su cuerpo, y yo sabía muy bien cómo se veía debajo de toda esa ropa. Oculté la sonrisa al darme cuenta de que usaba la corbata que le había regalado por su cumpleaños.

Su pelo rubio estaba peinado hacia atrás y reflejaba cada aspecto de su personalidad. Era un hombre centrado e inteligente, capaz de dar una charla sin necesidad de prepararse. Podía captar y mantener la atención de cientos de personas sin esfuerzo alguno. Esa fue la primera de sus cualidades que llamó mi atención.

Impartía esa conferencia todos los años para los estudiantes de segundo curso de Arquitectura. Venía acompañada de la oportunidad de hacer una pasantía de tres meses en su empresa, solo para el mejor alumno del curso. Así nos conocimos, mientras yo trabajaba en su oficina.

Me deslumbró con una charla y dos años después ponía a latir mi corazón a la misma velocidad.

—Ve a hablar con él —dijo Dana cuando la conferencia terminó y los alumnos empezaron a retirarse.

—¿Estás loca? Nos verán.

—Todos sospechan o saben que tienen una relación, bueno, tenían… o tienen. No sé. Tú eres la que sabe. No pasará nada. —Me dio un empujoncito con el codo—. ¿No tienes nada para decirle después de un mes de contacto cero?

La respuesta era sí. A pesar de que era solo un tiempo separados, yo había tenido sexo con alguien más y no era algo sencillo de explicar. Tenía que decirle en algún momento, pero ese no era el indicado.

—Espérame en la biblioteca —le pedí a Dana cuando salimos de la sala.

—Ve a recuperar a tu hombre.

Le saqué la lengua y se fue riendo por el pasillo.

La sala de conferencias quedó vacía y esperé. Henry salió veinte minutos después con el profesor López. Le hice una seña con la mano para que me viera, pero no respondió al saludo. No fue hasta que terminó la conversación que me miró y caminó hacia mí.

—Hola —dije antes de que pudiera hablar—. Me encantó la charla. —Le sonreí—. Me trajo muy buenos recuerdos.

Me devolvió la sonrisa, pero el gesto no le llegó a los ojos.

—Es siempre la misma y la has visto tres veces. Ya deberías aburrirte.

—Jamás me aburriría escucharte hablar.

Forzó otra sonrisa. Nunca habíamos tenido una conversación donde se mostrara tan incómodo. A pesar de la diferencia de edad, yo había hecho hasta lo imposible para que no fuera un problema. Esa vez no sabía cómo actuar para suavizar el ambiente.

—Y… ¿cómo has estado? ¿De viaje?

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre que viajas te dejas esa barba bien arreglada de dos días para verte bien sin pasar mucho trabajo.

Asintió repetidas veces y me sentí satisfecha de conocerlo tan bien. Siempre le gustó que estuviera al tanto de los pequeños detalles. Se aclaró la garganta antes de hablar:

—No pensé que te vería por aquí.

—Es mi universidad. Es bastante obvio que nos encontraríamos.

—Sí, pero tu profesor me dijo que estabas atrasada con tu tesis y pensé que estarías ocupada.

—No estoy atrasada —mentí—. Estoy mejorando mis propuestas porque quiero presentarme al concurso que abre tu empresa cada año. ¿Crees que si lo hago lo suficientemente bien alguno de tus clientes se interese en mi trabajo?

Rio y esa vez fue algo natural, muy propio de Henry.

—No te enfoques en eso, Alexandra. El concurso no es importante. Que tengas una buena calificación y obtengas el título de graduada, sí. No gastes tiempo en participar. Te deprimes cuando las cosas no salen como quieres y, si pierdes, eso es lo último por lo que quieres pasar antes de la presentación de tu tesis.

«¿Por qué tendría que perder?».

Me tragué la pregunta. Él solo quería cuidarme y sabía lo mal que me ponía con las derrotas.

—Igual me presentaré y, no te preocupes, nadie va a pensar que si gano es porque soy la novia del jefe.

Entornó los ojos.

—No me siento cómodo al escucharte decir eso. Ya no eres mi novia.

Me tapé la boca al darme cuenta de lo que había dicho.

—Era una broma, lo siento. —No iba a aceptar que lo había dicho de forma inconsciente—. No quiero hacerte sentir incómodo. Podemos hablar como siempre.

—Sí, podemos, es solo que… —Aclaró su garganta—. Es extraño estar cerca sabiendo que ya no estamos juntos.

Las mariposas revolotearon por mi estómago.

—Siento que todavía tenemos cosas que hablar —murmuré—. ¿No te parece?

Sus ojos verdes se quedaron clavados en los míos por unos segundos.

—Sí. Yo también pienso que tenemos muchas cosas que hablar.

La esperanza de que todo volviera a ser como antes se hinchó en mi pecho.

—Tomemos un café, el de la cafetería, tu preferido —bromeé.

Henry odiaba el café, a menos que fuera importado y de la mejor calidad.

—¿Podemos dejarlo para otro día? —preguntó—. Tengo una cena importante en la noche y voy tarde para una reunión.

—Llámame cuando tengas tiempo y...

—El domingo. Pasaré por tu apartamento.

Una alarma se encendió en mi mente. Ellis estaría allí y no sabía cómo se iba a dar la conversación entre nosotros y si llegaría a contarle todo lo que había pasado. Lo único de lo que estaba segura era de que a nadie le gustaría que su novia estuviera viviendo con el tipo que se folló estando borracha.

—Llámame antes y te espero abajo. —Dejé un beso en su mejilla —. Suerte con la reunión.

Me alejé a toda velocidad para que no se viera obligado a decir más. Quería darle su espacio, pero verlo tan distante me ponía nerviosa.

Le sonreí a Dana al llegar a la biblioteca y evité sus preguntas sobre mi conversación con Henry. El resto de la tarde lo pasé con los ojos en la computadora y consultando bibliografía para armar mis propuestas de tesis.

Dana se fue cerca de las cinco y perdí la noción del tiempo. Cuando la bibliotecaria anunció que iba a cerrar, era de noche. Hasta que no me puse de pie, no fui consciente de lo agotada que estaba.

Mi cabeza se iba a Henry una y otra vez en el viaje de regreso a casa, pero cuando el elevador abrió en mi piso, el sonido de la música me trajo a la realidad. En el edificio era muy extraño que hicieran una fiesta.

Mientras más me acercaba a mi apartamento, más alto se escuchaba el sonido. Abrí la puerta y encontré el pasillo oscuro, había voces y risas provenientes del salón, junto con luces danzantes de distintos colores.

—Bienvenida —dijo Ellis al verme.

Tenía una cerveza en la mano y un gorro verde de los que se usaban en los cumpleaños. Había montado una fiesta.

# CAPÍTULO 4

*«No mires las redes sociales de tu ex», dice la gente lista, pero no soy la gente.*

—¿Qué significa esto?

Ellis puso los ojos en blanco.

—Genial, llegaste de mal humor. Qué raro.

Estaba a punto de seguirlo a la cocina para reclamarle por hacer una fiesta cuando Dana me abrazó por la espalda.

—¿Estuviste hasta tan tarde en la biblioteca? Pensé que vendrías antes.

—¿Tú por qué estás aquí?

Frunció el ceño.

—Había una fiesta, ¿por qué no vendría?

—¡Llegaste! —chilló Erika al verme. Venía con una cerveza en la mano y las mejillas sonrosadas—. Tienes que conocer a los amigos de Ellis.

Me arrastró al salón.

—¿Por qué hay una fiesta en nuestro apartamento? —reclamé.

—Te dije unas cinco veces que hoy sería el recibimiento oficial de Ellis.

—No me dijiste nada.

—Sí, lo hice.

—Ella lo único que escucha bien es el sonido de su propia voz —dijo Ellis y aguanté las ganas de empujarlo cuando pasó por nuestro lado para irse al balcón con Lucas.

—Sí te lo dije —insistió Erika—. Pero no importa, lo que cuenta es que estás aquí.

Nos detuvimos frente al sofá donde estaban sentadas dos chicas y un chico. Ellas conversaban entre sí, él tenía un Kindle en la mano y estaba absorto en la lectura a pesar de la música y la oscuridad del salón.

—Chicos, esta es Alex —dijo Erika y las chicas me prestaron atención—. Alex, estas son Laila y Shanon.

Ambas morenas. Laila, con el pelo muy lacio por debajo de los hombros. Shanon lo llevaba más corto y rizado.

—Y este es Kirian —agregó mi amiga al señalar al chico.

Tenía el pelo negro y los ojos grises. Entornó la mirada y me analizó de pies a cabeza antes de volver a su Kindle.

—Es un amargado —dijo Shanon—. Suelta cuatro palabras al día.

—«¿Qué hay de comida?» es lo único que sabe decir —añadió Laila con una sonrisa.

—Ellos son el equipo de trabajo de Ellis —explicó Erika con el orgullo impreso en la voz.

—Yo no —intervino Laila—. Soy la prima de Shanon y solo les preparo café las noches que pasan sin dormir.

—Tú roncas mientras trabajamos —murmuró Kirian.

—Es mi manera de apoyarlos. Mis ronquidos no los dejarían quedarse dormidos —se burló.

—¿Trabajo? —Miré a Ellis que al momento apartó la vista de nosotros—. ¿Ellis trabaja?

—Están desarrollando un videojuego —explicó Laila—. Ellis es el jefe.

Shanon soltó una carcajada.

—Yo soy la jefa. A Ellis le gusta creer que manda.

—Se mudaron a la ciudad para trabajar en el proyecto que piensan venderle a una gran empresa —explicó Erika.

—Y se suponía que tendríamos nuestra base de operaciones en casa de este. —Shanon señaló a Kirian—. Pero se peleó con su padre y todo se fue a la mierda.

—Por eso hicimos una fiesta para destruir el lugar antes de irnos —intervino Kirian—. No las vi quejarse en la fiesta.

—Ya estábamos jodidos y no me iba a poner a llorar —admitió Shanon—. Ahora tengo que dormir en el sofá de Laila, tú apenas puedes pagar por el lugar en el que te estás quedando y Ellis corrió con suerte porque su hermana tenía una habitación libre. Claro que iba a disfrutar la fiesta antes de aceptar que se fue todo a la mierda porque no sabes soportar los regaños de tu padre.

—¡La fiesta! —exclamó Laila y se quedó mirándome—. ¡De ahí es de donde te conozco!

—¿Fiesta? ¿Cuál fiesta? —preguntó Erika.

El corazón se me desbocó al unir los cabos. No sabía quiénes eran ellos, pero solo conocía una fiesta y una casa a la que no tenía ni idea de cómo había llegado.

—No sé de qué hablas —murmuré.

—Nos encontramos en ese bar de la zona universitaria y te invitamos a la fiesta —insistió Laila—. ¿No lo recuerdas?

—No… Yo no… No creo.

«Diosito, ayúdame».

Erika me miró con el ceño fruncido. Kirian alzó la vista de su lectura y se dirigió a Laila.

—Estás confundiendo personas. —Ladeó la cabeza e hizo énfasis al volver a hablar—: Ella no es la chica de la fiesta.

Estaba cubriéndome, pero Laila no se llevó la indirecta.

—Sí, es ella, estoy segura.

—Estabas borracha —masculló Shanon.

—Pero reconozco sus zapatos y tiene los ojos de diferente color —insistió—. Tienes los ojos muy bonitos, Alex, con razón Ellis y tú…

Shanon le dio un codazo con disimulo y Laila soltó un chillido.

—¿Habías visto a Ellis antes? —preguntó Erika.

—No, claro que no.

La verdad estaba a punto de salir a la luz. No podía permitir que mi mejor amiga se enterara de mi traición en público. Si…

—¡Alex, tienes que ver esto! —gritó Dana al otro lado de la sala y por primera vez en mi vida agradecí su interrupción.

Corrió hacia nosotras y me mostró su teléfono.

—¡Mira!

—¿El qué?

Era una historia de Instagram donde se veía una mesa bien servida, con varias copas, de seguro un evento de lujo. No reconocí el usuario que había subido la foto.

—¡Mira la mano!

—¿Qué tiene la mano? —dijo Erika que se acercó a curiosear.

—¡La mano de un hombre sobre la de una mujer!

Erika y yo nos miramos sin entender.

—¿Siempre son así de lentas o les gusta hacerme enojar? —protestó Dana y se aclaró la garganta—. Vi este estado de WhatsApp de George. ¿Recuerdan al chico con el que salí en las vacaciones? —Negamos. Tenía muchas citas y contaba poco de ellas—. El modelo que se creía digno de rezos por lo guapo que era, pero no sabía ni rezar bien y duró dos minutos antes de acabar cuando follamos.

Asentimos.

—Está de camarero en una gala benéfica. —Nos mostró varias fotos donde se veía un hermoso salón—. Anda perdiendo el tiempo con fotos en vez de trabajar y entonces vi esto. —Le hizo zoom a una de las imágenes, había tomado captura de todo—. ¿Ven eso?

—¿La parte de atrás de la cabeza de alguien? —dijo Erika.

—Pero yo conozco ese pelo —aseguró Dana—. Se me pareció al del amigo de Henry, el que una vez me invitó a salir, ¿recuerdan?

Por mucho que agucé la vista no pude identificar nada conocido.

—Entonces busqué en sus historias de Instagram.

Tenía más evidencia para comprobar que el amigo de Henry estaba en el mismo evento. La captura de la mano estaba al final de su galería.

—Esa mano se me hizo muy conocida —explicó.

—¿Una mano? —ironizó Erika.

—Tengo una memoria excelente para las extremidades masculinas, linda. —Dana pasó a la siguiente foto—. Así que decidí

buscar en las historias de un amigo del inservible del principio. Me metí por mi cuenta falsa y curioseé hasta encontrar esto.

Al momento reconocí el perfil de Henry en una foto. Llevaba un traje rojo vino y el pelo rubio peinado hacia atrás.

—Busqué en los seguidos de este chico y encontré a otros modelos que trabajan de camareros y revisé cada una de sus historias hasta que encontré esta. Mira a la mujer. —Señaló a una de pelo negro a la altura de los hombros y un vestido plateado con la espalda al descubierto—. ¿Viste su cartera?

Se refería al pequeño bolso de mano con pedrería, al menos eso parecía a la distancia por la mala calidad de la foto.

—Ahora fíjense en la historia del amigo de Henry —concluyó Dana, satisfecha.

Mis ojos vieron la foto inicial de una manera muy distinta. La mano del hombre sobre la de la mujer dejaba ver el puño de botones de un traje rojo vino. El corazón me empezó a latir cada vez más fuerte.

—Ese no tiene por qué ser Henry, mucho menos con esa mujer —dijo Erika con voz temblorosa y los ojos en mí—. Estás delirando, Dana.

—Mira la esquina —dijo mi otra amiga—. Es la misma cartera y ese es el traje de Henry y…

—Basta, no tiene que…

La voz de Erika se fue apagando. Lo único que podía ver era la foto de las manos juntas sobre la mesa y recordar la conversación con Henry de esa mañana. Estaba con otra mujer en un evento cuando había dicho que tenía una cena importante.

Las manos me empezaron a temblar. No era posible que me hubiera engañado, Henry no era un infiel.

Dana y Erika seguían debatiendo, una a mi derecha y la otra a la izquierda. Un extraño peso me iba apretando el pecho con cada segundo que pasaba, calculando cada palabra dicha.

*La relación no funciona como antes.*

Eso había repetido al separarnos. ¿Quería decir que tenía a otra? ¿Estuvo con ella todo ese tiempo y me vio la cara de imbécil?

Saqué mi teléfono.

—¿Qué haces? —preguntó Erika y me siguió a la cocina.

—¿Qué crees? Reclamarle al imbécil —respondió Dana.

Miré la pantalla por unos segundos. Me sudaban las manos.

—Alex, no lo hagas. —Erika me sostuvo del brazo—. No sabes lo que está pasando y si hablas por impulso las cosas pueden salir mal. Es muy fácil malinterpretar algo por unas fotos.

—Está todo más que claro —espetó Dana—. Si quiere decirle sus verdades, que lo haga.

—No la incites a hacer algo de lo que se va a arrepentir. Es mejor esperar a mañana y…

Yo no podía esperar un segundo más. Me llevé el teléfono al oído y al tercer tono Henry respondió:

—¿Pasó algo, Alexandra?

Mis amigas guardaron silencio y miré de una a otra. La música de la fiesta al fondo no se había detenido y yo no podía hablar.

—Alex, ¿estás bien? —preguntó Henry al otro lado de la línea.

—Yo…

—No lo hagas —suplicó Erika en un susurro—. Espera a mañana.

—¿Alex? ¿Estás en una fiesta? —preguntó Henry—. ¿Necesitas ayuda?

—Yo… estoy en casa —logré decir—. Erika organizó una fiesta, estoy bien.

Dana volvió a mostrarme la foto de las manos con el rostro encendido por la rabia. Erika le quitó el teléfono y les di la espalda.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—Te dije que tenía una cena importante.

—¿Una cena o un evento benéfico?

No contestó. Agarré un vaso y me serví agua para calmar los nervios.

—Es un evento benéfico con una cena —explicó—. ¿Por qué preguntas?

—¿Dónde?

—Alex…

—Es una simple pregunta.

—Al otro lado de la ciudad.

—¿Fuiste con tus padres?

—¿Por qué me llamas a esta hora? —Su voz se endureció—. ¿Me estás interrogando?

—¿Es tan difícil contestarle unas preguntas a la que fue tu novia por casi dos años?

—No. No estoy con mis padres.

—Entonces fuiste solo. —Apreté el vaso en mi mano cuando no respondió—. ¿Fuiste solo o con la mujer que sale en una de las fotos que acabo de ver? Ya lo sé todo.

—¿Qué sabes?

—Responde. ¿Estás en esa cena con una mujer?

—Sí. ¿Esa es la respuesta que quieres?

—Quería la verdad y saber cuánto te demorabas en aceptarla.

—Es la hija de uno de mis clientes y amiga de mi madre. ¿Cuál es el problema con eso? Está de paso por la ciudad y la estoy acompañando.

—¡Qué casualidad! Andas con una mujer que tu madre aprueba.

—Estás haciendo un espectáculo por gusto.

—¡¿Cuál espectáculo?!, si yo estoy en mi casa y tú a kilómetros.

—Jamás has sido celosa, esto no tiene sentido.

—¿Exigir la verdad es ponerme celosa?

—Por la manera en que te estás comportando, sí, y pareces una persona totalmente distinta a la que conozco.

—Será que la Alex que conoces estaba todo el tiempo controlada para mantenerte contento, pero igual tuviste el descaro de engañarme.

—No te engañé.

—¡¿Entonces dirás que conoces a esa mujer desde hace poco y que no tenías algo con ella antes de que termináramos?!

—No tengo que darte explicaciones.

—¡Pues pensé que sí porque llevamos dos años juntos!

—¡Ya no estamos juntos!

Su grito me trajo a la realidad. Estaba apretando el vaso con tanta fuerza que se reventó. No me importó que la mano me ardiera por las cortadas.

—¿Por eso terminaste conmigo? ¿A eso le llamas «nuestra relación no funciona»? —Me tembló la voz—. ¡¿No funcionamos

porque tienes otra?!

—Pareces una niña pequeña y no tengo que soportar esto.

—¡Pues que sepas que me follé a otro la semana pasada! —chillé.

—Me parece bien por ti.

Terminó la llamada y me quedé con el teléfono al oído, en completo silencio.

La música de la fiesta se había detenido y cuando di la vuelta, todos estaban ahí, mirándome. Erika y Dana con los ojos muy abiertos. Lucas que enseguida apartó la mirada. Laila, Shanon e incluso Kirian con su Kindle en la mano. Ellis era el único que se veía aburrido, con el hombro apoyado al marco de la puerta y bebiendo su cerveza.

—Alex —murmuró Erika y se acercó a mí.

Di un paso atrás.

—Estoy bien.

—Vamos a tu habitación, tienes heridas en la mano. Seguimos la fiesta otro día y…

—Deja de compadecerla y tratarla como si fuera de cristal —intervino Ellis—. Llevo aquí una semana y Alex lo único que ha hecho es hablar de ese tipo y de la relación que tenían. No escucha lo que pasa con nadie a su alrededor, se comporta como una egoísta y ni siquiera nos ayudó a organizar la fiesta cuando se lo pediste más de diez veces.

Miré a mi amiga que no dijo nada.

«¿Tan enajenada estuve?».

—Mi hermana y yo llevamos una semana haciendo todo en la casa y tú ni te has dado cuenta de que no le da tiempo para estudiar —continuó Ellis—. Te dejaron y te fueron infiel. Quién sabe si lo segundo es verdad, solo él. Acéptalo de una puta vez y deja de esperar que medio mundo esté al pendiente de ti y de tus problemas.

Me ardieron los ojos y aguanté las ganas de llorar.

—Sigues siendo la misma niña malcriada —murmuró antes de regresar al salón.

La música volvió a sonar. Por suerte, Erika me tomó de los hombros y me sacó de la cocina. Le agradecí porque con solo poner un pie en mi habitación, las lágrimas ganaron la pelea.

# CAPÍTULO 5

*«Lo que más odiamos en otras personas es el reflejo de los asuntos que no hemos resuelto con nosotros mismos». Eso no aplica a Ellis, a él lo odio porque es imbécil.*

—¿Todavía no sabes quién es la mujer?

Dana me dirigió una mirada asesina.

—Me agradabas más antes de que aceptaras que tu relación con Henry se había acabado. No me tratabas mal.

—Pues debiste obligarme a aceptarlo porque después de lo que me hizo ese hijo de… —Me tragué los insultos—. ¿Quién es ella? Quiero saberlo.

—Llevo todo el fin de semana investigando y no la encuentro. Soy buena en esto, pero no hago magia.

Miré el perfil de Instagram de Henry. Lo actualizaba cada cierto tiempo por si había algo nuevo. El día después de la discusión, y a escondidas de Erika, revisé sus redes y encontré una foto de la misma gala benéfica. Habíamos discutido y diez minutos después estaba subiendo historias como si nada.

—Quiero saber cómo la conoció y desde cuándo están juntos —repetí por décima vez.

—Pues yo quiero saber quién es ella. Nunca me había costado tanto encontrar a alguien. —Torció los labios—. Quizás deba llamar a un par de contactos, pero antes lo intentaré averiguar por mis medios.

Dana era bastante obsesiva y muchas veces cuestioné sus métodos. En ese momento era mejor compañía que Erika, quien me había confiscado el teléfono y la devolución fue a regañadientes esa mañana. Era ponerme en modo acosadora al estilo de Dana o ir a la oficina de Henry para gritarle que era un perro infiel.

—Por cierto, dijiste que habías follado con alguien más. ¿Fue para molestarlo?

Tragué con dificultad y los ojos de mi amiga se sintieron como dagas.

—Es verdad, pero si te cuento no puedes decirle a nadie y tienes que fingir que no pasó.

—¿Se lo has contado a Erika?

—No lo sabe nadie, mucho menos ella.

Dana se mostró feliz de tener la primicia, vivía celosa de mi amistad con Erika.

El sexo con Ellis siempre sería vergonzoso. Después de lo que había dicho en la fiesta estaba justo detrás de Henry en la lista de «personas a las que odio con todas mis fuerzas». Sin embargo, haber follado con alguien me hacía sentir menos estúpida después de descubrir a la amante de Henry.

Dana casi se cae de la silla cuando terminé la historia. Sin embargo, no hizo preguntas.

---

Pasé la mañana en la biblioteca sin avanzar nada en la tesis. No tenía cabeza para pensar en algo que no fuera lo ridícula que había sido las últimas semanas repitiendo que Henry y yo volveríamos a estar juntos.

—Los hombres son todos una mierda —mascullé al cerrar la puerta de mi apartamento.

—Todos menos yo —dijo la voz grave y conocida de Ellis.

Estaba en la cocina, apoyado en la mesa con la vista fija en la puerta de la nevera. Ese día la camiseta negra con otra de sus frases decía «A nadie le importa tu opinión». Estaba convencida de que las mandaba a hacer solo para molestar a la gente.

—Todos los hombres son una mierda y en especial tú, despojo humano.

—¡Genial! Pasaste a la segunda etapa del duelo —se burló.

—¿A qué te refieres?

—Ya aceptaste que se acabó la relación, ahora estás enojada. Pero como eres Alex Herrera y multiplicas los problemas por diez no solo estás molesta con él, sino con todos los que te rodean.

—Me enoja escucharte y saber que estarás en mi casa cada vez que llegue. Eso no tiene nada que ver con ningún duelo. ¿No has pensado en mudarte?

—Después de ver las tareas que nos dejó Eri, lo estoy valorando.

Señaló al papel pegado a la nevera, una lista bastante larga.

—No sé por qué sigue escribiendo esto en papel cuando puede mandar un mensaje —murmuré—. Hay que salir a hacer la compra. —Partí en dos el papel y le di una parte—. Ve tú al supermercado, yo haré la limpieza.

—¿Sales a algún lugar que no sea a la universidad y a emborracharte? Ve tú a hacer la compra.

—Prefiero estar en casa y salir a lo indispensable.

Se cruzó de brazos.

—¿Entrarás en un período de encierro en tu etapa dos? Es una buena idea para que no trates mal a la gente en la calle, pero no lo aconsejo, te amargarás más de lo que ya estás.

—Deja de hablar de etapas y de mi vida. Haz la compra y…

—No sé dónde queda nada en la ciudad.

—No eres tan estúpido como para…

—Vienes conmigo y cuando regresemos yo limpio y tú cocinas.

Salir con él era lo último que quería, pero pelear era perder tiempo y, aunque lo odiaba y no pensaba aceptarlo jamás, esa noche en la fiesta Ellis había tenido razón en algo: Erika estaba cargada de exámenes y teníamos que cooperar.

No dije nada y asumió mi silencio como una aceptación. Al bajar, lo seguí al estacionamiento y descubrí que Ellis tenía auto, una vieja camioneta que me resultó conocida. Había pertenecido a su padre y estaba muy bien cuidada, tanto que no parecía la misma.

—La próxima vez vienes tú solo al supermercado —advertí cuando llegamos.

—La próxima puede que tú no estés de tan mal humor y salgas a hacerlo por voluntad propia, así yo podré quedarme en casa…

—¿Perdiendo el tiempo?

—Trabajando.

—Cierto, ya no eres un vago, me enteré el otro día… Bueno, lo sigues siendo, pero ahora haces algo más que perder el tiempo con videojuegos.

Me ignoró y se puso a buscar cosas de la lista de Erika. El pasillo de los congelados estaba más frío que de costumbre y me alejé en busca de otras cosas para ahorrar tiempo. Cuando volví, su carrito estaba repleto de comida.

—¿Por qué tiras las cosas como si fuera un basurero? —protesté.

—¿Quieres que las organice?

—Obvio.

—Se desorganizarán cuando las pasen por caja.

—No si las empacamos en orden correcto. Así es mucho más fácil ponerlo todo en su lugar cuando lleguemos a casa.

—¿Tú eres de las que lava el jabón antes y después de bañarse?

Le di una falsa sonrisa.

—Muy gracioso.

Clasifiqué todo lo que pude mientras él seguía burlándose de mi manía con la organización.

—¡¿Puedes callarte?! —mascullé.

—Lo haré cuando tú dejes de querer que todo se haga a tu forma.

—Es la manera más inteligente y en la que vamos a ahorrar tiempo.

—Maquíllalo con justificaciones. Puede que el resto haga lo que la reina del baile ordene, pero yo no.

—¡¿Cuál es tu puto problema?!

Miró alrededor. Varias personas se habían detenido al escucharme.

—No dejas de sacar los mismos insultos del instituto, parece que te quedaste detenido en el tiempo o ¿es que perdiste las neuronas que te quedaban en el camino?

—Eres insoportable —murmuró y siguió empujando el carrito.

—Eres tú el que siempre empieza a insultarme —reproché al alcanzarlo.

—Podríamos debatir eso y perderías.

—Fuiste tú quien me insultó primero cuando nos volvimos a ver. Pensé que después de cuatro años habrías aprendido a comportarte.

—No sé aguantar a una niña malcriada.

Le cerré el paso. Si quería volver a las batallas de instituto, yo podía ser igual de insoportable.

—¿Estás seguro de que por eso es que siempre me insultas?

—Quítate.

—Me parece que la razón es otra. Me parece que Ellis, el pequeño rarito que pasaba los fines de semana encerrado en el sótano de su casa con sus videojuegos, sigue resentido conmigo.

—¿Resentido?

—No te hagas el tonto. Sigo siendo tu primer amor. —Sonreí al ver cómo se le ensombrecía la mirada—. ¿El pequeño Ellis sigue enamorado de la mejor amiga de su hermana?

Bajó la vista y se pellizcó el puente de la nariz con el dedo medio y pulgar. Estaba tratando de controlarse.

—No creo que te guste ahora, pero todavía no superas que te haya rechazado.

—Vete a la mierda, Alex.

Aguanté el carrito de la compra para que no escapara.

—Muy feliz insultándome y llamándome superficial, muñeca de plástico y reina del baile de manera despectiva por años, pero bien que me perseguías a todos lados cuando Erika no nos veía.

—Era un niño estúpido, es normal. Se supone que va pasando con la edad, pero tú no tuviste esa suerte. Sigues siendo la misma.

Me acerqué a él lentamente.

—¿Recuerdas cuando tu hermana cumplió catorce años, en su fiesta? ¿Recuerdas cuando jugamos a Siete minutos en el cielo? —Tragó con dificultad—. ¿Recuerdas cuando me suplicaste que te besara en ese clóset oscuro?

—Recuerdo que no tuve que pedirlo muchas veces.

Hice un puchero y lo tomé de las mejillas.

—Y por eso pensaste que me gustabas y me rogaste que fuera tu novia. —Ladeé la cabeza—. A veces eres adorable. Me das un poco de lástima cuando…

Me tomó de la camisa y me pegó a él.

—Si con veintiún años todavía te hace sentir bien haber jugado con mis sentimientos, acabas de subir de categoría: de insoportable a hija de puta.

—¿Por qué no me burlaría de eso si tú no paras de repetir los insultos que tuve que soportar por años en el instituto?

—No son insultos si son la verdad.

—¿Soy una muñeca de plástico porque me gusta arreglarme y sentirme bien con la persona que veo en el espejo? ¿Soy superficial porque me gusta verme bonita? ¿Soy insoportable porque me defiendo cada vez que hacen algo con lo que no me siento cómoda? —Me soltó, pero no dejé que se alejara y lo tomé del brazo—. Si la respuesta a todo eso es sí, estamos de acuerdo en algo: los insultos que aguanté son verdad, pero en ese entonces yo era una adolescente y me hacía daño que se burlaran de mí.

Sus ojos recorrieron mi rostro.

—Eres excelente haciéndote la víctima.

—Y tú susurrando insultos por los pasillos porque estabas dolido.

Me dedicó una media sonrisa.

—Es cierto. Soy el culpable de que te bautizaran como «la muñeca de plástico» y sí, inventé varios rumores sobre ti porque jugaste conmigo y te lo merecías, pero ¿me vas a juzgar por eso? Ahora que te usaron a ti, dime, ¿cómo se siente que te rompan el corazón por primera vez?

Di un paso atrás y un cosquilleo subió por mi pecho. Henry había jugado conmigo, pero Ellis no conocía ni la mitad de lo que viví en la adolescencia.

—Es terrible —confesé—, pero he sentido dolores peores.

Le di la espalda e ignoré lo que respondió.

Era la segunda vez que me rompían el corazón. La primera lo había hecho yo misma, pero no tenía sentido explicárselo.

# CAPÍTULO 6

*Si estás enojada, enfoca esa energía en la tarea adecuada. Si Ellis está cerca, desquítate con él.*

—¿Esto es en lo que ha estado trabajando por un mes y medio, señorita Herrera? —preguntó el profesor López.

Me había llamado a su oficina tras el final de clases. Cerré las manos en puño y las apreté a los lados de mi cuerpo.

—Sí, son mis propuestas.

Tomó una bocanada de aire y volvió a mirar a la computadora donde tenía abierta la presentación que le había enviado la noche anterior, dos minutos antes de la hora límite de entrega.

—Esto es un desastre —dijo sin contemplaciones—. He trabajado en esta universidad por veinte años y nunca me habían presentado algo tan vergonzoso.

La sangre se agolpó en mis mejillas.

—Me parece una falta de profesionalismo y de respeto, hacia mí y hacia usted misma, que presente esto y mienta diciendo que le dedicó un mes y medio de trabajo.

Habría preferido que me abofeteara a tener que escuchar esas palabras.

—Quizás sus expectativas están demasiado altas, profesor. Me parece que…

—No se atreva a defender esto —zanjó—. Es el proyecto más importante de su carrera, el broche de oro a una trayectoria estudiantil admirable y ¿piensa que esto es suficiente?

—Me parece que…

—Sí, mis expectativas con usted son muy altas porque sé de lo que es capaz. No espere que acepte lo que sea que hizo para cumplir con el trabajo.

—Me esforcé mucho para entregar a tiempo. No merezco que me hable de esa manera.

—Baja el volumen de tu voz, Alex.

No grité, pero jamás había usado un tono irrespetuoso con un profesor, mucho menos con él. Me sorprendió que pasara a tutearme.

—Te diré algo que la mayoría de las personas está en contra de decir, pero eso no lo hace una mentira. —Suspiró y se quitó los espejuelos para mirarme a los ojos—. En el mundo real a nadie le importa lo mucho que te esforzaste. A veces, el esfuerzo no es suficiente o viene acompañado de buenos resultados y eso es lo que exigen allá afuera, lo que pedirán jefes o futuros clientes.

»No le presentarías tres malas propuestas a una gran empresa con la esperanza de que se conformen con alguna. Perderías tu trabajo si tus jefes te vieran llegar con algo a este nivel. —Señaló la pantalla de la computadora—. Si eres la responsable de un equipo de trabajo o la dueña de tu propia firma, perderías un cliente, un contrato; prestigio, dinero para ti y para tus empleados, quienes se convierten en una responsabilidad.

El cuerpo me temblaba con cada palabra que pronunciaba.

—En el mundo real esto sería un fracaso y yo estoy aquí para prepararte para la vida laboral después de tu graduación. —Se cruzó de brazos—. No voy a aceptar esto.

—Pero ya no tengo tiempo de hacer nada más y…

—Crea el tiempo y preséntame algo a la altura dentro de dos semanas.

—No puedo hacerlo en tan poco…

—Te estoy dando una oportunidad. Quiero que participes en el concurso anual de Stewart y Asociados. Sé que puedes ser uno de los proyectos finalistas y si te esfuerzas, ganarás. Pensé que esa era tu meta, ya que Henry…

—No me interesa presentar nada a una empresa que dirige ese hombre.

López alzó las cejas y la realización pasó por su rostro antes de que volviera a adoptar la expresión profesional que tan bien conocía.

—Ya veo. —Se inclinó y apoyó los codos en la mesa—. Si tienes algún problema personal que está afectando tu proceso creativo y de trabajo, soluciónalo o ponlo a un lado para que esto salga bien.

»En la vida real, a los clientes no les importan los divorcios, las dificultades económicas o las riñas familiares. Lamentablemente, ni siquiera les interesan tus problemas de salud, solo los resultados que alcances. Te aprecio como estudiante y como persona. Lamento que no estés pasando por un buen momento, pero quiero que te centres.

Aguanté las ganas de llorar por la rabia que me provocaba saber que López tenía razón.

—También quiero que te presentes a ese concurso y que lo ganes. No dejes que nada ni nadie trunque tu futuro. Yo confío en que serás brillante y espero que tú confíes en ti misma.

No pude decir nada. López era dedicado, estricto y directo, eso lo hacía el mejor de todos mis profesores.

—Dos semanas —especificó, y supe que debía irme.

Caminé por el pasillo a toda velocidad, empujando al que se interpusiera en mi camino.

Cambié mi especialidad a Arquitectura Paisajística porque la empresa de Henry necesitaba ese tipo de arquitectos. Su punto débil era el diseño de los espacios exteriores. Al principio no me gustaba, lo hice porque había hecho planes para trabajar con él después de la graduación.

Me esforcé el doble estudiando para ayudarlo, para estar a la altura y que me viera como una buena profesional. Gasté tiempo y energía, sacrifiqué mi sueño de dedicarme a la restauración, todo por él, y ¿qué recibí? Nada.

*Ya no funcionamos como pareja.*

La frase me perseguiría por la eternidad.

«Hijo de puta. Perro infiel desconsiderado. Espero que te caiga un bloque de cemento encima a mitad de una construcción».

Entré a la biblioteca y Dana saltó en su silla cuando planté mi bolso sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

Había dejado todo a un lado por una persona a la que no le importaba en lo más mínimo. No permitiría que eso arruinara mi carrera.

Me senté, ignoré las preguntas de mi amiga y dirigí mi furia a seguir investigando para tener tres buenas propuestas en dos semanas. La energía que cargaba la iba a enfocar en mi tesis. Henry se podía ir a la mierda.

---

Arrastré los pies por el pasillo y me costó abrir la puerta de casa. Una vez más me habían echado de la biblioteca de la universidad. Avancé, me sentía satisfecha y, en el fondo, agradecida de estar agotada porque eso me impedía pensar y volver a enojarme.

Sin embargo, cuando cerré la puerta me percaté de la música alta y las risas provenientes del salón. La calma en mi interior desapareció.

Shanon reía a todo pulmón. Kirian, o así recordaba que se llamaba el silencioso de los amigos de Ellis, tenía puestos los audífonos y la vista clavada en su laptop.

Se habían organizado alrededor de la mesa auxiliar. Seis computadoras se apretujaban en el espacio, con latas de bebidas, paquetes de papas y tazas de café. Era un desastre en medio de mi sala; con solo pensar en que la alfombra se mancharía me daban ganas de echarlos para ponerme a recoger y limpiar.

—¡Miren quién llegó! —dijo Ellis—. Es el alma de la fiesta. ¿Qué tal te llevan los ataques de ira?

Tenía un talento innato para hacerme enojar.

—Hola, Alex —dijo Shanon, que ese día llevaba trenzado el pelo —. Mi prima estaba aquí. Se fue porque se aburría y se cansó de

esperarte. Ellis dijo que estabas en la peluquería.

Le dediqué una mirada de odio al estúpido.

—Por como va peinada, creo que me equivoqué —se burló—. De seguro estaba en el gimnasio pegándole a un saco de boxeo.

—No, pero tengo ganas de hacerlo y tu cara se parece bastante a uno.

—¿Ven? Les dije. —Miró a sus amigos—. Es el alma de la fiesta.

—No le hagas caso —dijo Shanon—. Está de mal humor porque rechazaron el diseño de todos los personajes del videojuego.

Ellis había estudiado Arte Digital, desde pequeño le encantaba dibujar. Me importaba poco si le rechazaban algo. Tragué mis burlas porque Shanon me agradaba y, al ser un equipo, quería decir que ella también había sido rechazada.

—¿Quieres ver lo que estamos haciendo? —preguntó, emocionada.

—No pierdas tiempo, a Alex no le importa nada que no sea ella misma.

—Sí, me encantaría ver. —Me paré detrás de Shanon e ignoré a Ellis.

—Yo soy animadora y apoyo con la programación. —Señaló con la cabeza a Kirian—. El maestro del silencio es nuestro programador principal y diseñador de juego, la parte lógica y coherente de cómo debe funcionar todo. Es el aburrido.

Kirian ni siquiera levantó la vista.

—Y Ellis es nuestro ingeniero de sonido, guionista y artista conceptual y de 3D —concluyó—. El rarito creativo que se cree el jefe, pero la jefa soy yo.

—Para ser la jefa hablas mucho y trabajas poco —murmuró Kirian que, al parecer, siempre estaba al tanto de lo que se hablaba, solo fingía no estarlo.

Shanon le sacó la lengua.

—Estamos desarrollando un RPG de acción para venderlo a una compañía muy importante. No te puedo decir cuál. —Señaló a la pantalla de su computadora—. La historia es genial. El protagonista sobrevive a un evento catastrófico en su instituto y se queda encerrado en un pueblo donde…

—Es de terror, da miedo y no dormirías si lo ves —zanjó Ellis—. Deja de explicarle cosas que no entiende, estás perdiendo tu tiempo.

—No soy tonta —rebatí, aunque a mis ojos solo había líneas de código y no sabía el significado de RPG—. Suena interesante —le dije a Shanon—, aunque voy a entender más cuando me muestren el juego.

—Tenemos un demo animado. Puedes…

—No le enseñes cosas a las que le pueda poner malas energías —intervino Ellis—. De hecho, les aconsejo que se mantengan alejados de ella si quieren que nos den el financiamiento que necesitamos. Es una malvibrosa.

—¿Malvibrosa?

—Aquí vamos —murmuró Kirian y cerró la laptop para concentrarse en su Kindle.

—Tienes un aura oscura. La siento cada vez que apareces. No te quiero cerca de mi trabajo. ¿Por qué no te vas a tu habitación?

—¿Estás diciéndome qué hacer en mi propia casa?

—Es rentada, reina.

—No hay ninguna diferencia en eso, rarito.

—Hace años eso dejó de ser un insulto.

—Pues reina es un halago.

—No cuando tienes el cerebro hueco.

—Mejor eso a tenerlo lleno de mierda como tú.

—Mi mierda es productiva.

—Sí, la usas para hacer que la gente te odie.

—Me odiarás, pero bien que te gustó follar conmigo.

Se me heló la sangre. Shanon apartó la mirada y Kirian siguió fingiendo demencia.

—Acordamos no decir nada de…

—Ellos lo saben, reina de plástico. Estaban en la fiesta, ¿recuerdas?

—No recuerdo una mierda —mascullé.

—Pues avergüénzate tanto como yo. Cada vez que les miro a la cara recuerdo que follamos y me dan ganas de vomitar.

Me tragué la lista de insultos porque estaba frente a personas que apenas me conocían y no iba a montar un escándalo.

—¿Podemos hablar a solas un momento? —mascullé.

—No.

—A mi habitación, ¡ahora!

Sentí tanta vergüenza que no pude despedirme de sus amigos. Cerré la puerta cuando Ellis entró a regañadientes y me planté frente a él.

—¿Quién te crees para montar tu base de operaciones en mi sala sin pedir permiso?

Ladeó la cabeza y forzó una sonrisa.

—Eri salió con Lucas y no vuelve hasta mañana. Le pedí permiso.

—Yo también vivo aquí y mi opinión cuenta. No puedes hacer lo que te dé la gana. Llego cansada y con ganas de descansar, pero tú monopolizas mi salón.

—Estamos a metros de distancia, no te van a molestar.

—La música no dice lo mismo.

—Usa tapones para los oídos.

—¡Cómo puedes ser tan poco empático! —grité—. Estoy agotada, mi tutor destrozó las propuestas que presenté y llevo seis horas pegada a una computadora después de días sin dormir bien. ¿Es que no me has visto o decides ignorarlo?

—Habló la reina de la empatía.

Exhalé un suspiro y cerré los ojos.

—Sí, pasé semanas ignorando a todos y sí, fui desconsiderada con Erika. Le pedí disculpas y me perdonó porque sabe que no soy así y que estaba pasando por un mal momento.

—¿Estabas? Qué osado de tu parte pensar que ya estás bien cuando pareces un pollo sin cabeza corriendo de un lado a otro.

Apreté los dientes con fuerza. Pasé años poniendo barreras entre nosotros para que no lograra ver a través de mí. Sin embargo, Ellis me conocía y eso me hacía débil ante él. Mi única defensa era fingir que no me dolían sus palabras. No iba a darle el gusto de enojarme más.

—Mantén la música baja y no vuelvas a mencionar lo que pasó entre nosotros delante de tus amigos —advertí—. No me importa si ya lo saben, finge que no.

—¿Que no repita que follamos o que te gustó?

—En tus sueños es el único lugar donde me podría haber gustado tocarte.

Presioné la mano sobre su pecho para empujarlo hacia la puerta, pero me tomó de la muñeca y me pegó a la pared. Plantó las manos a los lados de mi cara y tuve que alzar la vista para mirarlo a los ojos.

—¿Estás segura de eso? —Su dulce aliento rozó mi rostro—. ¿Crees que no te gustó lo que hicimos?

—Dijiste… —Un suave olor a sándalo me envolvió, era su perfume—. Se supone que no recordabas nada.

—Quizás he tenido algunos *flashbacks* de esa noche.

Me estremecí. Una de las razones por las que había evitado hablar con Ellis a menos que fuera para gritarnos, era por el tono de su voz. Era grave y sensual, acariciaba con una suavidad que te ponía el pelo de punta.

—¿No quieres saber qué cosas recordé? —insistió.

Mis ojos se fueron a su boca, mi mente a los tatuajes sobre su pecho desnudo aquella mañana, los que bajaban por su ingle y se perdían hacia…

—Recuerdo el torso desnudo de cierta chica con pelo castaño, empapada en sudor —dijo en voz cada vez más baja—. Recuerdo verte mover las caderas encima de mí pidiendo más y más, tomando cada centímetro de…

—¡Cállate!

La sonrisa de satisfacción que me dedicó no ayudó en nada a la imagen mental que me había creado.

—¿Tú no lo recuerdas?

Negué y el sonido grave que se escapó de su pecho me hizo apretar las piernas con fuerza.

—Para odiar tanto al rarito de los videojuegos, bien que querías follarme esa noche.

Traté de buscar algún recuerdo y no vino nada, pero si eso era cierto, no podría mirarlo a la cara nunca más. Tendría que mudarme, irme a vivir bajo un puente, a donde fuera.

—Quita esa cara, reina del baile. —Se enderezó y se alejó de mí —. Por suerte, no me acuerdo de una mierda y si alguna vez tengo

un *flashback* de esa noche, pienso ir directo al hospital para pedir una lobotomía.

—Hijo de puta.

—Mi madre no es una puta y, además, la adoras. Deja de llamarme así.

Abrió la puerta y se detuvo antes de dar el primer paso.

—Quiero de vuelta mi sudadera —dijo con la vista en mi mesa de dibujo—. Lávala bien y devuélvemela, pero si no logras quitarle tu olor, tírala.

Me quedé sola, mirando a la sudadera negra con la que había salido de la casa desconocida. Era de él, me la había llevado y entendí por qué su olor a sándalo resultaba conocido.

Resoplé al escuchar la música que llegó desde la sala. Tenía que ducharme y dormir, pero no podía moverme. Mi corazón estaba a punto de salirse por mi boca y todavía sentía la calidez del cuerpo de Ellis a mi alrededor.

# CAPÍTULO 7

*Solo hay un pecado que supera al de revisar las redes de tu ex y es stalkear a la novia de tu ex.*

La chica era modelo. Después de varios días, Dana la encontró. Había pasado por alto la posibilidad de que fuera famosa y se complicó investigando sin necesidad.

Tenía el pelo negro a la altura de los hombros, de piel canela, con fotos que desbordaban elegancia. No solo se veía perfecta, es que era casi una santa. Defensora de los derechos de la mujer y filántropa. Había pasado un mes como voluntaria para la construcción de una escuela en África.

—Basta. —Erika pasó por mi lado y cerró mi laptop—. Pensé que ibas a trabajar, no a seguir acosando a esa chica.

—Es que no encuentro nada de ellos juntos. Lo tienen muy escondido.

Mi amiga se sentó al otro lado de la mesa.

—Quizás no hay nada para encontrar. —Me acercó una taza de café—. Pensé que yo iba a estudiar y tú a trabajar en tu tesis.

—Es que yo también me habría dejado por una mujer así —murmuré al abrir la laptop y ver la misma foto—. Al lado suyo, alguien como yo…

—Basta —repitió mi amiga—. No tomes ese camino.

—Parezco un chicle rancio al lado de esta mujer.

—Voy a desconectar el internet, nos vamos a concentrar y…

—Vale… Prometo dejar el tema y no ser una pesada egocéntrica.

—No quise decir eso.

—Trabajar y estudiar —dije para cerrar el tema.

—Alex, ese no es el problema. No me molesta que me cuentes lo que estás pensando.

Me concentré en el teclado para evitar su mirada. Todavía me sentía mal por esas primeras semanas de septiembre en que la había ignorado.

—Ver las redes sociales de Henry o de cualquier persona con la que tenga algo no te va a ayudar en nada. Estás haciéndote daño.

—No puedo evitarlo.

—Sí puedes. Y más importante que ver lo que hacen otros en internet es que hables de ti. Ni una sola vez me has dicho cómo te sientes.

Más allá del enojo no había experimentado nada más.

—Siento que perdí casi dos años de mi vida con una persona que me clavó un puñal en la espalda.

—Pero ¿eso cómo te hace sentir?

—Con ganas de verlo arrastrarse, llorando y arrepentido.

—Eso no es la respuesta a lo que te pregunté.

—No te va a decir cómo se siente —dijo Ellis al aparecer en la cocina—. Está en una buena etapa: enojada y con ganas de matar a alguien.

—¿A cierta persona que ayer no me dejó dormir por la música en su habitación? —solté con sarcasmo—. Sí, tienes razón, tengo ganas de matarte.

Bostezó y se fue hacia la nevera.

—Tranquila. Pronto la insonorizaré.

Como siempre, iba despeinado y con ojeras. Normal si acababa de salir de la cama a las tres de la tarde. El pijama de manga corta tenía otra de esas frases: «Si no quieres estar entre locos, Alicia, corre en dirección contraria».

«Al menos con esa se insulta a sí mismo».

—Apúrate en insonorizarla o múdate.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—No peleen —murmuró Erika con la vista en su pantalla.

—No tengo la culpa de que el vago de tu hermano no me deje dormir y me persiga a todos lados hablando de etapas de ruptura e insultándome.

—No te persigo, evito cada lugar en el que te veo y eso incluye la cocina.

Estaba a punto de salir, pero se dio la vuelta y me miró.

—Sin embargo, como soy bondadoso, te voy a decir algo.

—Ahórratelo.

Me centré en la laptop, pero Ellis rodeó la mesa y se paró a mi lado.

—No es solo bondad, es que será divertido verte reaccionar y te dará un empujoncito a la siguiente etapa del duelo.

—Déjala en paz, Ellis —dijo Erika en lo que tecleaba a toda velocidad—. Ya tiene suficiente con lo que lidiar como para tener que aguantarte.

—Estoy seguro de que no has pensado en algo —dijo, ignorando a su hermana—. Ni tú ni tu amiguita, la que podría trabajar de espía.

—Deja a Dana fuera de esto.

—Ninguna de las dos valoró que, aunque tu ex haya ido a esa cena con alguien, no significa que tenga algo con esa persona.

—Pero la foto…

—Cierto, su mano tomando la de una mujer.

Me sobresalté cuando puso su mano sobre la mía y trazó perezosos círculos por el dorso. Su piel estaba hirviendo.

—Te estoy tomando la mano, Alex. ¿Está pasando algo más que eso entre tú y yo?

Se había inclinado y podía oler su perfume, el que seguía impregnado en la sudadera que había lavado, pero mantenía mi habitación oliendo a sándalo. El corazón se me desbocó.

—La foto no significa nada y, si de verdad lo significara, tampoco comprueba que él te estuviera engañando. A fin de cuentas, ese día ustedes ya estaban separados. —Me dio una media sonrisa—. No es

como si te hubiera sido infiel por estar con alguien más de tres semanas después de que se separaran, ¿o sí?

Su sonrisa de suficiencia dejaba más que claro que no se refería a Henry, sino a lo que había pasado entre él y yo. Si lo consideraba o no infidelidad, no estaba segura y tenerlo tan cerca no me ayudaba a pensar.

Erika nos observó con el ceño fruncido. Ellis seguía acariciando mi mano y al instante la aparté.

—Eres insufrible. Vuelve a tu cueva y déjame en paz.

Intentó pasar su mano por mi pelo para despeinarme, pero le pegué un codazo antes de que pudiera tocarme. Se quejó de dolor y se sostuvo la costilla.

—Me pegas, no agradeces mi buena fe y me robas ropa. No creas que olvidé mi sudadera. Devuélvela o tendré que contarle a Erika cómo llegó a tus manos.

Desapareció y miré a mi amiga, asustada.

—No voy ni a preguntar de lo que hablan —dijo al momento—. Me siento como una señora mayor lidiando con dos nietos malcriados.

No sabía qué me pesaba más, si la culpa por no decirle a Erika que había follado con su hermano o la bomba de relojería que Ellis acababa de lanzarme.

«¿Y si Henry no me fue infiel? ¿Y si lo saqué todo de contexto?».

# CAPÍTULO 8

*Si discutes con Ellis, siempre vas a perder… a menos que sepas cómo ponerlo nervioso.*

Llevaba diez minutos bajo la ducha y mientras más pensaba en la discusión con Henry, peor me sentía. Lo había echado todo a perder por mi estupidez.

No me consideraba una persona impulsiva o temperamental. Solo ante mi familia y amigos había perdido el control un par de veces y en situaciones extremas. Nunca discutía con nadie… a excepción de Ellis.

Él era la única persona que sacaba lo malo de mí y por eso no lo soportaba. Era parte de nuestra guerra eterna y un mecanismo de defensa. Por eso no entendía cómo había perdido el control esa noche con tanta facilidad y por una foto de un par de manos.

Desde que Henry y yo formalizamos nuestra relación, moldeé mi manera de comportarme por una infinidad de razones. La primera: la edad sí importa.

Henry me llevaba diez años, tenía una vida hecha y una imagen que mantener. Trabajé muy duro para estar a su altura. Me costó aprender reglas de un mundo distinto al mío, adapté mis horarios y cambié de especialidad para serle útil.

Con una llamada telefónica había arruinado años de relación.

Cambié el agua de la ducha para que saliera fría y tirité, llorando sin poder detenerme. Era estúpida y patética y una niña frente a sus ojos, lo que siempre había temido.

No fue hasta que se me entumecieron los dedos de las manos que cerré la ducha. Estaba empapada, sin toalla o ropa porque la había olvidado encima de mi cama. Salí goteando y no me dio tiempo a llegar a mi puerta porque Ellis entró por la otra.

—¡Mierda!

Casi me caigo por su grito y la velocidad con la que me lanzó la toalla que llevaba al hombro. Se tapó los ojos y se dio la vuelta.

—¡¿Por qué no cierras mi puerta si vas a bañarte?! ¿Quieres que tenga pesadillas por el resto de mi vida?

Le di la espalda, acomodé la toalla como un vestido y la anudé por encima de mis pechos.

—Olvidé mi ropa, cerrar la puerta y todo lo que se pueda olvidar en este universo. ¿Contento? —No me di la vuelta. No tenía ganas de verle la cara—. Estoy cansada y aturdida.

—Se nota, porque sigo sin ver mi sudadera en mi armario.

Cerré los ojos con fuerza y conté hasta tres antes de enfrentarlo.

—Te la llevaré a tu cueva cuando me vista, y después de eso, por favor, no vuelvas a dirigirme la palabra en lo que queda de año.

Me tomó del brazo e hizo que lo mirara.

—¿Estabas llorando?

—No.

—Tienes los ojos rojos.

—Es el champú.

—Usas champú de bebé, eso no daña los ojos.

—¿Cómo sabes que uso champú de bebé?

—Porque huele bien y te lo robo de vez en cuando.

Le di un golpe en el pecho y me soltó.

—Me robas el champú y armas un espectáculo por una sudadera —mascullé e intenté huir, pero no lo permitió.

—¿Por qué estabas llorando?

Fijé la vista en su pecho. Se había cambiado la camiseta por una que tenía un simple insulto: «¡Jódete!».

—¿Ya pasaste de etapa? —insistió—. ¿Entraste en la cuarta? Eso fue rápido.

—¿De qué mierda de etapas hablas?

—Del duelo. La cuarta etapa es Depresión.

—¿Cuál duelo?

—El de tu ruptura. Te dejaron. Estás trabajando en superarlo o eso deberías.

—¿Qué sabes tú de…?

—Negación, Ira, Negociación, Depresión y Aceptación. —Alzó las cejas—. La última vez que te vi estabas en Ira y supuse que podía ayudarte a entrar en Negociación. ¿Tan rápido entendiste que no hay vuelta atrás?

—Hablas puras tonterías.

Se interpuso en mi camino.

—¿Será que eres de las que no hace el proceso lineal? —Me analizó a detalle—. Estás triste, no enojada. ¿No vas a intentar arreglarlo?

Me ardieron las mejillas. No había nada que deseara más que recuperar lo que tenía con Henry. Lo extrañaba, pero no sabía cómo solucionarlo.

—Deja de molestarme. A ti no te importa lo que me pase y no tengo fuerza para discutir.

Me tomó del brazo para que no me fuera.

Por un segundo creí ver algo de preocupación en sus ojos. Sin embargo, se encogió de hombros y dejó libre mi puerta.

—A partir de hoy recuerda cerrar cuando entres al baño. Preferiría ponerme vinagre en los ojos a tener que mirarte fijo por más de tres segundos, en especial si es desnuda. —Fingió una arcada—. Evítame el mal trago, ¿sí?

—Imbécil.

—Quiero mi toalla de vuelta junto con la sudadera.

Pateé mi puerta y se cerró con tanta fuerza que uno de los pequeños cuadros que tenía en la pared cayó al suelo. Estaba harta de Ellis. De haber podido mudarme, lo habría hecho.

Me vestí y me arreglé. Tenía los ojos hinchados y me puse todo lo que encontré para mejorar mi aspecto.

No pensaba salir en todo el fin de semana. El lunes tenía que entregar mis propuestas de tesis al profesor López, pero no quería que Erika supiera que había estado llorando. Se preocupaba demasiado y seguía repitiendo que en algún momento tendría que expresar lo que estaba sintiendo.

Yo solo podía identificar las ganas de llorar y me negaba a seguir así. Lo mejor era meterme de lleno al trabajo pendiente para no pensar de más. Al final, lo que decían sobre los artistas lastimados y cómo en su peor momento creaban las mejores obras de arte, iba a ser cierto. Estaba a punto de caerme a pedazos, pero creativamente me sentía mejor que nunca.

El sonido del agua corriendo se detuvo cuando Ellis terminó de bañarse. Lo mejor era salir de él y sus tonterías antes de sentarme a trabajar. Di dos golpecitos en su puerta.

—Puedes entrar.

—No pienso poner un pie en tu cueva. Toma tu maldita sudadera. La toalla se está lavando.

—Estoy jugando, no me voy a levantar para abrirte.

«Trabajo. Tengo mucho trabajo que hacer como para perder mi tiempo con un niño».

Giré la manija y abrí la puerta solo un poco.

—¿Dónde la pongo?

—Encima de la cama —dijo desde algún lugar.

Maldije por lo bajo. A mis ojos le costó acostumbrarse a la oscuridad. Me sorprendió que el lugar oliera a sándalo y estuviera ordenado. Ellis solo tenía una cama de tamaño personal con tal de hacerle espacio a la gran mesa de dibujo y una estación de trabajo con dos computadoras.

Estaba sentado frente a una con un monitor gigante y no apartaba los ojos del juego. Iba sin camisa, con todos los tatuajes expuestos. La luz azulada de un lumínico de neón a su espalda marcaba los músculos de sus brazos y el pecho. La línea de su mandíbula se definía aún más por la oscuridad que creaban los tatuajes en su cuello.

Mordía su labio con el ceño fruncido, concentrado en el juego, pero se detenía de vez en cuando para tomar notas en un cuaderno.

Una mano estaba sobre el *mouse* y la otra sobre la parte izquierda del teclado que desprendía luz de distintos colores y cambiaban como un arcoíris danzante.

Los dibujos de tinta negra se enroscaban en su antebrazo, los músculos se marcaban por el movimiento. Las venas y los tendones se movía sobre el dorso de su mano y los dedos presionaban las teclas con una suavidad y rapidez hipnotizante.

No podía apartar la vista de su mano izquierda. Algo sucedía en el juego que lo hacía moverla cada vez más rápido. No quería, pero mi cerebro se fue a un lugar muy peligroso en el que valoraba la capacidad de esos dedos para…

—¿Entretenida? —Ellis me observaba con una media sonrisa—. ¿Te gusta verme jugar?

El calor subió a mis mejillas.

—¿Dónde pongo tu sudadera?

—Tranquila, no serías la primera persona que me elogia por mi habilidad con las manos. —Movió los dedos—. Aunque, normalmente, me halagan por otras tareas, no por el juego.

—Imbécil.

—¿A que te gustaría ser mi teclado?

Tiré la sudadera sobre su cama.

—Vete a la mierda.

—Si tanto te gusta verme mover las manos —dijo antes de que saliera—, puedes quedarte y mirar. No me molesta.

Solo él lograba que la sangre me subiera a la cabeza en un segundo. No lo iba a dejar ganar, no esa vez.

—Estaba mirando, ¿y qué? —Caminé en su dirección y me detuve junto a su silla—. ¿Me tengo que avergonzar por eso?

—No. —Se mostró satisfecho—. Solo tienes que aceptar que te gustó y que te estabas imaginando… cosas.

—No imaginé nada.

—Tu cara lo decía todo, dejaste el piso lleno de baba.

—Estoy ovulando, pedazo de idiota. Respirar muy fuerte me pone, imagina si veo a alguien moviendo los dedos así. —La sonrisa se le borró cuando me incliné sobre la mesa y quedé muy cerca de su rostro. Dos podían jugar a provocarse—. Me dan ganas de saber

cómo se siente, si podrías hacer que me corriera con solo tocarme por encima de la ropa, en lo caliente que se sentiría mi piel. Tendría que quedarme desnuda en tu cama hasta calmarme o quizás… Quizás te pediría que me follaras porque tus dedos me habrían dejado con las ganas —susurré con mi voz más sensual—. ¿Quieres saber si pensé eso?

Se atragantó con su propia saliva y empezó a toser. Fue mi turno de sonreír.

—Lamentablemente, mis hormonas son un desastre en determinados momentos del mes y me excita hasta caminar. —Le mostré el dedo medio—. No me da vergüenza aceptarlo.

Le di la espalda y, antes de salir, lo miré por encima del hombro.

—Te aconsejo que revises esa tos, no me gustaría contagiarme… —Me miró con mala cara—. ¡Ah, no! No es gripe, es que te estás imaginando cómo sería tocarme con tus dedos mágicos.

No fue capaz de rebatir, se había quedado en shock. Sonreí al salir al pasillo. Esa ronda la había ganado. Todavía podía ponerlo nervioso.

# CAPÍTULO 9

*Aunque creas que es tu culpa, no lo es. Siempre es culpa de los hombres.*

—Me aceptó las propuestas —murmuré.

Dana chilló a todo pulmón y me abrazó.

—¡Cada vez falta menos para graduarnos! Hay que celebrar.

El profesor López me había sonreído al mirar la presentación con mis tres posibles proyectos de tesis.

—Faltan meses para graduarnos y ya quieres celebrar —me burlé —. Además, es lunes, no hay fiestas los lunes.

—Shanon me comentó de un bar.

—¿La amiga de Ellis?

—Sí. Tuvimos una cita la semana pasada, pero no funcionó. —Me dio una sonrisa—. No importa. Nos agradamos y la amistad se queda.

—¿Cuándo tuvieron una cita? ¿De nuevo estoy ignorando a mis amigas?

Puso los ojos en blanco.

—Estabas ocupada y olvidé contarte, pero eso ya no es relevante. —Me enseñó las fotos de un centro nocturno adornado

con luces neones verdes—. Dice Shanon que la música es muy buena. Hoy vamos.

—Pero…

—Silencio. Ya le estoy avisando a Erika.

Y obedecí porque quizás no era una mala idea. Ya no tenía nada con lo que ocupar mi mente y necesitaba seguir evitando pensar en Henry.

---

Para mi sorpresa, Erika y Lucas se mostraron dispuestos a salir un lunes. Lo peor fue que Ellis también. Me mantuve en silencio en el auto mientras Lucas conducía y cuando llegamos al bar puse la mayor distancia posible entre Ellis y yo.

El lugar era agradable y la música daba ganas de unirse a la pista de baile donde Laila y Shanon bailaban desde que habían entrado por la puerta. Erika y Lucas no estaban muy lejos.

—Ese es un poco rarito, ¿no? —dijo Dana cuando nos sentamos en la barra.

Señalaba a Kirian, sentado en una mesa apartada y solo. Tenía un vaso con alguna bebida de varios colores y el Kindle en la mano.

—Los amigos de Ellis siempre han sido… peculiares —dije por lo bajo.

Raritos sería algo que solo diría delante de él para provocarlo.

—¿Por qué viene a un bar a leer? Está bueno y es lindo. Ese grupo no ha dejado de mirarlo desde que llegó. —Se refería a tres chicos y una chica al otro extremo de la barra—. Quizás no le gusta la gente. Traté de hablar con él y me dijo que no lo molestara.

Dana pidió una cerveza para ella y una botella de agua para mí. Me quedé mirando el teléfono, al contacto de Henry. Había hecho lo mismo más de cien veces en el día.

—Si vas a llamarlo, hazlo de una vez.

—No estaba pensando hacerlo —mentí, a medias—. El problema es que no sé qué hacer.

—El problema es que te sientes mal por haberle reclamado.

—Si fuese solo reclamar no me sentiría mal. —Chasqueé la lengua—. Le monté un espectáculo por teléfono.

—¿Y?

—No me digas que no fue nada, me escuchaste gritarle. Estabas muy a favor de que lo hiciera.

—Primero, no sabes cuál es la verdad detrás de esto y, segundo, todos nos equivocamos.

—No con un ataque de celos después de que él me dejara, cuando no teníamos nada y por ver una foto de dos manos.

—Puros tecnicismos. —Bufó—. Te mereces explicaciones y no te las dio. Si te equivocaste, pides disculpas. Si quieres llamarlo, hazlo. Si quieres emborracharte y olvidarlo todo por hoy… —Me acercó su botella de cerveza—. La noche es tuya.

—Eres la peor consejera del universo y tienes suerte de que Erika no te esté escuchando.

—Erika es como una mamá concienzuda porque su vida siempre ha sido perfecta y conoció a la persona de sus sueños a los diecisiete años. —Movió la cerveza frente a mi cara—. No somos como ella y tú jamás lo has querido aceptar.

—Lo único que tengo que aceptar es que tiré por el retrete mi relación.

—Si ya entendiste que se acabó, haz lo que hace el resto de los mortales despechados: emborracharte, tirarte lo primero que veas y arrepentirte al día siguiente.

—Ya lo hice.

—Parece que no fue suficiente. —Me sonrió—. Deberías pedirle a Ellis que repitan.

—¡Calla!

—Nos ha estado escuchando todo este tiempo.

Miré a mi espalda y Ellis me devolvió la mirada. No dijo nada y se fue con la chica con que había estado conversando en la mesa junto a la de Kirian.

—No vuelvas a hacer eso —le gruñí a Dana—. Se supone que no íbamos a hablar del tema. Lo prometiste.

—Solo estaba ayudando un poco. A lo mejor es él quien se anima a invitarte a repetir.

—Ni aunque me pagaran.

—Pues no sé de qué te quejas. A Ellis yo le pagaría si él quisiera. Me pregunto cómo se verá desnudo con todos esos tatuajes.

El cosquilleo en mi pecho bajó hasta mi estómago y lo recordé sin nada puesto con la sábana apenas cubriéndolo. Agité la cabeza antes de que el recuerdo de sus dedos sobre el teclado se uniera y mi cerebro tomara la dirección incorrecta.

—Se ve bien —murmuré—, pero eso no es relevante.

Dana se encogió de hombros.

—Da igual. Él parece interesado en alguien más esta noche.

Ellis tenía el brazo por encima de los hombros de la chica de pelo negro y flequillo corto. Se veía muy a gusto, no como en el instituto, donde jamás lo vi hablar con alguien que no fueran sus amigos.

—Si te animas a hacer algo más entretenido que beber agua, búscame.

Dana me dio un beso en la mejilla y se fue hacia la pista de baile.

Volví a mirar mi teléfono y luego a la botella de agua. Quizás era una terrible idea, pero si bebía dos cervezas, Henry saldría de mi cabeza y era lo que más deseaba. No tenía que emborracharme hasta perder el control, solo lo suficiente para bailar con mis amigas y olvidarme de todo.

—No lo hagas.

Unas manos se plantaron a los lados de mi cuerpo y el calor de una persona a mi espalda me envolvió. Quedé entre la barra y Ellis con sus labios muy cerca de mi oído, podía escuchar su respiración.

—Dos cervezas, por favor —le dijo al bartender—. No sigas el consejo de tu amiga.

Su voz era aún más seductora cuando hablaba por lo bajo.

—Beber y follar con quien sea no va a resolver nada —continuó en lo que el bartender abría las cervezas frente a nosotros—. Ya lo hiciste y sabes cómo se siente. No agregues peso a tu espalda.

Se fue y me quedé helada, tenerlo tan cerca me había hecho sentir como si estuviera bajo una manta térmica. El corazón me latía a toda velocidad y no tenía sentido que fuera por la cercanía de Ellis. Él no me podía poner nerviosa.

«Pero esta es la segunda vez que pasa. Además follé con él y sigo sin contarle la verdad a Erika».

Y así pasé de pensar en Henry a sentirme la peor amiga del mundo durante las tres horas siguientes. No me emborraché, pero bebí tanta agua que me la pasé del baño a la barra toda la noche. Evité a Erika por vergüenza, a Shanon y Laila porque no paraban de invitarme a bailar y a Dana porque había conocido a un chico con el que no paraba de besarse.

No fue hasta las cuatro de la mañana que mis amigos fueron despidiéndose uno a uno. Erika y Lucas se quedarían en casa de él porque era mucho más cerca y ella estaba borracha. Yo pedí un Uber y Ellis estaba a punto de hacer lo mismo cuando su hermana le dijo que compartiera el mío. Tenía sentido si íbamos al mismo lugar, pero por su expresión sabía que la idea le gustaba tan poco como a mí.

El conductor iba en silencio y nosotros pegados a las ventanillas opuestas de los asientos traseros. Mi teléfono estaba casi sin batería y volví a mirar los contactos hasta dar con el de Henry.

«Quizás no está mal que le escriba y me disculpe».

—Pensé que te irías con tu amiga —dije para buscar conversación y evitar que mis dedos se pusieran a escribir un mensaje.

Ellis me miró con el ceño fruncido.

—¿Pasó algo con ella? —insistí—. Parecía agradable.

Mantuvo la cara de confusión. No tenía sentido que yo le hablara, mucho menos de lo que hacía con su vida. Miró el teléfono en mis manos y lo escondí.

—Mañana tiene clases en la universidad.

No supe qué más decir para entretenerme y mi vista regresó al teléfono.

—¿Quieres otro consejo que no me has pedido? Es sobre tu ex. —Lo valoré por unos segundos antes de asentir—. No le escribas y no lo llames.

—Tú mismo dijiste que me apresuré al sacar conclusiones. Actué de manera impulsiva y lo arruiné todo.

—Él ya te había dejado.

—Estábamos pasando por un mal momento.

—Hazme caso, Alex. No le escribas.

—¿Por qué?

Las luces de la calle pasaron por su rostro mientras el auto atravesaba la ciudad. Sus ojos azul eléctrico resplandecieron y por unos segundos me encontré sosteniendo la respiración bajo su hipnotizante mirada.

—Nadie debería suplicar por volver a un lugar donde no lo quieren —murmuró—, mucho menos alguien tan… alguien como tú.

# CAPÍTULO 10

*Si no te da chocolate cuando estás menstruando, ahí no es.*

—Abre, Alex.

Me escondí bajo las sábanas e ignoré los golpes que daba Ellis en la puerta.

—Pensé que eran los vagos los que se levantaban tarde —insistió.

Me dolía todo el cuerpo y la cabeza estaba a punto de estallarme.

—Al menos respóndeme —exigió.

—¡Vete!

—Es mediodía. Despierta de una vez.

—No tengo clases, déjame dormir.

—Necesito ayuda en la cocina, así que levanta el culo de la cama, ¡ahora!

Un calambre me recorrió el vientre y apreté las piernas de forma involuntaria. Me llegó el período cuando íbamos de regreso en el Uber y apenas dormí por los cólicos. Nunca me había dolido cuando menstruaba. La sensación era insoportable.

—¡Alex, despierta!

—¡Ya voy! —grité en dirección a la puerta sin intención alguna de poner un pie fuera de la cama, pero estaba acurrucada tan cerca del borde que me enredé con la sábana y caí al suelo.

Ellis abrió la puerta, asustado. Al verme sana y salva, retornó a la conocida cara de «ojalá no tuviera que verte a diario».

—¿Eres tonta?

—¿Eres sordo? Te dije que me dejaras dormir.

—¿Qué haces en el suelo y por qué…?

Sus ojos se quedaron clavados en la cama. Había una pequeña mancha roja y la sábana que me envolvía estaba cubierta de sangre.

«¡Dios! Cómo odio menstruar».

—Alex, ¿estás bien?

Se había puesto pálido y volvía a tener cara de miedo.

—Estoy menstruando, imbécil, no trataron de asesinarme.

Bajó la vista al suelo y se sobó las sienes. Hice un intento por ponerme de pie y sentí como el líquido se escurría por mi pierna. Al parecer, mi copa menstrual había decidido abandonar el lugar correcto; era eso o me estaba desangrando.

Me falló el brazo al apoyarme en la cama y se acercó.

—Aléjate de mí o…

—No seas tonta y no te muevas.

Usó la sábana para envolverme y me alzó en brazos como si fuera un bebé.

—No tienes que…

—Por favor, cállate, ya eres lo suficientemente molesta. Convivir contigo en pleno período debe ser como el infierno, así que coopera.

—Puedes irte a la mierda si vas a…

Me bajó con suma delicadeza y mis pies tocaron los azulejos de la ducha. Se cruzó de brazos.

—Dime qué ropa te traigo y dónde tienes lo que necesitas para ponerte cómoda.

Tener a un Ellis dispuesto a hacer favores no era algo que recordara. Me quedé sin palabras al percatarme de la vergonzosa situación. Estaba menstruando y era normal, pero estar en la ducha con él, usando una sábana como compresa gigante y vestida con mi pijama rosa de flores blancas era de todo menos normal.

—Tengo mis cosas aquí, pero la ropa…

Me atraganté al imaginarlo revisando mis cajones de ropa interior y encontrando mis juguetes sexuales. Me ardieron las mejillas.

—¿Puedes darme ropa tuya? —pregunté—. No me gusta la idea de tus manos, posiblemente sucias, rebuscando entre la mía.

Alzó una ceja y, para mi sorpresa, lo único que pronunció fue un suave «como quieras».

Fue a su habitación y dejó lo necesario en la encimera. Esperé a estar segura de que se había ido para quitarme todo de encima. Era un desastre. Normalmente, sangraba bastante, pero aquello parecía digno de la escena del baile de graduación en *Carrie*.

Tomé una ducha y me vestí con su ropa. El bóxer me quedaba ajustado, pero la camiseta de manga corta era tan grande que me cubría los codos. Yo era pequeña, Ellis era el doble de ancho que yo y además usaba ropa holgada.

Salí al pasillo con mi pijama envuelto entre la sábana y valorando si pasar por el mal trago de lavarlo todo o tirarlo a la basura. Solo tenía otro juego de sábanas y, aunque me gustaba dormir sin ropa, era un hábito que había tenido que abandonar al compartir baño con Ellis. Ese pijama rosa era mi favorito, me lo había regalado mi madre.

—Dame eso.

Me quitó todo de las manos cuando entré a la cocina y se fue al cuarto de lavado.

—No puedes meterlo a la lavadora.

—Sé cómo lavar ropa manchada de sangre, he matado gente y he tenido que deshacerme de la evidencia.

—Muy gracioso.

—Crecí con dos mujeres, sé cómo hacerlo. —Señaló la mesa donde había un vaso de agua, dos cajas de antiinflamatorios que reconocí y una barra de chocolate, de las preferidas de Erika—. También sé que mi madre y mi hermana toman una de esas dos pastillas, pero no sé cuál prefieras o qué cantidad necesitas. El chocolate es para que ocupes la boca si te enojas conmigo y te pones a gritar.

«¿Ellis Knox me está cuidando?».

Comprobé si estaba despierta, quizás me estaba tendiendo una trampa para envenenarme.

Me senté y mis piernas temblorosas lo agradecieron. Otro calambre me hizo estremecer y me tragué una pastilla para que hiciera efecto lo antes posible. Me sostuve la cabeza y sentí náuseas.

—¿Qué más necesitas? —preguntó.

—Yo… no lo sé.

Puso una mano sobre mi frente.

—Estás segura de que solo tienes el período. ¿Cómo no vas a saber lo que necesitas?

—Nunca… —Se me nubló la vista—. Nunca me había sentido así.

Todo se puso oscuro por un segundo y al siguiente Ellis me sostenía la cabeza para que no me diera contra la mesa.

—¿Alex? —Me ayudó a incorporarme y me tomó de la barbilla—. Alex, mírame.

—Estoy… estoy bien, pero duele mucho. —Me apreté el vientre—. ¿Por qué nunca me había dolido así? —Sollocé y las lágrimas se me escaparon.

Ellis murmuró algo que no entendí y me cargó. Su estatura daba mareo y fue un alivio cuando me acomodó en el sofá. Sentí que me derretía sobre el mueble, con las extremidades adormecidas.

—Mantén las piernas arriba —ordenó después de acomodarlas sobre varios almohadones para que quedaran por encima del resto de mi cuerpo—. No te muevas.

Regresó con una manta térmica.

—El calor te ayudará, pero si no te agrada, tienes que quitártelo. —Acomodó la manta sobre mi vientre—. Erika nunca pudo vivir sin una de estas, pero mi madre no lo soporta.

—Cierto —murmuré y mi voz salió irreconocible—. Lo sé, pero yo nunca…

—Cállate y no gastes fuerzas

Me salió una risa floja.

—¿Hasta cuidándome y a punto de desmayarme me sigues mandando a callar? —Cerré los ojos y fue un alivio—. ¿Nadie te ha dicho que eres insufrible?

—Bastante seguido en las últimas semanas.

No veía su rostro porque estaba tan cansada que lo único que quería era alejar el dolor y quedarme dormida. Sin embargo, lo imaginé sonriendo, no de la manera en que normalmente lo hacía: falsamente, para molestarme o provocarme. Tampoco la sonrisa que le había visto con sus amigos, sino una muy distinta, de años atrás, mientras crecíamos; esa que tantas veces me hizo sentir especial y en paz…

Fue esa paz la que me llevó a un profundo sueño.

---

Un sonido lejano hizo que me despertara, y me asusté al notar que no estaba en mi cama.

—¿Erika?

El sonido se detuvo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Ellis al aparecer en el salón.

Los recuerdos volvieron a su lugar. No debía de haber pasado más de una hora.

—Mejor —confesé al incorporarme—. Pero tengo hambre.

Ellis se sentó a mi lado.

—Entiendo que necesitas comer, pero sobre la comida… —Lo miré de reojo—. Hay un problema.

—Dime que no quemaste la cocina.

—Casi.

Intenté levantarme para correr a ver qué había hecho, pero me tomó del brazo.

—Muévete despacio o pensaré que te gustó que te cargara y por eso intentas desmayarte de nuevo. La cocina no se está quemando, pero algo se quemó.

—¿Qué coño…?

Un calambre hizo que me tensara. Aquello era lo peor que había experimentado en mi vida. Consideraba a las mujeres que cada mes sufrían de esa manera.

—¿Nunca habías tenido dolores menstruales?

Estaba sentado muy cerca de mí, como no había pasado desde antes de entrar al instituto. Cuando nuestra amistad terminó, solo tuvimos tres maneras de coexistir.

Uno: no estar en la misma habitación.

Dos: ocupar esquinas opuestas de la habitación.

Tres: pelear y gritarnos si las dos primeras fallaban.

Que su mano estuviera sobre mi hombro y que nuestras piernas se rozaran era nuevo, peligroso. Me acomodé en el lugar y disimulé para alejarme un poco.

—Soy un río de sangre todos los meses, pero mis dolores son normales. —Me encogí de hombros—. Supongo que la bendición se acaba cuando el estrés gana. Además, no me estoy alimentando bien.

—Yo te veo comer todos los días.

—Comida chatarra que pedimos para ahorrar tiempo. Me refiero a comida sana. Influyen en el organismo si…

—No me des una charla sobre nutrición.

Se puso de pie y me ofreció la mano que acepté a regañadientes hasta que llegamos a la puerta de la cocina. Otra escena de *Carrie* frente a mis ojos.

—¿Qué pasó aquí?

Había un sartén con lo que supuse que era un intento de tomate frito, sin tapa, libre para saltar en todas direcciones y hacer un desastre. En una olla había un montón de espaguetis quemados antes de caer en el agua caliente para ablandarse.

—Soy bueno en unas cosas —dijo—, pero en otras no tanto.

—Pensé que habías crecido con tu madre y tu hermana. En algún punto te debieron enseñar a cocinar.

—Una cosa es enseñar y otra que yo aprenda.

—Si Erika ve una sola mancha, estamos muertos, ¿entiendes?

—Lo sé.

Parecía un niño pequeño al que le salió todo mal y no sabe cómo arreglarlo.

—Harás lo que yo diga —advertí.

—Haré lo que digas.

—Primero vamos a limpiar y después haremos espaguetis que no se quemen, pero ahora necesito uno de los yogures que están en la puerta de la nevera o me desmayaré, y esta vez será de verdad.

Obedeció y me quedé mirando la encimera llena de tomate sin saber cómo empezar a limpiar.

—¿Qué haces? —pregunté al sorprenderlo mirándome con la nevera abierta.

—Pensé que estabas ovulando hace tres días. —Entrecerró los ojos—. ¿Cómo es que ya te bajó?

Abrí y cerré la boca varias veces. Mi mentira sobre verlo como tonta mientras jugaba sin camiseta había quedado expuesta.

—Entonces te quedaste mirándome jugar porque te entretienen mis dedos sobre el teclado. —Se mordió el labio para controlar la sonrisa—. Pensé que no te gustaban los raritos, *gamers*, vagos que pasaban noches con los ojos pegados a una pantalla.

Batallé contra la vergüenza.

—Y yo pensaba que tú ibas a darme un yogur.

Le di la espalda e ignoré su risa ronca, pero al no escucharlo moverse lo miré de reojo. Sus ojos estaban fijos en mis piernas y sus mejillas se sonrojaron al notar que lo había atrapado mirándome.

—¿Ahora qué?

Se aclaró la garganta.

—Nada.

—¿Qué mirabas?

—Nada —repitió, pero al darme la espalda para rebuscar en la nevera lo escuché murmurar—. Te queda bien mi camiseta.

# CAPÍTULO 11

*No hay nada que se compare con la felicidad que explota en tu pecho cuando ves la posibilidad de alcanzar algo que creías perdido.*

Releí tantas veces el mensaje para Henry que me lo aprendí de memoria. Cerré los ojos con fuerza y lo envié.

> Sé que las palabras no son suficiente para que me perdones por la llamada de hace unas semanas, pero quiero pedirte disculpas. No estaba en mi mejor momento y no es justificación para lo que hice o la manera en la que te reclamé. Lo siento mucho. Te quiero.

El corazón me iba a toda velocidad cuando López dio por terminada la clase y se dispuso a hablar del proyecto de tesis. Guardé el teléfono y decidí que lo ignoraría por el resto del día.

—¿Qué te aprobaron? —preguntó Dana al sentarse a mi lado. Se había perdido toda la clase, pero López no le prestó atención a su tardanza y continuó hablando.

—El proyecto basado en jardines japoneses —susurré con una sonrisa en los labios.

—Bien por ti. —Bufó—. A mí me seleccionaron el de la biblioteca.

No era su preferido, pero a mí también me parecía la más interesante de sus ideas.

—Te saldrá genial, verás que…

—Y la señorita Herrera —dijo el profesor—, que parece más interesada en conversar con su amiga que en mi clase. ¿Escuchó lo que dije?

La vista de todos cayó sobre mí y me disculpé por lo bajo.

—Las personas que mencioné, quédense. El resto puede retirarse.

Me puse de pie para seguir a Dana.

—Señorita Herrera, lo que dije fue que usted también tiene que quedarse.

Las risas recorrieron el salón y la cara me ardió por la vergüenza. Quedamos cinco personas y López se aclaró la garganta.

—Me alegra comunicarles que este año el concurso anual de Stewart y Asociados cambió. —Me erguí en el asiento—. No habrá un ganador al final del curso, sino una selección que ya fue hecha entre el Departamento de Arquitectura y la empresa. Ustedes han sido escogidos para que sus proyectos de tesis sean implementados.

El codo se me resbaló por la mesa y estuve a nada de caerme del asiento.

—Sus proyectos van a tono con encargos actuales de Stewart y Asociados, y trabajarán basándose en lo que los clientes y la empresa demandan —Nos sonrió—. Por ejemplo, la señorita Herrera… —Me tensé—. ¿Está prestando atención?

Asentí varias veces, solo se estaba burlando de mí con un toque cariñoso en la voz.

—La señorita Herrera presentó el estudio previo del diseño de jardines japoneses. Stewart y Asociados está trabajando en un proyecto en el que les parece interesante incorporarlo. —Me quedé con la boca abierta—. Su trabajo estará condicionado al diseño de la construcción, sabrá los detalles cuando empiecen a trabajar, y estará en contacto directo con los arquitectos encargados.

Era hermoso, la mejor noticia que podía haber tenido en toda mi vida. Apenas podía pestañear o mirar a otro lugar que no fuera a

López explicando cómo el proyecto de cada uno encajaba a la perfección con los de la empresa de Henry.

—Y para cerrar con más buenas noticias, Stewart y Asociados los invita a que mañana asistan a la fiesta de aniversario de la empresa.

Me tapé la boca para ahogar el chillido. Era también el cumpleaños de Henry y un evento exclusivo al que había asistido los años anteriores.

—Tienen derecho a un acompañante. Los arquitectos de cada proyecto quieren conocerlos y, si tienen suerte, puede que los clientes estén ahí. —López nos dedicó una sonrisa que acentuó sus arrugas—. Yo habría matado por una oportunidad como esta en mis tiempos de estudiante, no la desaprovechen.

Nadie se movió hasta que López nos echó. Apenas podía procesar lo que había pasado cuando Dana se interpuso en mi camino. Le expliqué con pocas y torpes palabras lo que había sucedido hasta que se puso a chillar y saltar a mi alrededor.

—¡Vamos a ir a un evento de lujo!

La tomé del brazo.

—¡No grites!

—¿Qué nos vamos a poner?

—No sé si voy a ir.

—¿Cómo que no?

—Henry estará ahí.

—¿Y?

—No puedo verlo a la cara después de lo que pasó.

Mi teléfono sonó con un mensaje. Me atraganté al ver de quién era.

HENRY:

Te entiendo. Disculpa aceptada. Vi tu proyecto, me encantó. Siempre puedes sorprenderme.

Espero que vengas mañana a la fiesta de aniversario. Te presentaré al equipo que está a cargo del proyecto y me encargaré de que conozcas al más importante de mis clientes, que ya es tu cliente.

El corazón me dio un vuelco cuando entraron otros dos.

No faltes.

Yo también te quiero.

Dana me miró con los ojos muy abiertos.

—Esto pinta muy bien.

—¿Crees que deba ir?

—¡Por supuesto!

—Pero…

—Olvídate de mi ataque de ira. Era solo una foto con dos manos. Me enloquecí y me seguiste. Mala decisión, pero jamás le digas a Erika que acepté que me equivoqué.

—Esta es mi oportunidad de arreglarlo.

—De que lo arreglen —especificó—. Pero sí. Con Henry tienes las puertas abiertas al mundo profesional. No puedes dejar ir a ese hombre.

Se me escapó una risa nerviosa. Definitivamente, iba a ir a la fiesta.

---

—¿Estás segura de que es una buena idea? —preguntó Erika mientras me ayudaba a ajustar el vestido.

—Nadie en mi posición se perdería un evento así.

—Sí, profesionalmente me parece muy bien, pero tú no vas por eso.

—Hablar contigo y con Dana es como tener a un demonio sobre un hombro y a un ángel sobre el otro. Un día voy a enloquecer.

—Dana no es la mejor dando consejos y lo sabes.

Nos miramos a través del espejo. Hasta Dana lo sabía, pero ese no era un buen tema de conversación.

—No voy por Henry. —Ninguna de las dos se creyó la mentira—. Puedes ajustar un poco la parte de arriba —pedí para desviar el

tema—. Por desgracia, no me dieron la bendición de un cuerpo de reloj de arena como a ciertas personas.

—Dramática —murmuró y apretó un poco las tiras a la espalda del vestido—. Lo que quieres es que las tetas te lleguen a la barbilla.

—Para algo que me tocó, tengo que mostrarlas —bromeé.

El vestido era de Erika. Yo no tenía ropa para un evento así ni tiempo para rentar uno con tan poca antelación, y ni pensar en comprarlo. Ese era perfecto y estaba a mano.

La parte superior se asemejaba a un corsé y era de mangas caídas que llamaban la atención a mi pecho desnudo. Tenía bordados de flores y mariposas por todos lados. Me sentía como una princesa recién salida de un cuento.

Erika me había maquillado con suaves tonos rosa y pequeñas piedras brillantes que adornaban mis párpados y las mejillas. Mi pelo estaba en un medio recogido, aguantado con un broche de mariposa y el resto caía en ondas por mi espalda.

—No estoy de acuerdo en que vayas a ese lugar porque quieres ver a Henry —dijo mi amiga—, pero cualquiera que te vea se desmayará.

Me fui a tapar la boca para no reír tan alto, pero recordé que no quería arruinar mi labial. Erika me pasó el bolso de mano cubierto de brillantes tornasolados a juego con mis zapatos y me sentí perfecta.

Dana ya estaba en el Uber, así que lancé un beso al aire para Erika que me deseó suerte.

Con cada paso que di por el pasillo me sentí más segura de mí misma. Los tacones me daban una extraña sensación de poder. Ellis iba saliendo de la cocina cuando me vio. Se detuvo en seco como si acabara de chocar con una pared invisible.

—Me cago en mis muertos —masculló y empezó a toser.

Se había atragantado con un sorbo de su Monster negra. Le lloraban los ojos y tuve que darle golpecitos en la espalda para que recuperara la compostura.

—¿Estás bien?

Estornudó tres veces antes de poder mirarme.

—Eso te pasa por beber cosas que son pura azúcar y cafeína.

No se inmutó ante mi burla. Sus ojos me recorrieron de pies a cabeza y volvieron a bajar a mis pechos. Fue solo un segundo lo que le costó darse cuenta de lo que estaba mirando y se enderezó en el lugar.

Alcé una ceja y oculté la sonrisa. Si él reaccionaba así, Erika tenía razón. Cualquiera se caería de culo al verme.

—Pensé que habías dicho que preferirías ponerte vinagre en los ojos a tener que mirarme por más de tres segundos.

Abrió la boca y ningún sonido salió.

—¿Te quedaste sin palabras?

Apartó la mirada y bebió dos tragos de su Monster.

—Gracias, Ellis. Eres muy amable por decir que luzco como la reina del baile —me burlé—. Hoy me siento más plástica e irreal que nunca, tanto que acabo de dejar a mi compañero de piso sin palabras y mirándome las tetas.

Volvió a atragantarse.

—Yo… —Se aclaró la garganta—. Lo siento, no fue…

—Quítate del camino, tonto, solo estoy bromeando.

Mi teléfono sonó. Dana estaba abajo.

—¿A dónde vas?

—Fiesta de aniversario de la empresa de Henry.

Batallé con la falda del vestido para caminar sin arrastrarlo. Ellis me ayudó y me abrió la puerta.

—¿Henry es tu ex?

—Sí. ¿Por qué preguntas?

—Por nada. Solo cuídate —murmuró.

—Tranquilo, papá. Ya no bebo, no voy a una zona peligrosa de la ciudad y regresaré temprano. Tendré cuidado.

—Dije que te cuidaras, no que tuvieras cuidado.

Mi teléfono volvió a sonar. No tenía tiempo para preguntar a qué se refería. Corrí al elevador y apreté el botón varias veces

—Alex —me llamó Ellis desde la puerta—. Estás hermosa.

Cerró antes de que pudiera reaccionar al primer halago que me daba en muchos años.

# CAPÍTULO 12

*Entre líneas es donde encuentras la verdad.*

Eterno Cleopatra era uno de los mejores hoteles de la ciudad, el más hermoso proyecto que había llevado a cabo la empresa de Henry en sus primeros años. Las paredes de cristal ofrecían una vista privilegiada de la bahía y la ciudad que se extendía a los pies del rascacielos.

No había pasado ni una hora y ya Dana iba por su cuarta copa de champán.

—Ahí está Henry —murmuró.

Conversaba con un grupo de hombres al otro lado de la zona central, donde se suponía que sería la pista de baile en algún momento de la noche. Nuestras miradas se encontraron y me devolvió la sonrisa.

—Finge que estás hablando conmigo —dijo Dana y me obligó a mirarla—. Que no note que le prestas mucha atención.

—¿De qué hablamos? —pregunté, nerviosa.

—No hables, finge.

—Pero ya estamos hablando.

—Calla. Viene hacia nosotras.

—Hola, Dana —dijo la conocida voz de Henry y me giré a verlo—. Alex.

Su sonrisa me derritió. Se había cortado el pelo y le quedaba espectacular. Iba con un traje azul oscuro y corbata a juego.

—Feliz cumpleaños —murmuré y me dio una amplia sonrisa.

Dana se excusó con algo y desapareció.

—Y feliz noveno año como firma de arquitectura y diseño, señor Stewart.

—Gracias —dijo con una inclinación de la cabeza para mostrarse más formal.

—Un poco egocéntrico de su parte fundar su empresa el mismo día de su cumpleaños, pero no diré nada del tema.

Logré que riera y un cosquilleo recorrió mi pecho.

—¿Cómo has estado? Luces bien, pero me refiero a la universidad y a… —Torció los labios—. Es extraño intentar hablar de lo que pasó.

—Lo sé. —Iba preparada para ese momento—. Lo siento mucho, Henry. Me conoces y sabes que no soy así. Saqué conclusiones apresuradas de algo de lo que no sabía nada. Por favor, perdóname.

—No voy a negar que… —Soltó todo el aire en sus pulmones—. Fue incómodo ver que te comportabas como alguien tan joven. Te conocí con dieciocho años y lo que más me llamó la atención de ti fue lo madura que eras para tu edad.

—No sabes lo arrepentida que estoy.

—Ya pasó y dijiste cosas que no querías decir, puede que yo también. Dejémoslo atrás. Ni tú ni yo somos de las personas que gritan y discuten de esa manera.

—Quiero que aclaremos las cosas para…

Puso una mano sobre mi hombro. Su piel estaba helada, pero su toque fue agradable.

—Estamos bien.

No había mencionado la parte en la que yo confesé tener sexo con alguien.

—Quiero explicarte que…

—Estamos bien, Alex —repitió.

Quizás debía esperar a otro momento y disfrutar de ese.

—Te extrañé. —Lo había tenido en la punta de la lengua desde que lo vi.

—Tu vestido es bonito —dijo con otra sonrisa—. Siempre me ha gustado verte arreglada. —Tomó mi mano e hizo que entrelazara el brazo con el suyo para guiarme entre la gente—. Tengo que presentarte a alguien muy importante. —Arrugué las cejas—. No hagas preguntas.

Nos acercamos a un grupo de personas que conversaban cerca de la barra.

—Señor Walton —dijo Henry para interrumpir de la manera más elegante posible—. Me gustaría que usted y su esposa conocieran a alguien muy importante para mí.

Escondí una mano detrás de la espalda para que nadie viera que me temblaba y apreté el brazo de Henry en busca de apoyo. Me tensé ante la mirada escrutadora de la mujer junto al señor Walton.

—Esta es Alexandra Herrera, la estudiante de Arquitectura de la que hablamos.

La expresión de la señora Walton se transformó, se volvió cálida y amable. Extendió la mano en mi dirección.

—Es un placer conocerla, señorita Herrera. —Correspondí al saludo y agradecí que ella llevara guantes negros a juego con su vestido, no sintió mis manos sudadas—. Estaba ansiosa por conocer a la persona detrás del proyecto que llegó a nuestras manos.

Traté de disimular la sorpresa. No tenía idea de que los clientes de Henry tuvieran acceso a mi tesis.

—El señor y la señora Walton han puesto en nuestras manos el diseño de un centro de rehabilitación —explicó Henry—. Tu idea inspirada en un jardín japonés nos ha parecido perfecta para incorporar al proyecto.

—Es hermoso lo que planeas hacer para tu tesis —dijo ella con una sonrisa.

—Mi esposa está más ansiosa por ver lo que usted hará con su jardín que por mi fiesta de cumpleaños que es en dos semanas —dijo el señor Walton—. Parece que tengo competencia.

—Quizás podemos celebrar juntos —bromeé, nerviosa—. También cumplo años en dos semanas.

—Tenemos que invitarte a la fiesta —dijo la señora Walton, emocionada, y su esposo asintió.

Era evidente que hacía todo lo que ella deseaba.

—Estaríamos encantados de ir si nos extienden la invitación —dijo Henry y el corazón me dio un vuelco al escuchar el plural.

La idea de que todo volviera a ser como antes me hizo sonreír.

—Pues la invitación queda sobre la mesa y me pondré en contacto con usted para encargarme de que asista —dijo la señora Walton con los ojos en mí—. Así podríamos conversar con calma, señorita Herrera.

—Alex. Me sentiría más cómoda si me llamara Alex.

La mujer se acercó y me dio un abrazo.

—Soy Hana para ti. —Me tomó de los hombros y me percaté de que tenía, como yo, los ojos de distintos colores; uno era tan claro que parecía blanco y el otro verde con motas marrones—. Mis padres murieron cuando yo era niña. Mis abuelos eran japoneses y me criaron con historias de su juventud, imágenes y leyendas. Cuando vi tus bocetos y leí tus ideas, todo me llevó a ellos.

Me quedé sin palabras.

—Sé que puede sonar algo descabellado, pero sentí la energía de mis abuelos cuando vi tu trabajo. —Sus ojos cargaban una calidez que pocas veces había recibido de una desconocida—. Los estoy sintiendo ahora mismo, conmigo, diciéndome que eres tú la persona que hará lo que debe ser hecho.

—Yo…

—No se deje asustar, señorita Herrera. Mi esposa se cree bruja y confía ciegamente en sus instintos.

Hana lo miró con mala cara.

—Si vas a burlarte por eso, no volveré a darte un consejo.

—Y esa es la razón por la que no me separo de ella —bromeó—. Todo lo que hemos construido es gracias a esta mujer y sus instintos.

Ella le sonrió con cariño y no pude evitar hacer lo mismo.

—Gracias —dije un tanto más cómoda—. Por escogerme y confiar en mí a pesar de ser solo una estudiante.

—Serás muy exitosa, cariño —dijo Hana—. Créeme, yo sé de encontrar diamantes.

—Alex estará a la altura de la excelencia de Stewart y Asociados, puedo prometerlo —dijo Henry—. Tendrá mi asesoramiento en todo momento.

—Sabemos que lo estará, señor Stewart —dijo Hana con un tono más serio y entrelazó el brazo con el de su esposo—. Además, nosotros también estaremos en contacto con ella. ¿Cierto, amor?

—Lo que ella diga, yo lo secundo —dijo el hombre con una sonrisa para mí y un gesto de la cabeza para Henry a modo de despedida.

Anunciaron que se irían temprano y que antes debían ver a unos amigos. Henry se acercó a mi oído.

—Lo has hecho muy bien.

—Quedé como tonta, no sabía ni qué decir.

—Les agradaste y ellos son personas influyentes. —Me pellizcó la barbilla—. Además, nos conseguiste una invitación a una fiesta muy importante.

—¿Iremos juntos?

—Nadie en su sano juicio rechaza una invitación de los Walton, no importa si es a pescar en un bote de madera.

Eso era mucho decir porque Henry odiaba el agua y pescar. Iba a preguntarle por qué lo trataban de manera tan formal y a mí como si fuera una bebé, pero dejó un beso cerca de la comisura de mis labios y quedé sin aliento.

—Eres mi salvación, Alex. —Sonrió—. Me encantaría pasar toda la noche contigo, pero necesito ver a un par de invitados. Pásala bien.

—¿Nos vemos después?

Sonrió en lo que se alejaba.

—Te llevaré a casa. Disfruta.

Me dejó sola y tuve que caminar por unos diez minutos hasta dar con Dana que conversaba con un hombre no mucho mayor que nosotras. Agitó la mano para que me uniera a ellos.

—Este es Miguel. Es diseñador de interiores y lleva dos semanas en Stewart y Asociados.

Estreché su mano y apenas me miró, estaba embobado con Dana. Mi amiga, sin embargo, me hizo la clásica seña de cuando pedía ayuda para deshacerse de alguien sin decirle a la cara que se fuera a la mierda.

—¿Tú también eres estudiante de Arquitectura? —me preguntó —. Le estaba diciendo a Dana que fue una locura la evaluación de propuestas. Mucha gente terminó enojada.

—¿Enojada? —preguntó Dana e interrumpió mi excusa de «acompáñame al baño» para hacer el acto de desaparición—. Eso no me lo dijiste. ¿Qué fue lo que pasó?

Miguel se aclaró la garganta.

—Escogieron a la novia del jefe para uno de los proyectos.

Dana y yo nos miramos de reojo. Él no sabía quién era yo.

—¿Eso es legal? —preguntó mi amiga, la experta en sacar información fingiendo demencia—. No sabía que una estudiante salía con Henry Stewart.

—Llevan un tiempo juntos, según me dijeron, pero no es público, y todos pensaban igual que tú. No es justo que tenga prioridad.

—¿Henry fue quien la escogió? ¿Quién es ella? De seguro está con él por interés.

A veces, Dana me daba miedo con esa habilidad innata para mentir e inventarse historias.

—Sé que trabajará en el proyecto de los Walton y, casualmente, es el mejor de todos los encargos que tiene la empresa.

—¡Eso es muy injusto! —exclamó y Miguel se puso un dedo sobre los labios para hacerla callar.

Me sentía a mitad de una obra de teatro.

—Cierto, pero la verdad es otra.

Dana me tomó de la mano para que los tres quedáramos más cerca.

—Nosotras no diremos nada, además, no sabemos ni quién es la chica.

Miguel lo valoró. No debía hablar, pero le gustaba tener la atención de mi amiga.

—El señor Stewart tuvo que hacer una reunión con los accionistas y arquitectos principales para aclararlo todo. Salieron en

silencio y nadie volvió a hablar del tema. Pero yo escuché una conversación del jefe con su padre.

»No le dieron el trabajo a la chica por ser su novia, al contrario. Henry Stewart eliminó su propuesta para que no fuera valorada. Dijo que la chica no era lo suficientemente buena como para que trabajara en un proyecto real.

Contuve la respiración y supe que Dana evitó mirarme tanto como yo a ella.

—El problema es que los Walton obtuvieron acceso a los proyectos de la universidad porque tienen muy buenos contactos y la señora Walton se obsesionó con la propuesta de la chica. Cuando dijeron que la querían, el jefe se negó.

—¡¿Qué?!

Dana me pellizcó para que hiciera silencio.

—Al jefe no le gusta lo que hace su novia, dice que es mediocre. Hicimos una propuesta similar para evitar que fuera seleccionada, pero los Walton no aceptaron y el señor Stewart tuvo que ceder.

—¿Por qué? —cuestionó Dana—. Tengo entendido que Henry Stewart no es de los que acepta las exigencias de sus clientes, siempre antepone su reputación.

Yo habría hecho la misma pregunta de haber tenido la capacidad de hablar. Miguel hizo que nos acercáramos más.

—Si Stewart y Asociados pierde el contrato con los Walton, la empresa se verá en apuros.

—No tiene sentido, Henry Stewart es millonario —dijo Dana.

—Pero a la empresa no le está yendo bien y el jefe ha estado salvándola con su propio dinero. Perder a los Walton sería un suicidio empresarial.

—Y los Walton… ¿quiénes son? ¿Qué los hace tan importantes?

—Descubrieron tres minas de diamantes hace años y no las explotaron, las vendieron y a partir de ahí construyeron su imperio alrededor del negocio de la energía renovable, tecnología verde y agricultura. Su prestigio está en las nubes.

»El contrato que tienen con la empresa es un centro de rehabilitación a base de energía limpia, con una inversión jamás vista. No es solo el dinero que ganaremos, es la buena imagen que

dará estar involucrados en un proyecto así con personas como los Walton.

»El jefe también intentó negociar o comprar las ideas de la chica para desarrollarlas, pero la señora Walton dijo que era con ella o cancelaba el contrato. El señor Stewart no tuvo otra opción.

Me dolía el pecho por la fuerza con que me latía el corazón. No era posible que Henry quisiera perjudicarme de esa manera o intentara quitarme una oportunidad tan buena.

Estaba sudando frío y Dana sostenía todo mi peso porque, poco a poco, me había ido recostando a ella. Las piernas estaban a punto de fallarme cuando una voz femenina proveniente del escenario se expandió por el salón:

—Buenas noches.

Era una mujer de pelo corto, a la altura de los hombros y en perfectas ondas, de piel canela y con un vestido verde esmeralda.

—Es ella —murmuró Dana.

La mujer, la modelo, la que había estado en la gala, la mano misteriosa en la foto. Sonrió con naturalidad, buscando entre la multitud hasta detener la vista.

—Henry, amor. —Alzó la mano para llamar su atención—. Esto no estaba planificado y sé que odias las sorpresas, pero hoy es un día especial. Sube conmigo al escenario.

La multitud aplaudió y localicé a Henry al otro lado del salón, paralizado.

—No hagas que tu novia suplique y ven aquí para que pueda declararte mi amor en público.

Todos rieron, todos menos Dana y yo.

# CAPÍTULO 13

*Hasta los diamantes pueden romperse.*

Una parte de mí se negaba a aceptar la cascada de información, la otra armaba cada pieza pasada por alto hasta hacerlas encajar. Henry dijo que yo era su salvación. Por azar del destino, me necesitaba para salvar su empresa y me había tratado bien por interés.

—Lo voy a matar —masculló Dana cuando Henry subió al escenario.

Aceptó la mano de la mujer, que lo abrazó y besó en los labios. Sentí que algo se desgarraba en mi interior y tomé con fuerza la mano de Dana que me devolvió el apretón.

Estaba con alguien más, pero había dicho que todo estaba bien entre nosotros. ¿Era yo tan estúpida por hacerme ilusiones con simples palabras o él tan hijo de puta como para estar dispuesto a jugar conmigo y sacar provecho?

—Te juro que lo mato —murmuró mi amiga, pero como yo, estaba inmóvil, en shock.

La mujer volvió a besar a Henry que no se veía cómodo al estar a su lado. Miraba en todas direcciones, buscando algo y forzando una sonrisa.

—Haré esto muy rápido —dijo la mujer—. Es evidente que Henry prefiere el trabajo detrás de un escritorio.

Las risas y aplausos recorrieron el salón.

—Hoy es un día muy especial —dijo, irradiando felicidad—. Conocí a Henry cuando mis padres contrataron los servicios de su empresa para construir este hotel.

Las rodillas me fallaron y Dana logró sostenerme. Me apoyé en la mesa más cercana.

—Nos conocemos hace años y hemos sido grandes amigos desde entonces. Le he enviado un regalo en cada cumpleaños y no me ha agradecido por ninguno. —Le guiñó un ojo a la multitud—. Mentira. Siempre me llamaba en la madrugada para darme las gracias y alargar la conversación hasta que yo lo mandaba a dormir.

Las risas de la multitud hacían que el lugar se sintiera cada vez más chico. Los pulmones me ardían con cada bocanada de aire. Erika me habría aconsejado que corriera en dirección contraria, pero no me podía mover.

—Sin embargo —continuó ella—, este año no he tenido que enviarle un regalo, sino que me encargué de organizar este evento en honor al hombre más maravilloso que he conocido y a la empresa que ama con locura.

Tomó dos copas de champán y le entregó una a Henry.

—Me siento afortunada de hoy poder brindar en tu honor —dijo con dulzura.

Un camarero pasó por nuestro lado y nos ofreció copas para el brindis.

—Por Henry Stewart —dijo la mujer a través del micrófono—. Feliz cumpleaños, amor, espero que pasemos muchos más juntos.

La multitud la acompañó y la música se alzó por encima de los murmullos. Confeti dorado cayó del techo y llenó el salón de diminutos destellos de colores. Yo no podía quitar los ojos del escenario, del beso en que estaban unidos Henry y la mujer. Fue peor cuando se separaron y, como si el destino deseara abrirme el corazón de la peor manera, nuestras miradas se encontraron.

—Sácame de aquí —le supliqué a mi amiga.

Mis pies se sentían como plomo en lo que caminábamos entre la gente. Las náuseas me obligaron a detenerme.

—Baño —supliqué y Dana no dudó en cambiar de rumbo.

Me metí a un cubículo y me sostuve de la pared. Tenía el estómago revuelto, las ganas de vomitar eran tan fuertes que me quemaban, pero no había nada para expulsar, era solo la desagradable sensación.

Ocho o nueve años de conocidos si ella era hija de los dueños del Eterno Cleopatra, conversaciones en las madrugadas, una amiga cercana de la que jamás había escuchado.

«¿Por cuánto tiempo me engañó?».

—¿Dónde está Alex?

—Sal de aquí —escuché decir a Dana—. No quiero verte cerca de ella.

—¡Alex! —llamó Henry—. Tenemos que hablar, por favor.

—No quiere verte —espetó mi amiga.

Tuve ganas de que el suelo me tragara. Dana no paraba de reprocharle y exigir que se fuera; Henry se negaba. Necesitaba desaparecer, pero era imposible salir sin cruzarme con él.

Me escocieron los ojos y me apreté el pecho por miedo a que me estallara. Salí del cubículo con el cuerpo tembloroso y lo primero que vi fue el miedo en su rostro.

—No es lo que estás pensando.

—Alex, nos vamos.

Dana me tomó de la mano, pero no me moví.

—Dame un minuto.

—Con este no te dejo ni de coña.

—¿Puedes no ser tan entrometida? —espetó Henry.

—¿Y tú no ser tan hijo de puta?

—Basta —murmuré—. Dana, quédate, y tú… —Los ojos verdes de Henry me sostuvieron la mirada, los mismos que contemplé con adoración por cada segundo que habíamos pasado juntos—. ¿Por qué me persigues?

—Tienes que escucharme, esto no debía haber pasado así. Ese brindis no estaba preparado y yo pensaba contarte la verdad de otra forma.

Primer cuchillazo al pecho. Una punzada me atravesó a tal velocidad que el dolor desapareció al momento.

—¿Llamas «la verdad» a que has estado con otra mujer todo este tiempo o que si yo no formo parte del proyecto de los Walton tu empresa se va a caer a pedazos?

Su cara perdió todo color y eso me hizo pensar que la única razón por la que estaba ahí era para mantener la paz como pudiera, porque me necesitaba y quería usarme. Si me había engañado con otra, lo creía capaz de lo que fuera.

—¿Vas a responder? —insistí—. ¿Vas a mentir? Lo sé todo, pero quiero una respuesta sincera… —Mi respiración tembló cuando tomé aire—. ¿De verdad dijiste que yo no era capaz de formar parte de un proyecto importante? ¿De verdad impediste que tu equipo evaluara mi trabajo?

No contestó.

—¿Al menos miraste mi propuesta antes de quitarme la oportunidad?

Exhaló un suspiro.

—Sé que es difícil de entender y que suena mal, pero tienes que verlo desde mi posición. ¿Sabes lo incómodo que sería verte trabajando en mis oficinas por meses? ¿Encontrarnos tan seguido después de habernos separado?

Y yo había creído que aquel «estamos bien» era el principio de una reconciliación.

—Todos mis empleados lo vieron como un favoritismo. Tuve que hacer pública la delicada situación económica de la empresa para que se callaran. Me vi obligado a dejar claro que no había nada entre tú y yo, que ahora tengo una relación con Elsa y que me perjudicarían si continuaban con los chismes. ¡Ahora mismo mi relación se puede arruinar con todo esto!

—¡Y por eso no te importa arruinarme a mí, a mi carrera y a la mejor de las oportunidades que he tenido!

—No es la oportunidad de tu vida y no creo que seas la persona adecuada para esto.

—Pero de igual forma me invitaste, me trataste bien, me presentaste a los Walton y dijiste que yo era tu salvación.

—¡Porque no tenía opción! ¡Era eso o perderlo todo!

—Y si tú eres el que se ve afectado, entonces sí es importante. Yo no, mi experiencia tampoco o lo que un proyecto así significaría para un buen puesto de trabajo después de…

—¡Tu trabajo no es ni la mitad de bueno de lo que crees!

Segundo cuchillazo. La sensación de ardor se quedó en mi pecho por más tiempo.

—¿Eso es lo que piensas de lo que hago? ¿Tu opinión cambió tanto desde que nos separamos?

—Siempre he pensado lo mismo, pero no iba a desanimarte —confesó—. Eres una excelente estudiante, cumplidora, metódica y aplicada, pero eso no hace a un buen profesional. Tú no serás una buena arquitecta y eso no está mal, serás una buena asistente de un arquitecto. Esa es la clave para un buen equipo de trabajo: tener a las personas indicadas en los puestos en los que van a explotar sus mejores habilidades.

—¿Asistente? —repetí—. ¿Eso es en lo que mejor sería?

—Es lo que has hecho para mí.

—Pero le estás pidiendo a una asistente que haga el trabajo de una arquitecta en el proyecto de los Walton. Me pediste que viniera aquí porque ellos querían conocerme, ¿o me equivoco?

El baño quedó en silencio y las lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Debía verme como una estúpida. Me di pena y asco por sentirme dolida por sus palabras, por no poder gritarle lo que se merecía.

—Ambos saldremos beneficiados de esta situación —dijo, finalmente—. No veo cómo esto te puede afectar.

No estaba segura de qué me dolía más: sus mentiras, la traición o que estuviera dispuesto a usarme para su beneficio sin remordimiento alguno.

—Y ella… ¿lo sabe? —pregunté—. ¿Qué piensa tu novia de esto?

Sus labios se convirtieron en una fina línea.

—Elsa no sabe nada de ti o de tu existencia en mi vida.

Tercera cuchillada. Así mi corazón se partió y entendí por qué, a pesar de que muchas personas sabían que teníamos una relación,

nunca fue oficial en todo el sentido de la palabra. Me mantuvo escondida.

—¿Por cuánto tiempo me engañaste con ella?

—No te engañé.

—¿Se supone que deba creer eso?

—Elsa es el amor de mi vida y lo ha sido desde el día en que la conocí, pero tenía pareja. Nunca le dije lo que sentía porque sabía que me iba a rechazar, solamente éramos amigos.

«El amor de su vida».

—Puedo tener muchos defectos, pero no soy infiel —continuó—. Te dejé antes de que entre ella y yo pasara algo.

«Me dejó por ella».

Una cuarta cuchillada. Sí. Mi corazón podía partirse en cuatro a pesar de que lo había creído imposible.

No era capaz de seguir mirándolo a la cara sin explotar en llanto. Pasé por su lado y Dana estaba lista para salir conmigo cuando Henry me tomó del brazo.

—Alex, necesito tu ayuda con esto.

Miré al punto en que nuestros cuerpos se tocaban y la pregunta se escapó de mis labios:

—¿Por qué la escogiste a ella?

Tragó con dificultad.

—A ella la amo y a ti no. Con ella siempre he visto un futuro: matrimonio, hijos, familia… Contigo, desde el inicio, supe que jamás pasaría.

Había algo peor que un corazón roto en cuatro pedazos, lo descubrí cuando el agujero en mi pecho se hizo tan profundo que se quedó vacío. No había corazón partido para reconstruir o sanar, me había quedado sin absolutamente nada en mi interior, solo con el dolor y la sensación de asfixia.

Ignoré sus súplicas, no para obtener un perdón por haberme lastimado, sino para que lo ayudara a salvar su empresa.

Él lo fue todo para mí, pero yo nunca le había importado.

# CAPÍTULO 14

*Si hubiera hecho las cosas de otra forma, ¿el resultado habría sido el mismo?*

Me subí a un Uber con Dana que no paraba de hablar. Hice oídos sordos y lo único que repetí fue la palabra «no» cuando me dijo que me fuera con ella a su casa o que la dejara quedarse conmigo. Incluso me negué cuando quiso acompañarme hasta la puerta del apartamento.

Toda mi fuerza estaba puesta en mantenerme de pie en el elevador, buscar la llave en mi bolso, ponerla en la cerradura para entrar, caminar por el pasillo y encerrarme en mi habitación. Sin embargo, toda determinación me abandonó al alzar la mano frente a la puerta de la entrada.

Las lágrimas que había contenido en el camino decidieron salir de una vez en venganza por retenerlas. Se me escapó un sollozo y las rodillas me fallaron.

El agujero en el pecho se hacía cada vez más grande, el dolor se extendía a mis brazos, me cerraba la garganta y me hizo hipar con cada sollozo. No podía soportar tanto, me ahogaría y morir en ese mismo momento se habría sentido como un alivio.

—¿Alex?

La puerta estaba abierta y a través de las lágrimas, con la vista borrosa, reconocí a Ellis con una de sus enormes camisetas. Por alguna razón eso desencadenó otra ola de sollozos y tuve que apoyar las manos en el suelo para controlar los temblores de mis brazos.

Una vez había creído que perder a la persona que me gustaba era la peor sensación del universo. Sentí que me consumía en mis años de instituto, que no podía ser feliz y cada sonrisa era una máscara para esconder el dolor. Lo que estaba sintiendo era diez veces peor.

—Alex, ponte de pie —dijo Ellis en lo que intentaba levantarme—. No puedes quedarte aquí tirada.

Lloré más fuerte y se dio por vencido. Se agachó y tomó mi rostro entre sus manos.

—¿Quieres que llame a Erika? Se fue a dormir a medianoche, pero…

—No… por favor, no. —Más lágrimas y más dolor—. No quiero ver a nadie, quiero estar sola, quiero… —Me encorvé y descansé la frente en el suelo—. Por favor, que nadie me vea así.

Me alzó en brazos como a un bebé y me aferré a su camiseta. Hundí la cara en su pecho y ahogué mi llanto para no despertar a Erika. Cuando me dejó sobre la cama quise encogerme y dejar de existir hasta el fin de los días. Ellis me quitó los zapatos y me cubrió con las sábanas.

—Vete —sollocé.

—Tienes que tomar agua. Te ayudará a calmarte.

Me ofreció una botella. Cada palabra que pronunciaba solo me hacía llorar con más fuerza.

—Vete.

—Por favor, Alex, déjame quedarme. —No pude mirarlo a los ojos, me daba vergüenza—. Prometo que no hablaré.

Lloré más fuerte.

«Todos me tendrán lástima a partir de ahora».

—Vete.

—De acuerdo, pero dejaré las puertas del baño abiertas —murmuró cerca de mi oído—. Solo tienes que decir mi nombre y

estaré aquí.

Lo tomé del brazo antes de que se diera la vuelta. Acababa de decirle que se fuera y de descubrir que no quería estar sola. No entendía la razón por la que debía permitir que Ellis, de todas las personas en el mundo, me viera en mi peor momento.

—No te vayas —supliqué.

Entrelazó su mano con la mía y el roce fue tan suave que me distrajo por un momento. Se sentó en el suelo, muy cerca de la cabecera y apoyó la barbilla en la cama. Su rostro quedó a centímetros del mío y sus ojos azules resplandecieron en la oscuridad.

Apartó el pelo húmedo pegado a mi cara y peinó mis cejas con delicadeza.

—Llora, Alex. Las lágrimas limpian el alma y yo no me iré a ninguna parte, estaré aquí mientras me necesites.

Me mordí el labio.

—Por eso dijiste… que me cuidara —musité.

Él sabía que me iban a lastimar y Erika no quería que fuera al evento. Si todos lo sospechaban, ¿por qué no me lo habían dicho?

Ellis acarició mi pelo y cada roce avivó mi llanto. Me sentía indefensa y rota. Cuando las fuerzas me abandonaban un pensamiento nuevo llegaba y volvía al mismo punto en el que me ahogaban las lágrimas.

No pronunció una palabra o se quejó del ruido que hacía, de los balbuceos ni lo fuerte que apreté su mano las veces en que el dolor en el pecho se hizo insoportable. Se quedó inmóvil, tan cerca que lo sentí como mi escudo protector. Éramos él y yo dentro de la burbuja en la que me iba metiendo con tal de alejar los recuerdos de esa noche.

—Me dejó por ella —musité entre sollozos—. Dos años creyendo que me quería, que algún día… —Sollocé—. ¿Qué está mal conmigo que nada me sale bien? ¿Qué hice?

—Tú no has hecho nada mal.

Negué.

—Dos novios en el instituto y a los dos les importaba poco —susurré—. Estaban conmigo porque era bonita y popular. Nunca les

interesó nada de mí. ¿Por qué? ¿Qué hice mal para que nadie me quiera? —Las lágrimas me quemaban—. Yo quise a Henry desde que lo conocí, lo sigo queriendo…

Decirlo en voz alta dolía más.

—¿Por qué me enamoré de alguien que me engañó…? Me hizo creer que le importaba, que tendríamos un futuro, pero me desechó cuando tuvo algo mejor.

Hundí la cara en la almohada.

—¿Por qué nadie me escoge a mí por lo que soy? ¿Por qué nadie me quiere? —Mi respiración se agitó—. Tengo que ser yo, tiene que ser mi culpa. ¿Por qué no soy ese «algo mejor» para otra persona?

Lo miré y sus ojos también estaban brillantes por las lágrimas.

—Tú me odias y tienes razones —murmuré—. Por favor, dime qué me hace tan inservible para que una persona me pueda reemplazar así de…

Puso un dedo sobre mis labios.

—No digas eso nunca más.

No supe a qué se refería, pero su toque hizo que los sollozos se detuvieran.

—No digas que no hay nada mal conmigo —musité—. Yo escogí a Henry, cambié por él, mejoré, crecí y estudié para estar a su altura, pero nada fue suficiente. No he sido una buena novia, tampoco una buena amiga, ni con Erika, ni contigo. A ella le miento desde que tengo memoria y a ti te hice tanto daño que logré que me odiaras.

Sequé mis lágrimas.

—Estudio todo el tiempo, me esfuerzo por ser la número uno y mantener mi beca, pero hoy Henry dijo que jamás sería una buena arquitecta. —Las palabras pronunciadas en el baño resonaron en mi cabeza—. Cuatro años estudiando algo que no voy a hacer bien.

—Alex, mírame.

—Dos años con él, haciendo todo lo que estaba en mis manos para ser la persona que necesitaba y cuando le pregunté por qué la había escogido a ella y no a mí…

Tenía los labios fruncidos, enojado, pero no conmigo. Exhalé un suspiro.

—Nunca se lo he dicho a nadie, solo a ti hace muchos años, y es que sigo siendo la misma persona. —No sabía por qué seguía hablando, quizás para distraerme por unos segundos—. Soy esa niña de doce años que quiere casarse de blanco, con un vestido de princesa y velo, la que quiere tres hijos, dos perros y un gato en una casa en las afueras de la ciudad con un jardín enorme donde podamos pasar los domingos en familia. —Cerré los ojos con fuerza —. Soy la estúpida que imaginó todo eso con Henry y esta noche me dijo que siempre supo que yo no era la persona con la que podía construir un futuro.

Miré a nuestras manos entrelazadas.

—¿Por qué sigo aferrada a sueños tontos?

Ellis me tomó de la barbilla e hizo que lo mirara.

—No es tonto si es lo que deseas.

Me perdí en el azul de sus ojos.

—Siempre deseo lo que no puedo tener, es como una maldición —confesé—. Quizás eso es lo que está mal conmigo.

—Vas a tener todas las cosas que desees —murmuró—, solo tienes que enamorarte de la persona correcta.

El silencio nos envolvió. Me había enamorado una vez, justo de la persona que no debía haberlo hecho.

Tosí y me ayudó a incorporarme. Ya no iba a llorar, no tenía fuerzas. Acepté la botella de agua y tomé un par de tragos. Ellis se sentó a mi lado y sostuvo mi cuerpo con el suyo

Analicé cada rincón de mi habitación. El reloj marcaba las tres de la madrugada. Había perdido la noción del tiempo desde antes de entrar a la fiesta.

—No hay nada mal contigo —murmuró Ellis y sus labios rozaron mi sien—. Llora todo lo que quieras, déjate sentir el dolor y no te cierres, pero tampoco te permitas pensar eso.

Alcé la vista y nuestras narices casi rozaron por la cercanía. Su calor me envolvió.

—Todo está bien contigo, Alex. Él fue quien hizo las cosas mal.

Dejó un beso en mi frente y mi cuerpo se sintió aliviado. Cerré los ojos con fuerza y me obligué a recordar que estaba junto a Ellis y

que estaba mal que él me diera paz. No podía dejar que un momento de vulnerabilidad me quebrara por completo.

—Quiero tomar una ducha —musité.

Nos quedamos inmóviles por unos minutos hasta que él fue a preparar el baño para mí. Cuando me quedé a solas y entré a la ducha, me dejé caer, abracé mis rodillas y volví a llorar.

# CAPÍTULO 15

*No hay nada que una buena cantidad de helado no resuelva.*

No salí de mi habitación en todo el fin de semana. Erika o Ellis me llevaron comida y nunca me hablaron, era lo que había pedido cuando mi amiga lo intentó. El lunes decidí acercarme a la cocina. Entré y salí, me siguieron con la mirada y fingieron que no pasaba nada.

El martes comí en la mesa, en silencio, a pesar de no tener hambre. Me dolía la cabeza todo el tiempo y cada vez que los recuerdos inundaban mi mente tenía que cerrar los ojos e inhalar y exhalar contando cada una de mis respiraciones.

No había vuelto a llorar por las palabras de Henry o lo sucedido en la fiesta, pero otro tipo de pensamientos me empezaron a acechar. Los buenos momentos de la relación, cada risa, beso o caricia. Me había sentido la mujer más feliz del mundo durante ese tiempo, pero fue falso, unilateral, creado por mi imaginación.

El jueves estaba a la mesa de la cocina con el teléfono en la mano, viendo las redes sociales de Henry, las que de un momento a otro empezaron a estar activas. Había subido historias de la fiesta, de visitas a un terreno donde la empresa estaría llevando a cabo un

proyecto, de una comida el domingo y la oficina. En todas estaba con ella.

Nunca había compartido algo donde yo estuviera, siempre cuidando la privacidad y yo lo acepté. En parte, debía ser por esa mujer, para mantenerme oculta.

Las historias de ella, sus tiktoks, todo estaba inundado con imágenes con Henry al fondo. Mientras más veía, más me dolía el pecho y menos ganas sentía de comer la ensalada frente a mí.

Las noticias estaban plagadas de titulares anunciando la relación. Elsa Bloomberg era la heredera de un poderoso imperio hotelero; su apellido y origen fueron una sorpresa porque lo tenía muy escondido hasta ese momento.

Era tan famosa que con solo la confirmación de la relación, Henry había ganado quinientos mil seguidores en Instagram en menos de una semana. Cientos de artículos sobre la empresa, su conexión con los Walton e insinuaciones de que Elsa era quien los había puesto en contacto.

Buscar más información era inevitable. Se sentía como una droga. A pesar de todo el daño que me provocaba, seguía haciéndolo.

Erika pasó por detrás de mí para ir a abrir la puerta. Dana entró como un vendaval a la cocina.

—Setenta y dos llamadas y treinta mensajes… No has contestado a uno solo —reprochó—. ¿Vas a quedarte encerrada? Has faltado a clases y López está preguntando por ti.

Todos debían estar al tanto. Puede que no de la conversación en el baño, pero en la universidad se sabía algo de nuestra relación. El cambio de novia de un día a otro dejaba claro que Henry me había desechado.

—¿Por qué dejas que esté así? —preguntó Dana a Erika—. Está en pijama y mira la cara que lleva.

—Nos pidió que le diéramos espacio y eso tratamos de hacer.

—¿Permitirle que se autodestruya?

—Respetar su decisión.

Dana rio con sarcasmo.

—¿Tú? La reina de «haz las cosas como yo digo» está respetando la decisión de una persona que ahora mismo lo que tiene que hacer es vestirse y salir a la calle para soltar lo que tiene dentro después que ese hijo de puta…

—Si quisiera que Alex hiciera lo que yo creo correcto, habría hecho que me contara cómo se siente desde que Henry cortó con ella hace meses y estaría en terapia y no acosando gente por redes sociales para descubrir cosas que es mejor no saber —soltó Erika—. Porque eso es lo que tú crees que ella debería hacer, ¿no es cierto?

—¡Pues así ve la verdadera cara del hijo de puta que tenía al lado!

—Pero ¡no resuelve nada y ver eso la pone peor! Estoy convencida de que le mandaste muchos de los artículos que leyó.

Erika nos conocía como una madre; era una de sus habilidades. No le había contestado a Dana, pero revisé cada uno de los enlaces que me envió.

—Es necesario saber para superar.

—No todo el mundo es como tú —rebatió Erika—. Ahora Alex debería estar concentrada en sí misma, en aceptar lo que está pasando y en trabajar en su tesis que es una oportunidad única en…

—¡¿Tesis?! Alex no hará una tesis para ese tipo asqueroso ni va a salvarle el culo después de lo que hizo. ¡Por encima de mi cadáver!

—Ya me contaste todo lo que pasó ese día y no creo que Henry o sus manipulaciones sean una razón para que Alex arruine su futuro.

Ellis entró en la cocina y Dana se tragó los insultos. Lo agradecí. La cabeza estaba a punto de estallarme.

—Necesitas tiempo, descansar y pensar con claridad —dijo Erika y supe que me hablaba a mí, pero yo solo pude seguir a Ellis con la mirada.

—Lo que Alex necesita es acompañarme a contarle a la nueva novia de Henry la verdad y así abrirle los ojos. La tiene igual de engañada.

—No puedes ir a hablar con una persona que no conoces y es más importante que Alex converse con nosotras y nos cuente lo que siente.

—Tengo que ir a hablar con ella porque no contesta mis mensajes de Instagram.

—La mujer tiene cinco millones de seguidores. ¿Creías que iba a responder a un mensaje tuyo?

—Después soy yo la obsesionada con las redes —se burló y Erika quedó expuesta.

También había mirado algo de Elsa, la nueva novia. Su nombre hacía más real la situación. Tuve que empezar a contar cada una de mis respiraciones mientras Dana y Erika se gritaban.

—Mañana la voy a arrastrar a la universidad y haré que López le cambie el tema de tesis.

—Alex necesita hablar con un psicólogo. No está lista para tomar una decisión tan importante.

—¿La vas a obligar a ir al médico?

—¿La vas a obligar a arruinar su carrera?

—Si siguen gritando, son ustedes y no su ex quien más daño le estarán haciendo —intervino Ellis.

Mis amigas hicieron silencio. Lo miré. No sabía cómo agradecerle por hacerlas callar o por haberme acompañado esa noche. Se acercó y me ofreció la mano.

—Necesito que me acompañes a hacer compras. ¿Puedes?

Me concentré en los tatuajes en su antebrazo: flores entrelazadas, con tallos y espinas y hojas. Puse la mano sobre la suya y mis amigas no dijeron nada. Mientras bajábamos por el elevador, se quitó la sudadera y me la puso.

—No hace mucho frío en la calle, pero así nadie notará que vas en pijama.

Mis piernas quedaban expuestas por el pantalón corto y en los pies llevaba pantuflas de conejito. Cuando salimos a la calle, la sensación de asfixia desapareció.

Ellis se detuvo en la entrada de nuestro edificio y guardó las manos en los bolsillos de su pantalón. La gente iba y venía a media tarde, como siempre en una zona concurrida de la ciudad.

—¿Vamos a por las compras que no necesitamos o te llevo a donde yo quiera?

Estaba ojeroso, algo común en él, y sus ojos azules resaltaban, los mismos que me habían visto llorar por horas. Miré al suelo, avergonzada.

—Lo segundo. —Mi voz sonó rasposa. Me dolía la garganta de no hablar.

Ellis caminó por varias calles y yo iba un paso más atrás. Ni una vez habló y me dolieron los pies porque las pantuflas no estaban pensadas para el duro asfalto. No iba a decir nada, pero ya tenía dolor en un dedo cuando llegamos a una cafetería.

Por suerte, estaba vacía y nos sentamos en una de las mesas cerca del ventanal de cristal. Quedamos uno frente al otro y me entretuve con la gente que pasaba por un costado de la cafetería, absortos en sus teléfonos y…

«Mierda. Dejé mi teléfono».

Comprobé los bolsillos inexistentes de mi pijama.

—Se quedó arriba de la mesa —dijo Ellis y exhalé un suspiro.

«Tampoco lo necesito».

La camarera se acercó a pedir la orden. Negué con la cabeza cuando preguntó qué quería.

—Dos banana split —dijo Ellis con una sonrisa—. Sin nueces, cerezas o lo que sea que le pongan. Todas las bolas de chocolate, sirope de chocolate y crema de leche.

Entorné los ojos cuando la camarera se fue.

—Dije que no quería nada.

—Los dos son para mí. Me gusta el helado.

—¿Por eso pides mi preferido?

—Me gusta el helado de chocolate con plátano. —Se encogió de hombros—. No sabía que estaba prohibido tener postres favoritos en común.

Era un mentiroso, pero no iba a discutir.

—Hace más de tres años no tomo helado. Espero que de verdad los dos sean para ti.

—¿Por qué no?

—Evito el azúcar —murmuré—. No ayuda con el estrés, me altera consumirla y agrava los síntomas premenstruales. No como cosas que dañen mi organismo, al menos lo intento.

—¿Por qué?

—No me quiero morir joven… supongo.

—En las películas que te gustan se comen kilos de helado cuando las parejas se separan. ¿No quieres hacer lo mismo?

No respondí y un momento después la camarera trajo los helados. El plato alargado y profundo era más grande de lo que recordaba. El sirope de chocolate adornaba la crema de leche que hacía dibujos sobre el helado.

Ellis no dudó en empezar a comer y hacer sonidos que me hicieron saber lo bueno que estaba.

—¿Por qué lo pides como yo? —pregunté—. A ti te gustan las nueces y las cerezas.

—Me hice alérgico a las nueces y las cerezas elevan mi estrés.

Rechisté.

—Mentiroso.

Volví a mirar por la ventana.

—¿Piensas abandonar tu tesis?

Soltó la pregunta concentrado en su helado y como si siguiéramos hablando de los añadidos del banana split. El tono casual me llevó al pasado.

Recordé las tardes que pasamos Erika, él y yo en la cafetería del pueblo, estudiando y tomando helados. Las veces que fuimos solo nosotros y no habíamos dejado de hablar por horas.

En una de esas tardes de helado fue que le confesé que me gustaba la arquitectura y que un día la estudiaría porque quería diseñar edificios que se quedaran en pie por siglos. Puede que por eso tuviera ganas de responder a una pregunta que hasta el momento no me había hecho.

—No estoy segura de si seguiré con mi tesis.

No sabía por qué esa era la respuesta si no me sentía con ganas de nada, mucho menos de ver a Henry o trabajar para él. Debí dar un rotundo «no lo haré».

—Bien.

—¿Bien qué?

—Estás valorándolo y la Alex que yo conozco no dejaría de hacer lo que ama por nada del mundo. Solo necesitas tiempo para pensar.

—A la Alex del pasado no le habían roto el corazón.

Se encogió de hombros.

—Tú me rompiste el corazón cuando yo tenía trece años y eso no me cambió… no mucho.

Alzó la vista y algo se revolvió en mi interior. Quise pedir disculpas por haberlo hecho sufrir, pero no podía hacerlo. Si en un momento normal me sentía incapaz de tocar el tema, después de días llorando, comiendo poco y a punto del desmayo, tampoco sería ideal.

—Dame eso. —Tomé el plato de helado que estaba en medio de la mesa—. Se está derritiendo.

—Pensé que no consumías azúcar y…

—Por un poco no voy a morir y si me muero… bienvenido sea.

Sentí sus ojos sobre mí en lo que me llenaba la boca de helado. Estaba delicioso, mejor de lo que recordaba.

—Engulle despacio.

Siguió comiendo. Jugueteaba con el helado para que se derritiera un poco antes de llevárselo a la boca.

—Gracias —murmuré y se detuvo—. Por cuidarme. No tenemos la mejor relación y me ayudaste el día en que casi me desmayo por los dolores y… esa noche.

—Eres la mejor amiga de mi hermana. Además de mi compañera de piso. ¿Esperabas que te dejara tirada en el pasillo?

—Una vez lo hiciste.

Puso los ojos en blanco.

—Estabas llorando porque se te había roto una uña, no es lo mismo. Y a los quince años no teníamos una mala relación, a esa edad te odiaba.

Algo se revolvió en mi estómago y me concentré en el helado.

—Sobre lo que pasó hace años…

—No hables de eso —interrumpió—. Éramos niños y ahora no tiene sentido decir nada. Los dos tenemos problemas más importantes de los que ocuparnos.

El peso de lo que había sucedido con Henry regresó a mis hombros. Por unos segundos, Ellis y yo fuimos todo lo existente, pero no me podía refugiar ahí, debía enfrentar la realidad.

Comimos en silencio y me di tiempo de pensar en la universidad, en mi futuro y lo que deseaba. Nada había cambiado, entonces yo no tenía que cambiar mis planes por culpa de alguien más.

—Lo haré —murmuré tras dejar la cuchara sobre el plato—. Seguiré adelante con el proyecto. Me gusta y no lo abandonaré. Si en el camino todo se pone peor… —Tragué con dificultad—. No va a ponerse peor que esto… o eso espero.

—Esa es la Alex obstinada e insoportable que conozco. —Le hizo una seña a la camarera para que sirviera lo mismo—. Esa Alex también se tomaba dos rondas de helado o no tomaba nada.

Acepté sin protestar. Banana split era lo que siempre iba a escoger cuando tenía el ánimo por los suelos. Ellis lo recordaba y me había traído a esa cafetería a propósito.

# CAPÍTULO 16

*Escapar de nuestros sentimientos es lo más fácil de hacer, pero somos humanos: correr nos agota y es una carrera que tarde o temprano vamos a perder.*

Era medianoche, pero estaba lavando platos. La luz de la cocina se apagó y dos voces comenzaron a cantar una canción de cumpleaños. Giré para encontrar a Erika y Lucas. Mi amiga llevaba una magdalena en las manos, le había puesto una vela encima.

—Recuerda pedir un deseo —dijo Lucas cuando la canción terminó.

No pude pensar en algo al soplar.

—Sé que no quieres nada especial, pero esto es solo una magdalena, no cuenta.

Era mi de mi pastelería favorita. Con harina de almendras, sin azúcar y con arándanos.

—Gracias por no hacer algo gigante y cantar en voz baja.

—Guardaré tu regalo para que lo comas después —dijo Lucas y Erika me abrazó antes de permitirme seguir con los platos.

No había agarrado la esponja de fregar cuando mi teléfono sonó con la entrada de un mensaje. La vista se me fue a la pantalla y Erika bufó.

—¿Cuántas veces te ha escrito?

—Diecisiete. Supongo que esta sea para felicitarme y no para lo mismo.

Henry llevaba tres días mandándome mensajes. En los primeros me pedía una conversación. Una parte estúpida e inocente de mí pensó que para una disculpa o una muestra de respeto al aceptar que era una terrible persona que se había aprovechado de mis sentimientos. Al ver que no le contestaba, mostró sus verdaderas razones.

El cumpleaños del señor Walton era en dos días y Hana, su esposa, había insistido en que Henry me llevara. Cada mensaje solo empeoraba la imagen que tenía de él y me hacía sentir peor, estúpida. La persona que creía conocer era una farsa, como nuestra relación y lo que habíamos vivido juntos.

—¿Por qué no lo bloqueas? —preguntó Erika—. Por una vez en la vida estoy de acuerdo con Dana.

—Me alegra saber que ya no están peleadas. —Me habían pedido disculpas tras la discusión en la cocina unos días antes—. Y no lo bloqueo porque no es momento de tomar decisiones drásticas.

Erika me miró de arriba a abajo y no dijo más. Terminé con los platos y volví a la computadora con mi magdalena de arándanos.

—¿Por qué no se han ido? —le pregunté a Lucas.

El moreno le dio una mirada de reojo a su novia que fingió buscar algo en la nevera.

—Se quedaron por mi cumpleaños. —Bufé—. Les dije que prefería estar sola y que se fueran a casa de los padres de Lucas como tenían planeado.

—Podemos conducir de noche —dijo él—. Salimos en un rato. No queríamos perdernos tu entrada a los veintidós años.

Les daba lástima dejarme y estaban esperando a que yo dijera una palabra para cancelar todos sus planes.

—Váyanse. Así puedo trabajar en paz. Al parecer, hoy Ellis no hará ruido.

—Ellis también va a salir —dijo Erika—. Por eso quería quedarme. No me gusta dejarte sola el día de tu cumpleaños.

—¿A dónde irá Ellis?

Alguien tocó a la puerta y, como convocado por la mención de su nombre, Ellis apareció de la nada para abrir.

Me concentré en los pequeños dibujos que había hecho en mi cuaderno. Mis amigos hicieron un recuento de lo que debían llevarse y traté de ignorarlos. Una voz masculina llamó mi atención y Kirian saludó.

—¿Y Laila y Shanon? —pregunté.

—Hoy solo somos el pesado y yo —dijo Kirian, apoyado a la encimera al otro lado de la cocina.

—¿A dónde van?

—A divertirnos —dijo Ellis, que me tomó por sorpresa al aparecer por mi espalda.

Apoyó las manos a los lados de mi computadora y se inclinó. Quedamos tan cerca que su pelo rozó mi mejilla. Cerré la laptop para que no espiara.

—¿Qué haces? —preguntó por lo bajo.

—Trabajar en mi tesis. ¿Y tú? ¿A dónde vas?

La verdadera pregunta era «¿por qué estás invadiendo mi espacio personal?», pero escogí fingir que no pasaba nada. Sentía los ojos de todos en nosotros y eso me ponía nerviosa.

—¿Por qué tan preocupada por mí?

—Curiosidad.

—La curiosidad mató al gato —murmuró y sus labios rozaron mi oreja.

Por debajo del olor a sándalo de su perfume, noté el alcohol. Había bebido.

—No sabía que te gustaba tanto salir de fiesta —dije para cambiar el tema—. Según recuerdo, acostumbrabas a…

—¿Estar encerrado en el sótano de mi casa jugando videojuegos como el buen rarito que soy? —interrumpió—. ¿Te sorprende que tenga vida social?

—No dije eso, solo…

—¿Solo la reina del baile tiene permitido divertirse? —Entrecerró los ojos—. ¿Te molesta no ser la más fiestera y el centro de atención?

Quedamos a menos de un palmo de distancia. Le divertía molestarme, pero no había maldad debajo de sus palabras, estaban vacías, pura provocación.

—Pásala bien… y no bebas de más. Ya sabes lo mal que puede terminar eso.

Sus ojos se abrieron demasiado y se incorporó. Sentí frío al no tenerlo a mi alrededor, por unos segundos me había encontrado protegida entre sus brazos.

Él no era el único que me miraba con la sorpresa escrita en el rostro. Erika y Lucas me observaban con la boca abierta. Kirian, que normalmente se mostraba aburrido con todo lo que pasaba a su alrededor, parecía interesado en mi reacción.

—¿Qué pasa? —No me apetecía ser observada como bicho raro, ya me sentía como uno y era suficiente.

—¿No vas a pelear? —preguntó mi amiga.

—Cada vez que este dice «reina del baile», tú saltas a ponerlo en su lugar —dijo Lucas, preocupado—. Son las palabras mágicas para activarte.

La verdad era que no me molestaba o importaba. Las fuerzas para defenderme o seguirle el juego a Ellis me habían abandonado.

—Me están distrayendo —murmuré y volví a mi laptop—. Desaparezcan de una vez y déjenme trabajar.

Erika y Lucas se fueron a recoger sus maletas. Ellis se sumergió en la nevera y sacó dos cervezas. Bebió la mitad de la primera en dos tragos.

—Son buenos —dijo Kirian. Se había acercado y estaba mirando mis bocetos—. Mi madre era japonesa y nuestro jardín era su interpretación de uno. —Me miró fijamente—. Esto se ve bien. Me gustaría ver el resultado.

Lo sentí como un halago al venir de alguien que, de seguro, le importaba más su Kindle que el resto del mundo.

—Eso es si quiere mostrarte su trabajo —se burló Ellis con la segunda cerveza en la mano—. Lo esconde todo cada vez que trato de mirar.

Lo ignoré, pero era cierto.

—¿El jardín sigue en la casa en la que desperté sin acordarme de nada? —pregunté—. Sería genial si pudiera verlo y tomar unas fotos para incluir en mi análisis de referentes.

Negó.

—Mi madre murió y mi madrastra odiaba tener parte de ella en casa. Lo remodeló.

Era triste escuchar algo así, sabiendo que Kirian no tenía buena relación con su padre. Asumí que la madrastra podía ser parte del problema. Sin embargo, no había tristeza en su voz cuando lo dijo, solo palabras vacías.

Kirian era raro, frío. Quizás no era que fingía que nada le importaba y era que de verdad no le importaba.

—Hermano, deberías comprarte sentimientos —dijo Ellis, adivinando lo que yo estaba pensando—. Pareces una pared de hielo.

Sonrió y se terminó la segunda cerveza. Nunca lo había visto beber de esa manera.

—Tranquila —murmuró Kirian—, yo lo cuidaré.

Me inquietó que notara mi preocupación con tanta facilidad. Se llevó a Ellis antes de que pudiera sacar una tercera botella y no pasó mucho hasta que Erika y Lucas también se despidieron.

Me quedé trabajando en silencio hasta que me aburrí de la cocina. Cambié de ambiente al mudarme a mi habitación y cuando eso me abrumara podía irme a la sala o el balcón. Tenía planeado no dormir.

Mi teléfono sonó con una notificación. Eran las dos de la madrugada y, aunque no pensaba tocarlo porque sabía que era Henry, mis ojos se fueron a la pantalla involuntariamente.

«¿Telegram?».

Tenía la aplicación solamente porque Ellis no usaba WhatsApp, lo odiaba por alguna razón.

ELLIS:

¿Sigues despierta?

¿Hasta qué hora piensas trabajar, reina del baile?

¿Ahora te puedo llamar reina del baile sin que me comas vivo?

Si me quieres comer vivo, no voy a resistirme.

Algo en esas palabras me hizo tomar el teléfono. Esperé a ver si escribía más y no pasó así que contesté:

Suelta el teléfono y dile a Kirian que te traiga a casa. Estás borracho.

La que no debería estar despierta y usando el teléfono eres tú.

¿Y para qué me escribes?

Me gusta hablarte.

¿Para intentar pelear?

Para escucharte hablar. Te prefiero peleando y enojada a como has estado los últimos días.

¿Cómo es eso?

Muerta en vida.

Me sentía así. Había fallado al disimular y esa era la razón por la que se me quedaban mirando fijamente, dentro y fuera de casa. En la universidad era peor.

Regresa a casa, borracho.

Iba a poner el teléfono a un lado, pero respondió.

No le contestes.

A Henry.

No vayas con él a ningún lugar.

No respondas sus estúpidos mensajes.

No había hablado del tema con él, pero tampoco me escondí para debatirlo con Erika.

¿Por qué?

Mereces más que eso.

Mereces a alguien que te quiera de verdad.

Mereces que la próxima persona que escojas para tener en tu vida esté perdidamente enamorada de ti.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. No lo había sentido así en las últimas semanas. Por días estuve segura de que en el pecho solo tenía un agujero que no dejaba de doler.

Estás demasiado borracho.

No había errores en sus palabras. Quizás tenía una habilidad para mandar mensajes perfectos a pesar del alcohol que tuviera encima.

Sostuve la respiración al ver que estaba escribiendo. Pasó más de un minuto haciéndolo y yo nerviosa, esperando. La decepción me invadió al ver solo dos líneas de texto que no costaba tanto escribir.

Mereces a alguien que te ame como yo te amé.

Lancé el teléfono a la cama y me eché hacia atrás para poner la mayor distancia posible.

«Está borracho».

Valoré releer el mensaje, pero no había caso. No iba a contestar y aquella conversación no tenía sentido.

«Está borracho».

Repetirme eso fue lo único que me permitió volver al trabajo y alejar todo pensamiento que hiciera a mi corazón desbocarse. Prefería el dolor del agujero sangrante que había dejado Henry, al mundo desconocido que ponía Ellis frente a mis ojos cada vez que lo tenía cerca.

A las cuatro de la madrugada el sueño me estaba ganando. No era una persona nocturna y aquel cambio de estilo de trabajo no era ideal.

Me asusté cuando tocaron a la puerta. Ellis tenía llave y estaba segura de que no llegaría a casa. Traté de no hacer ruido al espiar por la mirilla de la puerta.

«¿Kirian?».

Abrí para encontrarlo con la misma expresión estoica y de aburrimiento. Ellis tenía un brazo por encima de sus hombros, la vista al suelo, balbuceando estupideces.

—Dijiste que lo cuidarías —reproché por lo bajo.

—Si no lo hubiera hecho, estaría durmiendo en la entrada del club.

Suspiré y lo dejé pasar. Ayudarlo solo entorpecería el avance hasta la habitación de Ellis que se resistió cuando su amigo lo acostó.

—¿Vomita cuando está borracho? —pregunté para saber si tendría que vigilarlo.

—Nunca. Es de los que se quita la ropa para dormir y se pone excesivamente sincero.

—Kiii… riaaan —llamó Ellis desde la cama.

—Ahora llama a Alex —dijo sin prestarle atención—. El bebé pasa de manos en este mismo momento.

—Aaa… leeex —se burló Ellis desde la cama, intentando incorporarse y fallando.

—¿No quieres quedarte a dormir? —le pregunté—. Es tarde.

—No me gusta dormir en casas ajenas.

Me pregunté dónde estaría viviendo.

—Suerte, Alex —dijo en lo que se alejaba—. Con el borracho y con tu proyecto. —Se detuvo antes de doblar por el pasillo que conducía a la salida—. De verdad me gustaría ver tu trabajo, me parece que será espectacular.

Me encogí de hombros.

—Te mostraré, solo me escondo de Ellis.

—No me sorprende.

No entendí a qué se refería y tampoco me dio tiempo a preguntar. Escuché la puerta cerrarse.

—Aaa… leeex.

Miré al techo en busca de paciencia y me acerqué a la cama de Ellis.

—¿Qué quieres?

Traté de no pensar en sus mensajes al notar lo tierno que se veía despeinado, con las mejillas sonrosadas y aquella sonrisa relajada. Me tomó del brazo y casi caí a la cama con él.

—¿Por qué me tienes en tu habitación? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Esta no es mi cama —protestó—. Llévame a la mía.

—Estás demente.

Por mucho que batallé para explicarle que estaba en el lugar correcto, él insistía en lo contrario y no soltaba mi brazo.

—¡Bien! ¡Te llevaré a tu habitación!

Solo me quedaba seguirle la corriente. Mi columna y mis brazos se quejaron cuando lo ayudé a ponerse de pie. Ellis era dos veces más pesado que yo. A trompicones y protestas, bajo sus balbuceos, lo llevé al único lugar donde podía soltarlo y esperaba que ahí se estuviera tranquilo: mi cama. Buscó a tientas las sábanas y se acurrucó como niño pequeño.

—Aquí sí —murmuró—. Huele a flores y a mar y a helado de chocolate.

Preferí ignorarlo, quitarle los zapatos y acomodar sus piernas bajo la sábana.

—Así que esta es tu nueva cama —refunfuñé.

—Sí, porque huele a ti. Hueles a paz y a sonrisas —balbuceó—. Eres cómoda y cálida y hermosa. —Entreabrió los ojos y me sonrió —. Eres tan hermosa, Alex.

El corazón me volvió a latir a toda velocidad.

—Y eres dulce y amable, aunque quieras hacerme creer que no, aunque lo escondas de mucha gente. —Cerró los ojos—. Quizás por

eso es que nunca me has dejado de gustar.

No dijo más y yo me quedé clavada al piso sin poder creer lo que acababa de escuchar.

# CAPÍTULO 17

*No quiero ser una papa frita.*

Me dolía el cuello. Había dormido menos de tres horas, sentada y con la mejilla sobre mi escritorio. Me dio miedo dejar solo a Ellis, a pesar de que Kirian tenía razón; no era de los que vomitaba o se movía, aunque sí intentó quitarse la ropa y lo evité.

Me duché y me vestí para ir al mercado dos calles más abajo. Compré lo necesario y, al volver, fui a despertarlo. Aparté el pelo de su frente y se vio tan angelical que me dolió llamarlo por su nombre. Lo primero que hizo fue aguantarse la frente.

—¿Por qué estoy en tu…?

Se le quebró la voz. La resaca lo iba a castigar el día entero.

—Al parecer, ayer decidiste que tu habitación no era tuya.

—¿Por qué?

—No olía a flores.

Arrugó el ceño.

—No trates de encontrarle sentido. —Le di una botella de agua—. Preparé el baño para que te duches y quiero que bebas esto antes de ir a la cocina. Tienes menos de quince minutos —añadí—. ¿Puedes hacerlo solo o tengo que ayudarte?

—Puedo —murmuró y me aseguré de que se sentara al borde de la cama antes de regresar a la cocina.

Me concentré en cortar verduras para la sopa hasta que Ellis entró sin camisa y con el pantalón del pijama colgando de sus caderas. Aparté la vista porque cada vez que veía sus tatuajes recordaba el día en el que habíamos amanecido desnudos.

—Toma dos ibuprofenos

—¿Puedo tomarme el bote entero?

Iba a burlarme, pero lo vi sacar una Monster de la nevera.

—i¿Qué haces?!

Se detuvo antes de abrirla.

—¿Hidratarme? ¿Quitarme la resaca?

Le arrebaté la lata y lo obligué a sentarse en la mesa.

—Nada de bebidas energizantes.

—De acuerdo. Con café será suficiente.

Evité que se pusiera de pie.

—Nada de cafeína o azúcar —especifiqué.

—¿Quieres que me pase todo el día con este dolor de cabeza?

Puse los ibuprofenos frente a él y otra botella de agua.

—Haz lo que te digo. Después tomas la sopa que estoy preparando y puedes acostarte. ¿De acuerdo?

Miró de las pastillas a la cacerola que humeaba en el fogón. Arrugó la nariz y sus ojos se fueron a la Monster en mi mano. La puse a mi espalda para que supiera que no estábamos negociando.

—Te prefiero obsesionada con los estudios y taciturna que mandona —refunfuñó, pero tomó las pastillas y bebió agua hasta que la botella llegó a la mitad.

—Ayer no pensabas lo mismo —dije al recordar los mensajes.

—¿Qué hice ayer?

—¿No recuerdas nada?

Se sostuvo la cabeza.

—Dime en qué la cagué para poder revolcarme en mi miseria.

No parecía estar mintiendo.

—Soy de los borrachos que no recuerda nada al día siguiente —explicó—. Ya viste una de mis borracheras y no, no es en la única en la que me ha pasado.

—Sabiendo eso ¿por qué bebes seguido?

—Solo me he emborrachado así… —Arrugó las cejas—. Esta es la tercera. No soy tan irresponsable.

—¿Cuándo fue la primera?

—Fiesta de bienvenida en la universidad. Amanecí vestido de stripper en la habitación de Kirian. Así fue como nos conocimos.

Traté de no mirarlo para que no viera mi sonrisa. No podía imaginar al serio e inmaculado Kirian encontrando tal panorama, mucho menos que a partir de ahí se hicieran amigos.

—Solo bebo en momentos… especiales —concluyó.

—Cuando estás nervioso porque sentiste que no encajarías en la universidad.

No necesitaba que me lo confirmara, lo conocía bien. Revolví la sopa por unos segundos, intentando no hablar, pero fue imposible contener la pregunta:

—¿Por qué bebiste el día… ese día?

—¿Por qué bebiste tú?

No nos referíamos a la noche anterior; era evidente. Tapé la cacerola y me crucé de brazos, apoyada a la encimera.

—Me habían dejado. Llevaba tres semanas sin saber nada de Henry y me seguía repitiendo que todo se iba a arreglar, pero en el fondo, muy en el fondo, sabía que ese era el fin. No quería aceptar la realidad y eso hizo que se me fuera la mano al beber. Es la única vez que me he emborrachado y planeo que sea la última.

Decir la verdad era liberador.

—Kirian se peleó con su padre y ya no podíamos vivir en su casa para seguir trabajando sin gastar en renta —confesó—. Ese día tuve que llamar a Eri y decirle que necesitaba su ayuda, que me rentara la habitación vacía. Se sintió horrible.

—¿Tanto odias tener que compartir piso con tu hermana? Ustedes se llevan bien.

—No por ella, por ti. No es un secreto que no nos soportamos y tendría que vivir contigo. No me gusta verme de manos atadas. Bebí hasta perder la consciencia. —Clavó los ojos a la mesa—. Supongo que por eso me enojé más cuando despertamos…

—Te entiendo. — No me ofendía saber que no quería vivir conmigo, había sido mutuo—. Pero algo bueno salió de los años sin vernos y convivir en este apartamento.

—¿Qué?

—Ni la peor de las discusiones que hemos tenido desde que llegaste ha sido un décimo de lo que eran en nuestra adolescencia.

—Es cierto.

—Y después de un par de meses viviendo juntos, ya no queremos arrancarnos los ojos cada vez que nos vemos, ¿o me equivoco?

Entornó la mirada, pero finalmente asintió.

—Entonces ¿cuál es la excusa de ayer? ¿Por qué te emborrachaste?

Sonrió de medio lado, aunque el gesto no lo hizo ver ni la mitad de sensual de lo que normalmente era.

«¿Acabo de pensar que Ellis se ve sensual?».

—Bebí en honor a ti —dijo—. Es tu cumpleaños.

—Mentiroso. Ni me felicitas y ¿te vas a beber en mi nombre?

—No lo hago, porque no quieres que nadie lo haga. Ahora mismo preferirías estar sola ¿o me equivoco?

Nunca me habían gustado las felicitaciones o mi cumpleaños, mucho menos iba a disfrutar algo en ese momento de mi vida. Sin embargo, no me molestaba que él estuviera allí o cocinar algo para su resaca.

—Si me dejaras tomar café, podría retirarme y dejarte en paz.

Ignoré su intento de huida

—Estás mintiendo. Dime por qué bebiste ayer.

—¿Cómo sabes que es mentira?

—Porque lo sé.

Le dio vueltas a la botella de agua, con la vista clavada en la mesa, y esperé a que hablara; sabía que iba a hacerlo.

—Nos negaron el financiamiento extra que pedimos —murmuró —. La empresa a la que le queremos vender el videojuego nos dio una cantidad de dinero para desarrollar una versión de prueba. Necesitamos más y dijeron que no.

—¿No tienen otra manera de conseguirlo?

Dejé la sopa sobre la mesa, pero no le prestó atención.

—Todos dormimos poco para hacer streaming semanales. Usamos el dinero que ganamos para sobrevivir y ponerlo en el proyecto. Hemos tomado más colaboraciones, pero no alcanza el tiempo y estando agotados no trabajamos bien por mucha Monster que tomemos.

—Haces streaming… ¿jugando?

—¿Pensabas que pasaba noches despierto para jugar por diversión?

—Sí.

Puso los ojos en blanco.

—Así hago dinero, Alex.

—¿La gente te paga por jugar videojuegos?

—La plataforma donde hago streaming.

—¿En serio?

—¿En qué mundo vives que te resulta tan extraño?

Me encogí de hombros.

—No le encuentro sentido, supongo que es ignorancia.

—Lo es.

Me tragué los insultos porque su cara de resaca daba lástima.

—También hago colaboraciones y participamos en torneos donde pagan por el primer premio.

—¿Torneos de videojuegos? ¿Eso existe?

—Voy a ignorar que dijiste eso. —Tomó la cuchara y jugueteó con las verduras que flotaban en el plato—. También asesoro a chicos que estudian animación con sus trabajos de tesis. Necesito dinero como todo el mundo. De otra forma, no podría pagar parte de la renta… o existir.

Probó la sopa e hizo una mueca de asco.

—¿Les dijeron el porqué de la negativa?

—No, y no le caemos bien al encargado de proyectos de prueba.

—¿Por qué?

—Shanon fue demasiado sincera en una reunión y eso no le gustó. Desde entonces nos pone obstáculos.

—¿Solo pueden dirigirse a él para solicitar algo?

—Es quien nos atiende.

—Pero debe haber un comité que tome decisiones. No sé nada de compañías de videojuegos, pero en una empresa es un grupo de personas quienes se encargan de valorar cosas importantes, no un solo empleado.

—Supongo.

—Suponer no resolverá nada. Pregunten, pero no al encargado. Cuando sepan si hay alguien más a quien dirigirse, que estoy segura de que lo habrá, vayan con una propuesta sólida y con razones por las que el financiamiento inicial no fue suficiente.

Ellis miró al techo y se frotó el cuello.

—Quizás el alcohol me dejó estúpido, pero eso tiene sentido. ¿Desde cuándo aprendiste a pensar? Creí que solo te quedaba plástico derretido en donde debía estar el cerebro.

—Calla y come.

Torció los labios. Siempre hacía ese gesto cuando debía tomar un remedio para la tos o alguna infusión de las que nos preparaba su madre para evitar los resfriados. Se veía tierno al arrugar la nariz, aunque los tatuajes hacían contraste, le daban un aura peligrosa.

En nuestra adolescencia, Ellis fue el centro de muchas bromas. Era delgado, más pequeño que el resto. Erika y yo éramos sus únicas amigas y no compartíamos clases por ser un año mayor.

En nuestro salón, las chicas siempre decían que no tenía sentido que fuera el hermano de Erika, que desde niña era de las más lindas de la clase. Sin embargo, yo siempre lo había visto… encantador.

El tiempo había pasado. Ellis medía más de uno noventa, era delgado, pero con músculos por todos lados. No solo seguía siendo atractivo por sus muecas tiernas o las sonrisas, se había vuelto el tipo de hombre que girabas a ver en la calle.

Traté de no recordar los mensajes de texto. Puso en palabras que me había amado. Podía estar sobrepensando las cosas. Para mí, «amor» significaba mucho y…

Me aclaré la garganta. Me había quedado embobada, mirando sus brazos y los dibujos sobre su piel.

—Come —repetí y obedeció.

Hizo otra mueca al tragar y contuve la sonrisa.

—No seas un niño malcriado. No está mala.

—Sabe a comida para vaca.

—Es sopa de vegetales, las vacas comen pasto.

—Es lo mismo —refunfuñó, apartando un par de hojas de espinaca.

—Tienes que comerlo todo.

—Me crecerán plantas en el estómago.

—No es gracioso, tienes que alimentarte. Come o no te dejaré dormir.

Bufó, pero masticó un pedazo de calabaza.

—No sé cómo puedes consumir estas cosas. La gente se debe morir de tristeza y de hambre si lo único que come es esta basura.

—No insultes mi comida y no se trata de pasar hambre o comer poco, sino de comer sano. ¿Parezco estar muriéndome de hambre? —Me señalé de pies a cabeza.

Sus ojos se deslizaron por mis piernas, detallando el pijama. Me quedaba ancho, pero el short era corto y la tela del top era transparente, dejaba poco a la imaginación porque no llevaba sujetador.

Ellis me estaba comiendo con la mirada y… eso me gustaba. Fue su turno de disimular al juguetear con la sopa.

—No, no te estás muriendo de hambre, tú… estás bien. Es solo que no me gustan los vegetales, ni las frutas, ni esas cosas raras que comes.

—Se aprende a apreciar lo que es bueno para nuestro cuerpo. Deberías intentarlo.

Alzó la vista y sus ojos azules destellaron. Vi anhelo en ellos o fue mi imaginación.

—¿Nadie te ha dicho que las cosas que suelen gustarnos son las que más daño nos hacen?

No hablaba de la comida, sino de mí, el pasado y cómo yo lo había lastimado.

Mi corazón se detuvo. Los nervios y la emoción que habían salido de quién sabía dónde, desaparecieron. Yo podía o no gustarle, eso era irrelevante. Para Ellis yo era como la comida chatarra: siempre le haría daño, siempre le traería problemas.

—¿A dónde vas? —preguntó cuando pasé por su lado.

—Termina la comida y ve a descansar —dije sin mirar atrás—. Necesitas recuperarte.

Me llamó un par de veces, pero me encerré en mi habitación y me senté al pie de la cama.

Yo era un problema, el denominador común de todas las relaciones fallidas. No era buena para nadie. Yo, el libro cuestionable que llamas «gusto culposo» o ese helado de chocolate que comes cuando el doctor lo prohibió porque eres intolerante a la lactosa, pero lo haces repitiendo «es solo una vez, no pasa nada».

Desperté con más energía, a pesar de lo mal que había dormido, y todo por Ellis, por sus palabras y los mensajes. Cosas tan pequeñas trajeron recuerdos que avivaron cada parte de mí, cuando lo que debía recordar era lo mala que yo era para él y el daño que le había hecho. El daño que haría, a Ellis y a Erika, si me dejaba tomar el camino incorrecto.

Cerré los ojos y me repetí que todo quedaría en el pasado. Ellis no recordaba nada.

«Los mensajes».

Releí la conversación con un nudo en el estómago. Después de eso había dos opciones. Él lo leería y fingiría que nada había pasado o me confrontaría, para pedir disculpas o justificarse por estar borracho.

En ambos casos sería incómodo y era dar la oportunidad a que despertaran sentimientos pasados o presentes que no debían ver la luz. Siempre terminaría algo mal. Habíamos logrado algo de paz, no quería volver al campo de batalla con Ellis.

Tenía que evitar que los leyera, pero meterme a su teléfono y borrar la conversación era una invasión a su privacidad. Prefería las discusiones a cruzar esa línea.

«Es Telegram».

Se podían desaparecer las conversaciones sin que nadie lo supiera, lo había escuchado del propio Ellis. Seleccioné todos los mensajes y estaba a punto de borrarlos cuando me tembló la mano.

Una parte de mí no quería hacerlo porque eso arruinaría toda posibilidad de entender lo que Ellis sentía o no por mí a pesar de los años que habían pasado. Era esa parte venenosa y dañina para los

que estaban a mi alrededor la que me impedía eliminar los mensajes. Era una egoísta porque deseaba que él todavía me quisiera.

Presioné borrar y con los mensajes se fue toda la felicidad con que había despertado.

# CAPÍTULO 18

*Lo triste es entender que nadie te va a amar lo suficiente como para quererte a su lado toda la vida.*

—Sabía que no decepcionarías —dijo el profesor López—. Tus propuestas son muy interesantes. Vas por buen camino.

Bajé la vista cuando me sonrió. Las noches de trabajo habían valido la pena. Sin embargo, no podía sentirme feliz, ni siquiera satisfecha.

Me gustaba lo que estaba haciendo porque amaba mi carrera. El problema era que las palabras de Henry se repetían en mi cabeza.

*Tú no serás una buena arquitecta y eso no está mal, serás una buena asistente de un arquitecto.*

Y no es que ese trabajo me desagradara o fuera irrelevante, es que lo veía como parte del camino para cumplir mis sueños.

—Aprovecha y descansa en las vacaciones de Navidad. Te lo mereces y lo necesitas.

López me hablaba con un toque cálido que antes no usaba. Las personas me percibían frágil y me trataban como tal, con lástima. No dije nada porque sabía que su intención era buena, pero solo me hacía sentir peor.

—El próximo año empezaremos con trabajo fuerte —agregó—. Quiero a una Alex Herrera dando lo mejor de sí misma, ¿de acuerdo?

Y ahí encontré a mi profesor de siempre. Sí, yo podía estar destrozada, pero él confiaba en que pusiera mis problemas personales a un lado y me centrara en la tesis.

Asentí antes de cerrar la puerta.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Dana, que me esperaba fuera de la oficina de López.

—Deja de preguntarme eso, es frustrante tener que responder.

—Lo siento —murmuró.

—Y deja de pedir perdón. Es lo único que haces desde que tú y Erika se pelearon.

Estuvo a punto de volver a disculparse, pero se dio cuenta antes de abrir la boca.

—Vale. No preguntaré más cómo te sientes. No quiero ser una copia de Santa Erika.

—Te he dicho mil veces que no te pelees con ella. Erika ni siquiera se acuerda y tú pasarás media vida resentida por una tontería.

—No voy a tener tiempo de andar resentida con todo el trabajo que me viene encima. —Le dio vueltas a su teléfono, pero sin mirarlo, eso dejaba claro lo preocupada que estaba—. Mi tutora no se veía contenta. Seguro tendré que repetir mi proyecto de tesis. Lo que tengo es una mierda.

—No infravalores tu trabajo. —Entrelacé mi brazo con el suyo—. Si quieres pensar en quién la pasará peor el año que viene, recuerda que tendré que ir a la oficina de Henry varias veces a la semana y trabajar con sus arquitectos. No puedo seguir evitándolo. Que no me lo cruzara estas semanas fue un milagro.

Hizo un gesto de asco.

—Todavía tengo la esperanza de que decidas dejarlo colgado y que pierda el contrato de su vida y la empresa y todo. Se lo merece por infiel, hijo de puta, cabrón que…

—Basta.

Exhaló un suspiro.

—¿No has hablado con esos señores? Los que te pidieron para el proyecto.

—¿Los Walton? —Asintió—. Hace dos días hablé con Hana. Estaba preocupada porque no fui a la fiesta. Henry apareció sin mí. Quiere que hagamos una visita al lugar donde están preparando el terreno para la construcción, que vaya a su casa y que salgamos a comer.

—Está obsesionada contigo, es una buena señal. Debe ser cierto lo que dicen de ella —murmuró—. En todos lados la llaman «el sabueso». La mujer tiene muy buen ojo para los negocios y para encontrar talentos. Tiene una lista de…

—¿Cómo sabes eso? ¿Sigues acosando gente en redes sociales?

—No puedo evitarlo, es un vicio difícil de soltar. Necesito saber cosas de las personas que me rodean y de las que rodean a las que me rodean.

—¿Hasta su carta astral?

—En especial eso, pero no tengo la hora de nacimiento de la señora. ¿Podrías preguntarle?

Respiré profundamente y la ignoré. Llevaba seis días sin mirar redes sociales. Había desarrollado técnicas evasivas cada vez que me comían las ganas de investigar. Tenía terror a que no funcionaran en algún momento y terminar llorando como la semana anterior.

—No sé cómo voy a manejar esto —dije cuando salimos de la universidad—. La señora Walton quiere que al menos vaya a su casa y Henry se enterará, puede que aparezca y no quiero verlo.

—Sigo pensando que podrías pedirles a los Walton que te contraten para hacer el trabajo por tu cuenta.

Pero yo no tenía la fuerza para hacer algo así, además de que me faltaban contactos y trabajadores y una constructora para llevar a cabo un proyecto como ese. Henry lo tenía todo y yo solo dos opciones: ser parte de su equipo o no hacer nada y esconderme como hasta ese momento.

El problema era que tomar decisiones se hacía cada vez más difícil. No podía pensar en Henry sin que me doliera el pecho y la verdad era que no estaba enojada con él, aunque deseaba estarlo. Estaba destruida y asustada.

El trabajo había terminado momentáneamente, se aproximaban dos semanas de vacaciones y ya no me quedaban métodos de escape para ignorar la realidad.

---

—¿Lista para empezar a preparar la maleta? —preguntó Erika, emocionada.

Me habían pasado a buscar por la universidad. Iba acostada en el asiento trasero del auto, mirando al techo. Me incorporé y Lucas, que conducía, me guiñó un ojo por el espejo retrovisor.

Siempre pasábamos las vacaciones de Navidad con nuestras familias. Nos íbamos a la cabaña de los Knox, cerca de la estación de esquí. Cocinábamos juntos, cenábamos en Nochebuena, al día siguiente intercambiábamos regalos de Navidad, lo cual coincidía con el cumpleaños de Erika. Volvíamos al pueblo y en Nochevieja, nos reuníamos en mi casa para cenar.

Ese año no quería hacer ninguna de esas cosas. Ni ver a mi madre me emocionaba.

—No tengo nada listo.

—No importa. Te ayudo a prepararlo.

—No creo que vaya al pueblo —murmuré.

—¿Es porque Henry dijo que iría con nosotros este año?

—Y porque casualmente cumpliríamos dos años de relación.

No tenía sentido mentirles. El 25 de diciembre, el mismo día del cumpleaños de Erika, dos años antes, yo había regresado a la ciudad porque tenía trabajo pendiente. Henry estaba esperándome con un ramo de rosas. Ese día oficialmente empezamos la relación.

Al año siguiente no pudo ir y prometió que el próximo sí lo haría. Cada oportunidad que puse sobre la mesa para que conociera a mi madre, la evitó. Incluso mis interacciones con sus padres fueron limitadas. Siempre me tuvo como algo para descartar cuando fuera necesario.

—Prefiero quedarme —dije para romper el incómodo silencio.

—No quiero que estés sola.

Me encogí de hombros.

—Puedo decirle a mi madre que venga a pasarlo conmigo. Lleva mucho tiempo hablándome de su pareja y quiero conocerla. La ciudad será más entretenida y…

Erika me tomó de la mano.

—Tu madre está vaciando la casa, ya la vendió y se va a mudar. ¿No quieres ver tu casa por última vez?

—Sabes que no soy sentimental con esas cosas.

—Pero tu madre no podrá venir y las dos lo sabemos.

Mi madre lo dejaría todo para acompañarme porque sabía lo mal que la estaba pasando, pero no era justo.

—No quiero obligarte a nada —dijo Erika—. Lo que mejor te haga sentir estará bien y te apoyo. Pero no voy a mentir diciendo que me parece una buena idea que te aísles.

Le sonreí y cambió de tema con la facilidad que la caracterizaba. Me puso al día con la fecha de su examen de fin de grado y cómo se estaba organizando para estudiar cuando empezara el año.

Erika se bajó en el supermercado y Lucas siguió conduciendo para llevarme a casa.

—Hay algo que quiero contarte —dijo cuando nos detuvimos en el semáforo dos calles antes de nuestro edificio—. Y sé que si Erika se entera de esto, puede que tengamos una gran discusión y…

—Habla.

Lucas se ponía a balbucear cuando estaba nervioso.

—Necesito que vayas con nosotros al pueblo.

—¿Por?

—Voy a pedirle matrimonio a Erika y…

—¡¿Qué?!

—Ya sé que no es un buen momento para ti. Lo siento mucho si es insensible y egoísta pedírtelo cuando tú no la estás pasando bien, pero…

—Lucas.

—Sé que Erika te querría tener en ese momento y yo también, pero es terrible que te esté diciendo esto y…

—¡Lucas! —Puse una mano sobre su hombro—. ¿De verdad vas a pedirle matrimonio? —Asintió—. Mi mejor amiga va a casarse —

murmuré y una sonrisa se extendió en mis labios, la primera real y de dicha en tantos meses.

—Si es que acepta.

—Por supuesto que aceptará.

—Pero yo estoy pidiéndote que pongas una estúpida propuesta de matrimonio por encima de tus problemas y…

—Basta —le interrumpí—. No es estúpido y no me estás pidiendo que mate a nadie, relájate. Además, yo también quiero estar ahí.

Se detuvo frente a nuestro edificio y me dio una tímida sonrisa.

—Quería proponérselo desde hace meses, en nuestro aniversario.

—¿En septiembre? ¿Por qué no lo hiciste?

—Henry acababa de cortar contigo. No estabas bien, Erika preocupada y yo no sabía cómo ayudarlas. Habría sido un desastre.

Se me apretó el corazón. Tan mal había estado yo sin saberlo, negando la realidad, preocupando a mis amigos y ellos haciendo hasta lo imposible para apoyarme sin que yo lo notara.

—Lucas, las decisiones que tomes no pueden estar ligadas a mi bienestar emocional o a lo que pasa en mi vida —declaré—. Sé que lo hiciste porque me quieres, pero ahora mismo estoy peor que en ese momento y te agradezco por insistir en que vaya.

—¿Estás segura? Me siento terrible por…

Palmeé su hombro para que se callara y no volviera a los balbuceos.

—Me alegra que vayan a dar este paso. —Le sonreí—. Eres maravilloso, la quieres y ella a ti. Van a ser muy felices juntos. Tienes mi aprobación, muchacho, puedes proponerle matrimonio a mi hija.

Logré que riera y salí del auto. Él se fue a buscar a Erika al supermercado y yo a nuestro apartamento.

«Se van a casar».

Subí al elevador y la felicidad se fue convirtiendo en algo más. No entendí mis sentimientos. Era una mezcla del pesar que llevaba tanto tiempo sintiendo con un toque de… ¿envidia?

No. Me alegraba que se fueran a casar. Los imaginaba en un altar y me daban ganas de llorar, pero entre esas lágrimas de emoción

había un dolor que nada tenía que ver con Erika, Lucas y uno de los momentos más hermosos que vivirían juntos.

Era el dolor de entender que, posiblemente, yo nunca tendría esa experiencia. Había deseado casarme con Henry, imaginando mil escenarios de propuestas y matrimonios.

Me negué a seguir revolcándome en lo estúpida que era.

Cerré la puerta del apartamento y al entrar a la cocina, encontré a Ellis comiendo pizza fría de la caja.

—Ya lo sabes.

—¿Qué cosa?

—Lucas. Matrimonio. Erika —dijo entre un bocado y otro—. Te lo acaba de decir.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estás pálida y tienes la misma cara de miedo que pensé que tendrías.

«¿Así me veo?».

—Tranquila —dijo con su acostumbrado tono despreocupado—. No vas a morir por ir al pueblo en Navidad.

Había olvidado esa parte.

—Es un momento importante para mi mejor amiga. Iría al infierno si Lucas me dice que va a hacerle la propuesta ahí.

Ellis sonrió de medio lado y se puso de pie.

—Bien. Esa es la Alex que me gusta escuchar. —Pasó un brazo sobre mis hombros y movió un trozo de pizza frente a mi cara—. Además, yo también iré.

—Tú no vas al pueblo desde que te fuiste a estudiar.

—Excepciones, querida Alex. Haré un sacrificio, igual que tú.

Dejó un beso en mi mejilla y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Algo desconocido y olvidado se movió en mi pecho.

—La buena noticia es que ahora tú y yo no somos enemigos. Nos haremos compañía en estas desgraciadas fechas que pasaremos en familia.

Salió de la cocina y no tuve fuerza para regañarlo por dejar la caja de la pizza abierta y sobre la mesa en vez de tirarla. Por alguna razón, saber que Ellis iría me hizo sentir mejor, menos sola.

# CAPÍTULO 19

*Afrodita es la diosa del amor y me odia.*

Mi madre quedó embarazada a los dieciséis años. Mi padre, a quien no conocí, se negó a asumir la responsabilidad y mis abuelos la echaron de casa. Su tía abuela, al otro extremo del país, fue quien la acogió.

Desde ese entonces, mi madre se enfocó en mí, dejando a un lado el amor o las relaciones. En especial al morir la tía, cuando yo apenas tenía dos años y tuvo que ser madre, estudiante y trabajadora para pagar las cuentas.

Si me presentaba a su pareja, era porque iba en serio. No me sorprendió la noticia de que iba a vender la casa para mudarse al pueblo de Juliette, su novia.

—¿Crees que es muy apresurado? —preguntó cuando nos quedamos a solas.

—Llevan más de un año juntas, tiempo suficiente. Además, te veo feliz.

—Y solo me estoy mudando a media hora de distancia —aclaró—. Sabes que venderé la casa porque es imposible mantenerla y prefiero algo más pequeño a unas calles de donde vive Juliette.

—Pensé que iban a vivir juntas.

—Pero eso no significa que no tenga mi propia casa.

Sí, era romántica y había encontrado a la persona adecuada, pero siempre tendría los pies sobre la tierra.

—Espero que lo hagas por tener tu espacio y no por invitarme a vivir en esa casa una vez que me gradúe.

Soltó una carcajada.

—Nunca vivirías en un pueblo alejado de la civilización. Ya tuviste suficiente mientras crecías. —Me tomó de la barbilla—. Mi niña es una estrella y las estrellas necesitan espacio para brillar. Tu lugar está en la ciudad.

Me cosquillearon los ojos cuando dejó un beso en mi mejilla.

—Bajemos estas bolsas o no terminaremos ni mañana —dijo al notar que las lágrimas estaban a punto de escapárseme.

Dejamos las bolsas en el comedor y quise subir para evitar que mis pensamientos se fueran al lugar equivocado, pero mi madre me arrastró a la cocina. Me sirvió un vaso de agua y no dijo nada hasta que lo vacié.

—Ya me contaste lo que pasó, ya sé cómo te sientes, pero verlo es distinto.

—Solo necesito tiempo para olvidarlo.

—Estás más delgada y tienes ojeras, pero eso es normal. No puedes estar bien después de lo que pasó y no te pido que lo estés, pero dime qué más te está carcomiendo la cabeza.

No había nada que pudiera ocultarle y tenía ganas de dejarlo salir con tal de aliviar el peso que había arrastrado durante el viaje.

—Estuve pensando que… —Respiré profundamente—. ¿Qué tal si este es el final? ¿Y si no soy el tipo de persona destinada a tener a alguien que me quiera? ¿Qué pasa si me quedo sola? ¿Y si…?

Tomó mi rostro entre sus manos.

—Yo sé que no es malo pasar tu vida soltera y que tener una pareja no asegura la felicidad, pero…

—Tú quieres tener a alguien.

—Quiero trabajar en lo que amo y llegar a casa con mi familia, con niños y alguien que me ame… ¿Qué pasa si tener esas cosas no está en mi futuro?

Mi madre, solo un poco más alta que yo, me acercó a su pecho y me dio un abrazo. Me sentí segura y tranquila por primera vez en meses.

—Tu vida está solo empezando, Lexi. —Se me derritió el corazón al escuchar el diminutivo que usaba cuando yo era pequeña—. Tienes veintidós años, eres inteligente y talentosa. No te adelantes a los acontecimientos. —Pasó una mano por mi espalda para reconfortarme—. Permítete sanar esto, repensar tu vida y seguir adelante. Es complicado, pero verás que todo va cayendo en su lugar poco a poco.

Pasé los brazos por su cintura y la apreté con fuerza.

—¿Y si no pasa?

—Cuando digo que todo cae en su lugar no me refiero a que se arregla, sino que aprendemos a tomar lo que tenemos y acomodar nuestra vida para hacer lo mejor posible con ella. Es el consejo de alguien que se sintió perdida por muchos años.

Era la mujer más fuerte que había conocido: valiente, admirable y luchadora. Deseaba haber heredado algo de ella, pero no encontraba ninguna de esas cualidades en mí.

—Estás pasando por un duelo y ahora todo es oscuro. No vas a ver una salida si estás a ciegas buscando algo que no es momento de encontrar. —Limpió mis lágrimas—. Tienes que darle tiempo a tu mente y a tu corazón para sanar.

»Después de eso podemos hablar del futuro, la familia, las parejas y lo que deseas. Pero estoy segura de que tú misma encontrarás las respuestas cuando esa cabecita esté preparada.

Me dio un beso en la nariz y apoyó su frente en la mía, como siempre hacía para calmarme.

—Te quiero —susurré.

—Yo también te quiero, mi Lexi.

Me habría quedado así hasta el fin de los días, pero alguien dio unos toques en la puerta de la cocina para anunciar su presencia.

—Me mandaron a cargar cajas, no a interrumpir, lo juro.

Ellis tenía puesta una de sus sudaderas negras con otra de sus frases: «Asisto a la universidad de los mantenidos». Encima llevaba

un abrigo grueso. Las casas tenían calefacción, pero afuera la nieve se arremolinaba y la calle estaba desierta.

—Haces muy bien en venir a ayudar.

Mamá le dio un abrazo. Se veía pequeña junto a Ellis, que tenía una sonrisa en los labios cuando le respondió el abrazo.

«¿Cómo me veré yo a su lado si soy aún más pequeña?».

No lo sabía y no lo podía imaginar. Ellis jamás me había abrazado, no siendo adultos y con esa estatura.

—Tú te vas a mi habitación —me dijo mamá y después señaló a Ellis—. Tú conmigo a la de Alex para que terminemos antes.

Lo tomó del brazo y se lo iba a llevar cuando me aclaré la garganta.

—Ya no tienes que sacar a uno de los dos de la habitación para evitar peleas.

—Es cierto, Merci. Ya no peleamos, no a gritos. —Ellis me miró—. No puedo decir que seamos amigos, pero… nos soportamos.

Puse los ojos en blanco. Mamá, que había sufrido nuestras luchas adolescentes, se mostró sorprendida.

—¿Quiere decir que ya no tengo que preocuparme de que le lances algo a la cabeza cuando les doy la espalda?

—Eso nunca pasó —rebatí.

Ellis alzó una ceja, incrédulo.

—Fue un accidente —aseguré—. Estábamos lavando vasos y se me escapó uno de la mano.

—¿Uno directo a mi cara?

—Si quieres una disculpa por algo que no hice a propósito, puedes esperar sentado… o acostado, mejor.

Rio por lo bajo y mamá nos evaluó.

—Bien. Parece que ya no es peligroso dejarlos juntos. Vayan arriba que hay cajas más pesadas.

Tomé a Ellis del brazo y lo llevé por la escalera. Silbó al analizar el empapelado rosa y crema de las paredes.

—Estoy en la habitación de la reina del baile. Seré la envidia del instituto.

—Tonto —murmuré antes de pasarle una caja.

—Los chicos de mi año morían por entrar aquí.

—Eso es por los rumores de que me follaba a todos. Ya sabes quién es el culpable de esos chismes, ¿no?

—Yo nunca inventé eso.

—Pero creaste otros rumores absurdos que me persiguieron.

—Tonterías de adolescente. Tú también inventaste cosas de mí. Lo mío era solo que no te lavabas los dientes, que tenías cuentas falsas de Instagram para acosar a los que te gustaban o que le dabas besos a tu osito de peluche antes de dormir.

Lo encaré.

—Pero yo soy mujer y siempre estaré en desventaja. Esos rumores tontos le dieron pie a otros. Terminaron diciendo que era promiscua, que me gustaban cosas sexuales raras y que me follaba a quien fuera.

Su rostro perdió toda diversión.

—Hoy no me parecen insultos y me daría lástima quien inventara algo así, pero no le puedes pedir a una niña de dieciséis años que procese de la misma manera.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Por alguna razón esperaba una disculpa, aunque no fuera él quien hubiera dicho esas cosas horribles que me hicieron luchar día a día para no derrumbarme. Sin embargo, se concentró en ordenar.

Lo imité sin decir una palabra. Se suponía que estábamos bien, pero un simple comentario del pasado podía cambiar nuestro estado de ánimo. Años de peleas tenían consecuencias.

Me mantuve atenta a lo que hacía viéndolo de reojo. Iba a salir de la habitación, se detuvo en seco y me miró.

—Peleé a golpes con todos los que hablaron de eso frente a mí.

Me quedé inmóvil cuando desapareció. Ellis se había metido en problemas muchas veces por peleas en las que siempre salía perdiendo porque era delgado y pequeño. Nunca dio las razones, a pesar de salir siempre culpable por haber dado el primer golpe.

Me odiaba en ese entonces. No tenía sentido que se peleara para defenderme, pero… y ¿si en el fondo me había seguido queriendo o teniendo aprecio?

Me concentré en recoger. No quería pensar en sentimientos pasados o presentes. Bajé cajas y nos cruzamos varias veces, pero

sin decir nada.

Mi madre estaba en lo cierto respecto a concentrarme en el presente y en mí, pero mi cerebro era traicionero cuando le dabas un hilo por el que seguir a otros pensamientos. Lo que Ellis había dicho estando borracho no dejaba de repetirse en mi mente.

Y ¿si de verdad yo nunca había dejado de gustarle? ¿Por qué se había sentido tan bien escucharlo? Pasé años tratando de que sucediera lo contrario.

Quedaban pocas cosas en mi habitación cuando encontré una caja pequeña debajo de la cama. Un volante lleno de colores sobresalía de la tapa mal cerrada.

—No puedo creerlo —murmuré justo cuando Ellis entró—. Esta es una de las invitaciones que repartían tú y tus amigos cuando se juntaban para hacer sus conciertos.

Estallé en carcajada y Ellis abrió mucho los ojos al ver el papel colorido con el nombre de la banda y una foto de ellos en poses ridículas de chicos malos con máscaras. Me lo arrebató y lo guardó en su bolsillo.

—¿Por qué lo guardas?

—Sabía que algún día sería oro y te podría chantajear. —Le sonreí y se sintió bien que el ambiente se relajara—. ¿Crees que no tengo más?

Se puso muy serio.

—Si le muestras eso a alguien, la paz habrá terminado y pienso sacar el material pesado que tengo para jugar en tu contra.

—¿Qué tienes?

Fue su turno de sonreír.

—Mejor pórtate bien y no lo descubras.

Cerré las manos en puño. Había infinitas posibilidades de lo que podría avergonzarme.

—Dime lo que tienes. —Me interpuse en su camino.

—Te lo diré si bajas esto. —Dejó en mis brazos la caja que estaba cargando—. Además, tienes que prepararme un chocolate caliente cuando terminemos.

—Me estás chantajeando y esta caja pesa más. —Lo observé mientras se agachaba a recoger la más pequeña, de la que había

salido el volante—. Dime qué tienes de mí y deja de molestar.

—Si te dijera la verdad, no me dejarías en paz hasta que te dé toda la evidencia de lo vergonzosa que era la reina del baile cuando…

La caja en sus manos se desfondó y el contenido se fue al suelo. Todo era pequeño y estaba envuelto en papel de embalaje; no se veía su contenido. Sin embargo, cuando reconocí los sobres y los dibujos en ellos, entendí lo que era.

Me abalancé para ocultar las cosas. Ignoré las protestas de Ellis cuando lo aparté e impedí que me ayudara. Él no podía ver nada de eso y se me escapó un suspiro cuando todo estuvo a salvo y acuné la caja contra mi pecho.

—¿Qué es esto, Alex?

Miré a mi espalda y lo encontré cerca de la ventana con una esfera de plástico trasparente en la mano. Se había salido de la caja y de su embalaje.

El corazón se me disparó cuando abrió la esfera para ver lo que había en su interior.

—Suelta eso —ordené, pero Ellis se alejó un paso.

Era demasiado tarde para evitar el desastre. Le dio vueltas al papel viejo. Lo había doblado y desdoblado tantas veces durante mi adolescencia que se veía amarillento y tan fino que amenazaba con hacerse pedazos. Su mandíbula se contrajo al reconocer la carta.

—¿Por qué tienes esto?

No había una mentira para justificarme.

—Dijiste que la habías quemado.

Me tembló la voz cuando quise decir algo y no lo logré.

—Es la carta que te di el día en que te dije que estaba enamorado de ti —masculló—. Te pedí que me la devolvieras y juraste que la habías quemado.

—Yo… no quería devolverla. —Era la verdad más inocente que podía decir.

—Esto es mío, Alex. Eran mis sentimientos. —Mostró las hojas envejecidas—. Fue la primera vez que confesé lo que sentía y me rechazaste de la peor manera. Lo menos que podías hacer era devolverme esto y me mentiste.

—No pensé que fuera tan malo si…

—Me mataba la vergüenza saber que tenías esto y cuando dijiste que lo habías quemado te creí… A pesar de todo, confié en ti y me sentí más tranquilo porque no tendrías en tu mano algo para hacerme quedar en ridículo. ¿Sabes cómo se siente ver que lo has tenido todo este tiempo? ¿Por eso lo guardaste? ¿Pensaste en usarlo en mi contra?

—No. Yo nunca…

—¿Harías algo para lastimarme? ¿Jugarías conmigo?

—Sé que lo que pasó entre nosotros no ayuda a que me creas, pero…

—¿Entonces por qué lo guardas? ¿Por qué…?

Su vista se deslizó a la esfera abierta y se atragantó con las palabras. Cerré los ojos con fuerza, sabía lo que quedaba dentro.

Ellis tomó la fina cadena dorada y el collar quedó a la altura de sus ojos. La pequeña caracola que servía de colgante se balanceó suavemente. Tragó con dificultad y la sangre se agolpó en sus mejillas. Estaba realmente avergonzado o enojado o una mezcla de las dos.

—Dijiste que lo habías tirado a la basura —murmuró.

—No fue con mala intención, te juro que…

—Mejor no sigas agregando mentiras.

Arrugó el papel en su mano y se me escapó un chillido. Quise gritarle que no tocara mis cosas, que esa carta era mía, pero me controlé. Lo tomé del brazo cuando se iba a ir.

—Devuélveme el collar —dije con voz temblorosa—. Es mío.

—No, no lo es.

—Me lo regalaste.

—Te lo di y me rechazaste, así que no, no es tuyo.

Me dio la espalda y me ignoró cuando intenté rebatir.

No recordaba esa carta y el collar, pero siempre estuvieron conmigo, en una parte muy cerrada de mi subconsciente, donde solía guardar lo que involucraba a Ellis. Me dolió ver que me los arrebataba.

No fue como el día en que Henry me había roto el corazón o como lo experimentaba cada vez que las lágrimas ganaban la pelea

en las últimas semanas. Me sentí vacía de una manera… distinta. La necesidad de recuperar dos cosas tan simples me asfixió, tuve que obligarme a no correr tras él.

El collar, la carta o Ellis nunca me habían pertenecido. No había nada para recuperar.

---

A la hora del almuerzo nos reunimos en casa de los Knox. Las charlas en el cálido y conocido comedor, la sopa un tanto salada de la madre de Erika y la ensalada mal cortada de su esposo me hicieron sentir de vuelta al pasado, a tiempos felices.

Nadie se veía preocupado por la desaparición de Ellis, era normal, pero yo estaba inquieta.

A media tarde, después de ponernos al día en la sala de estar, picando dulces y tomando té, Erika me arrastró al garaje.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Sé lo que te pasa en general y sabes que no te pregunto por eso. Hay algo más. ¿Te peleaste con Ellis? ¿Por eso no contesta mis llamadas?

No fue necesario que lo confirmara.

—Pensé que se estaban llevando bien.

—No es nada.

—Te molestó. —Sus labios se tensaron y su parecido con Ellis se acentuó—. Ese estúpido, insensible que… —Se tragó los insultos—. Dime qué te hizo y lo traigo arrastrado para que pida disculpas.

—Tú nunca te metiste en nuestras peleas.

—Porque éramos adolescentes. Ahora somos adultos que viven juntos y estamos de celebración con nuestras familias. Si te hizo algo, no voy a tolerar que…

—La verdad es que es mi culpa. —Arrugó las cejas—. Pero no quiero hablar del tema. ¿Podemos dejarlo aquí?

Erika suavizó la mirada y me dio un abrazo. Me dolía no poder compartir las razones con ella, no haber tenido la ayuda de mi mejor

amiga por tantos años porque decirle la verdad significaría arruinar nuestra amistad.

—Y yo que iba a pedirte un favor —dijo al separarse.

—Si es algo del supermercado, estás de suerte. Mi madre me dio la lista de la compra para la cena de Nochebuena. Es kilométrica. Una cosa más no hará la diferencia.

—Era sobre la cabaña y los días que vamos a pasar allá. Pero después de saber que Ellis y tú se pelearon no puedo pedirte nada.

—Habla.

Bufó.

—Vamos más personas esta vez porque Juliette se nos une y Ellis hace años no iba. Hay cuatro habitaciones y…

Se me quedó viendo y entendí a lo que se refería. Tres parejas, Ellis y yo.

—Puedo dormir en el sofá.

—No. Que Ellis duerma en el sofá. Iba a decir que compartieran la habitación con dos camas, pero es un imbécil. Le toca el sofá.

—Ya te dije que no me hizo nada, fue mi culpa que discutiéramos.

—Le toca el sofá —repitió con determinación y no le encontré sentido a discutir.

La próxima noche, Erika estaría comprometida y feliz. La distribución de habitaciones no sería un problema y a mí me daba igual dormir en cualquier lugar de la cabaña.

—No le des importancia a lo que pase con Ellis —dijo—. No le hables y ya.

—De acuerdo.

—Haré que duerma en…

—Mejor deja de organizar cada segundo de las fiestas y ve a pasar tiempo con la familia —intervino Ellis.

Estaba en la entrada del garaje con las mejillas enrojecidas por el frío. Se mantuvo con las manos en los bolsillos y el corazón se me disparó por los nervios.

—Tu madre me pidió que te acompañara al supermercado —dijo sin dejar de mirarme—. ¿Conduces tú o yo?

# CAPÍTULO 20

*¿Lo que amo es la idea de que alguien más me ame?*

Pasamos diez minutos en silencio dentro de la camioneta. Ellis conducía despacio por las calles cubiertas por la nieve que se derretía al hacer contacto con el asfalto. Cuando se detuvo en el estacionamiento del supermercado y apagó el motor, traté de huir de la incomodidad. Bloqueó las puertas.

—Lo siento —dijo sin apartar las manos del volante—. Me enojé por algo que pasó hace mucho tiempo. No está bien juzgar a dos niños.

—No debí mentirte —murmuré.

—¿Por qué…? —Detuvo su pregunta y suspiró—. Tus razones tendrías y voy a respetarlo.

Metió la mano en su bolsillo, sacó el collar y lo dejó sobre mi palma.

—Es tuyo. En ese entonces no podía dormir bien recordando cómo me habías rechazado. Me sentía estúpido por haber pensado que podía sentir lo mismo que yo.

Apreté el collar con fuerza.

—Me ponía ansioso saber que tenías esas cosas. Podías mirarlas para burlarte y recordar lo patético que era el hermanito de tu mejor

amiga.

Quise desmentirlo, pero no pude. Él lo había dicho, éramos niños y no tenía sentido juzgarnos por las acciones de ese entonces.

—Cuando vi esas cosas en tu habitación… —Tragó con dificultad —. Todo eso regresó y… —Forzó una sonrisa—. No me culpes porque en el fondo de mi corazón sigue viviendo el niño estúpido que se enamoró de su vecina y fue rechazado de la peor manera.

Bajé la vista.

—Fui una insensible. Podía haberlo hecho más… Haberte rechazado con más tacto.

—Es el pasado. Mejor olvidémoslo y hagamos las compras para volver lo antes posible. Me estoy congelando.

Salimos del auto. Mientras caminábamos, sentí la incomodidad en el ambiente. Íbamos a pasar varios días juntos, no quería que fueran así. Miré el collar que tenía en la mano.

—Si ya estamos en paz, ¿lo puedo usar?

Alzó una ceja y se quedó boquiabierto al entender a lo que me refería.

—Es una baratija.

Me encogí de hombros y traté de ponérmelo. Tenía un suéter grueso y un abrigo con capucha encima; además del pelo suelto, fue imposible.

—Yo lo hago —dijo cuando me di por vencida.

Nos detuvimos en la entrada del supermercado. Apartó mi pelo a un costado y las yemas de sus dedos me hicieron cosquillas al rozar la sensible piel de mi cuello. Pasó el collar por encima de mi cabeza, fácil para él que era mucho más alto, y sentí el calor de su cuerpo al tenerlo tan cerca. Cerró el broche y acomodó la caracola sobre mi pecho.

Sus ojos quedaron fijos en los míos y recordé aquella tarde en la que Ellis me había llevado al árbol de cerezo, mi preferido. Tenía las ramas secas, adornadas con las flores que sobrevivían al invierno. Si ese día hubiera aceptado el collar de la misma manera que en ese momento, todo habría sido distinto.

—Si no empezamos con la lista de la compra ahora mismo, cerrarán antes de que terminemos —dije para no pensar en lo

indebido.

Se aclaró la garganta y, al igual que yo, fingió que no había nada de extraño en que el collar estuviera en mi cuello. Tomamos dos carritos y nos unimos y separamos varias veces para terminar lo antes posible.

Ellis estaba haciendo la fila para pagar mientras yo escogía más vegetales.

—Alexandra —dijo una voz femenina a mi espalda—. ¿Alexandra Herrera?

Giré para encontrar a Inés y Clara Jiménez, las hermanas gemelas que hasta el año anterior habían sido nuestras vecinas. Eran mujeres adultas cuando yo había nacido; les calculaba unos sesenta años. Se veían tan alegres como las recordaba.

Nunca se casaron, se mantenían unidas y querían mucho a mi madre, con quien seguían teniendo una estrecha relación. En nuestra niñez, Erika, Ellis y yo pasamos muchas tardes con ellas para que nuestros padres pudieran trabajar.

Las abracé con el mismo entusiasmo que ellas.

—Estás hermosa. Con razón tienes un novio millonario —dijo Clara, la de voz más grave.

El estómago se me revolvió.

—Más importante que los millones… es el hijo de Stewart. —Rieron por lo bajo.

Yo misma les conté de mi relación porque el padre de Henry era un aclamado actor de su generación y ellas lo adoraban. Sin embargo, la información de la ruptura no había llegado tan lejos.

—Prometiste que este año lo traerías —dijo Inés—. Lo recuerdo muy bien.

—¿Cuándo nos lo vas a presentar?

—Vimos noticias muy raras de él con una modelo. Es un medio complicado y lleno de habladurías.

—Sabemos que mantienen la relación en secreto.

Cada palabra era peor que la anterior.

—A su padre le hicieron todo un teatro con otra actriz antes de que se casara con su esposa actual. ¿Recuerdas, Inés?

—Fue un escándalo.

Clara me palmeó el hombro.

—Tu futuro matrimonio no será fácil de manejar, pero estarás bien.

—De seguro ese chico Stewart te quiere mucho. Nuestra Alexita merece lo mejor —agregó Inés.

—¿Está aquí contigo o se quedó en casa con tu madre?

Miraron a mi alrededor como si Henry fuera a caer del cielo. Las manos me sudaban.

—¿No llegó aún? ¿Vendrá mañana para la cena de Nochebuena? ¿Crees que puedan pasar a visitarnos? —insistió Inés ante mi silencio—. Es un hombre ocupado, pero podrá hacer algo de tiempo para conocer a tus abuelas, ¿no?

—De este año no puede pasar. Espero que no planees presentárnoslo en la boda.

Si seguían hablando, me iba a desmayar.

—Hay que insistirle mucho a los chicos de hoy en día para que muestren a sus novios —protestó Inés y me miró—. Nunca has sido como el resto de niños malcriados, no empieces ahora, Alexita.

—¿Lo llevarás a nuestra casa mañana o después de que regresen de la cabaña de los Knox?

—Y si puedes traernos un autógrafo de su padre no nos enojaremos.

—¡Inés! —la regañó su hermana, pero no negó que deseara lo mismo.

—Entonces… ¿cuándo lo conocemos?

Todo me daba vueltas. No podía decir la verdad. Las hermanas Jiménez me arrastrarían a su casa para pedir cada detalle de la historia mientras me peinaban y me daban galletas de chocolate con helado para consolarme.

Unos brazos me apresaron desde la espalda y me pegaron a su pecho.

—Ya entiendo por qué te demorabas tanto —dijo la voz de Ellis muy cerca de mi oído.

Soltaría el estómago en pleno pasillo de los vegetales y los del supermercado me demandarían. El pensamiento de esa mañana,

que él jamás me había abrazado siendo adultos, regresó. Lo estaba haciendo y se sentía… bien.

—¿El pequeño Ellis? —soltó Clara sin apartar los ojos de él.

—Ya no es pequeño —dijo Inés con la boca abierta.

—Los niños crecen, mis queridas abuelas, ¿no lo sabían?

—Pero…

—Cuando te fuiste…

—Hace cuatro años que no te veíamos y…

—Seguías siendo un niño y…

Las hermanas, que podían ser una sola persona al hablar, se quedaron mudas mirando a Ellis. Sus brazos se cerraban sobre mi pecho y su mejilla descansaba en lo alto de mi cabeza. Así se sentía aún más alto y corpulento. Era cálido y fuerte, capaz de cargarme sin esfuerzo. Deseé que lo hiciera o que no me soltara jamás…

Me percaté de las miradas que nos lanzaban Inés y Clara. Antes de que pudieran preguntar algo, Ellis fue quien habló:

—Ya no hay novio millonario, solo quedo yo. Soy el novio nuevo, abuelas. Espero que no se decepcionen por el cambio.

Abrieron mucho los ojos y quedaron sin palabras, igual que yo.

—Al final, Alex se dio cuenta de que soy irresistible y lo dejó todo por mí.

Le di un codazo con disimulo para que no se pasara de listo.

—¿Es en serio? —preguntó Clara con los ojos en mí.

Le di una sonrisa inocente para no afirmar ni negar nada. A Inés se le llenaron los ojos de lágrimas y se cubrió la boca con las manos.

—¡No puedo creer que finalmente pasara! —dijo Clara—. Es que siempre supe que estaban destinados a estar juntos.

—Desde que nacieron.

—Siempre jugaban cuando eran pequeños y se cuidaban en todo momento.

—¿Recuerdas cómo lloraban cuando se separaban?

Clara asintió repetidas veces.

—Siempre lo imaginamos, pero verlos… —La conmoción quebró la voz de Inés.

—¿Escuchas eso, reina? —murmuró Ellis y la piel se me puso de gallina—. Somos la pareja perfecta, destinados desde la infancia.

Y esas palabras hicieron que se me aflojaran las piernas y fue imposible disimularlo. Ellis tuvo que abrazarme con más fuerza para sostenerme.

Inés y Clara se olvidaron de Henry, sus millones, el padre famoso y el autógrafo. Le siguieron un montón de recuerdos de nuestra niñez, felicitaciones y buenos deseos. A ellas no les importaba con quién estuviéramos, les importaba vernos felices.

---

—Gracias —dije cuando la mesera nos sirvió unas tazas de chocolate caliente.

—¿Por salvarte de las Jiménez o por darte la dicha de ser mi novia por diez minutos?

Le di una falsa sonrisa.

—Muy gracioso.

Bebí un trago. Sabía mejor de lo que recordaba. Tras salir del supermercado fuimos a la cafetería en la que solíamos pasar las tardes después del colegio.

—No debería avergonzarte decir que ya no estás con ese tipo. —Puso azúcar en su chocolate y me mordí la lengua para no decir que era demasiada—. Es normal que las relaciones terminen. A la gente le importa menos de lo que crees.

—Es difícil. Cada vez que estoy en público es… —Exhalé un suspiro—. En la universidad, en las oficinas de Stewart y Asociados, los minutos en que he tenido que estar ahí han sido un infierno. Todos mis conocidos sabían que tenía una relación con Henry, algo por lo que cualquier persona hubiera matado. Es inteligente y…

No pude decir más. Acababa de decir una estupidez porque nadie podría sentirse afortunada de salir con un mentiroso. Todas las cualidades de Henry en ese momento ya no estaban. Lo había considerado empático, amable, noble y atento. Sus acciones demostraban lo contrario.

—¿Millonario? —preguntó ante mi silencio—. ¿Atractivo?

—Sí, eso… —murmuré con tal de cerrar el tema, pero Ellis se quedó mirándome.

Me conocía lo suficientemente bien como para saber que estaba mintiendo. Millonario y atractivo eran hechos, no cualidades que me hicieran amar a alguien como había creído que lo amaba.

—Me da vergüenza —confesé—. Alguien como Henry Stewart fijándose en una estudiante como yo no suena creíble, menos si se mantiene tan privado. Cuando estoy por graduarme y que todo se puede hacer oficial… —Me encogí de hombros—. Unos me preguntan a la cara por qué terminó. Otros deben hablar a mis espaldas diciendo que era obvio que se acabaría, que no teníamos sentido desde el principio. Quien no haya estado lo suficientemente cerca pensará que fue una mentira.

Ellis removió su chocolate sin alzar la vista.

—¿Desde cuándo te afecta lo que piensa la gente? En el instituto todos hablaban de ti.

—Y me importaba, te lo dije hoy en la mañana.

—Pero no permitías que condicionara tus acciones. No hubo un rumor que te bajara del pedestal en que vivías o te impidiera ser tú misma. —Ocultó la sonrisa—. Con todo tu maquillaje y tus conjuntos curiosamente escogidos la noche anterior.

Me enderecé en el lugar.

—¿Cómo sabes que escogía la ropa el día antes de ir al instituto?

—Y que te la probabas antes de ir a la cama.

Abrí mucho los ojos. Ni Erika sabía de mi obsesión con lucir perfecta durante esos años.

—Te vi una vez —dijo antes de que pudiera preguntar—. Vi las fotos que estabas revisando en tu teléfono. Sé que hacías pruebas de vestuario y las evaluabas después.

Sentí el calor en las mejillas y para cubrir mi vergüenza tomé un sorbo de chocolate.

—Si vas a burlarte de mí, prefiero que nos vayamos a casa.

La sonrisa en su rostro desapareció.

—Lo que quería decir es que no debería afectarte lo que otros hablen, pero entiendo que eso es más fácil de decir que de hacer.

Sin embargo… ¿Por qué sientes vergüenza cuando fue él quien hizo todo mal?

»Él te perdió, no tú a él. No te merece. Podría ser cien veces más millonario, influyente, atractivo o inteligente… Incluso podría ser una mejor persona y tampoco te merecería.

Me escocieron los ojos. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Eres demasiado buena para los mortales, Alexandra Herrera —agregó—. Te haría bien recordar lo tanto que vales antes de avergonzarte por algo que no fue tu culpa.

Últimamente, lo que más sentía eran ganas de llorar. Ya fuera por palabras como esas, un abrazo de mi madre o recordar la discusión con Henry. Odiaba no saber controlar mis emociones.

Me restregué la cara para evitar que las lágrimas se escaparan. Bebí la mitad de mi chocolate caliente en silencio y Ellis solo miró por la ventana. La nieve caía con más intensidad que cuando habíamos salido de casa.

—¿Puedo pedirte algo? —Asintió—. ¿Me puedes devolver la carta?

Sus ojos se fueron al collar que descansaba sobre mi suéter de cuello alto.

—¿Por qué?

—Tienes razón. En el instituto puede que me doliera o llorara en silencio por lo que decían de mí, pero siempre le plantaba cara y seguía con mi vida. Menos mi amistad con Erika, todo lo demás se sentía forzado, ficticio.

»En esos años, tuve dos novios a los que les importaba lo mismo: estar con la chica popular y tocarme las tetas. —Nunca había sido tan explícita al describir mi pasado—. Después tuve a Henry. No ha habido nadie más en mi vida y ninguna de esas personas dijo que me amaba, ni siquiera me confesaron… sentimientos.

»Tu carta es lo único que tenía en ese entonces, incluso hasta hoy. Tú eres el único que me ha querido y lo ha expresado. —Me mordí el labio para no hablar de más—. Es bonito saber que alguien te quiere de esa forma.

—Es la confesión de amor de un niño de trece años.

—Pero fue sincera… ¿no es cierto?

El corazón me iba a toda velocidad cuando me sostuvo la mirada. No sabía por qué necesitaba esa información, quizás para sentirme ¿querida?

—Es lo más sincero que he dicho en toda mi vida —murmuró al tiempo que sacaba la carta de su bolsillo—. Y también entiendo por qué quieres recuperarla. —La dejó en medio de la mesa—. Debe ser bonito que alguien diga que te quiere.

Tomé la carta. El papel se sintió suave entre mis dedos.

—¿Debe ser? Quiere decir que… ¿Nunca has tenido alguien que te diga…?

—Tenemos que irnos antes de que se haga de noche. — Se aclaró la garganta y se puso de pie—. Mañana salimos a la cabaña bien temprano. Será un día agitado y con una propuesta de matrimonio. Hay que dormir.

Lo seguí a la barra y no pude quitarle los ojos de encima. No sabía qué había sucedido en la vida amorosa de Ellis. Hice hasta lo imposible para no saber mucho de él durante esos años y mantenerme alejada, pero esa determinación cada vez se quebraba más.

# CAPÍTULO 21

*Nunca desafíes a Ellis Knox.*

La nevada de la noche anterior hizo que el viaje se alargara. Tres horas después, dejamos todo en la cabaña y nos apresuramos a la estación de esquí.

—El pavo está puesto en el horno —dijo la señora Knox cuando terminamos de desayunar—. Nosotros nos encargaremos de lo demás cuando regresemos.

—Los postres son míos y de Erika —dijo el señor Knox.

—Yo puedo ayudar —se ofreció Lucas, y lo miramos con mala cara—. Prometo que este año vigilaré bien las tortas.

—Juliette hace una sopa de cebolla que será el entrante perfecto —dijo mi madre y le sonrió a su novia—. Yo me encargo del puré de patatas.

—Yo traigo las bebidas —dijo Ellis.

—Están todas en la nevera de la cabaña —protesté.

—Las llevaré hasta la mesa.

—Tienes que hacer algo productivo. No vas a estar tirado en el sofá mientras nosotros trabajamos —dijo Erika—. Es la primera vez que vienes en cuatro años.

—Quiere decir que no me necesitan para hacer la cena perfecta.

—Harás la ensalada con Alex —decidió mi amiga.

—¿Cortar pasto que no voy a consumir? No, gracias.

—Pues deberías comer verdura en vez de desayunar esa guarrada —dije, señalando a su Monster.

—Lo que deberíamos hacer es alquilar equipo suficiente y salir a esquiar —dijo el señor Knox antes de que su hijo me respondiera.

Nuestras familias estaban acostumbradas a detener nuestras discusiones adolescentes, no sabían que esa vez no iba a pasar lo mismo. Ellis me sacó la lengua y yo sonreí cuando nos dispersamos para prepararnos y salir a la pista de esquí.

Nuestros padres preferían el snowboard y la pista de complejidad media. Juliette no disfrutaba de los deportes de invierno, pero los acompañaba. Erika, Ellis y yo éramos los adictos a los esquís.

Como cada año, mi mejor amiga estaba con Lucas en la pista para principiantes tratando de enseñarle a esquiar. No darse por vencida era una de sus cualidades.

Yo cada año me entretenía sola en la pista de media dificultad. En esa ocasión tenía a Ellis que, como yo, vestía equipo de esquí, con chaqueta acolchada, pantalones impermeables, gorro y guantes gruesos.

—Pareces una croqueta con patas.

—Y tú una bola de chicle a punto de salir rodando.

Mi equipo de esquí era rosa y me encantaba.

—Los cumplidos son siempre bienvenidos. —Le sonreí tras asegurar mis botas a los esquís—. Te aconsejo que vayas con tu hermana. Llevas mucho sin practicar y terminarás enterrado bajo la nieve si decides usar esta pista.

Soltó una carcajada.

—Ya te gustaría, reina. Sigo siendo mejor que tú.

—¿Quieres comprobarlo?

Los retos eran irresistibles para los dos.

En el primer descenso lo vi caerse a los diez metros recorridos y reí por todo el camino hasta llegar a la base de la montaña. Hice la fila para tomar el telesquí que llevaba de regreso a lo más alto. Ellis apareció rojo a más no poder y lleno de nieve justo antes de que yo subiera.

Insistió en una segunda y una tercera bajada. En la cuarta no se cayó y en la quinta llegó segundos después que yo. Sin importar que entrara en calor tan rápido tenía suficiente material para burlarme de él hasta la siguiente Navidad.

—La única razón por la que no te caes es porque siempre vas por el camino seguro —dijo mientras ascendíamos en la cabina del telesquí—. Primero evitas la zona de donde más personas salen, después tomas a la derecha y haces un giro en esas rocas, evitas los árboles y bajas en diagonal para no ir a demasiada velocidad o acercarte al camino de la pista de expertos. Después buscas el centro y vas frenando poco a poco.

Acababa de narrar a la perfección el camino que yo siempre tomaba en la pista que se extendía bajo nuestros pies.

—Es tu rutina de toda la vida —agregó—. Podrías hacerla con los ojos cerrados.

—¿Desde cuándo sabes tanto de cómo esquío?

—Te he estado observando toda la vida, no finjas que no lo sabes.

No me moví cuando la cabina se detuvo. ¿Se suponía que actuara normal después de oír eso? El corazón se me había desbocado y las manos dentro de los gruesos guantes me estaban sudando.

—¿Alex, pasa algo? —preguntó y me percaté de que estaba mirando a la nada.

No pude tomar su mano para bajar y volvimos a la posición de partida en lo más alto de la pista.

—Y ¿si vamos un camino nuevo? —propuso como si nada acabara de pasar—. Uno que no sepas de memoria y seguirás teniendo ventaja porque estoy fuera de entrenamiento.

Se suponía que nos habíamos odiado toda la adolescencia. ¿Qué quería decir que había estado observándome por años? ¿Por qué me mandó esos mensajes cuando estaba borracho? ¿Por qué dijo que nunca me había dejado de querer? ¿Qué había significado para él lo del supermercado y la conversación en la cafetería? ¿Por qué habíamos estado intercambiando miradas a través del espejo retrovisor durante todo el viaje?

—¿Asustada? —bromeó e hice todo lo posible para centrarme en el presente—. ¿Tienes miedo a que te gane?

—Nunca —aseguré.

«Me va a explotar la cabeza».

Ellis describió el camino que tomaríamos y salimos al mismo tiempo. Era difícil controlar mis movimientos cuando no eran los acostumbrados, me hacía más lenta. Ellis me pisaba los talones y cuando casi llegábamos a la meta, hizo un corte inesperado que levantó la nieve. Tuve que girar y aferrarme con los bastones para evitarla y no caer.

Me ganó y cuando llegué a la parte plana de la pista me deshice de los esquís y fui corriendo hacia él.

—¡Eres un tramposo de mierda!

Le pateé la rodilla y chilló de dolor, no paraba de reírse mientras trataba de abrir los seguros que ataban sus botas a los esquís.

Hice una bola de nieve y se la lancé. La esquivó a tiempo y salió corriendo lejos de los esquiadores que nos miraban con mala cara. Por mucho que le grité y le lancé nieve, no se detuvo hasta dar con una pared de pinos. Lo alcancé y volví a patear su rodilla.

Esa vez cayó de lado. Me tomó la mano y me arrastró con él. Peleé para que me soltara, alegando que la gente nos estaba viendo, pero cuando nos detuvimos, me percaté de que estábamos fuera de la vista, solos.

Ellis quedó con la espalda sobre la nieve y yo encima de él. Se bajó la bufanda que protegía su nariz y su boca.

—Te gané, reina del baile.

—Tramposo.

Me quitó las gafas de protección y el gorro. Mi pelo castaño cayó a los lados de mi rostro y se agitó con el aire invernal.

—No estaba prohibido utilizar algunas tácticas ganadoras.

Golpeé su pecho y me tomó de la mano para hacerme girar. Sus brazos quedaron a los lados de mi cara para sostenerse sin aplastarme. Sus mejillas sonrojadas hacían contraste con los ojos azules y los mechones de pelo negro que se escapaban de su gorro. Nuestras respiraciones se entremezclaron.

—¿Por qué siempre terminas peleando conmigo? —se burló.

—Haces cosas que a cualquiera le molestarían.

—Esas son excusas. Admite que te gusto…

Sostuve la respiración.

—Yo…

—Pelear conmigo —aclaró con una sonrisa ladina—. Te gusta pelear conmigo.

—Pues siempre te he visto buscando maneras de hacerme enfadar. ¿Será que a ti también te gusta?

—Tengo razones para pelear contigo, es distinto.

Sus ojos se fueron a mis labios.

—Si tú tienes razones para pelear —murmuré—, yo también.

Alzó una ceja.

—¿Cuáles son?

Mi cerebro no iba a producir nada coherente mientras él estuviera a esa distancia y sus labios se vieran tan atractivos.

—No tienes palabras para defenderte —se burló—. Será porque no se te ocurre cómo mentirme o finalmente aceptarás que te encanta pelear conmigo… No solo eso, te gusto yo.

Todo se detuvo y fui incapaz de sentir algo que no fuera a él, ni siquiera el aire frío. Agradecí que tanta ropa nos separara. De haber tocado mi pecho habría notado la violencia con la que palpitaba mi corazón.

Se mordió el labio y me puso el pelo detrás de la oreja con delicadeza.

—Tan silenciosa hoy —murmuró y su voz salió grave y sensual—. Pero no te preocupes, Alex, soy un hombre paciente. Esperaré a que estés lista para aceptarlo.

Se había ido inclinando y su rostro estaba más cerca del mío.

—Te morirás esperando —susurré sin convicción alguna.

Su risa baja me puso el pelo de punta.

—Crees que no noto cuando te pones nerviosa a mi alrededor, cómo me miras o que ahora mismo estás pensando en si te besaré o no.

Traté de no ser tan obvia y poner mi voz más seria:

—Estás delirando, Knox.

Se acercó a mi oído y fue todo un desafío no dejar escapar un suspiro de anhelo cuando la calidez de su aliento tocó mi piel.

—Lo veremos esta noche, Alexandra. Vamos a compartir habitación y adivina qué… —Sus labios rozaron mi oreja—. No hay camas independientes, tendremos que compartir una y ya la vi… Es más pequeña de lo que te imaginas.

Sus palabras encendieron cada centímetro de mi cuerpo.

«Mierda. Estoy en problemas».

# CAPÍTULO 22

*Por muy roto que esté un corazón, siempre podrá volver a sentirse vivo. Pero un corazón con fisuras es más propenso a ser fracturado.*

Cocinamos en familia, reímos y preparamos la cena de Nochebuena. Los regalos estaban bajo el árbol de Navidad, listos para ser abiertos al día siguiente. La mesa rebosaba de comida y velas.

Cenamos entre risas y fue uno de los mejores momentos de los últimos meses. Por primera vez no pensé en nada que no fuera mi familia.

Bebimos ponche y estábamos en medio de una acalorada discusión sobre quién esquiaba mejor cuando apareció Lucas con un pastel para Erika. Ella sonrió emocionada por lo que creyó que sería el primer regalo de cumpleaños. Hicimos silencio porque sabíamos lo que estaba a punto de pasar.

Una docena de velas adornaba el pastel con impecable glaseado de chocolate. Lucas le dijo que pidiera un deseo y ella lo hizo. Su sonrisa se desvaneció al ver lo que estaba en el centro, escondido por las velas: un anillo de compromiso.

Mi mejor amiga se atragantó con la bebida cuando su novio se puso sobre una rodilla.

*Eres la mujer más inteligente y amorosa que he conocido en toda mi vida. La mejor amiga, la mejor compañera por los cuatro años que llevamos juntos y hasta en los peores momentos he sentido que son buenos porque tú has estado ahí… Por favor, Erika Knox, cásate conmigo y dame la oportunidad de cumplir todos tus deseos.*

Mi amiga estalló en llanto mientras aceptaba. Yo también lloré y Ellis brindó con su ponche para que nos uniéramos a la celebración. Le siguieron abrazos, más lágrimas y reproches cariñosos porque todos habíamos formado parte del plan a sus espaldas.

Terminamos en pijama y con maratón de películas empalagosas de Navidad. Todos se retiraron, los recién comprometidos fueron los primeros y los Knox los últimos. Quedamos solo Ellis y yo mirando cómo era la protagonista quien le pedía matrimonio a su novio en la última escena.

—Estoy a punto de vomitar de tanto amor —dijo Ellis. A pesar de que yo tenía los ojos llenos de lágrimas por la emotiva propuesta, pero me contuve porque en las últimas horas había soltado demasiadas.

—¿Quieres ver algo de terror? —pregunté—. Eso hacías la mitad del tiempo en el instituto.

Se encogió de hombros y se puso a revisar hasta dar con una de las entregas de *Scream*.

Me concentré en las palomitas y el salón quedó a oscuras con el comienzo de la película.

—¿Crees que te vas a casar algún día? —preguntó de la nada.

Estaba acostada y alcé la vista. Ellis mantenía las manos entrelazadas detrás de la cabeza y las piernas extendidas con los pies cruzados sobre la mesa central. Llevaba una camiseta sin mangas que dejaba todos los tatuajes a la vista.

—¿Esa es una pregunta para hacerme daño?

Arrugó las cejas.

—Es solo una pregunta.

Le había confesado de mis sueños futuros, pero no sobre lo mucho que me obsesionaba casarme y construir una familia.

—Sí. Quiero casarme… algún día.

«Si es que alguien de verdad me llega a querer y no es solo una farsa».

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Lo veo estúpido.

Me senté y crucé las piernas sobre el sofá.

—¿Estúpido?

—La gente se enloquece con el matrimonio. Es solo firmar un papel y gastar dinero en una fiesta. La única razón por la que puedo creer que casarse es una buena idea es porque pagas menos impuestos.

—El matrimonio no es eso.

—¿Por qué tonta razón tendría sentido casarse?

—Es una decisión, como lo es no hacerlo. Para mí es una demostración de amor, de que una pareja se entregue en cuerpo y alma, que prometan, a ellos mismos y al mundo, que se apoyarán y amarán eternamente. Es… —Dolía pensar en eso—. Es lindo tener alguien con quien lograr ese nivel de complicidad, de…

Dejé el bol de palomitas a un lado y me giré hacia él.

—Sí, tienes razón, es firmar un papel, pero también es algo que yo solo haría con quien deseara pasar el resto de mis días. Solo por una persona decidiría firmar ese estúpido papel porque cuando me case quiero que sea por siempre. Para mí significaría mucho hacerlo y que alguien fuera capaz de corresponderme con la misma intensidad.

—Los matrimonios son para demostrarles cosas a otras personas o cumplir sueños que la sociedad nos implantó como necesarios. Todo eso que dices se puede hacer a puertas cerradas.

Resoplé.

—¿Piensas que ese es el caso de Erika y Lucas?

—No. Ellos están enfermos de amor, es distinto.

—Es lo mismo. Son dos personas hechas la una para la otra, con un deseo en común, que creen en el compromiso de esa manera, en lo hermoso que es poner un anillo en el dedo de otro y en todas esas tonterías en las que tú no crees. El matrimonio no es para

todos, pero es una elección. Que a algunos no les guste la idea no significa que sea absurdo.

Ellis rio por lo bajo.

—No me extraña que creas ciegamente en el matrimonio. Siempre te ponías fundas de almohada en la cabeza y tiaras. Insistías en que Erika nos casara.

Le golpeé las costillas y protestó.

—Era una niña y tú no te mostrabas en desacuerdo.

—Lo sé. Nos casó unas treinta veces y yo unas diez a ustedes dos.

Los recuerdos me hicieron sonreír. Recosté el brazo al espaldar del sofá y apoyé la barbilla en mi mano sin dejar de mirarlo.

—Recuerdo que una vez hasta hiciste anillos trenzando cables que encontraste en el taller de mi padre —murmuró.

—Uno rojo para ti y uno rosa para mí.

Ellis sonrió y las mariposas revolotearon en mi interior.

—Tú hiciste una corona de flores para que la usara sobre mi funda de almohada.

—Le puse flores de cerezo para adornarla porque eran tus preferidas.

—Te subiste al cerezo del parque para arrancar las ramas y te caíste. Tu madre te castigó esa noche por lastimarte las rodillas y no confesar cómo.

Se encogió de hombros.

—Tenía ocho años, no me importaba nada.

—Siempre fuiste un irresponsable.

—Pero antes de que me castigaran por una semana, Erika nos casó. ¿Recuerdas esa parte?

Traté de no sonreír.

—Me escribiste votos matrimoniales. Eso fue novedoso en nuestras ceremonias ocasionales.

—Esa vez fue especial.

Mi corazón iba a toda velocidad y me di cuenta de que nos habíamos ido inclinando hacia el otro. Estábamos cerca, lo suficiente como para sentir su temperatura corporal.

—Si en ese entonces estabas dispuesto a jugar al matrimonio… ¿qué te hizo dejar de creer en él?

La chica en la película gritó y los dos nos sobresaltamos, pero Ellis volvió a mirarme como si nada hubiera pasado.

—El problema es que ya estoy casado, Alex.

El estómago me dio un vuelco.

—¿Qué? ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Por qué…?

—Contigo.

—¿Qué?

—A los seis años, a esa edad fue el primer matrimonio.

La calma se extendió por mi cuerpo al saber que era una broma.

—Me asustaste, estúpido. —Le pegué con suavidad en el hombro —. Era una pregunta seria. Contesta.

Se lamió los labios y exhaló un suspiro.

—Solo hubo una mujer con la que deseé casarme.

—¿Con quién?

—Contigo.

Los sonidos de la película se apoderaron de la habitación.

—La única persona con la que me habría casado mil veces es contigo y los dos sabemos cómo terminó eso. Me rechazaste antes de que pudiera crecer y pedirte matrimonio de verdad.

Tragué con dificultad. Mi mano, que seguía sobre su hombro, se movió por sí sola hasta su pecho.

—¿Lo dices en serio?

Sus ojos se fueron a mis labios. Jugueteó con un mechón de pelo que se había escapado de mi coleta y lo puso detrás de mi oreja.

—¿Por qué mentiría?

Mi respiración se volvió pesada y mi mente no paraba de gritar que lo besara. Al mismo tiempo, deseaba que él lo hiciera. Por más cerca que estuviéramos, ninguno de los dos daba el paso.

Rocé su nariz con la mía y acaricié su mejilla.

«A la mierda todo».

Me incliné y mis labios estaban a punto de tocar los suyos cuando Ellis enredó los dedos en mi coleta y me detuvo.

—¿Qué haces? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Ibas a besarme.

—Sí…

—Esa no es una buena idea, Alex.

Tomé un poco de distancia para evaluar si estaba bromeando, pero su rostro se mostraba imperturbable. Apartó la mano de mi pelo.

—Lo dices porque…

Cerré los ojos. Era una terrible idea, pero eso no quitaba las ganas que tenía de besarlo.

—Sé que bebimos un poco y que el ponche estaba fuerte, pero los dos sabemos lo que estamos haciendo. Puedes estar seguro de que no te estarías aprovechando de mí si…

—No lo decía por eso —me interrumpió—. Es una mala idea porque yo no quiero besarte.

Parpadeé varias veces y tuve que frotarme los ojos para asegurarme de que estaba despierta.

—Pero…

—¿Pensaste que sí? —preguntó y me esforcé por mantenerme inmóvil para procesar lo que estaba pasando.

—Tú… Hoy, en la pista de esquí, las cosas que dijiste… —Me mordí el labio—. Acabas de decir que te habrías casado conmigo y varias veces has insinuado que…

—¿Insinuar?

—Dejaste de tratarme mal y dijiste que yo seguía gustándote.

—¿Cuándo?

—El día en que Kirian te trajo borracho. El mismo día en que me mandaste un montón de mensajes diciendo que yo merecía a alguien mejor y que me amara como tú me habías amado y…

—¿Ibas a besarme porque te imaginaste que me gustabas por cosas que dije estando borracho?

Arrugó el ceño y sentí mi cara arder por la vergüenza.

—Pero las miradas, los coqueteos y las conversaciones…

—¿Por eso creíste que quería algo contigo?

Fue como si una cubeta de agua helada hubiera caído sobre mis hombros. Una especie de *déjà vu* me embargó. No eran los

recuerdos de la discusión con Henry cuando me había roto el corazón.

—Malinterpretaste todas mis acciones —continuó—. Yo no tengo ningún interés en ti… no más allá de una… Supongo que se le podía llamar amistad.

No, el recuerdo que me traía esa situación era con Ellis.

—Me estás diciendo las mismas palabras que yo te dije hace años. —Me alejé de él al entender de qué iba—. ¿Estás haciendo esto a propósito?

Mostró una media sonrisa, tan falsa como las que me había dado durante años.

—Jugaste conmigo todo este tiempo. —Mi voz se quebró—. ¿Todo lo que hiciste y dijiste fue para llevarme hasta aquí y hacerme esto?

—Dime cómo se siente que te ilusionen y luego te rechacen.

Mi respiración se descompasó y algo desagradable cosquilleó por mi pecho. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Yo no lo hice a propósito, era una niña. Solo quería que todos estuviéramos bien y que… —Controlé las explicaciones que no debía dar—. Tú lo estás haciendo para vengarte. Eso es cruel y mezquino y…

—¿Dime qué hice de malo? —me interrumpió—. ¿Ser amable? ¿Hacerte sonreír? Tú hiciste lo mismo en el pasado. Dime, ¿cómo se siente para ti?

No tenía palabras para explicarlo, ni siquiera podía encontrar una gota de enojo para defenderme.

—Cuando lo proceses bien —dijo Ellis y su voz se escuchó lejana y grave—, multiplícalo por diez, métete en la piel de un chico de trece años y así quizás entiendas lo que yo sentí cuando me trataste como una basura, porque lo hiciste y nunca me pediste disculpas.

»Acabo de rechazarte solo con el principio de tu discurso. No te insulté, no te hice menos y, sobre todo, no incluí la parte en la que dijiste «¿Por qué alguien como yo se fijaría en ti?». Esas palabras me han perseguido toda mi vida.

Las paredes del salón se fueron cerrando hasta que me sentí asfixiada, diminuta y a punto de estallar en llanto.

Ellis se acomodó y devolvió su atención a la película. No podía creer lo que estaba pasando, la crueldad detrás de cada acción, la premeditación… Las lágrimas se me escaparon y me importó poco que las viera. Era inútil fingir que su plan no había funcionado a la perfección.

No me miró ni una vez y me costó horrores ponerme de pie. Todo daba vueltas mientras caminaba a la habitación. Pasé el seguro y me acurruqué en una esquina de la cama.

Él me había engañado, pero en parte tenía razón. Me daban una muestra de amabilidad o cariño y yo tardaba segundos en convertirla en algo más. Ponía significados inexistentes a acciones comunes. Estaba tan necesitada de amor que la mínima muestra echaba a volar mi imaginación.

No pude parar de llorar por mucho que me esforcé. El dolor me calaba de la peor manera, me ahogaba en él mientras escuchaba el televisor al otro lado de la puerta. Ellis me acababa de destruir y seguía su vida como si nada.

«Me lo merezco».

Siempre supe que el pasado me cobraría las deudas, pero después de lo de Henry me parecía suficiente. Aquello era injusto. Había tenido suficiente de lágrimas y noches sin dormir.

Apenas me podía mover, pero no quería quedarme encerrada. Necesitaba tomar aire y recomponerme. Cuando amaneció y sentí movimiento en el piso de arriba me di cuenta de que no sería capaz de estar entre otras personas sin caerme a pedazos. Recogí mis cosas y las metí a la maleta para poder huir antes de que alguien viera el desastre en que me había convertido en tan pocas horas.

# CAPÍTULO 23

*Las mentiras no se pueden cargar hasta la tumba.A menos que mueras el mismo día en que salen a la luz.*

Volver a casa no mejoró la situación, pero cualquier cosa era mejor que estar cerca de Ellis.

Le dije a mi madre que había surgido algo de trabajo y fingió creerme. Intenté concentrarme en hacer lo que fuera, pero no pude. Lo único que hice fue llorar y llegó un momento en el que ya no entendía por qué seguía llorando.

Me sentía destrozada y estúpida. Todos los hombres jugaban conmigo y era evidente que yo les dejaba el camino fácil. Una vocecita no paraba de repetirme que la venganza de Ellis me la había buscado, que la merecía, y eso me hacía llorar más.

Después de tres días encerrada no podía respirar dentro del apartamento y cuando Hana Walton me llamó para invitarme a su casa acepté sin pensarlo.

Quería hacer una revisión del proyecto junto a uno de los arquitectos de Henry y me mandó a buscar con su chofer. Mi sorpresa, y la de Hana, fue que el mismo Henry se presentara con el arquitecto principal para la improvisada reunión. Compartir la misma habitación con él era asfixiante. El universo realmente me odiaba.

—Pensé que habíamos hablado de añadir un puente en esta zona y que aprovecharíamos la forma natural de los estanques en el terreno —me dijo Hana al terminar la presentación de lo que se había avanzado en el proyecto.

Por primera vez miré a Henry. Abrió mucho los ojos, pidiéndome que apoyara su propuesta y que no se me ocurriera hablar de más. No iba a bailar a su ritmo, no esa vez.

—Stewart y Asociados modificó mi propuesta en función del diseño del edificio.

El rostro de Henry se tensó ante la mirada escrutadora de Hana Walton.

—Dijimos que el edificio debía construirse para el jardín y no al revés —dijo el señor Walton que se mantenía a la cabeza de la mesa de reuniones.

—También modificaron la escalera natural de la que hablamos —añadí, señalando la zona alta del terreno—. Se suponía que la pequeña bajada y subida era uno de los conceptos que apoyaban el proceso de recuperación que plantea el jardín.

—Ese no es un cambio que hayamos aprobado —dijo Hana—. Tampoco se debe eliminar esta parte del estanque para que el edificio ocupe más espacio.

—Por eso quitaron el puente del que hablamos —intervine.

Henry se hacía cada vez más pequeño en el lugar. Sus ojos me estaban quemando viva.

—No me gusta esto —dijo Hana—. Arréglenlo.

En otro momento de mi vida, habría pensado que Hana y su esposo eran los peores clientes de la historia. «Billonarios malcriados», los habría llamado Henry. Tampoco habría dicho una palabra en contra de las decisiones de mi exnovio o habría disfrutado de verlo derrotado.

Sabía que estaba mal. Era mezquino sin importar lo que me hubiera hecho, pero yo llevaba meses siendo miserable y desde Navidad todo iba en picada a una velocidad alarmante. Perjudicarlo se sintió bien hasta que Henry se giró hacia su empleado, uno de los mejores arquitectos que yo había conocido y lo culpó de todo.

El mundo se me vino abajo cuando el hombre aceptó una responsabilidad que no tenía. Algo hirvió en mi interior por la siguiente media hora. Había estado tan ciega con Henry, tonta, enamorada, que jamás vi que era una terrible persona, en especial conmigo, de manera sutil.

Menospreció mi trabajo y dijo «si haces esto, quedará mejor». Nunca fue para ayudar, sino para que quedara como él deseaba. Mi odio crecía con cada minuto que pasaba y que la reunión terminara fue un alivio.

—Nosotros podemos llevar a Alexandra a su casa —propuso Henry cuando los Walton nos acompañaron a la salida

—Mi chofer la llevará —dijo Hana sin mirarlo.

—No hace falta. Pediré un taxi.

Aunque lo que de verdad haría era correr colina abajo hasta quedarme sin aliento. Ahí pediría un taxi, cuando liberara el enojo y la frustración.

Me despedí de Hana con un abrazo y tuve que caminar junto a Henry y el arquitecto. Nos alejamos de la casa y cuando iba a doblar a la derecha, me tomó de la mano.

—Necesitamos hablar. Llevas semanas ignorando mis llamadas y esto es algo serio. Mi empresa está en juego.

Aparté el brazo.

—Estoy haciendo mi trabajo para que tus mejores clientes estén satisfechos.

—Tenemos que trabajar en equipo.

—Lo que buscas es que yo haga lo que tú quieres, como hace todo el mundo, y así darles a los Walton lo que te dé la gana y no lo que ellos desean y necesitan. Es lo que hace un buen arquitecto. Tómalo como el consejo de la que sería una excelente asistente de un gran arquitecto.

—¿Tan dolida estás que me quieres joder así?

—Sí, estoy dolida, pero no haría nada para perjudicar el trabajo de alguien más.

—Eso no es lo que parece cuando me expones de esa forma.

—¡Se llama decir la verdad, respetar mi trabajo y exigir que otros lo hagan! Es evidente que no sabes nada de eso si eres capaz de

culpar a otros de tus errores —dije, señalando al auto donde el arquitecto estaba al volante y, de seguro, espiando por el espejo retrovisor.

Henry se pasó las manos por el pelo y caminó de un lado a otro.

—Vamos a comer algo, hablemos con calma y arreglaremos las cosas o no podremos…

—No hay nada que arreglar, esto es trabajo. Y te lo advierto desde ahora… no vuelvas a cambiar mis diseños sin consentimiento, y cada decisión que tome tu equipo de trabajo me será consultada, porque ese es *mi* jardín, *mi* tesis y *mi* proyecto. Si no juegas legalmente, no dudaré en decirle la verdad a la señora Walton.

—¿Te crees con poder solo porque le agradas?

—Ella quiere lo que yo hago y tú la quieres a ella. Me necesitas y te estoy exigiendo que hagas las cosas de la manera correcta.

—Deja de amenazarme cuando ni siquiera vas a la oficina cuando hace falta. Eres la dueña fantasma de un jardín estúpido y, quizás, si no hubieras evitado tantas reuniones, entenderías el porqué de los cambios que tuvimos que hacer.

—Pues me tendrás en tu oficina las veinticuatro horas del día si es necesario.

Se atragantó con sus propias palabras.

—Te estuve evitando, pero no tengo por qué hacerlo —dije para que todas las cartas quedaran sobre la mesa—. Lo que pasó entre tú y yo es pasado, y si alguien debe sentirse incómodo por encontrarnos, eres tú. Me cansé de hacerme creer lo contrario.

»A partir de ahora me verás muy seguido y te puedo asegurar que no perderás a los Walton por mi culpa. Les daré lo que están buscando y hasta el fin de tus días tendrás que vivir sabiendo que el mejor proyecto de tu maldita empresa fue gracias a mí y que será recordado por mi puto jardín y no por tu nombre.

—Te dije que tu trabajo no es ni la mitad de bueno de lo que imaginas. No eres más que una estudiante creída que no sabe lo que hace. ¿Piensas que…?

Le di una cachetada que lo dejó sin palabras.

—Ten la decencia de no volver a insultarme.

Salí caminando a paso apresurado en dirección contraria. Enfrentarlo me llenó de energía y sonreí. Tomé un taxi en la avenida principal, eufórica, pero a mitad de camino todo se fue apagando.

Fui capaz de enfrentar a Henry por las palabras de Ellis en la cafetería. Me encontré en la situación adecuada para entenderlo y todo cobró sentido. Dolió que fuera gracias a él. Dolió recordar que él también había jugado conmigo. Dolió todo una vez más, pero en vez de sentirme triste, el enojo volvió con todas sus fuerzas.

---

Cerré de un portazo al llegar a casa.

—¿Dónde estabas? —Erika salió al pasillo y me paralicé al verla —. Me preocupé, no contestabas mis llamadas.

—¿Por qué estás aquí?

—Los padres de Lucas quieren que pasemos Nochevieja con ellos. Regresamos antes.

Le di un beso en la mejilla y fingí que no pasaba nada.

—¿Por qué te fuiste así? Sé que no tienes trabajo.

—Acabo de llegar de la casa de los Walton.

—¿En serio?

—Y me encontré con Henry. —Se tapó la boca para ahogar un chillido—. Y lo abofeteé.

—¡Genial! Volvió a la fase Ira —dijo Ellis, al aparecer en la cocina.

El alma se me fue a los pies al ver esa sonrisa despreocupada cuando se apoyó al marco de la puerta.

—No molestes —advirtió su hermana—. ¿Cómo pasó eso? ¿Por qué él estaba ahí?

—De seguro se enteró de que Alex iba y fue corriendo a verla — se burló Ellis y tuve que mirarlo.

La mano me cosquilleaba pidiendo otra cachetada, pero el sonido de alguien tocando la puerta detuvo mis pensamientos.

—Debe ser la comida que pedí —dijo Erika y fue a buscarla.

—¿Volviste a salir corriendo? —preguntó Ellis.

—¿Correr?

—Después de abofetear a tu ex. —Se encogió de hombros—. Asumo que sí porque eso es lo que haces siempre, ¿no? Lo hiciste después de Navidad. Correr. Huir.

No estaba dispuesta a seguir dándole el poder de hacerme daño.

—Te pido de favor que no me vuelvas a dirigir la palabra.

—¿Por qué? ¿Te enojaste? ¿Dije alguna mentira? ¿No huiste en Navidad?

Me interpuse en su camino hacia la nevera.

—Deja de actuar como si nada hubiera pasado. Me parece un descaro de tu parte.

—Define qué pasó para estar enterado.

—Jugaste conmigo por semanas y me hiciste quedar como tonta cuando estuve a punto de besarte. No solo eso, te burlaste y sigues haciéndolo ahora como si…

—Deja de fingir que te importa tanto lo que pasó.

Di un paso atrás.

—Si te estoy reclamando es porque me dolió que me vieras la cara y me jode que estés aquí parado como si hubiera sido una inocente broma de colegio.

—Eso fui yo para ti, ¿no?

—Y supongo que decidiste pagarme con otra venganza de colegio. ¿Te parece bonito o justo?

—Me parece que estás descargando tu mala leche con la persona equivocada. Vete a abofetear a tu exnovio, yo no soy un saco de boxeo.

Una fuerza invisible me oprimió el pecho. Odiaba a Henry, pero el dolor en mi corazón era por lo que había pasado con él. Me volví a interponer en su camino.

—¿De verdad quieres ser el cretino que me hizo pensar que volvíamos a ser amigos para hacerme bajar la guardia?

—He visto cosas peores.

—Te cuidé cuando me necesitaste, te escuché cuando estabas mal y traté de darte consejos. Te habría ayudado de cualquier manera porque pensé que podíamos recuperar nuestra amistad. Creí en ti y me traicionaste.

—Yo no te pedí que hicieras ninguna de esas cosas.

Fue como recibir una puñalada en el pecho. Yo no hice nada para recibir algo a cambio, lo había hecho de corazón. No era justo que me dijera eso.

—Ese es tu problema, Alex. Haces cosas que nadie te pidió y te entregas a ciegas. Toma esto como un aprendizaje si no te bastó lo que hizo el hijo de puta de tu exnovio.

—No eres muy distinto a él.

—Tú tampoco y quien la hace, la paga. —Me guiñó un ojo, pero se vio forzado, su cara estaba tensa—. Dejemos de tener conversaciones en círculo y olvidemos el pasado.

—¿Están peleando de nuevo? —interrumpió Erika.

No respondimos y mi amiga exhaló un suspiro.

—No pienso meterme, pero sea lo que sea, resuélvanlo.

—La única con problemas aquí es Alex. Se toma muy en serio todo lo que digo.

Ellis salió de la cocina con una de sus bebidas energéticas y un paquete de papas. Controlé las ganas de llorar, por rabia y dolor.

—¿Irás con nosotros a casa de los padres de Lucas?

—¿Qué? —Me había quedado mirando a la puerta.

—Nochevieja —me recordó—. No voy a dejar que te quedes aquí sola. O te vas a casa de Dana con sus padres o con nosotros. —Hizo un puchero—. Por favor.

—¿Ellis va?

Asintió con expresión lastimera y el primer impulso que tuve fue negarme, pero ahí estaba de nuevo la misma situación. Yo no había lastimado a Ellis esa vez, él era el culpable y yo no iba a seguir huyendo.

---

Arreglarme para la cena en casa de los padres de Lucas fue una tortura. Erika me ayudó a combinar mi maquillaje con el vestido blanco. Se sintió como un hechizo al verme al espejo, tan perfecta por fuera y tan rota por dentro.

El viaje en auto estuvo plagado de conversaciones de mi mejor amiga y su prometido, acompañadas del silencio sepulcral en el asiento trasero con Ellis. Ya en la casa fue fácil evadirlo, pero no perdió oportunidad de seguir hablándome como si no pasara nada.

Reía y disfrutaba con naturalidad mientras yo sentía que me hundía más en un pozo oscuro del que no podría salir jamás. Busqué la ira de aquella mañana, la llama que me había encendido durante años cada vez que Ellis me provocaba. O lo había desperdiciado todo con Henry o ya no me quedaba fuerza para luchar.

Sentí las conversaciones de la cena como si estuvieran sucediendo en otro lugar hasta que los padres de Lucas empezaron a contar cómo se habían conocido de niños. La neblina que me aislaba de la realidad se disipó cuando explicaron que haber estado separados por años y reencontrarse era lo mejor que les había pasado.

—Yo daría todo por haberte conocido cuando éramos pequeños —dijo Lucas y besó el dorso de la mano de su prometida.

—Oh, no, amor, no sabes de lo que hablas. Era la peor persona del mundo.

—Lo dudo.

—No, Lucas, no sabes de lo que estás hablando —concordó Ellis —. No habrías querido tener a la llorona tirana cerca. Te habría hecho recoger tu habitación si veía algo fuera de lugar y te delataba con tus padres si solo respirabas raro en el colegio.

Su hermana le sacó la lengua. De haber podido reír lo habría hecho porque nada podía describir mejor a Erika.

—Eso no es cierto, ¿verdad, Alex? —preguntó Lucas.

—Una vez, sin querer, le rompí el brazo a una de mis muñecas. Le hice prometer que no se lo diría a nadie y la muy traidora, antes de irse a su casa, se lo dijo a mi madre. —Miré a mi mejor amiga que soltó una carcajada—. No podía aguantarse la lengua si alguien hacía algo mal. Pero eso no la incluía a ella.

—Sabía mentir para protegerse, pero era una chismosa —agregó Ellis.

—No tengo argumentos para rebatir eso —murmuró mi amiga.

—Le contó a mamá sobre mis revistas con mujeres desnudas.

—¡Pensé que podían salirte pelos en las manos o en las orejas como decían las hermanas Jiménez!

—Chivata —masculló Ellis.

Erika forzó una sonrisa.

—Y de adolescente empeoré —añadió—. Por cualquier cosa armaba un berrinche, me sentía incomprendida y creía que todo el mundo me odiaba. —Se cubrió la cara con las manos—. Odio a esa Erika. Dejen de recordármela, me da vergüenza ajena.

—Todos los adolescentes son así —dijo la madre de Lucas.

—Yo era peor —aseguró—. Era tan vengativa que le pegué un chicle en el pelo a una chica por lanzarme una bola de papel a la cara. —Besó a su novio—. Jamás te habrías enamorado de mí. Fui tan egoísta y dramática que una vez le dije a Alex que si le gustaba Ellis tendría que escoger entre él o yo, porque no sería amiga de una traidora.

El tenedor con que pretendía comer se cayó de mi mano y chocó contra el plato. Mis ojos se encontraron con los de Ellis y ese fue el momento, ocho años después, en que la verdad salió a la luz.

# CAPÍTULO 24

*Mi abuelita decía que si una disculpa no es sincera, jamás debe ser pronunciada.*

Estaba en una mesa con otras cinco personas. Tuve que recordármelo cuando todo se oscureció a mi alrededor tras las palabras de Erika. Salir corriendo no era una opción.

—No puedes haber hecho eso —dijo Lucas y miró de Ellis a mí.

—Era estúpida e infantil y… ¿Puedo contar la historia? —me preguntó.

Traté de dar una sonrisa, no tenía ni idea de cómo lucía mi cara. Sentía los ojos de Ellis sobre mí y lo escuché aceptar cuando su hermana le pidió permiso para contar la anécdota.

—Fue cuando cumplí catorce años —comenzó—. Como coincide con Navidad, me hicieron una fiesta con mis amigos dos días después. Nos dejaron bailar y jugar en el sótano de la casa. La primera vez sin supervisión de adultos. —Arrugó la nariz—. La verdad era que mis padres estaban en el piso de arriba, pero eso era lo más parecido a una fiesta normal.

Los recuerdos que tanto aplastaba volvieron a mí junto a las risas de los padres de Lucas.

—Decidimos hacer algo que habíamos visto en una película, el juego de Siete minutos en el cielo. Se hacía girar una botella y a los que apuntaba los metíamos en un clóset oscuro a que hicieran lo que quisieran. Nadie hizo nada que no fuera un beso. Mis amigos y conocidos eran demasiado inocentes para algo más.

Me transporté a aquel sótano con cadenetas que adornaban el techo, con los dulces y refrescos sobrantes después de haber comido hasta el cansancio. A aquel círculo de chicos nerviosos y risueños que nunca habían besado a nadie y al momento justo en que yo hice girar la botella y se detuvo apuntando a Ellis.

Mi corazón palpitaba a la misma velocidad de ese entonces, pero no de emoción, sino de miedo.

—No sé lo que hicieron ellos —continuó Erika—, pero mientras estaban encerrados en sus siete minutos hubo una chica, Claudia, que me dijo que si mi hermano y mi mejor amiga se hacían novios, me quedaría sola.

Hubo más risas, pero a mí no me hizo gracia porque al día siguiente Erika me fue a buscar a mi casa. Me dijo que si volvía a acercarme a Ellis, dejaría de ser mi amiga y que yo tenía que escoger.

Era dramática e infantil, y yo también. Me dio tres días para pensarlo porque tres era un número mágico y fue la primera vez que tuve un ataque de ansiedad. Nadie se enteró, lo pasé a solas en mi habitación y solo años después entendí lo que me había sucedido.

El estrés de escoger entre mi mejor amiga y el chico que me gustaba desde que tenía memoria fue tal que me hizo explotar. Después de ese momento pasé años temerosa de perder la amistad de Erika e hice muchas cosas de las que siempre me arrepentiría para alejar a Ellis.

Me aclaré la garganta cuando Erika terminó la historia y decidió pasar a otra de sus anécdotas. Pedí indicaciones para ir al baño y el padre de Lucas me dijo que usara el que estaba pasando la cocina.

No miré a nadie al ponerme de pie. Me dolía el pecho y las piernas me temblaban. Cerré la puerta del baño y me miré al espejo.

Tenía los ojos rojos, pero no había lágrimas. Me empezaron a temblar las manos, tuve que aferrarme al lavabo para respirar

profundamente e intentar calmarme. No podía meter la cara en agua helada como me habría gustado o ducharme para que el frío me trajera a la realidad. Todos notarían que algo me pasaba y no iba a arruinar la noche.

Me empapé las manos y humedecí mi cuello con suaves toques. Mi ritmo cardíaco fue bajando mientras respiraba contando cada inhalación. Cuando volví a mirarme al espejo podía notar que algo no estaba bien, pero otros no se darían cuenta y si pasaba, siempre podía mentir y decir que era por Henry.

Viví años fingiendo que no sentía nada por el hermano menor de mi mejor amiga, que lo detestaba, volviéndolo mi enemigo para que me odiara y permitirme odiarlo sin éxito. Una noche no iba a echarlo todo a perder; una antigua verdad tampoco. Pero al salir Ellis estaba en el pasillo.

—Ya terminé, puedes usar el baño —dije y mi voz salió demasiado grave—. Perdón por la demora.

Me tomó de la cintura cuando di un paso para rodearlo y me pegó a la pared.

—Dime que es mentira —demandó.

—¿Qué cosa?

—Sabes muy bien de lo que hablo.

—Erika era malcriada y chivata. Los dos lo sabemos.

Pegó su cuerpo al mío para impedir que me separara de la pared.

—Dime que ella no te puso en esa situación —exigió—. Dime que no te hizo escoger entre nosotros.

—Tu hermana fue bastante clara con lo que pasó.

Su respiración se volvió pesada. Apoyó una mano al lado de mi cara y se inclinó un poco.

—Dime que no me rechazaste porque la elegiste a ella —murmuró con voz temblorosa—. Dime que no decidiste herirme y hacerme sentir que no era nada para ti con tal de mantenerme alejado.

Miré a la pared opuesta por miedo a llorar, pero no hubo lágrimas. Había cargado con ese secreto por tantos años que estaba acostumbrada; era como una espina clavada cuyo dolor había pasado a ser parte de mi vida.

—Dime que no me hiciste odiarte a propósito —musitó y fue una súplica—. Dime que jugaste conmigo, que no me querías, que me besaste por lástima y que una chica como tú jamás se fijaría en alguien como yo.

No pude articular palabra.

—Repite lo que me dijiste el día que me rechazaste —masculló—. Dime que todos estos años no viví una mentira.

Prefería no aceptar la verdad. Lo entendía.

—Por eso jamás te pedí disculpas. —Mi voz sonó más calmada de lo que estaba—. No me habría disculpado por lo que realmente debía disculparme.

Lo miré a los ojos. Brillaban a pesar de la oscuridad que nos envolvía.

—Siento mucho haberte mentido con tal de que me odiaras. Pensé que si te rompía el corazón, dejarías de quererme y sufrirías por menos tiempo —dije, y fue tanto un puñal en el pecho como una manera de liberar lo que había callado—. Siento mucho haber escogido a mi mejor amiga y no al chico del que estaba enamorada.

Y antes de caerme a pedazos me fui por el pasillo para regresar al comedor. Ellis jamás volvió.

# CAPÍTULO 25

*Una vez traicionada pierdes la capacidad de confiar.*

Para la primera reunión de Stewart y Asociados me vestí lo más formal posible. Entré con la frente en alto e ignoré las miradas. Creí que las ganas de salir corriendo me ganarían cuando Henry apareció en el salón de reuniones, pero ver su expresión de terror al notar mi presencia me dio fuerza.

No lo miré durante la presentación, me centré en la pantalla donde pasaban las diapositivas. Respondí preguntas que me hicieron los arquitectos del equipo y me dieron directrices para continuar mi trabajo. Al terminar la reunión, me sentí menos juzgada, parte del equipo y varias personas me saludaron con una sonrisa.

Al bajar en el elevador coincidí con Henry y estuve a punto de sonreír al ver lo incómodo que estaba. Se concentró en su teléfono, pero la verdad no estaba haciendo nada en él, solo pasando de una aplicación a otra para disimular.

Salí del edificio orgullosa de mí misma, inyectándome coraje por lo que había sido capaz de hacer, pero todo se fue a volar cuando vi a Ellis. Estaba parado en el parque que rodeaba el edificio, sentado en un banco no muy lejos de la entrada. Al verme, se puso de pie y guardó las manos en los bolsillos.

Ninguno de los dos se movió. Tuve que gritarle internamente a mis piernas para que volvieran a caminar.

—Alex…

Pasé por su lado sin prestarle atención y me siguió.

—Alex, necesito hablar contigo.

—Con quien deberías hablar es con tu hermana. Llevas dos semanas sin pasar por casa, sin contestar sus mensajes o las llamadas. Está preocupada por ti. Ve a buscarla a la universidad.

—Ya hablé con Erika, todo está bien con ella.

—Me alegro.

—Tenemos que hablar. No finjas que no pasó nada.

—No estoy fingiendo.

Mantuve el paso enérgico, pero no tenía mucho sentido caminar más rápido. Ni corriendo podría avanzar más que Ellis que me sacaba, al menos, treinta centímetros.

—Alex, por favor, ¿tengo que suplicarte?

—No.

—Estás enojada con razón. Quiero que aclaremos lo que pasó.

—Ya está todo dicho.

—Ni la mitad de las cosas están en la mesa. Llevo dos semanas rompiéndome la cabeza para entender y encontrar una manera de solucionar esto. Por muchas vueltas que le doy…

—Estoy convencida de que tienes mejores cosas que hacer antes de andar pensando en algo que pasó hace ocho años.

Me tomó del brazo. Me sorprendió lo pálido que estaba, las marcadas ojeras y que parecía haber perdido un par de kilos en tan poco tiempo.

—¿Piensas que es solo eso? El problema es la mala opinión que he tenido de ti todo este tiempo. Cómo ese día y tu rechazo condicionaron mi personalidad, mis sentimientos y cada una de mis acciones. ¿Tienes idea de cómo esto me jodió la vida?

—¿Tienes idea de cómo me la jodió a mí?

Tragó con dificultad.

—Lo sé. No pienses que estoy diciendo que es tu culpa. No te estoy reclamando por…

—Eso no fue lo que dije.

—Lo pensaste.

No me atreví a mentir.

—Lo siento —confesé. Estaba enojada, pero sentía que le debía una disculpa, a pesar de todo el tiempo que había pasado—. Me imagino que fue difícil. Yo también sufrí de muchas maneras que condicionaron mi vida. Para eso son los traumas, a todos nos tocan unos cuantos.

—Alex…

—No quiero hablar de algo que no me aporta nada. Es el pasado, se acabó. Dejémoslo ahí.

—Pero lo que pasó en Navidad…

—Pasado.

Le di la espalda y me encaminé al paso peatonal.

—¡Era mentira! ¡No era una venganza, te mentí! —gritó a todo pulmón y me detuve en seco. Sentí las miradas de los que iban y venían—. Me puse nervioso —continuó sin vergüenza alguna—. La chica de la que he estado enamorado toda mi vida iba a besarme y sentí terror de que volvieras a romperme el corazón.

Giré sobre mis pies. Ellis estaba en la acera opuesta y yo en medio de la calle. Podía escuchar el corazón latiéndome en los oídos. Leí en sus labios una súplica para que lo dejara hablar, pero esa vez mis pies se movieron solos. Corrí hasta el taxi más cercano y huí.

---

—No quiero algo muy grande ni ostentoso —dijo Erika cuando Dana sugirió un salón para la celebración de la boda—. Sería demasiado caro y no me gusta tanta gente mirándome.

—¿Qué sentido tiene vestirte como una reina si no vas a mostrarte?

—El vestido es otro tema de conversación.

Entre los estudios para su examen de fin de grado y la boda que se aproximaba, Erika estaba de los nervios.

—Tu suegra dijo que una amiga tenía una casa en las afueras de la ciudad y la renta para eventos. Podemos ir a verla —dije para

participar en la conversación.

Había llegado a casa dos horas después del encuentro con Ellis. Unirme a los planes de boda era la mejor manera de no pensar mucho.

Dana puso cara de escepticismo ante mi propuesta. Los padres de Lucas y Erika pagarían la boda y ella tenía razón: había dinero suficiente para hacer lo que los novios quisieran. Mis amigas eran polos opuestos. Erika de familia y películas con palomitas, Dana de fiestas y tequila.

—Quizás es un lugar bonito y modesto, para una boda íntima —insistí.

—Bien, ustedes ganan, me apunto para ir. Las casas de campo suelen ser bonitas —dijo Dana—, pero buscaré otras opciones. Después puedes escoger.

—Acepto —dijo Erika.

—¿Estás practicando para cuando digas eso en la boda?

—Lo debe haber dicho unas cien veces frente al espejo —aseguré.

Dana explotó en carcajadas y Erika se sonrojó con una sonrisa en los labios.

Seguimos el resto de la tarde curioseando en Pinterest, armando tableros y revisando lugares populares para bodas. Eran las diez de la noche cuando la puerta de la entrada sonó.

Ellis se detuvo al ver que nos habíamos adueñado de la sala de estar. Abrió y cerró la boca varias veces antes de dar un saludo con la mano. Aparté la vista antes de que se marchara.

—¿Dónde andaba? —preguntó Dana.

—Pasó dos semanas haciendo más horas de *stream* desde la habitación que tiene rentada Kirian —explicó Erika—. Me dijo que así se concentraba mejor, pero creo que le pasa algo más.

Clavé la vista en la pantalla de mi laptop para ignorar la conversación, pero era imposible.

—Shanon me contó que no les va bien con el desarrollo de la versión del videojuego, que recibieron más dinero, pero no es suficiente —murmuró Dana—. ¿Crees que sea por eso?

—No me quiero entrometer.

—¿Cómo vas a ayudar a alguien si no te metes en sus asuntos?

Dana me miró en busca de apoyo y bebí agua para no decir nada.

—Y tú ¿por qué tienes esas ojeras de nuevo? —me preguntó Dana—. ¿Por lo mismo con el hijo de puta de Henry? ¿Te hizo algo más? Cuando quieras voy a lanzarle huevos a la entrada de su oficina… A la puerta y a él.

Les había contado del altercado fuera de la casa de los Walton.

—No me pasa nada —dije sin mirarlas—. Solo estoy cansada.

—Eres una mentirosa. Parece que tendré que entrometerme en tus asuntos para…

—Déjala en paz —dijo Erika.

—Sí, Dana, déjame en paz —murmuré y el dolor en el pecho volvió con más fuerza.

# CAPÍTULO 26

*Solo los soñadores creen en las segundas oportunidades.*

—Esta semana me voy a casa de Lucas para estudiar —dijo Erika en lo que bajábamos las compras—. Estarás bien si…

Puse los ojos en blanco.

—Mamá, sé cocinar y no haré fiesta con mis amigos.

Me miró con mala cara.

—Iba a preguntar si estarías bien quedándote a solas con Ellis. Se llevan mal de nuevo.

—No hemos discutido, no sé por qué dices eso. —Presioné varias veces el botón del elevador con tal de no mirarla.

—Peor, ahora no se gritan; se evitan y eso es una bomba de tiempo, los conozco. ¿De verdad no pasó nada entre ustedes?

—Me da igual quedarme a solas con Ellis. Prometo dejarle comida si decide alimentarse con algo más que chatarra —dije para evadir la pregunta.

—Pues creo que comerá mucho de eso porque estará ocupado. También queríamos preguntarte si está bien para ti que él y sus amigos trabajen en el apartamento. Prometió no poner música alta.

Me encogí de hombros.

—Yo también estaré ocupada y ellos seguramente trabajan de noche. No vamos a coincidir.

Mi cerebro ya estaba haciendo planes de pasar mucho tiempo en casa de Dana.

Entramos al apartamento y escuché las voces provenientes del salón. Ya habían llegado y eran solo las seis de la tarde. Pasé a toda velocidad y saludé por lo bajo. Me encerré en mi habitación, consciente de que no podía esconderme hasta el día siguiente. Tenía hambre.

Después de una ducha muy larga y de que Erika se despidiera, salí de puntillas. Pasé sin mirar a la sala y decidí tomar todo lo comestible sin necesidad de cocinar para comerlo en mi habitación.

—¿Alex, me das tu opinión? —dijo Shanon cuando estaba a dos metros de mi puerta, no podía ignorarla.

Fue un alivio descubrir que Ellis no estaba.

—Me gustaría saber qué te parece este zombi.

Era una extraña petición. Kirian estaba concentrado en su pantalla, con audífonos puestos.

—Ella es nuestra antagonista —explicó—. ¿No la ves fea?

Analicé el modelo 3D del personaje que hacía movimientos ocasionales con la cabeza y alzaba una mano como si quisiera alcanzar algo, en la otra llevaba bien sujeta una corona.

El vestido de gala color celeste estaba hecho jirones con una manga desgarrada. La clavícula quedaba expuesta, hueso y carne, como si la hubieran mordido. Le faltaba un ojo, una cortada cruzaba su cara y babeaba.

—¿Es una pregunta real o me estás tomando el pelo?

—¿Por qué te tomaría el pelo?

—Es un zombi —murmuré—. Se ve como un zombi, no debería ser… bonita.

—Debería ser una zombi sexi.

—Pensé que era la antagonista.

—Igual debe serlo y los de la empresa están de acuerdo. Kirian también, pero no lo dice y Ellis es el único que se niega a cambiarla. —Bufó—. Te explico… Esta chica se contagió con un extraño parásito en las vacaciones y eso hizo que su comportamiento fuera

cambiando poco a poco. En la fiesta de graduación la coronan como la reina del baile y el parásito la mata unos minutos después, pero revive como zombi y empieza a morder al resto, a contagiarlos. El juego se desarrolla dentro del instituto, encerrados, el jugador debe…

—¿De dónde salió esta idea? —la interrumpí.

—Pregunté lo mismo cuando Ellis me la contó —dijo Kirian que me había estado mirando todo ese tiempo.

«Reina del baile».

Apreté con fuerza la bolsa de frutos secos que tenía en la mano. El juego era sobre mí.

—Es una sátira con terror —se burló Shanon—. Es obvio que se le ocurrió a un adolescente que vivía encerrado en su sótano. Es parte del encanto del juego, pero sigo pensando que la antagonista debería ser más linda

La imagen cambió. La otra versión zombi mantenía la corona en la mano, pero le faltaba no solo la carne del hombro desgarrado, también la de una mejilla. El pelo le caía desordenado a los lados de la cara y la hacía ver más terrorífica, pero atractiva, en especial por el maquillaje corrido en ambos ojos, que los conservaba. Me atraganté al ver que, como yo, los tenía de colores distintos.

—¿Te parece peor? —preguntó Shanon, preocupada por mi ataque de tos—. ¿Por qué pones esa cara? Es bonita.

Me pareció ver la media sonrisa de Kirian.

—Insisto en que tiene que verse terroríficamente sexi porque el jugador…

—Basta, Shanon —interrumpió Ellis y la sangre me ardió en las venas cuando miré por encima de mi hombro—. Alex seguro tiene… cosas que hacer. —Se rascó la parte de atrás de la cabeza como hacía cuando estaba nervioso—. Déjala en paz.

Lo tomé del brazo y me lo llevé a mi habitación. No iba a dejar pasar otra de sus estupideces. Lo enfrenté al cerrar la puerta.

—¡¿Creaste un juego en el que me convierto en un zombi come cerebros?!

—Técnicamente, comen pedazos de carne, no cerebros.

—¡Eso no cambia nada!

—Es solo la idea de un niño aburrido y enojado.

—No puedo creerlo —murmuré—. ¿Y Shanon no lo sabe?

—No se lo he dicho.

—Pero Kirian sabe.

—Lo adivinó.

—No hay que ser muy inteligente. La reina zombi lo adivinó —dije con sarcasmo—. ¿Quién más lo sabe?

—¿Por qué te importa tanto? No es la gran cosa. Debería avergonzarme a mí, no a ti. No he dejado ni que Erika sepa de lo que va el juego con tal de que no se dé cuenta.

»Además, no voy contándole a nadie que mis traumas me llevaron a convertir en zombi a la chica que me gustaba porque me comían los celos viendo que era la reina del baile y que todos estaban enamorados de ella.

Me quedé sin palabras y el silencio nos envolvió. Los segundos de ira adolescente se desvanecieron, también la naturalidad con que discutíamos.

—Tienes razón —dije tras unos segundos—. No es importante, es un juego, solo… ¿Puedes no ponerle los ojos como los míos?

—Planeo mantener a la que le falta un ojo.

Por alguna estúpida razón eso se sentía como un insulto.

—Bueno, cámbiale el color del vestido, el mío también era celeste.

—Vale, eso lo haré. ¿Algo más? —preguntó con una media sonrisa y el corazón se me disparó.

—Vete, quiero comer.

—Alex… ¿En algún momento vas a dejar que te explique lo que pasó?

—¿Eso va a solucionar algo?

—No lo sé.

—No lo hará, porque no hay nada que cambie el pasado.

—Pero al menos sabrás mi parte de la historia y no seguirás pensando que soy un imbécil…

—Jugaste conmigo y me trataste como si nada después. Me lastimaste. Siempre serás un imbécil, como yo lo seré por lo que te hice cuando éramos pequeños.

—Pero tenías una razón, lo hiciste porque no te quedó más opción, o creíste que no la tenías porque eras una niña y es normal…

—Sé perfectamente lo que pasó. No fue con mala intención, pero te lastimé. Lo acepto y me hago responsable de mis acciones. Hazlo tú con las tuyas.

—Pero yo no quería vengarme de nada, te mentí.

—¿Esperas que te crea?

—Me dio terror. Estabas en un mal momento, vulnerable. Ese imbécil jugó contigo, comías mal, apenas dormías y no hablabas casi nada, ni siquiera peleabas conmigo. Además, mi hermana acababa de comprometerse, lo cual, en el fondo, te estaba recordando lo que tenías con ese hombre y los planes de futuro que no conozco. Besarte habría sido aprovecharme de ti y de tu situación.

—Podías haber dicho eso, sin embargo…

—También me vino a la mente otro beso y el momento en que te confesé lo que sentía por ti y las cosas horribles que me dijiste y… —Su mandíbula se tensó—. Me asusté porque estaba dispuesto a besarte a pesar de todo, quería hacerlo aunque existiera la posibilidad de que me volvieras a romper el corazón y me odié al darme cuenta de que por mucho que lo haya intentado superar, sigo enamorado de ti.

De nuevo esas palabras, las que me habían paralizado en medio de la calle.

—Ellis…

—¿No me crees? Sabes que soy lo suficientemente estúpido como para hacer algo así. Me pasé la noche escuchándote llorar. Caminé por horas frente a la maldita puerta sin saber cómo entrar y pedirte disculpas. Después te fuiste y me prometí que te diría la verdad, pero cuando llegué…

—No me digas. ¿Volviste a sentir terror?

Dio un paso hacia mí.

—Te vi enojada, conmigo, con lo que había pasado con ese… con tu exnovio. Te vi con ganas de sacarme los ojos y escogí dejar que me odiaras y fingir con tal de que no volvieras a estar en un lugar tan vulnerable como para que pensaras en besarme porque si volvía

a pasar… —Sus ojos se fueron a mis labios—. Si te volvía a tener demasiado cerca, te iba a besar porque es lo que he querido hacer toda mi vida. —Alcé la vista y su aliento rozó mi mejilla—. No podía permitir que me volvieras a lastimar, así que escogí lastimarte y alejarte.

Nuestras respiraciones se entremezclaron. Sentía el calor de su cuerpo, los nervios detrás de su expresión calmada.

—¿De verdad piensas que lo planifiqué todo? ¿Piensas que…? Alex… Lo siento por ser un imbécil, ni siquiera puedo justificarme con que tenía trece años y… —Se apartó el pelo de la cara y se alejó —. Decir que me estaba vengando de ti es lo más estúpido que he hecho en mi vida.

Lo miré con detención. Frente a mí estaba un hombre que medía lo mismo que mi puerta, cubierto de tatuajes debajo de una camiseta negra con una oración en alemán que no entendí, de seguro otro insulto a la vida o a los humanos: «Du bist die Liebe meines Lebens», pero a quien vi fue al niño que creció conmigo.

Todo me gritaba que no podía confiar en nadie. Engañarme era fácil y Henry lo había demostrado, pero…

—Te creo —confesé—. Quizás es porque hace años escogí a Erika, mentí y te hice odiarme. Quizás es que, incluso siendo adulta, sería capaz de inventar cualquier excusa con tal de no quedar en ridículo frente a ti.

Sus hombros se relajaron.

—Lo que en verdad quería ese día era pedirte que me besaras, pero que no lo hicieras por despecho. Quería que lo hicieras cuando estuviera bien y pudiéramos darnos una oportunidad. Me aterró darme cuenta de que, dijeras lo que dijeras, yo te iba a creer, que todavía confiaba y confío en ti ciegamente. Me sentí un niño tonto de nuevo.

—Lo entiendo, pero…

—Tenía que haberme dado cuenta de que era una mentira, que me estabas alejando de ti, como tú me crees ahora.

—Eso ya no tiene importancia.

—¡Todo lo que pasó fue falso! Yo te quería y tú me querías. La única razón por la que hiciste hasta lo imposible para que te odiara

fue para que no siguiera enamorado de ti y fallaste. A pesar de todo sigo enamorado de ti, lo voy a estar toda mi vida.

La piel se me puso de gallina y una corriente eléctrica me recorrió el cuerpo.

—Pasé cinco años pretendiendo que te odiaba y luchando contra mis sentimientos. Pasé otros cuatro lejos de todo lo que me recordara a ti, incluida mi hermana y… ¿sabes lo primero que pensé cuando me desperté desnudo a tu lado después de tanto tiempo sin verte?

Los recuerdos de esa mañana llegaron a mi mente.

—Me enojé conmigo mismo porque me di cuenta de que todo el esfuerzo que había puesto en olvidarte había sido en vano. Me dijiste que no recordabas nada y hasta el día de hoy me rebano los sesos a diario para recordar algo de esa noche y no hay nada…

»Me enojé porque de seguro nos besamos y te tuve entre mis brazos y yo no recordaba algo con lo que había soñado por años. —Sus ojos brillaron y me percaté de lo cerca que estábamos cuando tomó mi rostro entre sus manos—. Has estado en mis sueños de todas las maneras posibles y por tantos años que sonaría ridículo si lo digo en voz alta.

Acarició mis mejillas y mi piel se calentó bajo sus manos.

—Lo siento —murmuró—. Siento mucho haberte lastimado.

—Y yo siento todo por lo que te hice pasar, pero… —Bajé la vista —. Nada de eso importa ahora.

Apoyó su frente sobre la mía.

—Te quiero, Alex. Te he querido toda mi vida.

—Éramos niños, era una ilusión de…

—Nos queríamos de verdad.

—Y habríamos terminado en algún momento.

—No lo creo.

—Eso es idealista de tu parte.

—Es una posibilidad y lo sabes. Tú y yo siempre nos entendimos de manera distinta. —Yo lo había sentido igual en ese entonces—. Eras mi mejor amiga. Vuelve a serlo, por favor, dame la oportunidad de recuperar lo que nos arrebataron.

Tuve que cerrar los ojos para que no leyera en ellos lo que me hacía sentir con tan solo imaginar que eso era posible.

—Suena muy bonito, pero… ya lo dijiste, nos lo arrebataron.

Alejarme de él fue diez veces más difícil de lo que había imaginado. Sabía muy bien lo que debía hacer y lo doloroso que sería. Me quité el collar de la caracola que, a pesar de lo sucedido, no había tenido el valor para desechar. Lo puse en su mano. Ellis estaba inmóvil y sin palabras cuando abrí la puerta.

—Vete.

—Alex…

—Nuestro momento pasó, Ellis. Hay cosas que no se pueden recuperar.

# CAPÍTULO 27

*Nunca te conformes con menos de lo que mereces.*

Los días siguientes me quedé en casa de Dana ayudándola con su tesis. La excusa funcionó por varios días, pero el viernes tuve que volver a mi apartamento. Escuché las voces y risas a todo volumen con solo abrir la puerta. El salón era un desastre, lleno de cajas de comida, paquetes de papas y bebidas de todo tipo.

—¡Alex! —Laila corrió a abrazarme—. Pensé que no vendrías.

No pude hacer más que devolverle el abrazo. Kirian era el único en silencio desde antes de mi llegada y me saludó solo con un movimiento de la cabeza. Shanon me guiñó un ojo antes de volver a lo suyo y Ellis, sin mirarme, se puso a recoger el salón y desapareció hacia la cocina.

—Vine a apoyar a estos —explicó Laila y me llevó hacia el centro de trabajo del pequeño equipo—. Sigo diciéndoles que su principal problema es la historia y no los personajes, pero no me hacen caso.

—La historia detrás del juego está aprobada —dijo Shanon—. Deja de parlotear y dame masaje en los hombros.

Laila bufó.

—¿Por qué dices que el juego no tiene una buena historia? —pregunté.

—Es un RPG para matar zombis —explicó Laila—. El objetivo debería ser matar zombis, sobrevivir y escapar.

—O encontrar la cura —intervino Shanon—. ¿No has visto películas y series? ¿Otros juegos?

—¿Y encuentran una? —pregunté para no seguir, inconscientemente, prestándole atención a los sonidos que hacía Ellis en la cocina.

—Ese es el problema. En el juego de estos hay una cura dentro del mismo instituto, lo cual me parece estúpido e ilógico.

—Estamos trabajando en que tenga sentido —masculló Shanon.

—¿Por qué pasar tanto trabajo para salvar a la zombi mayor?

—¿Qué?

Laila arrugó las cejas.

—¿No sabes de qué va el juego?

—Reina del baile —murmuré—. Zombi. Convierte a todos menos al jugador. ¿No?

—Sí, pero la tontería del siglo es que si matas a la reina zombi, todo se acaba, el resto de zombis muere, pero no lo hacen. El objetivo es salvarla.

—Eso no tiene sentido.

—¡Ves! —exclamó Laila, mirando a su prima—. Lo entretenido debería ser luchar para matar a la reina zombi.

—Y hacer que el resto muera por algo que no es su culpa, ni tan siquiera la de la pobre chica zombi —ironizó Shanon—. El jugador debe encontrar una cura. Nos gusta la idea y también a los de la compañía.

—Es aburrido.

—Le da esperanza a la gente.

—Es un juego de zombis, yo lo único que quiero es matar a unos cuantos, no salvarlos. Habría sido mucho mejor si la chica fuera la marginada de la clase que se convierte en zombi y busca venganza —concluyó Laila—. Así tendría sentido que fuera mala, una villana con la que te puedes identificar, pero a la que tienes que eliminar para sobrevivir. Matas a todos en el camino y ella es la reina de nivel.

Shanon puso los ojos en blanco.

—Ya hay juegos así y nuestra idea es tener al jugador en tensión, pero con un objetivo más allá del de salvar su vida, es salvar la de la chica que le gusta.

—¡¿Tiene romance?!

—Ridículo, lo sé —dijo Laila ante mi explosiva reacción.

—Me pregunto a quién se le habrá ocurrido la idea de querer salvar a la chica que le gusta sin importar que pueda poner su vida en peligro —dijo Kirian de la nada y percibí el brillo malvado en sus ojos—. Suena a lo que un adolescente enamorado imaginaría si…

—Dejen de aburrir a Alex con tonterías —intervino Ellis y se sentó en su lugar en el suelo, entre los cojines—. También bajen el volumen, prometimos no molestarla.

—Son unos *gamers* pesados —susurró Laila en mi oído y se sentó junto a su prima.

Todos volvieron a su trabajo y yo me quedé mirando a Ellis que no apartaba la vista de la pantalla. Había creado un juego sobre una yo zombi a la que debía salvar. Era bonito en una extraña y retorcida manera.

Me aclaré la garganta para despejar mi mente cuando mis ojos cayeron en los tatuajes en sus manos. Me fui a mi habitación y agradecí que cumplieran con su palabra de hablar bajo y que ese día no hubiera música.

Iba a darme una ducha cuando noté algo sobre mi cama. Era una pequeña caja de color rosa con un lazo a juego. Dentro estaba el collar de la caracola, el que Ellis me había regalado en nuestra adolescencia, y otro que no conocía.

La cadena era dorada y fina, unía varias caracolas diminutas. Venía con una tarjeta con una simple oración:

*Una por cada año que he estado enamorado de ti.*

El corazón me empezó a latir con fuerza al contar las veintiún caracolas, justo la edad que tenía Ellis. Había algo más al dorso:

*Ese momento pasó, pero podemos crear uno nuevo.*

---

Me quedé dormida con el nuevo collar en una mano y la nota en la otra. Al abrir los ojos, fue lo primero que vi y…

«¿Así se sentirá que te quieran de verdad?».

Podía ser todo parte de mi imaginación, que ansiara no solo creer en sus palabras, sino ver qué podíamos hacer juntos si le daba la oportunidad de demostrarme lo que sentía. No solo eso, de permitirme sentir por Ellis lo que tanto había reprimido.

Me levanté con algo de sueño y fui al baño para darme una ducha. Ellis abrió la otra puerta al mismo tiempo.

—Lo siento —dijo al instante.

—No, usa el baño tú. —Se veía que no había dormido nada—. Yo puedo ducharme después.

—No, yo estoy bien, no tengo que salir hasta las diez de la mañana y…

Di un paso atrás y me sostuvo del brazo.

—No huyas —me pidió por lo bajo—. ¿Antes nos peleábamos por quién iba primero y ahora los dos vamos a dejar el baño?

No supe qué decir. Tener su mano tocando mi piel me había paralizado. Sus ojos recorrieron mi rostro, bajaron por mi cuello y se detuvieron allí. Me llevé la mano al collar de la vieja caracola. Me lo puse la noche anterior por impulso y había olvidado quitármelo.

—Tenía miedo de que lo tiraras a la basura.

—¿Por qué?

—Todavía no estoy seguro de que me creas.

—¿Sobre ser un imbécil que mintió sobre querer vengarse de mí? —Asintió y por alguna razón eso casi me hizo sonreír—. Ellis, eres el adolescente que hace un juego sobre la chica zombi que lo rechazó y de igual forma quiere salvarla. Eso raya en lo obsesionado y ¿psicótico? —Bajó la mirada, avergonzado—. Me dolió lo que dijiste, pero te creo. Ese niño no sería capaz de planear una estúpida venganza contra nadie. El hombre que tengo frente a mí tampoco.

—Gracias —murmuró.

—Pero eso no significa que…

—Lo sé. El regalo que te hice tampoco es una disculpa, ni una súplica para que valores darnos una oportunidad, es… Quería que lo tuvieras y que supieras…

Dio un paso hacia mí y me tomó de la barbilla. Me sentí más pequeña que de costumbre al tenerlo tan cerca.

—Estás en un momento difícil de tu vida y darte regalos, pedirte oportunidades o decirte lo que siento es egoísta. No quiero ser esa persona para ti.

Un cosquilleo me recorrió el cuerpo.

—Tienes que lidiar con tus problemas. No tienes tiempo para uno más, así que diré esto solo una vez.

Acarició mis mejillas con los pulgares y acunó mi rostro.

—Estoy enamorado de ti desde que tengo memoria y ya acepté que siempre lo estaré. Si cambias de opinión en un mes o tres años, si decides que jamás tengamos una oportunidad… no importa, yo siempre voy a estar esperándote, Alex.

Dejó un beso en mi frente antes de irse. Un «no te vayas» resonó en mi mente, pero no salió de mis labios.

# CAPÍTULO 28

*Cuando tu ex empieza a dar lástima…*

Durante el mes de enero los días se superpusieron. En un abrir y cerrar de ojos, febrero apareció.

Evitar a Ellis estaba en el primer lugar de mi lista de prioridades. Me lo ponía fácil. Cuando yo no podía huir de la habitación, él se iba. Me ayudaba a enfocarme en lo que realmente debía estar en lo más alto de mi lista: trabajar en mi tesis.

Tres días a la semana estaba en las oficinas de Stewart y Asociados, otro día con mi tutor y otro con Dana, trabajando juntas.

El día antes de San Valentín, después de la última reunión en la oficina, Henry me pidió que me quedara para hablar a solas.

Estaba cansada de rebatir de manera educada cada una de las limitantes que le ponía a mi maldito jardín. Lo había convertido en una guerra fría. En los últimos días, me di cuenta de que él peleaba solo; a mí lo único que me importaba era Hana, el proyecto y trabajar en armonía con el resto del equipo.

—¿Ya sabes que haremos una presentación previa del proyecto en el aniversario de la Fundación Walton? —preguntó cuando el salón de reuniones quedó vacío.

—Hana me comentó que sería a finales de abril. Falta bastante.

—Quería saber si tenías pensado asistir o…

—¿Por qué no iría?

—Porque pienso ir con Elsa y quizás sea difícil de manejar para ti.

Entorné los ojos.

—¿Se supone que tu vida privada intervenga en mi trabajo? Hasta ahora, no veo que tu pareja me haya impedido hacer lo que debo.

—La última vez que estuvimos en el mismo lugar, actuaste de una manera que casi me costó el contrato más importante de mi empresa.

—Tu narrativa está un poco alterada, Henry. Esa vez me usaste y yo no sabía que tenías otra relación.

—Entonces… ¿irás?

—Por supuesto.

—Y ¿puedo confiar en que todo saldrá bien?

Contuve la risa al entender a lo que le temía.

—Esta conversación es para que no le diga nada a tu novia. No quieres que se entere de que tenías una relación de dos años que ella ignoraba.

Sus labios se volvieron una línea.

—Debería contarle, por solidaridad femenina o por joderte, pero no lo voy a hacer. —Me puse de pie—. ¿Hay algo más que quieras decirme?

Se aclaró la garganta.

—Puedes ir acompañada.

—¿Qué?

—A la gala. Todos los invitados pueden llevar un acompañante. Dana, Erika o una cita.

—¿Cita?

—Quizás tienes alguien con quien ir, ¿o no?

—¿Me estás preguntando si estoy saliendo con alguien? ¿Así? ¿Como si fueras un niño pequeño?

Forzó una risa baja.

—No tengo tiempo para tonterías, Alexandra. No me interesa tu vida privada, no soy un universitario aburrido.

La Alex de otro momento habría estallado tras ese insulto disimulado y la burla en su tono de voz. Sin embargo, ese hombre que una vez había querido, con el que imaginé mi futuro y al que creí grande y estoico, lo vi pequeño e insignificante. No me merecía y yo no quería tener nada que ver con él.

Su intención era hacerme enojar para seguir la conversación. Sus razones las desconocía y me importaban poco. Tomé mi bolso y abrí la puerta, satisfecha conmigo misma, sintiéndome poderosa al no darle lo que quería. Me detuve antes de salir para decir algo que me daría la paz que necesitaba con tal de sellar el momento:

—Si ella es la mujer de tu vida como dijiste, deberías contarle la verdad en vez de jugar a mover las piezas del tablero para ocultarme. Todos merecemos sinceridad, Henry. Tómalo como un consejo de alguien que una vez te quiso.

---

Llegué a casa con una sonrisa en los labios y algo desconocido que se removía en mi pecho. Me metí en la cocina y decidí hacer lasaña. Puse música y me olvidé del mundo.

—¿Te ganaste la lotería? —preguntó Lucas y salté en el lugar cuando lo vi junto a Erika en la puerta.

Sonreí y negué varias veces.

—¿A qué se debe esto? —preguntó mi amiga al ver el despliegue de ingredientes.

—Tuve un buen día y sé que les gusta mi lasaña, así que…

—Creo que golpeé una pared con el auto cuando estaba aparcando —dijo Ellis al entrar a la cocina.

Tenía el pelo y la ropa mojada y se quedó inmóvil al ver que yo estaba ahí. Entendí su sorpresa. Cada viernes me iba a casa de Dana. Inconscientemente, habíamos creado un horario para evitarnos y yo no debía de estar ahí a esa hora.

—¿Qué quieres decir con que crees que golpeaste el auto?

Ellis no reaccionó hasta que su hermana le pegó en el hombro.

—Un rasguño —murmuró, evitando mi mirada—. La lluvia no me dejaba ver.

—¡Te dije que tuvieras cuidado! —protestó Erika—. ¡Es el auto de Lucas y si…!

—Estoy aquí, amor —dijo Lucas—. Puedo tolerar un rasguño en el auto que ya debería vender en pedazos porque lleva conmigo desde que tengo dieciséis años.

Ellis le dio una sonrisa de agradecimiento a su cuñado y se aclaró la garganta.

—Me baño y voy a lo de Kirian para trabajar.

—Pensé que te quedarías a ver una película con nosotros y que tenías el fin de semana libre —dijo Lucas.

—Acabo de recordar que… —Se quedó mirando a la nada, sin una mentira que inventar—. Kirian dice que…

—Estoy haciendo lasaña —dije, hablándole directamente por primera vez en más de un mes—. Una versión vegetariana y una tradicional para que nadie se vea obligado a comer lo que a mí me gusta.

Traté de sonreír.

—Yo… pensé que… —Ellis miró de Erika a Lucas, que se veían confundidos por su actitud.

—Puedes decirle a Kirian que venga —agregué—. Invité a Dana. Estaremos todos juntos.

Ellis abrió y cerró la boca como pez fuera del agua. Si no fuera porque entendía a la perfección lo que debía estar pasando en su cabeza, me habría reído junto con Erika que le dio un coscorrón.

Aceptó y desapareció por el pasillo con Lucas. Me concentré en la salsa y Erika me abrazó por la espalda.

—No sé qué habrá pasado, pero nunca creí que ver la cocina desorganizada me diera tanta felicidad.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando tu madre está nerviosa se pone a limpiar y la mía hace inventario de lo que sea más complicado en la tienda.

—Una vez la vi contando clavos.

Las dos reímos.

—Cuando mi padre pone música muy alta y canta en lo que hace ejercicio es porque está preocupado por algo.

—Y mi madre se dedica a la jardinería si algo le tiene la cabeza al revés. ¿Por qué el resumen de las locuras de nuestros padres?

—Hay patrones que llevamos a cabo cuando nos sentimos de distintas maneras.

Erika acostumbraba a estudiar con música si tenía miedo a fallar en un examen, pero lo hacía en silencio cuando estaba segura de que obtendría un sobresaliente. Olvidaba ponerle sal a la comida cuando estaba emocionada por algo.

—¿Qué tiene eso que ver con el desorden? —pregunté—. ¿Cuál es mi patrón?

Apoyó la barbilla en mi hombro.

—Cuando cocinas así es porque estás bien, realmente bien, no fingiendo, no con un golpe de euforia que te llevará a un mal momento de nuevo. —Así me sentía—. Me alegra tenerte de vuelta.

No dejó de abrazarme ni yo de revolver la salsa de tomate.

—Te quiero —murmuré—. Gracias por cuidarme siempre.

Hizo un sonido tierno, como el de un gatito.

—Eres mi mejor amiga. ¿Cómo no te voy a cuidar?

Dejó un beso en mi mejilla y halagó todo lo que estaba preparando antes de ir a ducharse.

Volví a subir el volumen de la música y me concentré en la comida. Ignoré a Erika y Lucas cuando se pusieron a ayudarme y en especial a Ellis. Sentía sus ojos sobre mí. Me gustaba y a la vez me ponía nerviosa.

Cuando se acercó a probar la bechamel, el aroma de su gel de baño me envolvió.

—Parece que sabes cocinar algo más que verduras, reina del baile.

Y ahí estaba el tono juguetón escondiendo los nervios y las dudas que me gritaban sus ojos azules.

—Un día de estos deberías probar mi lasaña vegetariana. Quizás te gusta y empiezas a comer sano.

—A mí me dejas la de carne. —Metió una cuchara en la cacerola de la boloñesa y la probó—. Está buena.

—Suenas sorprendido.

Ocultó la sonrisa y miró por encima de su hombro para chequear a Lucas y Erika. Lo que fuera que estuvieran haciendo le dio la confianza para apoyar la mano en la encimera y acercarse a mí.

—Tú todo lo haces bien, Alex. Nunca me sorprendería.

Le sostuve la mirada.

—Ya entiendo por qué no tuviste novia en el instituto —dije, lo más seria posible—. ¿Así ligan los raritos?

Se mordió el labio para ocultar la sonrisa.

—No estoy tratando de ligar, pero cuando estés lista para que el rarito lo intente, sabes dónde encontrarme: duermo a dos puertas de tu cama.

Me dejó con la palabra en la boca porque Erika me estaba llamando. Lo vi alejarse como si nada cuando yo volvía a ser un manojo de nervios.

A partir de ese momento el ambiente cambió. Tras semanas de evitarnos pasamos a una noche de miradas disimuladas y otras no tanto.

Terminamos con una película de terror y todos en la sala de estar. Ellis, acostado en el piso, estaba concentrado en la pantalla, por lo que me sorprendió tener un mensaje suyo.

Iba a esperar a que fueras a buscarme, pero soy un arrastrado.

¿Estás lista para que ligue contigo o no?

Fingí que no estaba usando el teléfono, aunque nadie me prestaba atención.

De nuevo tenía el corazón a punto de estallar en mi pecho.

Arrástrate un poquito más.

Con gusto. Dame autorización para hacerte la vida imposible.

De nuevo tenía el corazón a punto de estallar en mi pecho.

Permiso concedido.

Ellis miró el teléfono y regresó su atención a la película. Esperé por una respuesta. Quizás esa noche iba a mi habitación, había dicho que dormía a dos puertas de distancia, poniendo mucho énfasis en la parte de «tu cama».

Mi teléfono vibró.

Limpia tu agenda para mañana en la noche, reina del baile. Vamos a tener una cita.

# CAPÍTULO 29

*Quédate con quien te mire como Ellis mira un pedazo de pizza.*

Primero me puse un vestido negro con botas altas y me pareció demasiado formal. Después, un pantalón ancho y un top ajustado, pero me di cuenta de que pasaría frío. Y así con cada conjunto; nada me parecía bien.

Eran los nervios. Pero cuando llegué al estacionamiento y vi a Ellis esperándome, desaparecieron. Éramos él y yo. El «nosotros» siempre había sido fácil, incluso si estábamos peleando.

Me miró de arriba abajo y sonrió.

—Estás hermosa.

—Llevo un sobretodo negro. No sabes ni la ropa que…

—Me da igual. Lo estás. Calla y vámonos antes de que Erika y Lucas nos vean juntos y tengamos que soltar un montón de mentiras.

Tomamos un taxi hasta el centro de la ciudad. Me llevó a un pequeño restaurante de comida italiana. Fue una grata sorpresa ver que tenían menú vegetariano; Ellis lo había tenido en cuenta. Pedí un risotto de champiñones y él una pizza de pepperoni. Trajeron los entrantes y volvimos a estar a solas.

—Te quedaste en la parte donde casi te desmayas exponiendo tu trabajo de curso el primer año de universidad —dijo para continuar la conversación del taxi.

—Ya me cansé de contar mis experiencias ridículas. Además, siempre hablamos de mí y yo no sé nada de ti desde que me fui del pueblo.

—Me gusta escucharte, prefiero que hablemos de ti.

—¿Y si me paso una hora hablando del último libro que leí?

—Encantado.

—Incluso si es uno de romance empalagoso e irreal.

—Podría escucharte hablar de lo que te gusta por el resto de mi vida.

Entrecerré los ojos.

—Me preocupa esta versión amable y dulce de Ellis. No sé si podré acostumbrarme a que no estés tratando de hacerme enojar cada cinco minutos.

—¿Quién dijo que no pienso hacerlo? —Se comió una aceituna y sonrió—. Estoy recolectando información.

Era absurdamente atractivo cuando usaba ese tono de voz.

—Estúpido —murmuré y me concentré en el plato—. No pienso decirte una palabra más hasta que me cuentes toda tu vida antes de mudarte a la ciudad.

Pesqué un pedazo de queso, decidida a que fuera una cita silenciosa si no aceptaba hablar.

—Me fui a la otra punta del país y pasé dos años estudiando Ilustración y Animación de personajes. —Se encogió de hombros—. Nunca dejé los videojuegos y en algún momento de mi aburrida vida en el instituto me di cuenta de que me gustaría desarrollarlos.

»Conocí a Kirian, ya sabes cómo, nada que quiera recordar. Nos hicimos amigos. Tomé un año de programación básica, Kirian era el profesor.

—Pero Kirian tiene tu edad.

—Programa desde que aprendió a usar un teclado. El hombre es el Dios de los algoritmos, y no, tiene un año más que yo.

Kirian era todo un enigma.

—Al mismo tiempo tuve que empezar a trabajar como animador en una pequeña compañía. Me pagaban una mierda —continuó—. Ahí me hice amigo de Shanon y por ella empecé a hacer streaming.

—Nunca imaginé que te gustara exponerte en redes sociales y mostrarles tu cara a desconocidos.

Ocultó la sonrisa.

—Me ven jugar y hablar, pero no me ven la cara, uso una máscara.

—¿Por qué?

—No quiero que la gente me reconozca en la calle.

—Lo dices como si fueras famoso. —Me incliné sobre la mesa—. ¿Cuánta gente te ve?

—Algunas personas.

—¿Cuántas?

Se atragantó con un pedazo de queso.

—Oculto mi rostro porque quiero que me tomen en serio cuando me presento en una empresa para pedir financiamiento. De otra forma solo sería el streamer que habla tonterías y se la pasa jugando frente a la computadora. Se pierde el respeto de mucha gente por hacer lo que hago y no puedo dejar de hacerlo, porque es lo único que me da dinero en este momento.

—¿Cuánto dinero?

—Chismosa.

—Hay confianza.

—Lo suficiente para sobrevivir y seguir poniéndole algo al videojuego que estamos desarrollando.

—No me convences. Algo estás ocultando. —Saqué mi teléfono —. Dime en qué plataforma haces streaming, quiero verte. No conozco esas cosas. Las evito porque me entretengo fácil, pero a ti te vería.

—Deja eso.

Trató de quitarme el teléfono y lo evité. Busqué su nombre en todos lados y no encontré nada.

—Tú no tienes redes sociales, ni siquiera existes en internet. Cómo es que…

—No uso mi nombre.

—¿Cuál usas?

Un leve rubor cubrió sus mejillas.

—Ninguno. Solo te diré que nadie conoce mi cara y que eso me reporta ganancias.

—¿Por qué no te muestras? Eres lindo. Los lindos siempre la tienen más fácil y ni se te ocurra negar el *pretty privilege.*

—No saber lo que hay detrás de la máscara da otros beneficios. Aporta preguntas.

—No me sorprende que quieras jugar al chico misterioso.

—Además, deja que se fijen en lo que hago al jugar y en lo que hablo en vez de concentrarse en esta cara bonita. Y… me alegra saber que te parezco lindo, es la primera vez que lo dices.

Me aclaré la garganta para disimular que se me había ido la lengua.

—Vale, no preguntaré más por la vida secreta que llevas. Respetaré tu privacidad, y no lo digo solo porque ya viene nuestra comida.

El camarero nos sirvió y el ambiente cambió a los recuerdos de la infancia. Ellis hablaba sin parar y me di cuenta de lo oscura que había estado mi vida por tanto tiempo, no solo los últimos meses. No recordaba la última vez que sonreí hasta que me dolió la cara o que toda preocupación dejó mi mente para centrarse en lo que estaba disfrutando.

—Es curioso —dije cuando trajeron el postre: un tiramisú para compartir—. Siempre quisimos huir del pueblo porque era aburrido, frío y sin oportunidades, pero todos los buenos recuerdos vienen de ahí.

No pudo llevarse la cuchara a la boca al percatarse de lo mismo.

—Es cierto y eso me recuerda algo… ¿Qué fue lo primero que hiciste cuando llegaste a la ciudad?

—Sabes muy bien lo que hice.

—Quiero saber si cumpliste tu sueño.

Recordaba todo de mí.

—Al día siguiente de mudarnos me desperté a las cinco de la mañana y recorrí la ciudad marcando todos los edificios de mi lista. Subí al punto más alto de cada uno.

Ellis sabía que ese era mi sueño. La primera vez que la visité quedé enamorada de los edificios clásicos que llevaban décadas en pie. Desde ese entonces comenzó a interesarme la arquitectura.

—¿Viste todos?

—Menos uno, el MEGA.

—Eso pensé.

Iba a preguntarle a qué se refería, pero pidió nuestra cuenta. Ni siquiera me dio tiempo de discutir para pagar a medias y me sacó del restaurante.

Atravesamos las ruidosas calles sin hablar, entre la gente, bajo las luces que jamás se apagaban. La ciudad nunca quedaba en paz y era de las cosas que amaba de vivir allí.

Ellis se detuvo cuando estuvimos frente al MEGA.

—¿Qué…?

—Silencio y haz todo lo que yo diga sin protestar —advirtió.

Me guio por una de las estrechas calles laterales. Nos recibió un hombre al que le dio algo que pareció ser dinero. Pasamos por una puerta que daba a un pasillo que nos llevó a una escalera, seguramente pensada para el personal de trabajo.

El MEGA no era como el resto de edificios emblemáticos. Seguía siendo propiedad de la familia que lo había construido a principios del siglo anterior. No era el más alto, pero sí el más famoso. Mi preferido.

El problema era que estaba rentado por pisos a personas importantes. No había visitas guiadas y mucho menos acceso a la azotea. Cada escalón era un incumplimiento a la ley.

La Alex que conocía, la que no faltaba a clases, que siempre llegaba diez minutos antes y que limpiaba su habitación a diario, jamás habría estado aguantando la risa mientras se dejaba arrastrar por Ellis piso por piso.

La Alex que lo seguía era la que había llenado de papel higiénico la cancha de baloncesto de nuestro colegio porque el capitán del equipo se había burlado de Erika.

La Alex que se cubría la boca para no hacer ruido era la que se había escapado de su habitación con doce años para llevar a Erika y Ellis a la fiesta secreta junto a la fogata al otro lado del pueblo.

Ellis sacaba una parte de mí que había encerrado porque «no era correcta» o «no aportaba a mi futuro bien planeado». Por primera vez consideré absurda cada idea implantada en mi cerebro de crear la vida perfecta. En el camino me había olvidado de vivir.

Estábamos agitados al llegar a lo más alto de la escalera. Ellis sacó una llave vieja y oxidada que abrió la puerta de la azotea y ahí estaba el lugar desde el que jamás había visto la ciudad.

El aire helado me pegó en la cara. Dolió, pero la vista era espectacular, valía la pena congelarse si era necesario. Desde ese lado del edificio no había rascacielos que taparan la visión y las luces de la ciudad se extendían a nuestros pies. Se iban esparciendo hasta perderse en el horizonte.

—Es… —No tenía palabras—. Nunca imaginé que se viera así.

Estando en la ciudad era imposible ver las estrellas, pero las luces de los edificios eran igual de hipnóticas. El ruido llegaba distorsionado, la gente se movía por las calles que se veían diminutas.

—Puede sonar tonto —murmuré—, pero ver esto me da paz.

—A mí también. Es hermosa.

No le prestaba atención a las vistas, sino a mí. Oculté la sonrisa.

—Planeaste todo esto. —Asintió—. ¿Cómo sabías que no subí aquí?

—Lo supuse, solo tenía que comprobarlo.

—¿Y si hubiese dicho que sí había subido?

—Mi cita perfecta se habría arruinado.

Dio un paso hacia mí y se apoyó en la baranda de piedra.

—Y creo que mi plan funcionó. ¿Va siendo una cita perfecta?

Me quedé sin aliento cuando esas palabras quedaron flotando entre nosotros.

«Cita. Cita con Ellis».

—Una cita decente —dije, para que no se montara encima de su ego y saliera volando.

—No es lo que yo imaginé que sería nuestra primera cita, pero va bien en mi opinión. —Puso el pelo detrás de mi oreja y el toque de sus dedos me hizo estremecer—. Comiste y te gustó, no puedes

negarlo. Hablaste, reíste, te llevaste un secreto mío y ahora te brillan los ojos.

Me toqué las mejillas porque pensé que se refería a que estaba llorando, y ya estaba harta de que siempre me pasara. Mi piel estaba seca.

—Te brillan como cuando estás feliz —aclaró.

—¿Cómo lo sabes?

—Te dije que me he pasado la vida observándote y que dejaras de fingir que no lo sabes.

Mariposas. Eso fue lo que sentí en el estómago al escucharlo, como cuando era adolescente y pasábamos horas en la cafetería estudiando. Nos sentábamos muy cerca y de vez en cuando nuestros brazos se rozaban. Yo vivía por esos instantes.

—¿Cómo te imaginaste nuestra primera cita? —quise saber.

—Te iba a llevar de pícnic.

—Los odias.

—Pero tú los amas. La otra opción era que fuéramos al cine o a comer al centro comercial y…

—¿Y?

Bajó la vista a mi sobretodo y abotonó el primer botón.

—No quería que nos vieran en público porque tú siempre has sido hermosa y radiante, pero yo era un año menor, flaco, con rodillas huesudas y acné. Tenía miedo de que te avergonzaras de mí.

Lo tomé de la barbilla.

—Ellis, yo te habría escogido mil veces por encima de cada chico de ese pueblo y habría caminado tomada de tu mano. Nunca pensé esas cosas de ti y… sé que no debería decir esto porque me lo echarás en cara algún día, pero yo siempre te he encontrado… atractivo, en todos los sentidos.

Pensé que volvería a su actitud de chico consciente de cómo se veía y de lo que causaba en las personas a su alrededor, pero ahí seguía el mismo Ellis que recordaba, mirándome como si yo fuera algo brillante y único que quería atesorar por el resto de su vida. Acarició mi mejilla.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Aguardé en silencio—. ¿Qué pensaste esa noche en el armario, el día en que te besé?

—¿Me besaste? —Traté de no reír—. Yo te besé a ti. Estás alterando la historia.

—¿Qué pensaste? —insistió.

—Que me desmayaría y que me habían mentido sobre los primeros besos. Todo el mundo decía que eran incómodos porque no sabría cómo mover los labios, pero contigo… —Exhalé un suspiro—. Jamás he vuelto a sentir algo tan bonito con un beso. Cuando se acabó y nos quedamos en silencio por otros tres minutos fue… lindo.

—Yo deseé que nunca me sacaran de ese armario oscuro. Sentí que podía quedarme ahí toda la vida.

Podía sentir su respiración, el olor del caramelo de menta que había comido después de salir del restaurante y el calor que emanaba su cuerpo.

—Es lindo ser adolescente y sentir las cosas con tanta intensidad —musité.

—Pues ahora me siento exactamente igual que ese día.

Sus labios atraparon los míos. Eran suaves y se movieron a un ritmo que resultó fácil seguir. Mi cuerpo se relajó entre sus brazos cuando me pegó a él. Entrelacé los dedos en su pelo y se sintió como seda.

Cada parte de mí estuvo más viva que nunca cuando nuestras lenguas se rozaron y el beso se volvió más profundo. Cada toque era un paso más a un abismo de emociones. No me había dado cuenta de lo sedienta que estaba hasta que probé a Ellis.

Pasé años negando lo que sentía y en mis manos estaba lo que tanto ansié. Ellis me besaba con la misma intensidad, con un deseo que jamás se vería saciado. Solo se detuvo para tomar aire. Descansó su frente contra la mía y cerró los ojos. Se me escapó una risa nerviosa y él sonrió de medio lado.

—Ese debió ser nuestro primer beso —murmuró.

—Entonces exijo un segundo.

Sus brazos se cerraron alrededor de mi cintura y mis pies abandonaron el suelo. Estaba a punto de tomar mis labios cuando una luz cegadora nos interrumpió.

—¡¿Ustedes qué hacen aquí arriba?! ¡Están invadiendo propiedad privada!

Un guardia de seguridad había salido por una puerta distinta a la nuestra.

Ellis me tomó de la mano y regresamos sobre nuestros pasos, cerrando la puerta anterior y dejando al guardia pegando gritos al otro lado. No nos detuvimos ni cuando salimos al costado del edificio. Corrimos, casi nos atropellaron cruzando una avenida y paramos en una calle estrecha y oscura a metros de otra iluminada intersección.

Agitados y temblando, reímos como si haber estado a segundos de ser atrapados fuera divertido. Apoyé la espalda a la pared helada y respiré profundo. Ellis puso una mano junto a mi cara y se acercó a mí.

Le costó tragar para poder hablar y cuando lo hizo su voz sonó más grave que de costumbre.

—¿En dónde nos habíamos quedado?

Se acercó más a mí y el recuerdo del sabor de su boca me hizo tomarlo del cuello del abrigo para pegarlo a mi cara.

—Algo de un segundo beso —susurré sobre sus labios.

—Si seguimos con esto, advierto que tendré que besarte por todos los años en que no lo hice después de esa noche en el armario.

—Vas tarde para ponerte al día.

Sonrió y volvió a besarme. El segundo fue mejor que el primero y peor que el tercero y el cuarto. Cada vez que nuestros labios volvían a tocarse, la conexión jamás perdida se hacía más fuerte. Supe que nunca me cansaría de Ellis.

# CAPÍTULO 30

*Cuando viene el diablo y sopla…*

La casa estaba atestada. Dana y yo en el balcón, adelantando la parte teórica de la tesis. Ellis, Kirian y Shanon ocupaban el salón como de costumbre. Erika, en la cocina, hablaba con su suegra sobre la boda. Llevaba una hora pegada al teléfono y con Pinterest abierto cuando entré a preparar sándwiches.

ELLIS:

¿Quieres ayuda?

Su mensaje me tomó por sorpresa.

No te hagas el inocente. Te encantó verme perder.

Habíamos hecho una apuesta para que alguien preparara comida. Quedamos él y yo al final, compitiendo a piedra, papel o tijeras.

Dejémoslo en que me gusta verte. Haz esos sándwiches rápido, no tengo inspiración si no estás cerca.

Hace diez minutos dijiste que no podías concentrarte conmigo cerca.

Cambié de idea.

Sonreí mientras untaba mantequilla de maní en una rebanada de pan. Habíamos acordado no contarle a nadie sobre nosotros. Era emocionante andar a escondidas.

¿Me regalas uno de tus yogures?

Vas a comer sándwich. Deja mis yogures en paz.

Pero saben bien. Me recuerdan a cómo se siente besarte.

Cuando Ellis dijo que me iba a besar por todos los años que no había podido hacerlo, no estaba bromeando y yo no me quejaba.

Insinúas que mi boca huele a yogur.

Digo que saben bien, como tú.

Mis yogures no los tocas.

Tendrás que compensarme con besos. Voy a la cocina a buscarlos.

Ven, pero a ayudarme a llevar la comida.

—Quiero a mi suegra —dijo Erika al finalizar la llamada y devolviéndome a la realidad—, pero te juro que nunca había deseado con tantas fuerzas que alguien se callara la boca.

—¿Acordaron cuándo podemos ir a ver la casa de su amiga?

—Sí, pero igual sigue hablándome de mil preparativos que no tienen sentido hasta que no se escoja el lugar, y quiere invitar a más personas y…

Tomó una bocanada de aire.

—Voy al baño antes de que vuelva a llamar.

—¿Todavía no han terminado?

—Sí, pero dentro de dos minutos recordará algo.

La pantalla del teléfono de Erika se iluminó y mi mejor amiga se frotó las sienes. Silenció el teléfono y se fue al baño.

Ellis entró a la cocina un segundo después. Estaba a punto de pedirle que me ayudara con el plato lleno de sándwiches, pero atravesó el espacio que nos separaba y estuvo sobre mí. Sus labios atraparon los míos y pasó mis brazos por encima de sus hombros. Me subió a la encimera y sus manos se cerraron en mi cintura. Mordí su labio y lo hice jadear.

—Hazlo de nuevo —susurró.

—Nos van a atrapar.

—No me importa. De nuevo… Muérdeme.

Me besó con tanta intensidad que crucé las piernas por encima de sus caderas y lo pegué a mí antes de volver a morderlo.

—Me encantas —murmuró entre un beso y otro.

Se me puso la piel de gallina.

—Ya suéltame. Nos verán —reproché sin dejar de besarlo.

—Eres tú la que no me quiere soltar, reina.

Lo tenía bien atrapado con mis piernas. Bajé de la encimera para volver a lo que estaba haciendo. Sin embargo, no se separó de mí ni siquiera cuando el teléfono de su hermana volvió a sonar y sus pasos se escucharon.

—Quítate. —Lo empujé, desesperada. Erika le decía algo a los chicos del salón—. Tu hermana…

Volvió a besarme. El corazón me iba a toda velocidad y por unos segundos olvidé que nadie debía atraparnos.

Justo en el momento en que Erika entró, Ellis se fue hacia la nevera y yo me puse a acomodar los sándwiches. Mi amiga no dejó de protestar hasta que atendió la llamada de su suegra y volvió a conversar como si no hubiera existido interrupción.

Ellis me arrebató el plato de las manos y se fue con uno de mis yogures al salón. No pude decirle nada y lo miré con mala cara antes de salir al balcón. Me guiñó un ojo y eso hizo que me ardieran las mejillas. Dana se me quedó mirando fijamente cuando me senté a su lado.

—¿Está pasando algo entre Ellis y tú?

—No. ¿A qué te refieres?

Alzó una ceja.

—A las miraditas que se dan.

—Estás delirando.

Me concentré en la computadora.

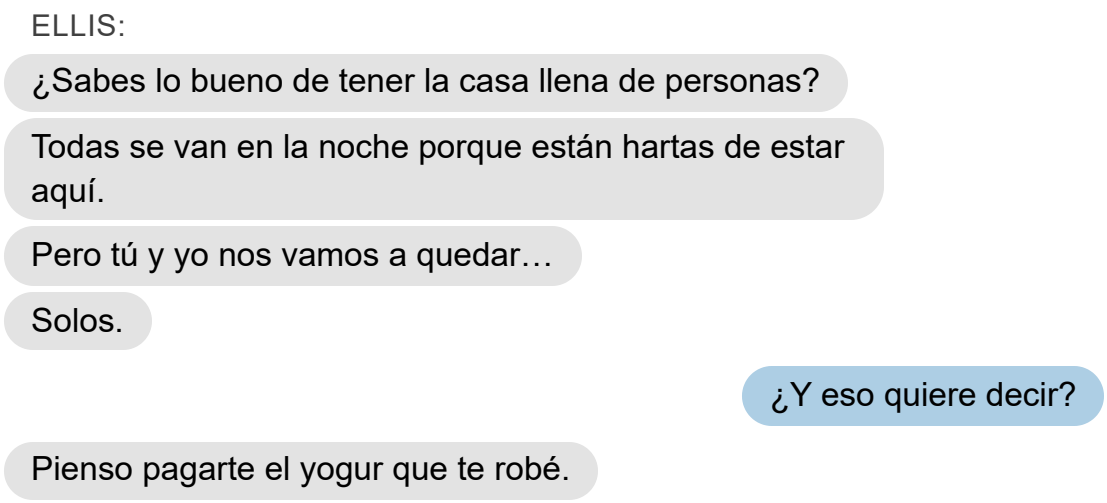
—Fingiré que te creo —dijo al volver a lo suyo.

—¿Eso es todo? —pregunté, extrañada—. ¿Nada de investigación a cargo del FBI?

Me miró con escepticismo.

—Estoy intentando madurar y respetar la privacidad de mis amigos y conocidos. No me tientes, Alexandra Herrera.

Iba a burlarme, pero mi teléfono vibró con un mensaje.




Estaba en la cama de Ellis, con la espalda apoyada en la cabecera y la computadora en mis piernas. Él hacía streaming mientras jugaba algo que yo no entendía. No había mentido cuando dijo que no mostraba su rostro.

Llevaba una máscara y estaba cómodamente sentado en la silla que parecía un trono, con los audífonos puestos y hablando con otras personas. Debía de ser un juego en equipo, pero no podía asegurarlo.

Además, desde mi posición, veía que había un chat abierto para las personas que estaban viéndolo. Era una cascada de texto y a veces Ellis hablaba de otras cosas que no tenían que ver con el juego, contestando a los espectadores.

Sin embargo, más allá de eso, no sabía nada sobre él. No me había dicho su seudónimo. Me dejó entrar a la habitación con la condición de que no pasara por detrás de él para que no saliera en cámara. También que evitara hacer ruido.

Todo me pareció digno de lo que haría una celebridad para ocultar su vida privada, pero acepté porque quería estar cerca de él. De vez en cuando me distraía con sus manos en el teclado o con la manera en que acomodaba su pelo.

Tres horas después, Ellis se lanzó en la cama y me tomó por sorpresa. No se había quitado la máscara que imitaba una calavera gris oscura. Estaba partida a un lado de la frente y de ahí brotaban lo que parecían gotas de un líquido dorado que manchaba la mitad de la cara.

Habría sido imposible reconocerlo, incluso a esa distancia. Cuando quitó la computadora de mis piernas y quedó a horcajadas sobre mí, sus ojos azules destellaron.

—¿Doy miedo?

La manera en la que me tomó de la barbilla para que alzara la vista me dio todo menos miedo.

—¿Debería tenerlo?

Puso las manos a los lados de mis caderas y se inclinó hasta que la máscara quedó a la altura de mi cara, con sus ojos pegados a los míos. Podía escuchar su respiración.

—¿Terminaste lo que estabas haciendo? —preguntó.

—Por hoy, sí.

Se deshizo de la máscara y dejó un suave beso en mis labios.

—Bien. Ahora puedo tenerte solo para mí.

Gemí cuando profundizó otro beso y lo hice dar la vuelta para quedar sobre él. Sus manos exploraron mi espalda y las mías estaban desesperadas por quitarle la sudadera, pero me daba miedo ir muy deprisa.

Ellis era intenso y juguetón, pero muy cuidadoso a la hora de poner las manos sobre mi cuerpo. Llevábamos tres semanas viéndonos a escondidas y nos habíamos quedado solo en los besos.

Un cosquilleo me recorrió el cuerpo cuando su mano acarició mi cintura y se detuvo en mi cadera. Lo besé con más intensidad, dejé un par de mordidas por el arco de su mandíbula y besé su cuello antes de volver a su boca. Gimió cuando lamí su labio, pero su mano siguió en el mismo lugar.

Quería que me tocara más. Besarlo ya no era suficiente y con solo tenerlo cerca el calor me abrasaba. Estar encima de él era como bajar al infierno.

Tomé su mano para guiarla a mi trasero, solo por comenzar por algo, pero lo entendió mal y solo entrelazó nuestros dedos.

«Quizás lo estoy presionando».

—¿Pasa algo?

No había parado de besarlo y no había hablado en voz alta.

—Estás tensa —explicó.

Me acosté a su lado para poner distancia. Mi mente se había ido a un extraño lugar al pensar en que quizás él no quería lo mismo que yo.

—No pasa nada, es solo que… —Fingí una sonrisa—. Nada.

Se acomodó en su costado para mirarme.

—Quieres que ruegue hasta que hables. Sé que sabes que sé que estás mintiendo —se burló con su trabalenguas.

«¿Así de sencillo será con Ellis? ¿Siempre sabremos que el otro tiene algo por decir?».

—Hablaré si prometes no burlarte.

—Prometido.

Cerré los ojos con fuerza.

—No soy la persona más experimentada del universo; no solo en relaciones, en todos los sentidos. Mi primera vez fue un desastre y jamás volví a hacerlo con ese chico. Mi segundo novio, lo conociste, y me duró hasta el baile de graduación. Lo que hicimos en la cama no fue algo para recordar y después… Henry.

Ellis entrecerró los ojos.

—Lo que quiero decir es que quizás yo no sé nada de nada, pero a esta altura ya deberías haberme tocado una teta… al menos una teta.

Estalló en carcajadas y le pegué con la almohada para que se callara. Me despojó de mi arma y, sin dejar de reír quedó encima de mí.

—La reina del baile está sonrojada —se burló cuando vio mi cara al rojo vivo.

—Deja de decirme así —refunfuñé.

—¿No quieres saber por qué te digo así? —Me quedé en silencio —. El día del baile de graduación de tu primer año de instituto habían pasado meses desde que me habías rechazado y yo estaba seguro de que te odiaba. Esperé a que pasaras a buscar a Eri para burlarme de ti, pero cuando te vi vestida de azul, maquillada, con el pelo lleno de bucles… —Se mordió el labio—. Me di cuenta de que seguía igual de enamorado de ti.

Sostuve la sonrisa. Me gustaba que repitiera eso.

—Desde ese día, cada vez que quería hacerte enojar, te criticaba por ser la reina del baile, porque así, supuestamente, me obligaba a odiar el momento donde entendí que jamás podría odiarte. Además, me di cuenta de que te molestaba mucho.

—Estúpido —murmuré.

Dejó un beso en mi mejilla.

—Fuimos los peores adolescentes.

—Ni lo menciones. Me dan ganas de encerrarme en una caja por el resto de la semana.

—Pues así me siento cada vez que nos besamos.

—¿Quieres encerrarte en una caja?

—Adolescente. Me siento como un niño cuando estamos así de cerca, cuando nos besamos.

Me quedé sin palabras. Ellis estaba sobre mí con mucho cuidado para no aplastarme, lo cual sería fácil teniendo en cuenta que me sacaba más de treinta centímetros y pesaba el doble.

—Mi yo adolescente se habría muerto de nervios si te hubiese besado así y no habría sabido cómo tocarte o cómo… nada.

—Pero no somos niños.

—Lo sé, pero tú eres Alex, eres… —Abrió y cerró la boca sin saber cómo expresarse—. Puede que no me veas nervioso como si fuera un adolescente, pero lo estoy y no quiero hacer nada… mal… o que tú no quieras que pase.

—Quiero que pase todo —dije sin dudarlo—, pero no si tú no estás cómodo o sientes que no es el momento o si simplemente necesitas más tiempo para vernos como adultos y…

—No me entendiste, Alex. No es que no quiera hacer algo más que besarte, es solo que me da miedo ir muy deprisa y hacer algo que no te guste.

—Dudo que eso pase, pero si pasa, tengo boca... Lo diré.

Sus ojos se fueron a mis labios, iba a besarme. Otro pensamiento que un par de veces había rechazado analizar se coló en mi mente. Si proclamaba ser capaz de decir lo que pensaba sin problemas, debía empezar en ese momento. Puse un dedo sobre su boca para detenerlo.

—Me da miedo que esto no sea más que la necesidad de cumplir un sueño —confesé—. Quizás solo te gustaba la idea de lo que habríamos sido, quizás tenerme de esa forma no es lo que quieres, quizás, si sucede, ya no quieras nada de mí.

Ellis me tomó del trasero y en vez de pegarse a mí, me obligó a alzar las caderas. Mi pierna dio con su erección.

—¡Joder! —chillé al sentir lo duro que estaba.

—¿Eso responde a tu miedo de lo que me gusta o lo que quiero de ti?

No pude contestar. Me tomó de las rodillas y sus manos subieron lentamente, haciendo que mi vestido se enrollara a la altura de mis caderas. La piel sensible del interior de mis muslos hormigueó bajo la textura de sus dedos.

Había abierto mis piernas con tanta delicadeza que no lo había notado. De un tirón me hizo bajar unos centímetros y mi entrepierna se encontró con el bulto en su pantalón. Jadeé.

—¿Estás segura, Alexandra? —Que dijera mi nombre completo me encendió—. Cuando mi boca toque otras partes de tu cuerpo me vas a tener todos los días en tu puerta, suplicando por desnudarte y hacerte mía.

Sus manos se metieron por debajo de mi vestido y apresaron mi cintura.

—Si me dejas follarte, me voy a arrastrar ante ti por el resto de mi vida para que me dejes tenerte una y otra vez.

Entre un beso y otro sus caderas se movían contra mí y mi vientre se iba contrayendo.

—¿Eso es una amenaza? —susurré.

La risa ronca y grave proveniente de lo más profundo de su pecho hizo que una corriente se deslizara por mi cuerpo y que el calor se concentrara en mi sexo. Metió la mano dentro de mis bragas y cuando empezó a juguetear con mi clítoris perdí el control. Gemí sobre su boca.

—¿Crees que por tenerte una vez me cansaré? ¿Crees que me aburriría de ver lo hermosa que te ves mientras te tocó? —Mordió mi cuello y tuve que ahogar un chillido—. Nada de lo que haya imaginado le hace justicia a lo que me estás dando ahora mismo.

—Ellis…

—Y si repites mi nombre me voy a correr antes de quitarte la ropa.

Su voz y sus palabras me excitaban más. Por las habilidades con el teclado o por lo que fuera, sabía muy bien qué hacer con su mano izquierda. Segundos tocándome y yo estaba a punto de llegar al orgasmo.

Mordió uno de mis pezones. Estaban adoloridos y pedían atención. Quería quitarme la ropa y arrancar la suya. Sin embargo, Ellis tenía otros planes cuando bajó hasta quedar entre mis piernas y movió mis bragas a un lado para dejarme expuesta.

—Quiero que te muevas contra mi boca cuando haga esto —dijo con una sonrisa en los labios.

Sentí su aliento sobre mi piel sensible. Me acomodó, abrió mis labios y no necesité que insistiera para mover las caderas y follarle la boca. Estaba al borde del orgasmo y lo necesitaba más que nada.

—Ellis —dijo la voz de Erika desde el pasillo—, había algo en el buzón para ti.

Abrió la puerta y Ellis se sentó a toda velocidad, me cubrió con la sábana y disimuló. Fue imposible que Erika no tuviera una vista,

aunque fuera de un nanosegundo, de cómo su hermano estaba metido entre mis piernas.

# CAPÍTULO 31

*El infierno está lleno de traidoras que no le contaron a su mejor amiga que estaban enamoradas de su hermano.*

Nos quedamos petrificados. Mi amiga miró de uno a otro antes de dejar caer los sobres y salir huyendo.

—¡Erika, espera! —Las piernas me temblaron cuando corrí tras ella.

La encontré en la cocina guardando cosas en su bolso sin prestar atención a lo que metía dentro.

—No me hables.

Pasó por mi lado y se fue en dirección a la puerta.

—Puedo explicarlo. Nosotros…

—Ustedes ¡¿qué?! —No pude contestar, jamás me había gritado —. ¿Me vas a decir desde cuándo está pasando esto?

—Eri…

—¡Tú tampoco me hables! —le espetó a su hermano que apareció detrás de mí—. Contigo estoy igual de enojada.

—Lo siento mucho, te juro que así no era como quería que te enteraras. Nosotros…

—¿Eso quiere decir que en algún momento me ibas a contar?

La obvia respuesta era que sí, pero no me había dejado pensar en cómo o cuándo lo haría. Estaba tan feliz disfrutando el momento que lo había olvidado.

—Soy paciente contigo, Alex. Trato de no ser una entrometida porque sé que eso no te ayudará, no te fuerzo a contarme lo que te pasa, pero esto… —Miró por encima de mi hombro—. Es mi hermano. Mi mejor amiga y mi hermano, y no fueron capaces de contarme lo que estaba pasando entre ustedes.

—Tampoco lleva tanto tiempo sucediendo —acotó Ellis.

—Me da igual. Podían haberlo dicho. —Se sobó las sienes—. Ahora tantas cosas tienen sentido. No puedo creer que haya sido tan ingenua de no haberlo visto. Siempre estaban peleando, pero de pronto todo estuvo bien y…

—No había pasado nada entre Ellis y yo hasta hace unas semanas —le interrumpí.

—¿Se supone que te crea eso?

—¿Por qué mentiría?

—No sé. Dime por qué lo ocultarías.

—Tienes razón —dijo Ellis y me giré a verlo—. No es de ahora ni de hace semanas, es desde siempre.

El corazón me empezó a latir a toda velocidad.

—¿Qué?

—Ellis, cállate.

—No, habla —demandó su hermana—. ¿Qué quieres decir con que es desde siempre?

—Que Alex me gusta desde que somos niños…

—Ellis…

—Y yo a ella, pero nunca pasó nada porque no quería lastimarte.

—¡Ellis! —Mi mirada asesina le hizo retroceder y cuando miré a mi amiga estaba más pálida de lo que jamás la había visto—. Erika, necesito que me escuches.

Alzó una mano para hacerme callar.

—¿Eso es cierto?

Vi en sus ojos cómo ataba cabos e iba hacia atrás hasta entender a qué se refería Ellis con lastimarla. Abrí la boca para justificarme,

pero me dio la espalda y, por mucho que la llamé, lo único que recibí fue un seco «no quiero escuchar nada de lo que digas».

Me quedé sosteniendo la puerta y mirando al elevador, por donde desapareció.

—¿Por qué le dijiste eso? —cuestioné al enfrentar a Ellis.

—Es la verdad.

—Es *mi* verdad y no tenías derecho a decirla.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Tengo cara de estar bromeando?

—¿Estás molesta porque le dije a mi hermana que por su culpa tú y yo pasamos…?

—No es culpa de Erika, fue mi decisión.

—Porque ella te obligó a escoger.

—Y pensé que éramos demasiado jóvenes para juzgarnos. ¿Vas a culpar a tu hermana?

—Sí.

—Pues cúlpame a mí. Yo te rechacé. Yo te lastimé.

—Quizás también estoy enojado contigo.

Di un paso atrás. Era una respuesta que no había esperado.

—Y tienes derecho a estarlo —murmuré—, pero no tienes derecho a meterte entre tu hermana y yo.

Pasé por su lado y me tomó del brazo.

—Alex, eso no fue lo que quise decir. No estoy enojado contigo. Sabes…

—Lo único que sé es que hace mucho tomé una decisión y las decisiones tienen consecuencias. Estoy lidiando con ellas.

—No te alejes de mí —suplicó cuando intenté soltarme—. No de nuevo por culpa de Erika. Ella tendrá que entender que…

Aparté su mano.

—Tú no entiendes lo que es esto, lo mucho que por años me carcomió esa elección y, peor, haberle mentido y ocultado lo que sentía a la única amiga que tuve por mucho tiempo. Yo era una niña y fue ella la que dio la cara por mí cuando se burlaban porque mi madre era demasiado joven; fue ella la que me dio sus zapatos porque los míos estaban rotos y viejos, la que se peleó con los que se reían de mi ropa desgastada.

»Erika lo es todo para mí y la lastimé. Mi amistad con ella…

—Siempre estará primero que yo.

Un momento decía que no juzgaba a los niños que habíamos sido, al siguiente que estaba enojado y después que no lo estaba. En el fondo, el rencor existía.

—Ojalá nunca entiendas lo que he vivido. Ojalá nunca tengas que hacer una elección entre dos personas que quieres. —Me mordí el labio para contener las lágrimas—. No imaginas lo que duele.

—Escógeme a mí. Esta vez escógenos a nosotros —suplicó.

—¿No has pensado en que yo no tendría que verme obligada a escoger?

Tragó con dificultad y trató de decir algo, pero yo no quería escucharlo.

---

Erika no volvió a casa el lunes y cuando Ellis quiso conversar conmigo, le pedí que me diera algo de tiempo. Lo único que podía pensar era en mi mejor amiga.

Mi teléfono sonó cuando estaba a punto de salir de mi habitación.

—Dana, ya estoy en camino a la biblioteca —dije al contestar.

—¿Biblioteca? No. Estaba esperándolas en la entrada de mi edificio, pero iré por un café frente al parque. Nos vemos en la cafetería.

—¿Esperándonos?

—Vamos a ir a ver la casa a las afueras de la ciudad. Erika dijo que nos veríamos a las diez y van tarde, lo cual es raro para las dos personas más puntuales de la Tierra.

No podía creer que Erika…

—¿Alex? ¿Sigues ahí?

—Sí, es solo que… No, yo no iré con ustedes, es… estaré ocupada con…

—¿Pasó algo?

—No.

—Sí pasó. Es imposible que vayamos sin ti a ver el lugar donde se casará.

Nunca habría imaginado que Erika fuera capaz de dejarme fuera de un momento tan importante en su vida.

El sonido de una puerta al cerrarse me distrajo.

—Tengo que cortar, Dana.

La dejé con la palabra en la boca y salí de mi habitación. Erika estaba en el salón acomodando su pelo frente al espejo que teníamos en el pasillo. Se congeló al verme.

—¿Vas a ir a ver la casa de campo con Dana?

—Yo…

Ni los balbuceos salieron. Se quedó mirándome con los ojos muy abiertos.

—Erika, respóndeme.

Su expresión cambió y se cruzó de brazos.

— Es un buen momento y me dijo que estaba libre.

—No lo está, íbamos a trabajar juntas y ni siquiera me canceló porque pensaba que iríamos las tres.

Abrió y cerró la boca, pero no pudo decir nada. Erika y Ellis se parecían mucho cuando se ponían nerviosos y a la defensiva.

—Lo siento, pensé que Dana estaba libre, por eso le pedí que fuéramos.

—Eso no me importa, lo que quiero es saber por qué no me avisaste. Pensé que querías que fuera, que lo haríamos juntas.

—Eso fue antes de que pasara lo que pasó.

—No puedes decir eso en serio. Es tu boda y las dos queremos que yo sea parte de esto. No me vas a… —La tomé de la mano antes de que se fuera—. Somos amigas, por favor déjame explicarte.

—Ya sé todo lo que tengo que saber. Hablé con Ellis.

El alma se me fue a los pies.

—¿Qué dijo…?

—Da igual. Se me hace tarde.

Me dio la espalda y desapareció. La ira subió por mi pecho y fui directo a la habitación de Ellis. Golpeé la puerta repetidas veces y no respondió a mis gritos. No estaba y tampoco contestó al teléfono.

Respóndeme.

ELLIS:

Estoy en una reunión.

Cerré los ojos con fuerza. No podía exigirle que dejara todo para que me diera explicaciones por haberse metido donde no lo llamaban.

Escucha el audio cuando termines.

Mensaje de audio: Erika me dijo que le contaste. Te pedí que no te metieras. ¿Piensas que es un juego? Pensé que podía confiar en ti. Ni siquiera hemos hablado tú y yo de lo que pasó y vas y le sueltas quién sabe qué a tu hermana. ¿Qué mierda estabas pensando?

Me desesperaba saber que mi mejor amiga se había ido, que estábamos mal y que no encontraba una manera de solucionarlo.

ELLIS:

Me queda media hora. ¿Pasó algo malo?

Salí del apartamento, necesitaba tomar algo de aire.

Contesta, ¿pasó algo? No puedo escuchar el audio.

Quería gritarle y descargar toda mi ira sobre él.

Dejo la reunión y voy a donde me digas.

Todo está bien.

Escucha el audio cuando termines.

¿Es sobre Erika?

Guardé el teléfono e ignoré el resto de mensajes y llamadas. Caminé sin prestar atención a donde me llevaban los pies. Terminé

sentada en la cafetería donde Ellis me había llevado a tomar helado meses atrás y pedí lo primero que vi en el menú.

En otra vida debía haber sido una terrible persona si en esa me tocaba pagar tanto. Me pasé todo el día ahí, viendo a la gente a través del cristal que daba a la calle. Fue la primera vez que pasé tanto tiempo sin hacer nada, solo pensar hasta que mi cerebro se quedó en blanco.

Me tomó por sorpresa que a media tarde alguien se sentara frente a mí, más que fuera Ellis con el pelo hecho un desastre.

—¿Por qué no contesta las llamadas?

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—No sabía, solo llegué a casa y no te vi…

—¿Y no imaginaste que si estaba desaparecida era porque quería estar sola?

—Sí, pero después vi tus llaves sobre la mesa del salón.

Me crucé de brazos. Esa era la verdadera razón por la que no volví. Me había quedado fuera y sin nadie a quien llamar.

—Igual estoy aquí porque quiero estar sola.

Ocultó la sonrisa.

—Comiste hamburguesa —dijo con la vista en la mesa— y ¿papas?

—¿Qué con eso?

—¿Harina? ¿Fritos? ¿Veneno para el organismo? ¿Cuidar la salud?

—No pasa nada por un día, mi cuerpo puede desintoxicarse después.

—El estrés te come viva. Es el único momento en que dejas de comer saludable.

—Irónico —murmuré con la vista en la nada—. Es cuando más debería cuidarme.

—Vamos a casa.

—No quiero.

—Alex, estás harta de estar aquí, no te mientas.

No lo haría, pero tampoco iba a darle la razón. Exhalé un suspiro y me puse de pie.

Caminamos en silencio. Al llegar a nuestro edificio presionó el botón que llevaba a la azotea y no respondió a mis preguntas. Lo

seguí por el pasillo que conducía al exterior. La brisa del inicio de la primavera fue un alivio.

De detrás de la puerta sacó una bolsa y me tomó de la mano para llevarme hasta el límite de la azotea. Puso el paquete sobre la baranda de piedra y sacó una caja de mi pastelería favorita. Dentro había magdalenas de todos los tipos.

—¿Atravesaste la ciudad para buscar eso?

—Llevo horas buscándote. La pastelería fue mi tercera parada. Pensé que si te encontraba y te mostraba la caja, no me morderías antes de darme tiempo a explicar por qué hablé con Erika.

Tomé una magdalena de arándanos y le di una mordida. Por eso estaba despeinado y agitado cuando había llegado a la cafetería, me estaba buscando.

—¿A cuántos lugares fuiste?

—Muchos. Te pasaré la factura de la gasolina.

Lo insulté por lo bajo y me concentré en las magdalenas y el atardecer.

—Lo siento —murmuró tras unos minutos—. Sé que no debía haber intervenido ese día y que si hablaba con Erika debía decirte.

Negué varias veces.

—Creo que estoy armando un drama por nada. Yo también lo siento.

—No es drama si es como te sientes.

Lo miré de reojo. Que me dijera eso fue un alivio.

—Igual molesta tener a alguien chillando y descargando su ira contigo, tengas o no que ver con el problema.

—A mí no me molesta lidiar con tus emociones, Alex. Son parte de ti y a mí me gusta todo de ti.

Di otra mordida para evitar contestar a eso. Las mariposas en mi estómago habían vuelto y no era capaz de mirarlo a los ojos. Tener su atención me quemaba, que fuera sincero y considerado…

«¿Cuán rota estoy si algo tan simple me hace sentir tan bien?».

Ellis me daba lo que merecía, era inteligente y bueno y me quería. No debía ver su comportamiento como algo heroico o digno de festejo; era lo que cualquier ser humano debía hacer. Sin embargo, aunque quisiera normalizarlo, todo lo que Ellis me diera se

volvería memorable porque él era especial para mí. Ahí residía la magia.

—Gracias —dije por lo bajo

Me apartó el pelo de la cara.

—No hablé con Erika de nosotros, solo le conté mi parte, lo que sentía y lo que siento. Lo que tú consideres que deben hablar es entre ustedes y no me voy a involucrar.

No dije nada.

—¿Me perdonas? —insistió.

—No tengo nada que perdonar.

—Dije cosas muy feas ese día. Me da miedo que…

—Que escoja a Erika. —Exhalé un suspiro—. No creo que eso vuelva a pasar y no porque te vaya a escoger a ti. —El dolor marcó su rostro a pesar de que intentó disimular—. No es justo y no pienso volver a pasar por lo mismo.

Asintió.

—No te estoy pidiendo que escojas o que me escojas, fue un error decirlo y la verdad es que hagas lo que hagas yo siempre te estaré esperando, reina del baile. No importa lo tarde que llegues.

Disimulé la sonrisa.

—Si sigues soltando cursilerías, voy a vomitar arcoíris con magdalenas.

—Te encantan las cursilerías —se burló.

«Las amo, como todo de ti».

Me atraganté al percatarme de lo que acababa de pensar.

—¿Estás bien?

La tos me evitó la incomodidad de contestar con una mentira. Poner la palabra «amar» en cualquiera de sus variantes cerca de Ellis no era inteligente. Prefería mantener esa puerta cerrada.

Mi teléfono empezó a vibrar.

—¿Dana?

—Estoy en la planta baja. Quiero hablar contigo. Baja.

Cortó la llamada y bufé. Dana era insoportable y siempre molestaba en los peores momentos, pero esa vez lo agradecí.

# CAPÍTULO 32

*Que alguien ya se lleve mi mala suerte.*

—¿Por qué tanta insistencia? —protesté al llegar a la entrada del edificio.

Dana me tomó del brazo y quedamos detrás de una columna.

—¿Me vas a decir qué pasó entre Erika y tú?

—Nada.

—Eres una mentirosa. ¿Tiene que ver con Ellis?

—¿Cómo sabes?

Abrió mucho los ojos, acababa de confirmarle lo que sospechaba.

—Sabía que eso al final iba a tener frutos. No hay nada mejor que un *enemies to lovers.* —Miró a los lados—. Ahora cuenta qué fue lo que pasó. Tómate tu tiempo, no hay problema.

—¿Podemos caminar?

—No, cuenta todo aquí mismo.

—Dana, ¿qué te pasa?

—¿Alex?

Giré para a encontrar a Erika igual de confundida que yo.

—No sé por qué se sorprenden —dijo Dana—. Viven en el mismo apartamento, es normal que se crucen por casualidad.

Lo había planeado para hacernos la encerrona al llamarnos al mismo lugar.

—Dana, tú…

—Sí, sí, sí, mamá —la interrumpió. Erika le lanzaba cuchillos con la mirada—. Me regañarás después. Ahora conversen y solucionen sus cosas. Yo tengo una cita.

Dejó un beso en el aire y me quedé a solas con Erika. No dijimos nada y varias personas pasaron por nuestro lado y nos saludaron.

—Todos llegan del trabajo a esta hora —murmuré sin poder mirarla a los ojos—. Si caminamos…

—Bien.

Salimos de nuestra calle y los pies nos guiaron, no sabía quién seguía a quién. Íbamos por el camino que tomábamos para ir al pequeño mercado al que corríamos cuando faltaba algo para terminar de cocinar.

—Lo siento —solté—. Lamento mucho que las cosas se hayan dado así y entiendo que estés enojada.

—¿Recuerdas el día en que te caíste de la bicicleta? Era verano, en el parque.

—Teníamos siete años.

—¿Recuerdas por qué te caíste?

—¿Por no prestarle atención al camino?

—Porque yo dije que teníamos que aprender para dar paseos juntas cuando nuestros padres nos dejaran salir solas.

—Cierto. —Sonreí—. Tenías nuestra adolescencia planificada desde los siete.

—Por eso te caíste. Te pedí que aprendieras a pesar de que te daba miedo. Pasó lo mismo con las clases de cocina, estudiar italiano, ir a esa fiesta en casa del chico que me gustaba… —Se detuvo—. ¿Cuántas cosas hiciste solo porque yo te lo pedí?

—Erika…

—¿De cuántas maneras te hice sentir infeliz sin darme cuenta?

Mi mejor amiga pocas veces lloraba. En ese momento carecía de expresión en el rostro y eso era peor que las lágrimas para ella; me decía lo mal que se sentía.

—¿Por qué haces cosas solo porque yo te lo pido?

Me encogí de hombros.

—Eres mi amiga, eso es más que suficiente. Tú también has hecho cosas solo porque yo no he querido estar sola. Te agradezco que me hicieras subir a una bicicleta, el italiano y acompañarte a esas fiestas. Tú también fuiste a una por mí solo para ver a un idiota que me bloqueó a los tres días.

»Me gustaría decir que eso solo pasó una vez, pero es evidente que mi suerte en el amor es la misma que un gato negro un viernes 13 pasando por debajo de una escalera después de romper un salón de los espejos.

—Pero una de las cosas que hiciste por mi culpa te lastimó.

—Lo de Ellis…

—¿Tú sentías lo mismo que él?

—¿Ellis no te contó?

—Me dijo que tú lo harías cuando estuvieras preparada y yo quisiera escucharte.

Conté mis pasos, mirando al suelo por unos segundos.

—No sabía cómo confesar que me gustaba tu hermano. Después pasó eso en tu cumpleaños cuando teníamos catorce y yo no quería que las cosas cambiaran entre nosotras. Eres mi amiga, eres lo más importante para mí y… —Dejé salir el aire contenido—. Yo quería a Ellis, pero no iba a destruir nuestra amistad por eso, tampoco iba a ponerlos a ustedes en contra porque sabía que pasaría. Todo se iba a caer a pedazos si…

Erika me abrazó con fuerza.

—Lo siento tanto. —Estaba llorando y pasé las manos por su cintura para tranquilizarla—. Siento mucho haberte hecho eso. No es justo que por mi culpa…

—Erika, no…

—Sí lo es —dijo al separarse—. Tienes razón. En ese entonces habría sido un problema porque mi yo adolescente era así y estaba aterrada de perder a su amiga y escuchaba comentarios estúpidos. No sé por qué no entendí que nada de lo que pasara entre tú y Ellis podría cambiar nuestra amistad.

Mis manos cayeron a los lados de mi cuerpo.

—No estoy enojada contigo o con Ellis… —Ladeó la cabeza—. Quizás un poco, pero por no decirme antes y por haber sufrido en silencio por años.

—En algún momento quise decirte, pero con cada año que pasaba le encontraba menos sentido. Lo tomé como una tontería adolescente.

—Pero no lo es porque todavía te gusta Ellis y tú a él. Por eso estoy enojada. Perdieron tiempo por mi estúpido egoísmo.

—Eras una niña, Erika.

—Eso no borra lo que pasó y por eso me alejé. No tenía valor para darles la cara después de que se me pasó el enojo. En la mañana estaba en casa para pedirte que fueras con Dana y conmigo a ver el lugar de la boda, pero cuando te vi, la culpa no me dejó.

—¿De verdad?

—Apenas te puedo mirar a la cara ahora mismo.

—¿De verdad no me ibas a dejar a un lado con lo de la boda?

Arrugó las cejas.

—¿Eso es todo lo que te importa?

—No, pero me dolió mucho pensar que…

Me volvió a abrazar.

—No fuimos a ningún lugar, tonta. ¿Cómo voy a organizar mi boda sin mi mejor amiga?

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Eso quiere decir que no estás enojada.

—No con ustedes.

—Pero…

—Se me pasará el enojo conmigo misma cuando vea que mi hermano y tú están felices.

—¿Estás segura de eso? —Asintió—. ¿Nos estás dando tu aprobación?

—No la necesitan.

Sonreí y la tomé de la mano para arrastrarla calle abajo en dirección a su cafetería preferida.

—Solo tengo una condición —dijo al seguirme.

—Lo que digas.

Torció los labios.

—Por favor, pónganles seguro a las puertas.

Estallé en carcajadas y acepté mientras ella no paraba de protestar por las pesadillas que tendría por el resto de su vida y las terapias que le debía.

# CAPÍTULO 33

*Pueden pasar cien años hasta que descubras lo que realmente amas hacer, e incluso así puedes estar equivocado.*

Las reuniones del viernes en la oficina de Stewart y Asociados eran una costumbre que me empezaba a agradar. Hasta Henry se veía más tranquilo, lo cual amenizaba el ambiente.

—Me gustó la última propuesta que mostraste —dijo al acercarse cuando todos se pusieron de pie, recogiendo para salir de la sala de reuniones—. Me ha parecido el mejor de tus trabajos hasta el momento.

Observé mi alrededor. Nadie nos miraba, pero era consciente de que varios nos prestaban atención con disimulo. Que él me hablara directamente era una novedad.

—Gracias. Espero que a los Walton también les guste.

—Les encantará. —Me dedicó una sonrisa—. Me has sorprendido mucho.

—¿Por hacer bien mi trabajo?

Se aclaró la garganta, de seguro recordando lo mismo que yo: la manera en la que me había tratado meses atrás al decir que yo no sería una buena arquitecta.

—Sobre eso… yo…

Cruzó las manos detrás de su espalda y esperó a que nos quedáramos a solas antes de hablar.

—Lo siento, Alexandra. Nuestra ruptura no fue la mejor. Dije cosas hirientes y que no merecías. Me equivoqué.

Jamás lo había escuchado pedir perdón. A la vez, sentía que no lo estaba haciendo porque la lista de sus errores era tan larga que una simple disculpa no era suficiente.

—Es el pasado —zanjé. Lo único que quería era poner distancia entre nosotros—. Concentrémonos en el trabajo, eso es lo importante.

Me puse de pie y me siguió. Fue extraño que caminara a mi lado y que esperáramos el elevador juntos. Sentí un par de miradas sobre nosotros.

—¿Estás lista para el evento en la fundación? —Asentí—. ¿Verás los últimos detalles con el equipo?

—Una semana antes.

—Me alegra que hayas aceptado hacer la presentación.

—Es mi proyecto.

—Lo es.

Salí de las primeras del elevador, Henry me pisaba los talones. No entendía sus ganas de sacar conversación y me ponía incómoda. Dejé atrás el edificio casi corriendo, pero me detuve en seco al ver a Ellis al otro extremo del parque.

Caminó hacia mí con esa sonrisa que me derretía y quise esperarlo, comportarme como una adulta, pero no pude. Corrí en su dirección y me lancé a sus brazos. Me cargó con facilidad y llené su cara de besos.

—Yo también te extrañé —dijo antes de atrapar mis labios en un suave beso.

Era tan liviana para él que no era un esfuerzo llevarme cargada a todos lados. Me lo había dicho.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a raptarte. Este fin de semana limpié tu agenda y te vas conmigo.

—¿Por qué?

—Sigues estresada, actuando raro cerca de Erika, aunque a ella le importa poco si tú y yo tenemos algo. Ya hice tu maleta y está en mi auto. ¿No quieres saber a dónde te voy a llevar?

Me mordí el labio. No era una mala idea cambiar de aires y seguirle el juego.

—¿Qué tipo de secuestrador eres si das tantas explicaciones?

Sonrió con maldad.

—Que empiece el juego, pero después no protestes cuando me porte mal.

Me echó sobre su hombro y empezó a caminar. Grité por todo el camino, entre risas. Éramos un espectáculo para los transeúntes y, por suerte, el auto estaba muy cerca y Ellis esperó a no estar a la vista para darme una nalgada que me robó un chillido.

Cuando me soltó en el asiento del copiloto, dejó un suave beso en mis labios y estuve a nada de pedirle que me secuestrara todos los días. Me gustaba cuando Ellis se metía en el papel de chico malo.

---

A dos horas de viaje, al sur de la ciudad, había un hermoso hostal que alguna vez fue una mansión. Siempre quise conocer la edificación. ¿Cómo es que Ellis lo sabía? No respondió cuando pregunté, solo sonrió.

Teníamos una habitación con vistas al lago y al ver los pequeños botes que se movían por la cristalina superficie, supe que quería subirme a uno. Se sintió como un cuento de hadas hasta que descubrí que remar no era tan mágico o fácil como se veía en las películas.

—Quita esa cara —se burló—. Para eso estoy yo, el hombre fuerte que se ocupa de los problemas.

Rio cuando le tiré agua a la cara. El bote se movió y me asusté al darme cuenta de que podía volcarse.

—No es cuestión de fuerza —explicó—, es maña y entrenamiento. Estuve un tiempo en el equipo de remo de mi facultad.

—Con razón te pusiste bueno —dije sin quitar la vista de sus antebrazos tatuados.

—Gracias, reina. Lo hice pensando en que si seguía siendo un flacucho huesudo jamás te fijarías en mí.

Volví a lanzarle agua.

—¡Está fría!

Era mentira. La temperatura del agua era tan agradable que me habría sumergido en ella. El invierno se retiraba, al sur el clima siempre era más templado y eso me ponía de buen humor.

Nos alejamos cada vez más de la orilla y Ellis se detuvo en medio del lago, donde el resto de botes se veían pequeños y la orilla diminuta.

—¿Crees que aquí podamos comportarnos como una pareja normal? ¿Te he alejado lo suficiente de la sociedad?

—¿Pareja? —Traté de disimular lo que esa palabra causaba en mí —. No sabía que éramos eso.

—¿Qué se supone que somos?

—No lo sé, no lo hemos hablado.

—Pensé que entre tú y yo eso no era necesario. He estado enamorado de ti toda la vida. Si no fuera porque no tengo dinero ni para pagar mi propio apartamento y vivo a base de comida chatarra, ya te habría pedido matrimonio.

El corazón se me iba a salir del pecho.

—Vas demasiado rápido, rarito. A todas esas cosas yo tengo que decir que sí.

Se cruzó de brazos y me dio una de esas sonrisas de engreído que tantas veces me habían impacientado, pero que cada día se hacían más atractivas.

—¿Me dirás que no quieres nada serio y que deberíamos tomar las cosas con calma?

—Deberíamos —dije, conteniendo la sonrisa.

—Sabemos todo el uno del otro, Alex, hay pasos que ya están dados. De mí no esperes menos que un anillo de compromiso.

—Pensé que no creías en el matrimonio.

—También dije que tú eras la excepción.

Sumergir la cabeza en el agua para que no me viera las mejillas ardiendo me pareció una buena idea.

—La verdad es que no sabemos todo el uno del otro —dije para relajar el tema—. Eres el streamer misterioso que no deja que entre a su habitación mientras está en vivo a menos que sostenga la respiración en una esquina. —Me apoyé en mis rodillas para inclinarme hacia él sin desestabilizar el bote—. Sigues sin darme tu usuario en redes para conocer a tu alter ego.

Se cruzó de brazos y miró a la nada. El cambio de actitud me sorprendió.

—No quise decir que me tienes que dar esa información — aclaré —. Estaba bromeando.

Negó con suavidad.

—Lo sé, Alex, y si no te doy los detalles no es porque me avergüence o… —Torció los labios—. Quizás me avergüenza un poco, pero no de mala manera. No me gusta la idea de que la gente que quiero sepa de algo que quizás deje de existir.

—¿Por qué?

—Mi… personaje, como streamer, puede que se acabe.

—Pensé que así conseguías dinero del que no lograban obtener por la empresa.

—Sí, pero me toma tiempo y siento que estoy dividiendo mi energía en dos cosas. Esto no fue lo que planeé cuando dejé mi casa para irme a estudiar.

—La vida no siempre sale como lo planeamos.

—Pero yo sé lo que quiero y es triunfar en la industria del videojuego, no ser un equipo de desarrollo pequeño en el que no podamos pagar ni un espacio propio para trabajar. Si no tuviéramos que pasar tanto tiempo strimeando para hacer dinero o tomando turnos de noche trabajando en un bar o cafetería, podríamos haber terminado y estar en nuestro segundo o tercer proyecto.

—No puedes trabajar en tu proyecto de vida sin dinero para respaldarte —dije, a pesar de ser obvio—. Yo no trabajo porque tengo una beca que me alcanza para lo justo y así soportaré hasta graduarme. Tú has hecho lo que has podido para cumplir tu sueño y eso conlleva…

—El problema es que estoy cansado —confesó—. Llevamos casi tres años en esto y es difícil. Sin embargo, con el streaming todo es más fácil. Si le dedicara más tiempo lograría más de lo que tengo ahora y no estaría contando los centavos para llegar a fin de mes. No solo lo hago por el dinero, también lo disfruto.

—Hace dos minutos dijiste que lo ibas a cerrar. ¿Quieres tu sueño o tomar otro camino?

—La verdad es que no sé si es mi sueño o el de mi yo de dieciséis años. No estoy seguro de si me empeño porque es algo que deseo o porque no quiero aceptar que fallé y que ese no era mi camino. Dejarlo y dedicarme a redes sociales y al streaming sería aceptar la derrota.

Se quedó en silencio con la vista en las ondas del agua. Me adelanté con sumo cuidado para sentarme en el centro del bote y estar más cerca.

—Mi padre siempre decía que desperdiciaba mi vida en el sótano —explicó—. Se sentía peor cada vez que me regañaba y más ganas me daban de encerrarme en mi espacio.

»Escogí este camino porque vi que había algo relacionado con los videojuegos en lo que podía ser bueno y porque lo que mi padre se empeñaba en llamar «una pérdida de tiempo» podía llevarme muy lejos. Quería demostrarle que estaba equivocado.

—Tu padre no dijo esas cosas para hacerte menos, lo hizo porque eres inteligente y durante el instituto fuiste el peor de tu clase porque no te importaba nada. —Siempre me había preguntado si lo que había pasado entre nosotros tenía algo que ver en ese cambio de actitud—. Él nunca quiso hacerte daño.

—No le pidas a un adolescente entender eso. Me llevó algo de tiempo aceptar que no era un incomprendido al que sus padres querían atacar, pero ya el daño estaba hecho.

—Y ahora tampoco sabes si te obsesionaste con la creación de videojuegos por demostrar que tenías razón o porque es lo que te apasiona.

No necesitaba su respuesta para saber que había acertado.

—Rarito, mírame. —Sus ojos azules estaban cargados de los pensamientos que lo atormentaban—. Da igual la razón por la que

escogiste este camino. Y ninguna de las opciones que tienes para continuar avanzando está mal. Te gustan las dos y no todos tienen el privilegio de hacer lo que profesionalmente les llena. No será una derrota, incluso si te ves obligado a escoger y no sale como lo imaginaste será una experiencia, una forma de crecer.

—Esa es la manera bonita de decir que hiciste todo mal.

—La vida no es un camino lineal, hay que tomar bifurcaciones para llegar a nuestro destino. Empezaste a hacer algo por dinero que ahora te gusta. Quizás te toca seguir ese camino para llegar al otro, quizás te lleva a uno nuevo. Solo tienes veintiún años, tu vida apenas empieza.

Su sonrisa despejó toda incertidumbre en su mirada.

—Lo dices como si tuvieras cincuenta.

—Siempre he sido muy sabia, como una anciana.

—Si eres una señora mayor, ¿qué haces besándote con un niño de veintiuno?

El estómago se me revolvió.

—¿Siempre tienes que joderlo todo? —me quejé—. Cuando pienso que estamos teniendo una conversación seria vas y…

Apoyó una mano en la madera entre mis piernas y se acercó para besarme.

—¡No hagas eso! ¡El bote…!

No pude pronunciar la advertencia, porque Ellis hizo que nos desestabilizáramos y cayéramos al agua.

# CAPÍTULO 34

*Para manifestar hay que dar detalles o terminas lamentándolo.*

Estornudé mientras bajábamos por la escalera en dirección al restaurante.

—Si por tu culpa me resfrío, juro hacerte pagar, Knox.

—Qué sensual se escucha mi apellido en tu boca. ¿Lo repites?

—Estoy hablando en serio.

—Yo también.

Salimos nadando del lago y corrí a la habitación para meterme en la ducha y estar seca lo antes posible. Odiaba enfermarme, pero a Ellis todo le daba igual. Seguía con el pelo húmedo y por muy bien que le quedara, me parecía una irresponsabilidad jugar de esa forma con su salud.

El restaurante estaba lleno cuando llegamos. Me deshice del abrigo mientras esperábamos a que nos asignaran una mesa.

—¿Tienes frío?

No se había quitado la chaqueta de cuero.

—Prefiero no mostrar tatuajes. Pensarán que están cenando con un exconvicto.

Llevaba el cuello hacia arriba para cubrir los tatuajes y en la tarde había usado un suéter alto.

—Nadie piensa que…

—Estamos rodeados de personas mayores.

Miré alrededor. El lugar era de esos retiros donde personas de sesenta disfrutaban del fin de semana. Los más jóvenes del salón eran los nietos de los huéspedes y esos no pasaban de los diez años.

—Nunca pensé que te importara la opinión de unos desconocidos.

—No quiero que te miren raro por andar con un tipo más rayado que libreta de colegio.

Puse los ojos en blanco.

—Quítate la chaqueta.

—Llevo una camiseta de manga corta.

—Este no es un lugar con código de vestimenta.

Le quité la chaqueta y la doblé junto con mi abrigo, abrazándolos contra mi pecho.

Si algo no le escaseaba a Ellis eran tatuajes y con la piel pálida, una camiseta blanca, el pelo negro y su estatura, era imposible que pasara desapercibido.

El camarero que nos atendería pidió que esperáramos unos minutos para que alistaran nuestra mesa y más miradas se posaron en nosotros. Era cierto que los señores se veían escandalizados.

—No entiendo cómo la gente sigue teniendo prejuicios con algo tan tonto como los tatuajes.

—Nacieron en otra época. A la mayoría, pedirles que no los vean mal es como esperar que un iPhone venga con cargador. Además, no solo me miran a mí.

—¿Tenemos algo raro? —pregunté al percatarme de que varias parejas me veían con mala cara.

—Estás hermosa —dijo Ellis y tuve que alzar la vista para mirar a sus ojos—. Vas vestida de rosa y apenas me llegas al hombro. Pareces lo que eres: una princesa dulce y angelical. Eres la reina del baile junto al maleante recién salido de la cárcel.

Contuve una carcajada.

—Se están preguntando cómo te corrompí o imaginando lo decepcionada que debe estar tu familia —susurró.

—Te das mucho crédito al creer que das impresión de chico malo. —Tomé su mano e hice que pasara un brazo por encima de mis hombros—. Eres como un tierno gatito manchado de pintura.

—¿Qué haces? —preguntó, refiriéndose a la cercanía.

—Me gusta esto de ser la niña buena que va pegada al malote de los tatuajes. —Le sonreí—. Es sexi.

Nos quedamos viendo y sentí el calor crecer entre nosotros. Todo de Ellis me atraía, desde sus palabras, hasta su cuerpo y esa sonrisa. Mi mente voló a esa noche en su habitación antes de que nos interrumpieran.

Alzó una ceja.

—¿En qué piensas, Alex?

—En que yo mido metro y medio y que tus manos casi se pueden cerrar en mi cintura —confesé—. Estaba pensando en qué podrías hacer conmigo si es tan fácil que domines mi cuerpo.

Sus mejillas tomaron algo de color, pero no se avergonzó. Sus labios rozaron mi oreja al susurrar.

—Podría hacer muchas cosas, como cargarte frente a esta gente, olvidarnos de la comida y raptarte a nuestra habitación. —Me temblaron las piernas—. ¿Eso quiere la reina del baile?

Estaba a punto de decir que sí, cuando el camarero apareció para guiarnos. La distancia cortó todas las cosas con las que había estado fantaseando los últimos días, pero trajo a la luz la historia detrás de varios de sus tatuajes. De ahí saltamos a cómo había pasado una noche en comisaría por bañarse desnudo en la playa y de ahí a que yo llevaba más de tres años sin pisar una.

De alguna manera, la comida se movió por la mesa, el restaurante se fue vaciando y Ellis y yo no paramos de hablar. Nuestra habilidad para olvidarnos del mundo y adentrarnos en una conversación solo había mejorado con los años y la distancia.

—Puedo ofrecerles algún postre —dijo el camarero al acercarse a nuestra mesa—. Quizás desean un coctel y puedo traerles algo del bar.

Era una invitación a retirarnos porque el restaurante estaba vacío. Si quedaban personas despiertas, estaban en el bar.

—La cuenta —dijo Ellis—. Nada de alcohol, gracias.

Nos miramos en silencio hasta que trajeron la cuenta. Fui más rápida en tomarla y puse mi tarjeta dentro para que el camarero se la llevara. Ellis puso mala cara, pero antes de que pudiera protestar por no dejarlo pagar fui yo la que habló:

—¿Prohibición de alcohol? ¿Me estás controlando?

—La última vez que bebimos estando cerca las cosas se nos fueron de las manos. Me estoy asegurando de que mañana los dos recordemos cada pequeño detalle de esta noche.

Su sonrisa me puso los pelos de punta.

—Estoy de acuerdo, no quiero despertar con resaca.

—¿Despertar? —Entornó la mirada—. ¿Quién dijo que te iba a dejar dormir?

Le lancé la servilleta a la cara y se echó a reír.

—Vamos a dar un paseo para que bajes todo lo que te comiste —dije cuando salimos al salón principal, pero me tomó de la mano y me arrastró por las escaleras.

—No te vas a seguir escapando de mí.

Me besó y no le importó que el personal del servicio pasara por nuestro lado al llegar al segundo piso.

—Manosearse en público es ilegal.

—¿Quién usa la palabra manosearse en pleno siglo veintiuno?

—¿Quién menciona el siglo en el que vivimos en una oración?

Chillé cuando me abrazó desde atrás y sentí algo duro en la parte baja de mi espalda. Me tapó la boca y su piel estaba tan caliente que no protesté.

—Haz silencio. Si empiezas a gritar desde ahora, nos echarán del hotel.

Abrió la puerta de nuestra habitación y antes de que se cerrara de un portazo Ellis había desaparecido hacia el baño. Me quedé agitada y sin entender nada, escuchando el agua del lavabo correr.

«¿Me acaba de dejar con las ganas para encerrarse en el baño?».

—Ellis, ¿qué…?

El agua se detuvo, la puerta se abrió y quedó frente a mí. La única luz provenía de las ventanas que daban al lago; habíamos olvidado cerrar las cortinas.

—Lavándome las manos —dijo con esa voz grave que me enloquecía—. Si voy a tocar algo, quiero hacerlo bien. —Sus dedos se fueron al broche de mi pantalón y lo desabotonó con facilidad, era tan ancho que cayó al suelo—. Y para eso debo tener las manos muy limpias, Alex.

Hizo que me diera la vuelta y me pegó a la pared. Se suponía que debía poner de mi parte o decir algo, pero sentirme bajo su control era excitante. Sus dedos se deslizaron por mi columna vertebral y lentamente fue soltando las tiras que ajustaban mi top.

—¿Recuerdas que te dije que me ponías nervioso? —preguntó al dejarme solo con las bragas puestas—. Desde ese día en mi cama no me pones nervioso y he estado imaginando muchas cosas.

Una de sus manos se enredó en mi pelo. Se paró detrás de mí, quedé atrapada entre su cuerpo y la pared. Volví a sentir lo duro que estaba y me puse de puntillas para pegar mi trasero a su entrepierna. Su risa baja hizo mi cuerpo temblar.

—Así me gustas… traviesa.

Metió la mano en mi ropa interior y no me permitió jadear, atrapó mis labios con los suyos.

—Separa las piernas. —Recorrió mi sexo con los dedos—. Para esto me lavé las manos, reina, para tocarte y hacerte gemir así. —Se concentró en mi clítoris.

Pegué la frente a la pared y me mantuve en pie como pude mientras él se ocupaba de susurrarme palabras al oído. Me tenía al borde del orgasmo cuando moví mi trasero contra su erección. Lo hice para provocarlo, para follar sus dedos.

—Sigue frotándote así y harás que me corra en los pantalones como un puto adolescente.

Y por alguna razón eso me llevó al clímax. Ellis tuvo que besarme para ahogar mis gritos y sostenerme por la cintura para que mis piernas no fallaran. Respiré agitada, con mi aliento cayendo sobre la pared.

—¿Qué has…? —El cosquilleo en mi sexo no se detenía, en parte, porque él no había dejado de tocarme en círculos, con delicadeza—. Dijiste que has imaginado cosas. ¿Qué cosas? —Logré preguntar.

Sus labios se sintieron ardientes sobre la sensible piel de mi cuello.

—Cómo suenas al tener un orgasmo —murmuró.

Reí por lo bajo.

—Ya sabes cómo.

—Y cómo se ve tu cara —agregó y me tomó del cuello para que lo mirara—. Te ves más hermosa y pensé que eso era imposible.

—¿Qué más? —quise saber.

—Cómo te ves desnuda —susurró y sus ojos bajaron—, cómo se ven tus tetas…

Giré sobre mis pies y él no cedió ni un centímetro. Quedé igual de acorralada y protegida por él, con la espalda a la pared.

Ellis bajó la vista a mis pechos y se mordió el labio para contener un jadeo. La mano que todavía sostenía mi cuello se tensó.

Yo no era alta, no tenía un cuerpo de ensueño, pesaba menos de cincuenta kilos y no me habían tocado ni caderas ni trasero, pero si algo me gustaba de mi cuerpo eran mis tetas. Ver que Ellis no podía apartar la vista me excitó más.

Me quité las bragas e hice que diera un paso atrás para que me viera bien.

—¿Satisfecho? —pregunté.

Tragó con dificultad y me tomó de las caderas en lo que caminaba de espaldas, llevándonos a la cama. Se sentó e hizo que me subiera a horcajadas sobre él.

—Me falta demasiado para quedar satisfecho —musitó sobre mis labios y sus ojos brillaron—. Ahora quiero ver cómo te ves desde abajo.

Se dejó caer en la cama y supe que era mi turno de explorar lo que había imaginado.

Me encantaba estar desnuda mientras él tenía toda su ropa puesta, que mi pelo estuviera suelto y creara un espacio secreto cuando me inclinara para besarlo. Su boca estaba tan caliente, al igual que cada parte de su cuerpo mientras mis manos lo recorrían…

Me detuve abruptamente al sentir el sudor sobre su frente. Estaba ardiendo y no en el sentido sensual que me habría gustado.

—Tienes fiebre.

Se incorporó y me sostuvo para que no perdiera el equilibrio.

—No tengo fiebre.

Encendí la lámpara junto a la cama y vi el brillo en sus ojos y las mejillas sonrosadas. Comprobé su temperatura.

—Estás ardiendo en fiebre, Knox.

Trató de ponerse de pie cuando yo lo hice para vestirme, pero se tambaleó y tuvo que aceptar que no estaba bien.

---

Cuando éramos niños, Ellis era el que menos se enfermaba, pero cuando sucedía, siempre terminaba en el hospital, en especial si era por fiebre. Le subía demasiado y lo peor era que no lo notaba hasta que se desmayaba.

Era la tercera vez que lo veía así. En la enfermería del hotel lo hidrataron y lograron que no perdiera el conocimiento, pero igual nos trasladaron al hospital más cercano para monitorear su evolución. Se quedó dormido cerca de las tres de la madrugada.

No me asusté. Eran las consecuencias de su falta de cuidado después de haber caído al lago. Me resultaba extraño verlo tan quieto y dormido. Cuando contrajo el rostro por la molestia que le ocasionaba la compresa fría sobre la frente, eran casi las seis de la mañana.

—Bienvenido al mundo real, bella durmiente —dije con una sonrisa.

—¿Qué…?

Él mismo ató cabos y encontró las respuestas con unos segundos de silencio. Torció los labios.

—Jodí todo —murmuró—. Se suponía que iba a ser un fin de semana para recordar y…

—Lo será.

Me miró con mala cara.

—Por las razones incorrectas.

Me incliné y dejé un beso en su nariz.

—Mira el lado bueno, Knox, cumpliste tu palabra. Me tuviste despierta toda la noche.

Y aunque todavía no tenía fuerzas y estaba algo molesto, tuvo que sonreír.

# CAPÍTULO 35

*La velocidad a la que dicen «chisme» y aparezco es impresionante, pero cuando escuchas algo que no querías saber…*

Abril empezaba y el aniversario de la Fundación Walton llegaba con la gala en la que presentaríamos el proyecto.

Los nervios estuvieron a punto de ganarme un par de veces cuando fue mi turno de dar un paso al frente y hablar de mi trabajo. Sin embargo, Ellis llegó en ese preciso momento y verlo entre la multitud, con una sonrisa de orgullo, me dio confianza.

—Eso fue digno de una arquitecta —dijo cuando lo abracé al bajar del escenario—. Me encantó la presentación.

—Pero llegaste tarde. —Hice un puchero.

—Lo siento, estaba en…

—Es broma. —Dejé un beso en sus labios—. ¿Cómo te fue en la reunión?

—Bien, pero no quiero hablar de eso.

Quería decir que tan bien no había ido. Llevaba días nervioso por la tercera solicitud de presupuesto para el videojuego. Me contaría cuando estuviera listo.

Lo miré de arriba abajo.

—Te pusiste un traje de verdad. ¿De dónde lo sacaste?

—Lucas me lo prestó.

—Te ves…

No tenía palabras. La camisa era blanca; el pantalón y el saco negro como el color de su pelo. Nunca lo había visto tan bien peinado. Los tatuajes del cuello no se podían ocultar, tampoco los de las manos. De alguna manera, lo hacían ver más elegante.

Arreglé su corbata, pero lo que de verdad tenía ganas de hacer era de quitársela, eso y el resto de la ropa.

—¿Estás sonrojada? ¿En que piensas? —se burló.

Sus ojos se veían más azules que de costumbre.

—Nada… Bien… Te ves bien.

Se acercó a mí.

—Tú te ves justo como te había imaginado antes de quitarte la ropa —susurró y dejó un beso en la base de mi cuello.

—El romance lo dejan para cuando estén a solas —interrumpió Dana—. Me la llevo para que me acompañe al baño. ¿Crees que pueda o también me vas a robar eso?

Ellis me guiñó un ojo y se fue a la barra. Dana seguía enojada porque no la había llevado como acompañante y tuvo que llamar al chico de la fiesta anterior para asistir a la gala. La verdad era que estaba montando uno de sus dramas, le encantaba quejarse.

—¿Has visto a la novia de Henry Stewart?

La voz de una mujer salió del baño y nos paralizó antes de entrar.

—No está aquí, escuché que tenía trabajo —dijo otra.

—Hace mucho que no trabaja en pasarelas —rebatió la primera —. ¿No te parece  extraño que nunca estén juntos en los eventos de Henry y su empresa?

Dana me tomó del brazo y nos quedamos junto a la puerta para seguir escuchando.

—Me dijeron que a ella no le gustan las relaciones públicas, es reservada.

—Eso no parecía en el aniversario de la firma de Stewart.

—Lo tomó por sorpresa. ¿No viste la cara de Henry cuando subió al escenario ese día? Parecía a punto de desmayarse.

—Quizás se separaron después de eso.

Una de las mujeres rechistó de incredulidad.

—¿No has visto sus redes sociales? Esa niña es hija de una familia muy poderosa. Nadie la dejaría ir así de fácil, ni siquiera alguien como Henry. El problema es que los Walton y esa familia no se llevan bien.

—Las malas lenguas dicen que ella los había presentado.

—Habladurías.

—¿Crees que Henry trata de ocultarla?

—De seguro, ella no lo quiere meter en problemas. Todo el mundo sabe que si pierde a los Walton, pierde todo y sus padres no lo podrán respaldar. Los Stewart no han estado económicamente bien en los últimos años.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo diré que lo sé y que en el matrimonio Walton mandan más las buenas vibras que Hana Walton perciba que las estadísticas o los estudios de mercado.

Las mujeres rieron y el tono despectivo me dio ganas de entrar para enfrentarlas por burlarse de la señora Walton. Dana me detuvo.

—Si a Hana no le gustan los padres de la novia de Henry, puede cancelar cualquier contrato en un abrir y cerrar de ojos y si algo sabemos es que a Henry le importa poco la gente que está en su vida. ¿No escuchaste sobre la chica con la que tenía un amorío?

—¿La estudiante de Arquitectura? Me dijeron que era una becada.

Me tensé.

—Dicen que la pobre salió llorando de la fiesta de aniversario cuando se enteró de la nueva conquista de Henry.

—¿La has visto alguna vez?

—Nunca. La escondía muy bien.

—Pues no lo culpo. Para que sea una simple estudiante y esté con Henry Stewart debe ser porque es muy interesada o muy tonta para pensar que un hombre como él está enamorado de una pobretona.

—Si salió llorando, es lo segundo.

Tiré del brazo de Dana para entrar al baño y las chismosas hicieron silencio. Me fui a lavar las manos y mi amiga se puso a retocar su maquillaje hasta que las mujeres se fueron.

—¿Por qué no me dejaste escuchar el final del chisme? —protestó.

—Estaban insultando a Hana y ya iban a por mí.

—No saben quién eres.

—No tenía ganas de escuchar sus opiniones.

Me temblaron las manos cuando las puse bajo el secador.

—¿Crees que sea verdad lo de la familia de la chica y los Walton? —No contesté—. ¿Y si Henry mantiene a esa modelo escondida en eventos sociales para no meterse en problemas con sus clientes?

—Andaban bien expuestos en redes y me dijo que vendría con ella.

—Pero no está aquí.

Me ahorré opiniones para zanjar el tema. Salimos del baño y Dana me detuvo.

—Tampoco dudo de que sea capaz de dejar a esa mujer para intentar volver contigo con tal de salvar su empresa y su posición social.

—Volvamos a la fiesta.

No me dejó dar un paso.

—¿Por qué evitas el tema? ¿Todavía sientes algo por él? —preguntó. Las palabras resonaron en mi mente—. Alex, contesta.

No me había hecho esa pregunta. Cada día me encontraba pensando menos en Henry o en el pasado.

—Tengo miedo —dijo mi amiga ante mi silencio—. Si lo perdonas y vuelves con ese imbécil, le cortaré la cabeza porque a ti te quiero mucho para hacerte daño. —Presionó los labios con fuerza—. Dime que ya no te interesa.

—Deja de preocuparte. Henry no quiere nada conmigo, esas mujeres son más chismosas que tú, y eso es mucho decir. Estaban siendo unas víboras con gente que ni siquiera conocen cara a cara. No le des importancia.

Dana me miró con ojos de gatito y me abrazó.

—Te veo feliz. Me gusta cómo estás con Ellis y no quiero que eso cambie. —Era más alta que yo y la sentí como un bebé, a pesar de que era ella la que me tenía entre sus brazos.

—No va a cambiar —le prometí—. Henry ya no…

Unos pasos nos sobresaltaron y Henry nos saludó con un movimiento de la mano al pasar por nuestro lado. Estábamos a la salida del baño de hombres y podía haber oído nuestra conversación con mucha facilidad, pero me importaba poco y a Dana también.

Fingimos que no había pasado nada y volvimos a la fiesta. Llevé a Ellis de tour por la fundación. Era un antiguo edificio de tres pisos en el corazón de la ciudad, una de las primeras construcciones del país.

Bailamos, no muy bien porque yo siempre fui un desastre. Él, sin embargo, no había renunciado a las clases de baile como Erika y yo. Al atardecer, todavía me hacía dar vueltas por el salón al suave ritmo de la música.

—En una hora tengo que irme a hacer streaming.

—Me voy contigo.

—Quédate y pásala bien con Dana. En casa te aburrirás.

—Estarás tú.

—Tengo que hacer unas tres horas.

—Me encanta estar de estatua en tu habitación mientras trabajas. Me siento en una relación secreta con un famoso.

Frunció el ceño y su voz salió grave, demasiado dura en comparación con el tono que siempre usaba conmigo.

—No soy famoso y no eres ningún secreto. Nunca lo serías, no para mí.

Entendí a lo que se refería, a mi pasado, a Henry y a cómo nunca me dio mi lugar. Ellis no era así y no necesitaba que me lo demostrara, pero que lo dijera en voz alta era bonito.

—Pues lo de estar en silencio en tu habitación me gusta. —Entrelacé las manos por encima de sus hombros y me puse de puntillas para alcanzar sus labios—. En especial porque hoy tenemos la casa para nosotros solos, nadie llegará de sorpresa esta vez y se me ocurre que esperar por ti será muy divertido si me quedo en silencio, en tu cama y desnuda.

Se atragantó con su propia saliva y algunos nos miraron para saber si necesitábamos ayuda. Me llevé a Ellis a una esquina del salón, aguantando la risa mientras él luchaba por volver a respirar bien.

—Si te pones así cuando lo digo, te desmayarás cuando me quite la ropa y tengas que jugar en vivo —me burlé y tosió con más fuerza.

Quizás había sido una mala idea bromear así, porque tuvo que irse al baño y yo a buscar algo de beber para calmarlo. Estaba regresando con una botella de agua en las manos y Henry se interpuso en mi camino.

—¿Puedes dedicarme un minuto?

Miré a todos lados y no vi a Ellis, debía seguir en el baño.

—¿Pasó algo?

Estaba elegante, a la altura del evento y por primera vez no encontré nada que me llamara la atención de su atuendo. ¿En qué momento hasta mi atracción por él había desaparecido? No lo sabía.

Se arregló el pelo con las manos y me di cuenta de que no estaba tan impecable como el resto de su ropa.

—Hay una cena… en dos semanas —dijo, sin mirarme a los ojos —. Los Walton quieren que vayamos.

—¿Podemos llevar un acompañante o…?

—Es algo privado con sus amigos.

—Hana no me ha dicho nada sobre el tema.

—Me invitó a mí y deberías acompañarme. Sabes que los Walton son un contacto excelente y tienen amigos, trabajo, proyectos. Quiero que esté ahí conmigo porque la próxima semana voy a ofrecerte un empleo en Stewart y Asociados.

—¿Por qué?

—Sabías que iba a pasar. ¿Por qué te sorprendes?

—No me querías trabajando contigo, trataste de usarme, cambiar mi trabajo, fusionarlo con tus ideas, apartarme del proyecto… ¿Tengo que enumerar más razones por las que tu empresa no me necesita?

Y con «empresa», sabía muy bien que me refería a él.

—Nunca te había visto trabajar como ahora y me equivoqué. — Se aclaró la garganta—. Sí estás hecha para esto y quiero a una arquitecta como tú en mi equipo.

—¿Un trabajo hizo que cambiaras de idea? —pregunté y casi podía escuchar a Dana susurrando insultos en mi oído—. ¿Estás

seguro de que por eso quieres que te acompañe? ¿Entonces deberías preguntarle a Hana si puedo llevar a un acompañante? Me gustaría…

—Es para que vayamos solo nosotros… Juntos.

—¿Cuán juntos? Algo me dice que no solo como miembro de tu equipo de trabajo.

Dio un paso hacia mí y estuvimos más cerca de lo que me habría gustado.

—¿Por qué trajiste pareja? —cuestionó y no me agradó su tono.

—Estaba permitido, tú mismo lo dijiste.

—Los Walton piensan que tú y yo estamos juntos. Por eso tenemos que ir a esa cena.

—Yo jamás le dije a Hana que… —Retrocedí un paso—. ¿Tú le dijiste que estábamos en una relación? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Habla bajo, Alexandra.

—Responde.

—Simplemente no lo negué.

«Maldita Dana y su capacidad para acertar en todo».

—No te convenía, ¿cierto? Le agrado a Hana, estás en problemas, quieres más contratos con ellos o con quien sea y yo soy un buen adorno de tu brazo, un accesorio, una asistente.

—No seré el único beneficiado si vamos a esa cena, o a donde los Walton nos abran las puertas.

—No quiero tu trabajo, ni ir de tu mano ni ayudarte en nada. Me importa poco que se cierren puertas. Las mías las abro yo sola. —Me erguí en el lugar y no aparté la mirada—. Deja de intentar usarme, no volveré a caer. Estás quedando en ridículo.

Me tomó del brazo cuando le di la espalda.

—¿Qué harás entonces? ¿Tirarás tu carrera por la ventana? Sin recomendaciones o contactos estarás en la calle cuando salgas de la universidad. Sabes que tengo razón y…

—No me importa nada que venga de ti. —Aparté la mano—. No alargues esas mentiras con los Walton o seré yo la que le diga a Hana que los has estado engañando por omisión todo este tiempo.

—¿Y escoges irte con ese tipo?

Henry miraba al otro lado del salón, donde, entre los que bailaban o se agrupaban para conversar, estaba Ellis. Nos observaba con el semblante calmo y las manos dentro de los bolsillos.

—No tienes nada que ver con una persona así. Solo hay que mirarlos para darse cuenta de que un tipo como él te llevará a la ruina si no pones los pies sobre la tierra. Mírate —exigió, y lo hice.

Mi vestido era de un suave color lila con piedras tornasoladas. Mi pelo caía en suaves ondas hasta la cintura y Erika había adornado mi peinado con diminutas mariposas. Incluso los dos collares de caracolas, que nada tenían que ver con lo refinado de mi atuendo, se veían glamurosos.

—Pareces una princesa a su lado —dijo Henry—. Eres una mujer inteligente y me gustaría que fuera temprano y no tarde cuando te des cuenta de que ese no está a tu altura.

A primera vista, no había una pareja que pudiera desentonar más. Yo parecía una diminuta hada de color lila, con mis pecas y mis ojos de distintos colores. Él podía ser un ángel oscuro.

—Tienes razón, Henry, ese «tipo» y yo no estamos a la misma altura. —Le di una falsa sonrisa—. Estoy trabajando con todas mis fuerzas para estar a la suya y merecer a alguien tan especial como él. Contigo bajé mis estándares.

No le permití hablar porque si decía otra palabra que involucrara a Ellis, perdería la serenidad y le gritaría sus verdades.

—Te traje agua —dije al llegar junto a Ellis—. ¿Estás mejor?

Me había sostenido la mirada en lo que caminaba hacia él, pero al tenerme cerca la apartó. Murmuró un «gracias» y bebió, despacio, sin decir una palabra.

Se aclaró la garganta antes de que pudiera preguntarle qué pasaba.

—Tengo que irme.

—Me despido de Dana y nos vamos.

—No, quédate. Tienes cosas que hacer aquí. —Señaló al salón lleno de gente—. Esto no es solo una fiesta, es tu trabajo.

Su sonrisa fue tan falsa que dudé de que estuviera esforzándose por fingirla.

—¿Estás diciendo eso porque me viste hablando con Henry?

—No, solo tengo que irme a trabajar. Tenemos agendas diferentes.

—Eso no era lo que pensabas hace unos minutos.

—Pues cambié de idea. Me voy.

Lo seguí entre la gente.

—Ellis, no seas tonto…

—Si te quedas hasta muy tarde, puedes llamarme, te vendré a buscar. Si no piensas regresar a dormir, solo avísame para no preocuparme.

—¿De qué hablas? —Me interpuse en su camino—. Te dije que me iba contigo, que quería estar contigo, hicieras lo que hicieras. ¿Tomas esta actitud solo porque me viste hablando con Henry?

Tragó con dificultad y bajó la vista.

—No quiero ser la persona que arme un ataque de celos por ver a su novia hablando con su exnovio.

—Pues estás siendo la persona que, en vez de enfrentar sus sentimientos y conversarlos con su novia, decide dar la espalda y fingir que no pasa nada… O peor, ni siquiera estás fingiendo, pareces un niño al tratar de huir cuando es evidente que estás enojado.

—¿Qué quieres que piense cuando te veo conversando tan de cerca con el hombre por el que te vi llorar hasta quedarte dormida? Es el mismo por el que sufriste por meses, te escuchaba llorando en la ducha y no podía hacer nada.

El pecho se me contrajo. Había visto el proceso, mi dolor día a día. No quería imaginar cómo me veía desde afuera mientras sobrevivía a esos difíciles momentos.

—Quiero que pienses en que ese hombre que me lastimó es mi jefe y estoy contando los días para que deje de serlo —murmuré—. Quiero que sepas que de él me importa poco o nada y que lo único que de verdad deseo es que me tomes de la mano y me lleves a tu habitación para verte jugar y hablar tonterías por tres horas seguidas. ¿Quedó claro?

Vi la duda en sus ojos cuando recorrió mi rostro, pero se acercó y dejó un beso en mi mejilla.

—Lo siento —fue todo lo que dijo y no hizo falta más.

Me tomó de la mano y nos fuimos. Ese día entendí que Henry era parte del pasado.

# CAPÍTULO 36

*Nos repiten que cada capítulo de la vida debe ser una enseñanza. A veces es solo eso, capítulo, vida, disfrutar del momento antes de que llegue la tormenta.*

Me acurruqué en una esquina de la cama, con la espalda a la pared y las almohadas sobre mí para leer un libro.

Con las prisas, Ellis no había ajustado bien el ángulo de la cámara antes de empezar el stream. La esquina inferior de la cama se veía y cuando comenzó la transmisión, mis pies estuvieron expuestos por unos minutos, hasta que alguien en los comentarios lo notó.

Después de eso, me mantuve respirando lo necesario y fingiendo estar concentrada en la lectura. La verdad era que no dejaba de escuchar a Ellis dando explicaciones sobre un par de pies y leyendo en voz alta suposiciones sobre quién podría ser.

La mayor parte de las cosas no las entendía porque mencionaban a personas que no conocía. Horas después del desastre, él seguía transmitiendo y yo con ganas de ir al baño.

ALEX:

Voy a explotar.

ELLIS:

Ve y ya.

Lo miré con mala cara.

¿Cómo? ¿Vuelo para no salir en cámara?

Suelo.

—Llevo cuatro horas aquí —dijo Ellis a la audiencia—, claro que estoy enviando mensajes. Mi familia piensa que me morí encerrado en mi habitación.

Necesito ir al baño.

No miró mi mensaje y volvió al juego.

—Sí, ya dije que tengo familia. Vivo con mi hermana y no, no voy a decir mi edad.

Bañooooooooooo.

Miró el teléfono y solo hizo un gesto con la mano al nivel del suelo.

¿Me tengo que arrastrar?

—No tiene gracia que les cuente mi vida y lleve una máscara. Si algún día me la quito, sabrán todo de mí. Sí, ya dije que quizás algún día muestre mi rostro. No, no será pronto.

Mi vejiga se contrajo cuando me agaché para gatear hacia la puerta del baño. Escuché a Ellis hablar como si nada y me sentí estúpida. Tenía que haberme quedado en la sala como una persona normal y no como la obsesionada que no dejaba de mirar a su novio enmascarado mientras tocaba el teclado.

«Novio. Ellis es mi novio. Dijo que era su novia esta tarde».

—¡Auch!

Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando estampé la frente contra el marco de la puerta del baño.

—¿Estás bien?

Ellis se había quitado los audífonos y miraba en mi dirección. Asentí y me metí al baño.

Golpeó la puerta preguntándome si pasaba algo. Esperaba que el stream hubiera acabado o iba a tener que dar muchas excusas.

Cuando ya no me sentía como un globo y me estaba lavando las manos, valoré no volver a su habitación. Había dejado mi libro y mi teléfono, así que no me quedaba otra opción que entrar y salir gateando.

Al entreabrir la puerta, me percaté de que Ellis ya no jugaba. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y le hablaba al público.

—Sí, tengo novia, y ahora está en el baño. Se pegó en la cabeza mientras arrastraba por el piso para que no la vieran. No, no les voy a mostrar su cara a menos que ella dé su consentimiento y, de igual forma, preferiría no hacerlo.

Se quedó en silencio por unos segundos y di unos toques en el suelo para llamar su atención sin que se escuchara en la transmisión.

—¿Te hiciste daño? —preguntó al verme.

Lucía preocupado. Señalé a la pantalla para que recordara que no estábamos solos. Puso los ojos en blanco e hizo que me pusiera de pie para revisar el golpe en mi frente. Su cuerpo me tapaba de la cámara.

—Estoy bien, no fue nada —susurré y el corazón se me disparó al ver como los mensajes se movían a velocidad vertiginosa en la pantalla.

Habían escuchado mi voz. Lo miré, aterrada. No sabía qué sucedía detrás de su máscara.

—¿Estás segura? —Seguía examinando mi golpe—. Deberías ponerte hielo.

—La pantalla —susurré.

Ellis se percató de lo que estaba pasando y me tomó de la mano al volver a su asiento. Mi cara no se había visto, solo estaba él y una parte de mi torso, exponiendo mi pijama rosa de conejitos. No podía ni moverme, estaba en shock y demasiadas cosas sucedieron en un corto espacio de tiempo.

Primero: Ellis me tomó de la cintura y me pegó a él.

—Sí, esta es mi novia… o una parte de ella y no, su pijama no es ridículo, es lindo.

Segundo: nunca había estado tan cerca de la pantalla como para leer comentarios. Apenas podía entender algunos.

Quién usa pijama rosa???
Mira cómo la abraza, qué lindo!!!!!
Noooooooooooo
Mi novio no puede tener una novia
Quiero ver su cara
Es linda?

—Es linda, demasiado, tanto que no la verán jamás —dijo Ellis sin soltarme.

Tercero: los comentarios se movían cada vez más rápido y ya era imposible leerlos, pero eso hizo que me fijara en la cantidad de personas conectadas. Se me fue el alma del cuerpo: noventa mil y la cifra iba subiendo de manera alarmante.

—Tiene cara de estar a punto de desmayarse —dijo Ellis y no había pizca de diversión en su voz—. Voy a dejar de transmitir. Están aquí por un chisme y no por verme jugar. Van a seguir viendo a alguien pasar por detrás de mí muy seguido. Es mi novia y no voy a hablar más de ella.

Había más de cien mil personas conectadas y los mensajes se tornaban absurdos.

Casi el doble de personas solo porque sale la novia
El público de Xander se va a convertir en pura adolescente hormonal
Xander no puede tener novia!!!!!!

Cuarto: descubrí que el usuario de Ellis era Xander2712.

—¿Xander? —musité.

Habló
Tienes voz bonita
Es un hombre. Xander es bi, lo dijo hace tiempo
Son estúpidos, dijo novia, no novio
Me voy, no seguirá jugando

—¿Tu usuario es Xander? —pregunté con los ojos en los suyos, el único pedazo de él que veía a través de la máscara.

No sabía su usuario
Me gusta su voz
Qué está pasando? Me enviaron este link y no entiendo nada
Lo descubrieron
Si Xander miente, qué puedo esperar del resto de los hombres?
No le había dicho que era streamer?
Que enseñe la cara
Van a pelear
Que alguien me explique quién es esta gente

—Se acabó la diversión —dijo Ellis— y no, no le he mentido. Mi novia sabe a lo que me dedico, pero no le había dado mi usuario. Adiós.

Cerró todo y la transmisión terminó.

Quinto: después de la inmovilidad, mis piernas se sintieron más ligeras que nunca al caminar hacia la cama para tomar mi teléfono. Busqué su usuario y salieron un montón de artículos y links a distintas redes sociales, fotos de Ellis con la máscara negra y dorada, torneos, victorias y derrotas.

Salí de la habitación con él pisándome los talones. No era un streamer normal, como me había hecho creer, era una figura pública.

—¿Xander? —pregunté al llegar a la sala y enfrentarlo—. ¿Te pusiste como decías que debía ser mi nombre si fuera hombre? ¿Xander? ¿Alexandra?

—Y veintisiete doce es la fecha de nuestro primer beso hace años. —No lo había notado—. Estoy obsesionado contigo y a veces no soy tan creativo —confesó—. ¿Estás enojada?

Negué repetidas veces y le mostré la pantalla de mi teléfono y los resultados de la búsqueda.

—¿Qué es esto?

Dio un paso hacia mí.

—No lo veas.

—¿Por qué?

Se quitó la máscara y el pelo negro cayó sobre su frente. El Ellis que me devolvía la mirada estaba asustado, como reaccionaba cuando éramos niños y lo atrapaban haciendo algo mal.

—Ya lo sé todo —continué—. ¿Qué más da que descubra un poco más?

Miré la pantalla del teléfono, en broma, para provocarlo. Intentó quitármelo, tal y como había imaginado, pero me aparté a tiempo.

—¿A qué le tienes miedo? —Traté de sonar seria y preocupada en vez de divertida—. ¿Qué haces con este personaje en redes que tanto quieres ocultar?

—Nada. Es solo que se siente incómodo que alguien más lo vea.

—Tenías cien mil personas viéndote hace un minuto.

—A Xander, no a Ellis.

—Pero tus amigos de seguro conocen tu identidad secreta.

—No es lo mismo que lo sepas tú.

Trató de acercarse y lo evité con dos pasos hacia atrás.

—¿Por qué? —repetí y esa vez se lanzó sobre mí y tuve que correr por el salón para que no me atrapara.

—Dame el teléfono —exigió cuando logré quedar al otro extremo del sofá para que hubiera una buena distancia entre nosotros.

—No, es mío —me burlé—. Y pienso investigar todo de Xander.

—No va a pasar.

Volvimos a correr por el salón y terminamos en el mismo punto.

—No mires —masculló.

Se me escapó una carcajada.

—Tendrás que convencerme de que no lo haga. ¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

Corrió por la derecha del sofá y escapé por poco. Tomé un desvío a la cocina y un par de vueltas alrededor de la mesa me dio vía a la salida antes de que me atrapara.

Encerrarme en mi habitación era la mejor idea, pero no lo conseguiría; además, arruinaría la diversión. Mi única opción era el balcón. Ellis logró agarrarme del brazo, tropecé y lo arrastré conmigo hasta caer de espalda en el sofá.

Me deslicé para escapar, pero me tomó de las piernas y se lanzó encima de mí para inmovilizarme. Estaba a nada de arrebatarme el teléfono cuando lo escondí detrás de mi espalda, protegido por mi peso y el suyo. Por mucho que lo intentó, no pudo llegar a él.

—No es gracioso —protestó.

—Lo es y ahora me vas a decir cuántos seguidores tienes.

—No.

—Puedo hacer un cálculo mental después de ver esa transmisión y no me podrás tener eternamente atrapada en este sofá para que no me entere.

—Estoy valorándolo.

Sonreí. Se veía hermoso, agitado, con el pelo húmedo tan cerca de mi rostro.

—¿Cuán famoso eres, Ellis? ¿O debería llamarte Xander?

—Calla.

—¿Por qué te da vergüenza? Esto te hace diez veces más sexi —bromeé—. Salgo con un famoso.

—No soy famoso. —Me tomó de las muñecas y las sostuvo sobre mi cabeza para tratar de coger el teléfono debajo de mí—. Es solo un trabajo cualquiera.

—Xander, deja de tocarme así —me burlé—. ¿Qué dirán tus fans, esas que dicen que no puedes tener novia?

—Basta.

Levanté la cabeza, lo poco que podía, y mordí su labio inferior. Ellis se tensó ante el inesperado contacto.

—¿Qué dirían los amantes de Xander si se enteran de que tienes a la chica del pijama rosa debajo de ti?

Sus ojos bajaron de mis labios a mis pechos y luego a donde sus caderas aplastaban las mías. Su cuerpo me cubría por completo.

Pude sacar una pierna y envolver su cintura, haciendo que su entrepierna cayera sobre la mía.

—¿Crees que se enojarían? —murmuré y Ellis se le escapó un jadeo cuando me acerqué a sus labios.

—No juegues conmigo.

—No lo estoy haciendo.

Movió las caderas y sentí la dureza contra mi sexo. Eso había sido rápido, pero no podía culparlo. El calor en mi cuerpo subió en cuestión de segundos al tenerlo tan cerca.

—¿Cómo vas a pagar por mi silencio? —insistí—. Aceptaré un soborno para no divulgar tu identidad, pero tiene que ser uno muy bueno.

—Deja de provocarme cuando tenemos la misma suerte del que ve un gato negro un viernes 13 después de haber roto un espejo. —La mano que tenía libre dejó de buscar el teléfono y se movió por el contorno de mi cuerpo—. Si trato de levantarte el pijama aparecerá alguien en la puerta.

No pude reprocharle que usara una de mis nefastas bromas sobre la mala suerte. Su nariz rozó mi mandíbula y dejó una suave mordida en mi cuello.

—Vamos a mi habitación y encerrémonos ahí —propuso mientras bajaba dejando besos hasta detenerse entre mis pechos.

—Nadie puede entrar al apartamento, mi querido Xander, o Ellis, como más te guste. —Sus ojos se encontraron con los míos—. Pasé el seguro desde adentro.

—¿Lo hiciste a propósito?

—Hoy no quiero interrupciones.

—¿Querías que te follara en cualquier lugar de la casa?

Gemí cuando balanceó las caderas contra mí y su erección empujó contra mi sexo.

—Puede ser, pero ahora lo que quiero es que me pagues por guardar tu pequeño secreto.

Sus manos se metieron debajo de mi pijama y dejó expuestos mis pechos. Pellizcó mis pezones y se llevó uno a la boca, después el otro.

—¿Cómo sé que no seguirás chantajeándome?

Metió una mano entre nosotros. Dos dedos entraron en mí y me moví contra su mano.

—Te seguiré chantajeando mientras lo hagas así de bien.

Saqué el teléfono de detrás de mi espalda y lo tiré al suelo. Le quité la sudadera y jadeé al ver su torso desnudo. Mis manos lo exploraron hasta entrelazarse en su pelo y traerlo hacia mí para que me besara.

—Alex, o me dejas calmarme o esta no va a ser la primera vez romántica y dulce que planifiqué.

—Olvídate de los planes —gemí mientras masajeaba mi clítoris—. Haz lo que quieras conmigo.

Un sonido grave se escapó de su pecho. Me tomó de las caderas y me volteó. Quedé sobre las rodillas y con el pecho contra el sofá. Apartó el short de mi pijama y la ropa interior antes de chupar mi sexo de manera violenta.

Grité por lo rápido que fue todo, por la manera en que me devoraba y pasaba la lengua por mi punto más sensible. Me sostuve del espaldar del sofá, estaba sobre cuatro puntos y él detrás de mí sin dejarme recobrar el aliento.

Quería quitarle la ropa, también la mía, pero lo único que hizo fue bajar su pantalón y su ropa interior. Era demasiado grande para tomarlo de una sola vez y escuché su risa.

—Sí puedes —dijo como si leyera mis pensamientos y sus caderas chocaron contra mi trasero.

Gemí cuando la línea entre el dolor y el placer desapareció. Sí, podía, y me tenía al borde del orgasmo con solo entrar en mí. Cuando se empezó a mover no lo hizo con delicadeza, fue rudo y salvaje.

Pedí más con cada embestida, disfruté de sus gruñidos cuando me tomó del pelo y tuvo que disminuir la velocidad para no correrse. Me masturbé mientras acariciaba mi espalda y la sacaba por completo para entrar muy despacio y me corrí mientras mordía el espaldar del sofá para sofocar mis gritos.

Fue mi placer lo que volvió a desatar la violencia de sus embestidas. No me dio descanso cuando todo me daba vueltas y se

ocupó de estimular mi clítoris, de hacerme subir de nuevo a ese pico en el que estallé con un segundo orgasmo.

Salió de mi interior y sentí el líquido caliente correr por mi espalda. Los sonidos que se escaparon de su garganta me hicieron sonreír. Cuando miré por encima de mi hombro, me devolvía el gesto, más hermoso que nunca, despeinado y agitado, con el torso lleno de tatuajes y el sudor perlado marcando cada músculo.

—Joder, no me mires así.

—Así ¿cómo?

—Como si te gustara lo que ves.

—Me encanta lo que veo —confesé.

—Eso me da ganas de volver a follarte.

—Te reto.

Me alzó y me abrazó por la espalda, dejando suaves besos en mi cuello. Ellis pasó de que sus manos apresaran con fuerza mis caderas, enterrando los dedos en mi piel, a la más suave de las caricias, de las mordidas al toque más amable de sus labios. Yo pasé de sentirme poseída a ser venerada como nunca y me encantó.

—Te voy a chantajear muy seguido —murmuré y tomó mis labios con delicadeza.

—Te voy a pagar con todo lo que me pidas.

Volvió a entrar en mí desde esa posición y, antes de que me diera cuenta, estaba poseyéndome con la misma violencia.

No pedí que parara, lo deseaba, le supliqué por más. No me quité la ropa o le pedí que lo hiciera, porque hasta el roce de la tela me excitaba. No pude hacer otra cosa que no fuera entregarme a él.

# CAPÍTULO 37

*No hay tormenta que derrumbe lo que creas con esfuerzo y confianza, o eso dicen…*

Cuando terminamos en la sala, pasamos al baño, pero ahí solo nos pudimos besar. Estábamos agotados cuando caímos en la cama de Ellis, desnudos, bajo las sábanas.

—No te imaginas lo que extraño dormir sin ropa.

Me incorporé en los codos.

—¿De verdad? ¡Yo también! Desde que te mudaste tuve que empezar a usar pijama. Prefiero dormir sin nada.

Alzó una ceja.

—Algo más que tenemos en común. —Pasó una mano por mi cintura y me pegó a él—. Ya no tenemos que dormir vestidos. Con cerrar bien las puertas basta.

—Me gusta como suena eso —dije sobre sus labios—. Es una suerte que compartamos el mismo baño.

—Ya me imagino lo que podremos hacer por las mañanas si no hay ropa de por medio.

Iba a besarme cuando su teléfono sonó con un mensaje.

—Es Kirian —murmuró al mirar la pantalla—. Pidiendo tonterías a esta hora.

Apagó el teléfono, pero cuando iba a volver a acostarse, lo detuve.

—¡No puedo creer que tengas alas de murciélago tatuadas en la parte de atrás del cuello!

Se me escapó una carcajada y pasé el dedo para asegurarme de que eran reales.

—Fue un arrebato después de leer unos libros que me gustaron. Además, son lindas.

—Sí, claro, hermosas —me burlé, pero la verdad era que sus tatuajes eran lindos, venían de la mano de un verdadero artista.

Volvió a acostarse y me apoyé en su pecho. Delineé las enredaderas tatuadas en sus clavículas, las flores de cerezo y los pétalos.

—¿Estás segura de que no habrá problema porque no usamos condón? —volvió a preguntar, a pesar de que habíamos hablado del arrebato irresponsable sobre el sofá.

—Después del día en que tuvimos sexo borrachos, sentí que debía tener un método de protección extra. Fui al médico y me recomendó el implante anticonceptivo.

Le mostré la cara interna de mi brazo y cómo se marcaba al tocarlo. Pasó el dedo por encima.

—Me dijiste que jamás habías tenido sexo sin protección y yo tampoco, así que no tenemos de qué preocuparnos.

Se mantuvo con el ceño fruncido.

—Deberías quitártelo. Usaremos condón.

—¿Por qué?

—Odias las cosas hormonales, vives cuidando tu alimentación para comer sano y haces ejercicio a diario. Eso está poniendo cosas en tu cuerpo.

—El médico aseguró que no me haría daño, solo ha cambiado un poco mi ciclo menstrual, ahora es más largo y…

—¿Por eso tuviste dolores fuertes aquel día?

Me encogí de hombros. Era posible. No recordaba si el doctor había dicho algo al respecto. En esos días estaba estresada, triste y absorta en mis pensamientos la mayor parte del tiempo.

—Me preocupé mucho después de esa locura —confesé—. Sé que no volveré a beber así y que no se repetirá, pero… sé que es algo liberando hormonas en mi cuerpo y que puede tener consecuencias, pero prefiero no arriesgarme.

—Con más razón deberías quitártelo, podemos protegernos…

—Lo pensaré —le interrumpí en lo que trazaba las líneas de sus tatuajes.

Mi dedo se detuvo al entender el dibujo en el centro de su pecho. Me incorporé para ver mejor.

—Es una caracola.

Ellis se apoyó en el espaldar de la cama.

—No es cualquier caracola.

Mis ojos se fueron a mi pecho. Tenía los dos collares que me había regalado. La caracola de nuestra infancia, de color rosa y con una esquina partida, su tatuaje era idéntico.

—Tenía una foto del día en que hice el collar para regalártelo —explicó—. La primera vez que bebí, con diecisiete años, le pedí a un amigo tatuador que me la hiciera. Fue mi primer tatuaje.

No supe qué decir y me sonrió.

—Dijiste… Tú dijiste que solo habías estado borracho dos veces.

—Esa vez no estaba tan borracho, pero si alguien pregunta, sí lo estaba.

Tuve que reír.

Me acerqué y noté que la calidad de ese tatuaje no era como el resto, pero seguía siendo bonito y único, un reflejo del collar que yo llevaba puesto.

—¿Por qué? —Lo miré a los ojos—. Se supone que nos odiábamos.

—¿No te cansas de preguntar lo mismo o es que te gusta tanto escuchar la respuesta?

Oculté la sonrisa y exhaló un suspiro.

—En el fondo yo sabía que nunca te iba a olvidar. Si quisiera hacerme famoso, podría escribir un libro sobre cómo no superar a tu ex. Hice todas las cosas incorrectas para dejar de quererte y fingí lo contrario. —Me dio un suave beso en la punta de la nariz—. Siempre supe que eras la mujer de mi vida.

El corazón se me desbocó. Era tan fácil estar con él, aceptar su cariño, confiar completamente en alguien que había sido y era mi amigo; saber que jamás me lastimaría. Subí a horcajadas sobre él.

—Me alegra que no siguieras las reglas del manual ni las etapas del duelo, Ellis Knox. Me alegra que no me superaras porque yo tampoco te superé.

Sus brazos rodearon mi cintura y me pegó a él cuando nos besamos. Lo sentí endurecerse debajo de mí y el calor invadió mi cuerpo. Sin embargo, la suavidad y el cariño con que nos besamos no tuvo nada que ver con el desenfreno del sofá.

—Dijiste algo de haber planificado una primera vez romántica y con dulzura —murmuré entre un beso y otro—. Salió todo mal.

—Entre tú y yo nunca sale nada como quiero. Me has arruinado los planes dos veces.

Ahogó un jadeo cuando metí la mano entre nuestros cuerpos y lo puse en mi entrada. Bajé lentamente con nuestras miradas conectadas hasta que lo tuve por completo en mi interior. Acarició mis pechos y me pegó a él.

—Probemos —susurré—. Muéstrame cómo querías que fuera nuestra primera vez.

Me besó con la delicadeza con que me cargó del sofá al baño y la ternura con la que lavó mi espalda. Me susurró palabras al oído que me hicieron sentir querida y me tocó como nunca nadie lo había hecho: devoción ciega.

Me dejó tomar el control, quedarme encima de él y con cada movimiento de mis caderas entendí que no era la magia de su tacto o los años perdidos o el amor de la infancia. Cada beso y roce eran especiales, porque por primera vez estaba entregándome a alguien que deseaba y quería con todas mis fuerzas, con una parte de mi corazón que no sabía que existía, la que siempre había estado reservada para Ellis.

—Despierta para que me puedas dar órdenes en la cocina. Quiero prepararte el desayuno.

Me tapé la cara con el brazo.

—Así no funciona. Se supone que debes traerme el desayuno a la cama.

—Alex, yo solo hago las cosas si las voy a hacer bien. Cocinar no es una habilidad que tenga pensada desarrollar.

—Deberías. —No abrí los ojos—. Traerle algo delicioso a la cama a tu novia para despertarla es una buena manera de fortalecer la relación.

Se metió bajo las sábanas y entre mis piernas.

—Si lo dices así, se me ocurren otras ideas para fortalecer la relación.

Sus manos subieron por mis piernas y acariciaron la cara interna de mis muslos, pero se desviaron a mis caderas. Sus besos iban bajando por mi abdomen cuando la vibración de un teléfono nos interrumpió.

Ellis se burló de mí en lo que yo trataba de cubrirme con la sábana sin caerme de la cama e intentaba alcanzar el teléfono. Era un número desconocido.

—¿Hola?

—¿Alex?

—¿Henry? —Me incorporé de golpe—. ¿Por qué me llamas? ¿De quién es este número?

—Si te llamaba del mío, no responderías.

Lo habría bloqueado si no fuera porque mi tesis, en parte, dependía de él.

—¿Pasó algo?

—Estoy cerca de tu casa. ¿Crees que podamos hablar?

Miré a Ellis de reojo. Se había sentado al borde de la cama y miraba en cualquier dirección menos a mí.

—No estoy en casa —mentí—. Además, estaré ocupada todo el día.

—Quiero que hablemos y no es para llevarte a ninguna cena con los Walton. Es sobre ayer y cómo me comporté. Por favor, déjame invitarte a comer. Te debo una disculpa.

Me quedé sin palabras, incómoda por estar desnuda en la habitación de Ellis, tan cerca de él y escuchando a mi exnovio al otro lado de la línea.

—Olvida eso. No fue nada.

—Alex —dijo cuando yo estaba a punto de cortar la llamada—. De corazón, lo siento. No volverá a pasar. Déjame invitarte a comer algún día. Cerremos esto de una buena manera, nos lo debemos.

Respiré profundamente.

—Sí, podemos comer algún día, pero no es necesario para tener mi perdón. No te guardo rencor por nada de lo que pasó.

La línea se quedó en silencio.

—Gracias.

Fue él quien cortó la llamada y dejé el teléfono a un lado.

—¿Cocinamos? —le pregunté a Ellis para borrar de mi cabeza lo que acababa de pasar.

No me contestó y tuve que tomarlo del brazo cuando se iba a poner de pie.

—Habla conmigo si te molesta Henry.

Se quedó mirando al suelo por unos segundos.

—¿Por qué lo perdonas con tanta facilidad? —murmuró.

Me quedé pensando y lo único que mi cerebro me dio fue un «porque él no me importa».

—Olvídalo —dijo antes de que yo pudiera responder—. No tengo que preguntarte por eso.

—Puedes preguntarme lo que quieras. —Entrelacé nuestras manos y traté de no sonreír—. ¿Estás celoso?

Me dio una sonrisa que jamás llegó a sus ojos.

—¿Cocinamos o no?

Valoré obligarlo a que volviera a la cama conmigo, a pedirle que me contara qué estaba pasando por su cabeza en ese momento, pero sabía que no era lo más inteligente.

Conocía a Ellis lo suficientemente bien como para saber que mientras más le preguntabas algo, más se cerraba. Lo mejor era darle algo de tiempo antes de que pudiera expresar sus sentimientos.

# CAPÍTULO 38

*La ansiedad que genera querer arreglar las cosas y no poder.*

Los días siguientes la relación entre Ellis y yo se fue tornando extraña. Varias veces me repetí que era imposible que una llamada de Henry causara un cambio en su actitud. Me demostraba el mismo cariño, pero había algo en sus abrazos que se sentía diferente, tenso. Sus besos no eran iguales y hubo un día que ni siquiera se me acercó.

—¿Vas a salir? —pregunté desde la puerta del baño que comunicaba nuestras habitaciones.

Asintió sin mirarme mientras guardaba cables y cuadernos en su mochila. Otra de las razones que habían creado distancia era que yo estaba ocupada con el final de mi tesis y él haciendo más horas de streaming, además de trabajando con sus amigos en el desarrollo del videojuego.

—¿No regresarás en la noche? Adelantaré todo lo que pueda para que podamos pasar tiempo juntos.

—Concéntrate en la tesis. Eso es lo más importante.

—Eso hago, pero necesito un descanso de vez en cuando y si logro que mi horario y el tuyo coincidan para…

—Tengo que quedarme con Kirian. Estamos preparándonos para un torneo. Nos pagarán bien si ganamos.

—¿Cuándo es? ¿Podré ir?

—No lo sé, todavía no dan fecha. —Se echó la mochila al hombro —. Suerte con tu tesis.

Me dio un beso en la frente y no pude controlarme. Esa no era la primera conversación que terminaba de la misma manera.

—Ellis, basta. —Arrugó las cejas—. No te hagas el tonto, sabes por qué lo digo.

—No lo sé.

—Estás distante. Todo estaba bien hasta que Henry me llamó y te convertiste en otra persona. Pensé que tú y yo hablábamos, que nos entendíamos y…

—Entonces deberías ver que no me pasa nada.

—Estás mintiendo.

Sus labios se volvieron una fina línea.

—¿Fuiste a comer con él?

—No.

—¿Siguen conversando por teléfono?

—No tengo nada que hablar con él a menos que sea de trabajo y no tomo sus llamadas desde hace bastante tiempo.

—Pero te sigue llamando.

—No desde que escuchaste esa conversación.

—Pero antes sí y lo permitías.

—Es el equivalente a mi jefe —mascullé—. No puede ser que estés siendo así de irracional. ¿Qué se supone que deba hacer? ¿Decirle que no me hable? Con gusto lo haré cuando se acabe el proyecto porque no quiero saber nada de él.

—Solo te estoy preguntando. —Se encogió de hombros—. Lo hago para tener una conversación sobre el tema porque dices que debemos hacerlo, pero la verdad es que no me pasa nada.

—No me hagas quedar como la que ve fantasmas donde no los hay. Eso me lastima y no es justo.

Me tomó de la barbilla y dejó un beso en mis labios, uno igual de vacío que los demás.

—No me pasa nada. —Odié su sonrisa, la de un Ellis desconocido y falso a pesar del esfuerzo que hizo para que no se notara—. Pronto terminarás la tesis y el proyecto. Yo posiblemente deje de hacer streaming y eso me liberará. Pasaremos tiempo juntos.

Salimos de su habitación tomados de la mano, pero no me besó al despedirse y cuando me quedé sola en el pasillo, por un segundo me cuestioné si era idea mía. Caminé hacia la cocina sopesando cada una de mis acciones y me detuve en la puerta al darme cuenta de que estaba haciendo lo mismo que con Henry: encontrar lo que podía ser una falla en la relación para cambiarla y que todo estuviera bien.

—Alex, ven aquí —dijo Dana sin despegar los ojos de la pantalla —. No pierdas más tiempo y termina tu presentación para que me ayudes con la mía. Soy un asco organizando información.

Estaba sentada a la mesa de la cocina, despeinada y con ojeras de dormir poco y mal tras semanas de trabajo. Erika, al otro lado, se me quedó mirando cuando tomé asiento.

—¿Todo sigue igual?

Dana nos miró cuando asentí.

—Estoy empezando a odiar a Ellis —murmuró y volvió a teclear, esta vez con violencia.

—Dije que no me involucraría porque, siendo su hermana y tu mejor amiga, lo mejor es mantenerme al margen, pero esto se está volviendo…

—¿Preocupante? —concluí—. Se supone que nosotros éramos los que se entendían sin palabras y eso se ha vuelto en nuestra contra porque yo sé que me miente y que anda armándose películas en la cabeza, pero no me las dice, no con todas las letras y si no lo hace, yo no puedo arreglar esto.

—Tú no tienes nada que arreglar —me regañó Dana—. Es una relación, no un lavabo.

Erika frunció los labios.

—Estoy de acuerdo con ella.

—¿Qué se supone que haga? ¿Quedarme de brazos cruzados mientras perdemos tiempo para estar juntos? Más tiempo, porque nos tomó nueve años llegar hasta aquí.

Erika puso una mano sobre la mía.

—Esto no tiene que ver contigo.

—Tú no tienes que arreglar las inseguridades de Ellis —aclaró Dana antes de que yo pudiera preguntar a qué se refería.

—No entiendo.

—Mi hermano se puede mostrar muy abierto al mundo… Sí, cambió, pero lo conocemos. En el fondo quedan todas esas dudas y miedos del niño que conocías.

—Y tú no tienes que quitarle los miedos con una varita mágica —dijo Dana—. Ya te veo cara de estar pensando cómo hacerlo.

—De nuevo, estoy de acuerdo con ella.

—Pero…

—Ellis tiene inseguridades de toda la vida por su aspecto, sus gustos y… bueno… lo que pasó entre ustedes cuando eran pequeños. Tiene miedo a perderte.

—Eso no tiene sentido. Yo quiero estar con él. Se lo he dicho sin rodeos. No he dudado ni una vez.

—Te perdió hace mucho, lo rechazaste y se creyó tu mentira demasiado fácil. ¿No te parece raro?

—Dijo que era porque siempre había pensado que yo no correspondería a sus sentimientos. Le aclaré que para mí él era especial en todos los sentidos, que nunca vi esas cosas de las que hablaba, como de no merecerme o…

—No le pidas a alguien que sea racional cuando por años su cerebro le ha repetido que no vale nada. Las emociones ganan cuando nos rompen el corazón y dominan cuando no somos conscientes de lo que valemos.

—Qué profundo pensamiento para decir que Ellis está bien jodido —intervino Dana—. A Alex no le toca lidiar con eso.

—No me importa ayudarlo con sus problemas, sean los que sean —aclaré—, pero quiero que me lo permita.

—Esa es la palabra clave: ayudarlo. —Dana se cruzó de brazos—. No es arreglarlo mágicamente, y para ayudar la otra persona tiene que querer y aceptar esa ayuda.

Miré a Erika para buscar su opinión y su silencio me dijo que una vez más estaba de acuerdo con Dana.

—¿Cómo hago para que se abra conmigo?

—Ya lo has intentado. Déjalo en paz hasta que esté listo y si no…

—Si no ¿qué? ¿Terminamos?

—Sí.

—Tampoco es tan drástico. —Erika le dio una mirada asesina a Dana—. Hay puntos medios, pero te vemos desesperada por arreglar las cosas con Ellis, como si estar bien fuera indispensable para seguir con tu vida.

—Y eso se parece mucho a lo que hacías con Henry.

No iba a rebatir algo que yo misma había entendido minutos antes. Tomé una bocanada de aire y exhalé.

—Voy a terminar mi presentación, ayudaré a Dana y me concentraré en prepararme para la exposición. Después lidiaré con lo demás.

—Así me gusta. Prioridades. —Dana me sonrió.

Y las tres nos concentramos en nuestras tareas.

---

ALEX:

¿Qué tal te va?

En la noche, después de la película que vi con Erika para despejar, le escribí un mensaje a Ellis. Llevaba media hora esperando su respuesta.

Bien.

«Tengo que darle espacio».

¿Vas a seguir así de seco conmigo?

«Eso no es darle tiempo».

¿Qué tal la tesis?

Terminé la presentación.

Me quedan tres días para prepararme.

Lo harás muy bien.

Serás la estrella de tu curso.

Pero eso lo sabes.

Sonreí.

Quiero que vayas a verme brillar.

¿Tendrás tiempo?

La sonrisa se fue desvaneciendo de mi rostro con el paso de los minutos. Los tres puntitos me indicaban que estaba escribiendo, pero se detenían una y otra vez hasta que llegó su mensaje.

Estaré ahí.

No pude decir nada más porque el miedo a que no fuera se apoderó de mí, el miedo a perderlo y a que por mucho que nos quisiéramos, la relación no funcionara. Él tenía sus propios problemas que resolver y yo, en el fondo, seguía marcada por una separación que me había devastado.

«Prioridades».

Esa vez no iba a distraerme de las preocupaciones para evitar el dolor, como en los primeros meses con Henry. Sí, estaba triste por no tener a Ellis abrazándome en ese momento y me dolía imaginar que podíamos terminar cuando nos queríamos, pero mis estudios estaban primero.

Cerré los ojos y me obligué a repetir que yo estaba primero.

# CAPÍTULO 39

*No hay felicidad sin algo de tristeza.*

El día de mi exposición de tesis salió mejor de lo que imaginé. Los aplausos, mi madre y mis amigos; todos felices. Un abrazo de mi tutor y la satisfacción de una meta cumplida.

—¡Nos graduamos! —chilló Dana.

Las piernas me temblaban, pero salté con mi amiga en el lugar. Me olvidé de que iba elegante y en zapatos de tacón, que debía dar buena imagen como recién graduada en un pasillo lleno de profesores y arquitectos de renombre.

—¡Todavía no es la graduación! —dije sin parar de saltar.

—No importa. ¡Nos graduamos!

La abracé con fuerza.

Sentía que había sido ayer nuestro primer día de clases en la universidad, pero al mismo tiempo se sentía a mil años de distancia. Dana estaba en cada segundo vivido. Mi alocada amiga con tendencia a investigación digna del FBI, la que protestaba porque no respondía sus mensajes y que pasó noches sin dormir para ayudarme cuando la necesité.

—Te quiero —murmuré con los ojos llenos de lágrimas y ella estalló en llanto sobre mi hombro.

Tuve que consolarla hasta que fingió que nada pasaba cuando Erika y Lucas se acercaron para despedirse. Pronto tenían su examen de grado y debían estudiar. Dana se llevó a mi madre y a Juliette para mostrarle otros proyectos de tesis y yo me quedé sola en medio de la galería de la universidad.

—Excelente trabajo. Esencia capturada y misión cumplida —dijo alguien a mi espalda y me encontré a Kirian, el amigo de Ellis.

Iba de traje. Si no fuera por los ojos grises y esa mirada de estar aburrido de la vida, era imposible reconocerlo. No obstante, se veía ¿orgulloso?

—Gracias. Es un honor que hayas dejado tu trabajo y tu Kindle para venir a ver mi exposición de tesis.

—¿Quién dijo que no llevo el Kindle?

Entorné los ojos.

—¿Dónde…?

—No lo traje.

Sonrió y por primera vez lo sentí como una persona joven, no como un señor mayor, ermitaño y de pocas palabras.

—Dije que me interesaba lo que estabas haciendo, ¿recuerdas? Quería ver los resultados y, definitivamente, cuando tenga casa propia, tú diseñarás el paisaje.

—Será un honor —dije al tiempo que hacía una reverencia.

—Pero de momento lo que tengo es una habitación mugrosa y un compañero de piso que no pedí. —Compuso su expresión y volvió a ser el señor imperturbable de siempre—. Creo que se animó a arreglar sus tonterías, así que espero que hoy te lo lleves. Estoy harto de tener a Ellis durmiendo en el mismo espacio que yo.

Seguí su mirada y antes de que pudiera ver a mi espalda, alguien puso flores frente a mi rostro.

—Felicidades a la nueva arquitecta —susurró Ellis a mi oído.

Me atrapó por la cintura y me hizo dar vueltas. Cuando se detuvo, Kirian no estaba por ningún lugar. Tomé el ramo que había traído: un arreglo de ramas repletas de flores en todo su esplendor.

—Son flores de cerezo —murmuré.

—Y no duran mucho. Aprecia su belleza mientras puedas.

No solo me las daba por su significado, sino porque su primera confesión de amor había sido bajo el cerezo de nuestro pueblo natal. Eran mis preferidas y solo Ellis lo sabía.

—Pensé que no ibas a venir —confesé.

Me besó y por primera vez en semanas sentí que era real.

—Estaba al fondo, entre las sombras, para verte brillar aún más. —Acarició mi mejilla con la punta de su nariz—. Nunca me perdería un momento tan importante en tu vida.

Apoyó su frente sobre la mía y el olor de las flores nos envolvió.

—Me encantó tu presentación, estuviste dos veces más espectacular de lo que había imaginado. —Sonrió—. Hay cierta niña de diez años que estaría muy orgullosa de verte ahora mismo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al recordar el día en que le confesé lo que quería estudiar y el miedo que me daba ser una mala arquitecta. Esa niña habría chillado de emoción y yo estaba orgullosa de la persona en que me había convertido. Las lágrimas de emoción me ganaron y Ellis las limpió con una sonrisa en los labios.

No protesté porque arruinaría mi maquillaje, solo disfruté de su cercanía y permití que nos hundiéramos en el silencio. La galería estaba llena de personas, pero él y yo sabíamos cómo encerrarnos en una burbuja.

—Lo siento mucho —murmuró.

—¿Por haber estado escondiéndote de mí en casa de Kirian? ¿Por evitar hablarme de lo que te pasa? ¿Por mentirme?

—Por todo. —Cerró los ojos—. Estaba celoso y no quería aceptarlo. Pensé que era mejor no atormentarte con mi presencia y mis tonterías cuando tenías cosas más importantes que hacer.

Lo tomé de la barbilla.

—Sea lo que sea que sientas, no son tonterías, no para mí.

—Lo sé, pero no quería parecer un niño celoso.

—Igual lo parecías y fue peor fingir.

Se aclaró la garganta.

—Lo siento. No lo supe manejar. La próxima vez…

—¡Alex! —interrumpió la voz de un hombre.

Henry se acercó con un arreglo floral gigante, de rosas rojas y blancas. Tenía una sonrisa deslumbrante y me abrazó por sorpresa.

Me tensé y retrocedí de la manera más educada posible. Dejó el ramo en mis brazos y me costó sostener las flores de Ellis al mismo tiempo.

—Lo hiciste perfecto —dijo con la misma sonrisa—. Se nota tu esfuerzo y lo mucho que practicaste.

—Gra… gracias.

—Ven. Quiero que conozcas al profesor Tirians. Le encantó tu proyecto y le gustaría ofrecerte una maestría para el próximo año.

Henry se percató de la presencia de Ellis, que tenía una expresión indescifrable.

—¿Interrumpí algo? —Miró de uno a otro—. No conozco a tu amigo, Alex. —Le ofreció la mano—. Un gusto. Soy Henry Stewart.

—Ellis Knox —dijo con voz neutral y estrechó su mano.

—¿Knox? —Henry me miró—. ¿El hermano de Erika? Pensé que ustedes dos no se llevaban bien.

Palmeó el hombro de Ellis, lo cual me pareció un movimiento arriesgado porque Henry era varios centímetros más bajo y mi novio tenía cara de querer asesinar a mi exnovio. El corazón me iba a toda velocidad.

—Salimos por casi dos años y lo único que escuché sobre ti fue de peleas adolescentes. —Le sonrió a Ellis—. Me alegra que se lleven mejor, pero, con tu permiso, me llevo a Alex un momento.

Pasó una mano por mi cintura y estaba a punto de mandarlo a la mierda cuando apareció López, mi tutor, acompañado de dos mujeres y un hombre que no conocía de nada. Quité la mano de Henry para que dejara de tocarme, algo difícil de hacer al mismo tiempo que sostenía tantas flores. Cuando di un paso atrás para alejarme de él y acercarme a Ellis, fue muy tarde. Mi novio había desaparecido y solo vi su espalda alejándose entre la gente.

Quise ir tras él, pero los tres desconocidos, profesores de una prestigiosa universidad, me abordaron. Tuve que fingir sonrisas durante media hora. No entendí una palabra de lo que dijeron, pero logré poner a mi tutor entre Henry y yo para que no volviera a tocarme.

La ira y la desesperación iban creciendo en mi pecho con cada segundo que pasaba. Cuando los profesores se despidieron, no me

importó que López estuviera con nosotros y enfrenté a Henry.

—¿Qué demonios haces? ¿Por qué apareces así? ¿Por qué me abrazas y traes flores y finges que no sabes que Ellis es mi novio?

—No tenía idea de que era el hermano de Erika.

Mi tutor fingió no escuchar y se fue en dirección contraria. Llevé a Henry a un pasillo menos concurrido.

—Sabes que es mi novio, lo viste en la Fundación Walton. ¿A qué coño juegas?

—No lo reconocí.

—No te creo y no entiendo qué haces aquí o por qué me traes flores o me abrazas o me felicitas. —Estampé el ramo y tuvo que sostenerlo con ambas manos—. Déjame en paz.

# CAPÍTULO 40

*«Si lo amas, lo dejarás ir. Si vuelve, sabrás que es tuyo. Si no, es que jamás lo fue». Nadie debería vivir con una esperanza tan triste.*

Salí de la universidad llamando a Ellis y no me contestó, tampoco los mensajes. Lucas y Erika no sabían nada de él.

Decidí ir a casa, cambiarme de ropa y conseguir el teléfono de Shanon o Laila a través de Dana. Iría a buscarlo a todas las casas posibles. Ellas me darían la dirección de Kirian.

Sin embargo, al entrar me encontré con Kirian en el salón. Ellis estaba a su lado, con la corbata desatada y los codos apoyados en las rodillas, inclinado hacia delante y con la cara entre sus manos.

Se puso de pie al verme, tenso.

—Te fuiste —murmuré.

—¿Qué esperabas que hiciera?

Me interpuse en su camino para que no escapara.

—No lo sé, ese momento ya pasó, pero ahora espero que me des la cara por todos los días que no lo has hecho y que me expliques cómo te sientes y por qué reaccionaste así para que podamos arreglarlo.

En su rostro no quedaba rastro alguno de la felicidad de unas horas antes. Había un deje glaciar e impenetrable que jamás había

visto en él.

La puerta del balcón sonó al cerrarse tras Kirian, que nos dio privacidad.

—Hablemos —le pedí.

—¿De qué?

—De por qué, si son celos, llevas el problema tan lejos. De por qué después de ignorarme por semanas apareces dispuesto a conversar para arreglar las cosas, me regalas mis flores favoritas y pides disculpas, pero sales corriendo y… —Exhalé un suspiro. No quería discutir—. Entiendo que estés celoso y que puedas…

—Lo que estoy es molesto —interrumpió—. Me molesta ver que yo no tengo una empresa importante que te dé las oportunidades de trabajo que amas, que no pueda darte rosas caras para felicitarte y que me tenga que aparecer con una rama con flores que se mueren en tres días. Me molesta no ser quien conozca a profesores y personas importantes que pueden ayudarte. Me molesta que perdones a ese hijo de puta y que dejes que se te siga acercando después de todo lo que te hizo.

—Con Henry solo mantengo una relación cordial por la situación en la que estamos. Le he dejado en claro los límites, aunque tú no lo hayas presenciado. Y si lo perdono con tanta facilidad es porque no me importa lo que hizo o lo que diga; sus disculpas no valen nada para mí. Lo que sufrí por su culpa es mi carga. Ver que Henry no me interesa para nada lo considero uno de mis mayores avances para superar lo que sucedió.

»Lo perdono porque no quiero perder tiempo hablando con él. Por eso no estoy en esa exposición, con él o de fiesta. Estoy aquí, tratando de hablar contigo porque tú sí me importas, tú sí vales mi tiempo.

—Entonces, ¿por qué no me diste mi lugar cuando apareció? ¿Por qué no le dijiste que soy tu pareja para que no siguiera pasándose de la raya frente a mí?

—Lo hizo a propósito —mascullé—. Él te vio en la gala, nos vio juntos. Quería molestarte y ponerme incómoda.

—Con más razón debías haber dicho algo.

—¡Lo iba a hacer cuando nos interrumpieron y te fuiste sin decir una palabra!

—Pues ¡imagina que hubiese sido al revés! ¿Cómo te sentirías?

Estaba herido, no enojado.

—Entiendo, pero…

—No quiero que me des la razón, o que te compadezcas de mí. Lo único que quiero es no verte.

No pude impedir que se fuera. Al tiempo que la puerta de su habitación se cerró, la del balcón se abrió. Kirian me sujetó del brazo cuando iba a seguir a Ellis.

—Dale un poco de tiempo.

—Ya lo hice. Le di semanas para que hablara conmigo, traté de actuar como si nada a pesar de que me ignoraba y evitaba. Me esforcé para que supiera que yo estaba dispuesta a hablar de lo que él quisiera cuando estuviera listo y mira lo que pasó.

—Solo necesita un poco más de tiempo.

—¿Tiempo para solucionar cosas que nada tienen que ver conmigo? —Los ojos me escocieron—. Yo no quiero influencias, oportunidades o estúpidas rosas. Yo quiero sus flores de cerezo. —Le mostré el ramo que no había soltado—. Quiero al chico que me conoce más que nadie y sabe cuáles son mis preferidas. Lo quiero a él.

—Pero Ellis necesita un par de golpes contra la pared para entenderlo —dijo Kirian con suavidad y puso una mano sobre mi hombro—. Va a regresar pidiéndote disculpas porque ahora mismo está dentro de esa habitación consciente de que se ha equivocado de todas las formas posibles, pero tiene que encontrar la manera de arreglarlo.

—No es justo que me haga esto —musité, derrotada.

—Tienes razón.

Me dejé caer en el sofá y me palmeó el hombro antes de irse a la habitación de su amigo. Cuando salieron para dejar el apartamento, me puse de pie para impedirlo. Ellis no me miró y Kirian me advirtió con la mirada para que siguiera su consejo.

Me enojó escuchar la puerta al cerrarse, saber que yo no había hecho nada mal y que de igual forma me tocaba tener paciencia. Lo

entendía, pero estaba harta de ser la que debía entenderlo.

Puse mis flores en agua, me duché y valoré acostarme a dormir, incluso me metí bajo las sábanas, con la vista fija en el teléfono. Estaba enojada y, a la vez, guardaba la esperanza de recibir un mensaje suyo, de que volviera a casa.

Cuando sonó el timbre de la puerta me incorporé a toda velocidad. Casi me caigo corriendo por el pasillo, pero al abrir la decepción me invadió: era Henry y no Ellis quien me devolvía la mirada.

—¿Qué haces aquí?

Al no obtener respuesta decidí cerrar la puerta, pero lo impidió.

—Por favor, Alex. Escúchame solo un momento.

Tenía la corbata suelta, la chaqueta del traje tocaba el piso porque la llevaba en la mano y su pelo estaba revuelto, como solo lo había visto recién levantado. No estaba borracho, pero había bebido un par de copas.

—Si vienes a disculparte de nuevo, no me importa.

—Quiero que escuches toda la historia.

—No después de lo que hiciste hoy.

Se acercó a mí.

—Por favor, déjame decir lo que llevo semanas guardando.

Lo único que quería era tirarme en mi sofá para esperar a Ellis. Sin embargo, salir del drama de Henry de una vez por todas eliminaría un gran dolor de cabeza.

—Te escucharé, pero no vas a pasar de la puerta y será la última vez que hablemos de algo que tenga que ver con la relación que tuvimos.

Tragó en seco al notar la determinación en mi voz.

—Elsa… ella. —dejó caer la chaqueta al suelo—. No creía en el amor hasta que la conocí. Ella tenía pareja y pasé años siendo su amigo, esperando la mínima muestra de interés por su parte para confesarle lo que sentía.

»Te escondí de ella por miedo a que la mujer de mis sueños pensara que yo no estaba disponible, y lo siento. —Apoyó una mano al marco de la puerta y miró al piso—. Perdón por no haberte

respetado como lo mereces, por no haberte querido de la manera incondicional en que tú lo hacías… Ni siquiera lo intenté.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Soñaba con una mujer que no existía mientras a ti no te tomaba en serio.

—¿Te dejó? —pregunté—. Se enteró de todo y te dejó.

—La dejé yo a ella —murmuró—. Después se enteró de la verdad y, en el fondo, me alegro. —Dejó salir una risa baja—. Esto es ridículo. Me hace feliz que tenga razones para jamás aceptar que volvamos a estar juntos porque soy un cobarde incapaz de decirle que no siento nada por ella. Soy patético.

—Eso pasa cuando idealizas a alguien. —Respiré hondo—. Te formaste la idea de la persona perfecta para ti y pusiste todo eso en alguien que era solo tu amiga. Siempre has sido así. Creas las cosas en tu mente con tanto detalle y precisión que no eres capaz de aceptar que la vida real no es como la arquitectura, y que nada es exactamente como lo imaginamos. La amistad y el amor son muy distintos, el amor en pareja, viviendo juntos o separados, también. —Forcé una sonrisa—. ¿El cuento de hadas no salió como querías?

Negó.

—Quizás si te hubiera dicho la verdad desde que empezamos a salir, me habrías dado un buen consejo a tiempo.

—Puede ser. Soy así de estúpida.

—Es porque tienes la capacidad de entender a las personas con facilidad. En unas semanas me apoyaste y ayudaste más que mis padres a lo largo de mi vida. Estoy convencido de que eres la persona que más me ha querido.

Me quedé en silencio y cuando Henry tomó mi rostro entre sus manos no tuve fuerza en los brazos para evitarlo.

—Eres inteligente y atrevida —murmuró—, nunca lo aprecié. Fui tan estúpido que no vi cómo me guiabas por los mejores caminos con tus consejos.

El corazón me comenzó a latir con fuerza.

—Eres dulce y desinteresada, tanto que ahora me doy cuenta de que muchas veces me pusiste a mí antes que a ti, que estabas

dispuesta a todo por nuestra relación. Eres hermosa de todas las formas posibles y yo un ciego por no haberlo valorado antes.

Dejó un beso sobre mi frente y me estremecí. Las lágrimas corrieron por mis mejillas.

—Dame la oportunidad de ponerte a ti antes que a mí, de darte tu lugar. Dame la oportunidad de recuperar a la mujer que amo de verdad, la única que me ha amado en toda mi vida.

Nuestros rostros estaban muy cerca. Podía oler su perfume y el suave olor del whisky.

—No sabes cuántas veces imaginé esto —confesé.

Henry sonrió y clavó la vista en mis labios.

—No sabes cuánto me arrepiento de haber perdido tanto tiempo contigo —murmuró y se acercó a besarme, pero ladeé la cabeza.

Aparté sus manos de mis mejillas.

—Deseé escucharte decir esto porque quería que todo volviera a ser perfecto —expliqué—, pero el tiempo me permitió ver que nada era como yo creía. Tú idealizaste a una persona al no tenerla y yo te idealicé a ti viendo solo lo bueno mientras estaba a tu lado.

Su sonrisa se desvaneció.

—Creé virtudes donde no las había, te imaginé en escenarios de la vida que yo deseaba cuando es obvio que no compartimos los mismos anhelos para el futuro. Hice muchos planes, te quise tanto y me metí en la cabeza que te amaba con todas mis fuerzas.

»Quería hacerte feliz y tener tu validación. No paraba de buscarla. —Sonreí con pesar—. Ahora dices que me quieres recuperar y me he sentido feliz porque, en el fondo, sigo deseando que me veas capaz, valiente y decidida. Supongo que me engañé al pensar que te había superado del todo.

Me tomó de la cintura y me pegó a él.

—No me superes. No me olvides, por favor.

—Henry, suéltame. —Me retorcí entre sus brazos—. Me estás lastimando.

Mis palabras surtieron efecto y dejó de apretarme contra él. Descansó la frente en mi hombro y exhaló un suspiro.

—Perdóname —suplicó y sus lágrimas humedecieron la tela de mi camiseta—. Haré lo que quieras, pero déjame volver a tu vida.

No pude contestar y eso fue respuesta suficiente. Los sollozos se escaparon de sus labios y cayó de rodillas frente a mí.

—Sé que te lastimé y que fui un imbécil, pero dame una oportunidad. —Alzó la vista y más lágrimas brotaron de sus ojos—. Déjame compensarte por estos meses y por los dos años que estuvimos juntos. Prometo que cambiará, que seremos todo lo que desees y más, que lucharé por ti, por nosotros.

—No te he superado, al menos no lo que nuestra ruptura y nuestra relación ocasionaron en mí —murmuré—, pero lo haré.

Negó repetidas veces y lloró con más fuerza.

—Sin embargo —continué—, ya no te quiero de ninguna manera. No siento nada por ti y no deseo que cambies, que luches por mí o trates de ser alguien que no eres.

—Alex…

—No te aferres a lo que pudo ser y no fue. No te agarres a mí como si fuera tu puerto seguro. No cometas los mismos errores. —Lo tomé de la barbilla para que me mirara—. No vuelvas, no me pidas perdón, el único que podía concederte, ya te lo di.

—Alex, por favor…

—Estoy enamorada de alguien más. Sin saberlo, lo he amado desde que tengo memoria. Si me aprecias, respetarás eso y te mantendrás alejado de mí.

—Si lo piensas mejor…

—No hay nada que pensar. Esto se acabó.

Abrazó mi cintura y lloró como un niño pequeño, pero no volvió a insistir. Ese era el final.

---

Cuando cerré la puerta, el agotamiento ganó y me quedé dormida en el sofá. La luz del amanecer que entraba por el balcón me despertó horas después. Todo me dolía. Iba a ponerme de pie para buscar una pastilla cuando me percaté de que no estaba sola.

Una chica de pelo negro y flequillo corto venía por el pasillo. Llevaba en la mano unos zapatos de tacón alto y se sorprendió al

verme.

—¿Te desperté? —preguntó con voz angelical.

Tenía el maquillaje corrido, la ropa de fiesta hecha un desastre y el pelo revuelto, pero la reconocí. La había visto el día que fuimos a ese bar. Ellis había estado toda la noche con ella y me dijo que no se iban juntos porque la chica tenía que ir a la universidad al día siguiente.

Al parecer, las clases habían terminado porque estaba saliendo de la habitación de Ellis.

# CAPÍTULO 41

*Duele más la traición cuando entregas tu confianza con facilidad. Poco a poco van aplastando esa cualidad. Después preguntan por qué no confías en nadie y te juzgan por exigente o insegura.*

—Lo siento —murmuró la chica—. Quería salir sin hacer ruido.

No necesitaba dejar que mi imaginación volara para entender lo que estaba pasando.

—Ya me voy… Es tarde y… —Estaba incómoda, no podía culparla —. Un placer conocerte. Espero que nos volvamos a ver.

No me pude mover cuando desapareció. Mis músculos estaban tensos, dormí terrible, pensando en él y en cómo arreglar las cosas, lidiando con Henry. Mientras tanto Ellis se había ido de fiesta y había decidido traer a una chica a casa.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. De nuevo lo mismo: mi confianza traicionada, hombres descartándome como si fuera basura. Henry ocultándome y jugando conmigo. Ellis andando con otra cuando las cosas se ponían complicadas en vez de enfrentar los problemas.

La ira me impidió llorar y, aunque irme habría sido más inteligente, no pude controlarme. Abrí la puerta de la habitación de

Ellis con un manotazo. Dio un respingo y la sábana se deslizó por su torso desnudo.

No era solo que andaba con otra chica, habían follado. El corazón me iba tan rápido que sentí el golpeteo en mi sien. Me dolía la cabeza y las manos me temblaban.

—Parece que le tomaste el gusto a lo de emborracharte. ¿Ahora me dirás que no recuerdas nada?

Se sostuvo la cabeza y miró a su alrededor. Estaba disperso, todavía algo borracho, pero al ver la ropa tirada por todos lados y que solo llevaba ropa interior, el miedo se reflejó en su rostro. Cada recuerdo de la noche debía estar cayendo en su lugar.

—¿Este era el tiempo que necesitabas? ¿Para irte de fiesta, enrollarte con alguien y traerla a casa?

Seguía mirando a su alrededor, sin palabras, y su silencio solo me hacía enojar.

—¡Respóndeme!

—No tienes que gritar.

—¡¿Te molesta la resaca?! ¿Te hago un té? ¿Te celebro que hayas pasado una buena noche y que hayas follado con otra?

Solo se frotó la frente y apartó la vista.

—¿No dirás nada? —Me parecía estar en una pesadilla—. Ayer desapareciste, me dejaste con la palabra en la boca y esperando por ti para que…

—Yo no te pedí que esperaras por mí.

Un balazo me habría dolido menos.

—Cierto, pero soy tonta y lo hice. Cuando abro los ojos, lo primero que veo es a otra mujer saliendo de tu habitación.

—No sé de qué hablas.

—¿No te acuerdas de la chica con la que estabas en el bar hace unos meses?, la misma que me acaba de dar los buenos días. ¿Piensas que porque no recuerdas las cosas puedes hacer como si no hubieran pasado?

—¿Y qué si no me acuerdo? —Se incorporó súbitamente—. ¿Qué pasa si no tengo idea de lo que hablas?

—¿Te estás escuchando? Suenas como un cretino.

—¿Y qué? Bebí de más, no me acuerdo de lo que pasó y no te debo explicaciones.

Se sentó al borde de la cama. Me costó juntar las palabras. El Ellis que yo conocía jamás diría eso.

—¿Piensas que no me debes respeto?

—¿Por qué debería?

Seco, aburrido, mirándome con cierto asco.

—Somos pareja —murmuré para controlar mi enojo—. En ningún momento dijimos que esta era una relación abierta. Todo lo que escuché de ti es que quieres estar conmigo, que nos casaríamos, que yo soy esto y aquello, la mujer de tu vida, tu único amor… ¿Quién dice esas cosas y después es infiel?

Soltó una carcajada.

—¿Infiel?

—Sí. Así se llama cuando tienes novia y te vas a la cama con otra.

Ladeó la cabeza con una falsa sonrisa.

—Tienes razón, esa es una excelente definición. Así que dime… ¿Qué significa que estemos en una relación, pero que te sigas viendo con tu ex?

—Sabes muy bien por qué estoy obligada a verle la cara.

—Sí. Tu tesis, tu trabajo… Justificaciones.

—¡Es la realidad! Deja de darle significado a algo que no lo tiene. Estos celos son estúpidos y enfermizos. No es normal todo lo que dijiste ayer, de ser quien me regala no sé qué flores o me da trabajo… Nada de eso hace que una relación sea buena o funcione.

—Entonces, ¿qué lo hace?

—¡Lo que pensé que tú y yo teníamos! Comunicación y amistad y ganas de compartir tiempo juntos, pero ante el primer malentendido te tragas tus sentimientos, me ignoras, me alejas y… ¡Y ahora te follas a otra en nuestra casa! Después de todo lo que pasó con Henry y lo que me has visto sufrir, ¿haces eso?

Contuve las lágrimas de rabia. Su expresión imperturbable lo hacía todo más difícil.

—Deja de darle significado a algo que no lo tiene —dijo con toda la intención de lastimarme al usar mis palabras—. Me reclamas por

eso, pero aquí estás, haciendo lo mismo.

Me mordí el labio y me tragué las lágrimas.

—¿Te estás escuchando bien?

—No estoy sordo.

—Entonces el alcohol de ayer te convirtió en un hijo de puta.

—¿Por qué siempre es importante cuando te lastiman a ti, pero no lo es cuando tú lastimas a los demás?

—¿De qué hablas? Esto es tu culpa, de las inseguridades que arrastras desde la adolescencia por lo que sucedió.

Frunció el ceño.

—¿Inseguridades?

—Porque lo nuestro se arruinó en el pasado, porque te rechacé y me odiabas. Porque eso te llevó a aislarte. No sé, dímelo tú, si es que puedes exteriorizar tus sentimientos porque hasta ahora me has demostrado lo contrario.

—Quizás no puedo hablarte del tema porque eres la principal culpable de esas inseguridades.

Negué repetidas veces.

—Yo también sufrí. Cargo cosas de esa experiencia y no voy culpando a Erika porque me hizo escoger entre tú y ella.

—Dices que sufriste, pero las decisiones las tomaste tú y la que me hizo mierda fuiste tú. ¿De quién es la culpa?

—¡¿Y qué quieres que haga?! ¿Me clavo un puñal en el pecho? Me voy al pasado y le reclamo a una niña que no sabía cómo lidiar con un problema porque ¡era una niña! —Cerré las manos en puño para que me dejaran de temblar—. Todos llevamos cargas y nadie tiene derecho a ponerlas sobre los hombros de otra persona. No lo haré con las mías y no voy a permitir que tú lo hagas con las tuyas, mucho menos para convertirme en la villana de la historia.

—Pensé que las parejas compartían cargas, que era parte de estar en una relación —se burló.

—Ayudarse, no hacerse responsable de lo que no te pertenece. Vivimos algo que nos marcó, pero éramos pequeños y pensé que lo habíamos dejado claro, que lo íbamos a sanar juntos, que…

—¡Pues no pasó! ¡El mundo perfecto de Alex no se arregló con tres conversaciones! ¡Qué sorpresa!

—¡Vete a la mierda con tu sarcasmo! —exploté—. No me toca arreglarte para que sepas estar en una relación madura donde te sientas como un adulto y hables de…

—Nadie te pidió ayuda en nada, Alexandra. Ese es tu problema, que te metes donde no te llaman.

Se paró de la cama y se puso un pantalón de un pijama. Me estaba lastimando a propósito, como en el pasado. En ese entonces me habría puesto a la defensiva y habría sido un escudo protector. En los últimos meses, dejé caer mis defensas y era imposible hacer lo mismo, verlo como un enemigo.

Se puso a recoger la habitación como si yo no estuviera ahí.

Tenía que haberle hecho caso al pensamiento lógico antes de abrir su puerta. De haberme ido no estaría ahí parada, como una estúpida, anhelando que él cambiara de actitud. Me había sido infiel y yo seguía ahí, patética y con el corazón hecho pedazos.

—Ellis, ¿de verdad pasó algo con esa chica?

No contestó y me sentí la misma Alex que le creía todo a Henry cuando lo que debía hacer era mandarlo a la mierda y jamás mirarle a la cara.

—Dime la verdad —insistí, tragándome el orgullo que me quedaba—. Si dices que no pasó nada, te creeré.

Me estaba arrastrando por algo de amor, para no volver a sentir la decepción, con tal de no aceptar que alguien a quien le di toda mi confianza la había traicionado.

—¿Qué pasa si estuve con alguien más? —Dejó la ropa sobre la cama—. ¿No fue lo que hiciste tú?

—¿De qué hablas?

—Tú y Henry. Aquí, ayer en la noche, dos horas después de que yo me fuera.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—¿No dirás nada? ¿Se te acabaron las mentiras? Ya no puedes seguir repitiendo que no hay nada entre ustedes, que es tu obligación o que no te importa. Te escuché decir todo lo contrario.

Mi cuerpo dejó de temblar. La rabia, el dolor, las heridas que había causado con sus palabras, todo desapareció. Quedé con un peso sobre los hombros y completamente vacía.

—Responde, Alex.

—Viniste.

—Sí, como el tonto que soy, como siempre lo he sido contigo. Era evidente que había algo con ese tipo, de otra forma no lo habrías perdonado tan fácil, pero yo seguía repitiéndome que era idea mía, que tenía que confiar en ti.

»¡Me sentí culpable por haberte rechazado e ignorado estas semanas! ¡Me quería pegar contra una pared después de todo lo que te dije ayer! Volví para pedirte perdón y lo encontré aquí.

Por eso se estaba comportando como un imbécil. Pensaba que yo lo había traicionado.

—Supuse que si le decías con tanta dulzura cuántas veces habías imaginado que él venía a pedirte perdón y dejaste que te besara, no tenía mucho sentido que yo siguiera, como siempre, esperando las migajas de cariño que tú estuvieras dispuesta a darme.

Bajé la mirada y cerré los ojos para soportar el mareo.

—Y por eso te follaste a otra —murmuré sin poder creer que aquello estuviera sucediendo—. ¿También le dijiste que se dejara ver para lastimarme más?

—No, pero si así fuera, no lograría nada. —Forzó una sonrisa—. Entre tú y yo siempre es uno el que de verdad sufre, el otro solo finge… Como tú ahora mismo, a punto de llorar como si no fueras la culpable de este desastre.

Tomé aire lentamente. No iba a llorar, no esta vez, no frente a él.

No sabía qué me dolía más: la infidelidad, la traición, su falta de confianza en mí o la premeditación para lastimarme. Definitivamente, estaba en esa primera estúpida etapa del duelo: shock.

—Viniste a disculparte, escuchaste algo que le dije a Henry, te fuiste, te liaste con otra y la trajiste aquí —dije en voz baja y calma. No respondió—. Es bueno saberlo.

Le di la espalda, pero se interpuso en mi camino.

—¿Eso es todo? ¿No me vas a dar una explicación? ¿No merezco el mismo respeto que me estabas exigiendo? ¿O es que ya no tienes mentiras para justificarte?

Alcé la vista y me encontré con sus ojos azules llenos de lágrimas. La falta de comunicación nos llevó a un callejón sin salida. No había explicación que arreglara una infidelidad. Volver el tiempo atrás era imposible.

—No tengo nada que decir, Ellis. Ya sabes lo que querías saber.

Me puse los primeros zapatos que vi y me fui del apartamento.

# CAPÍTULO 42

*Y no hay tristeza sin algo de felicidad.*

Los días que le siguieron a esa mañana resultaron peor de lo que había imaginado. Ellis no desapareció del apartamento como la vez anterior, sino que aparecía en donde yo estuviera para lanzar indirectas, sin importar que hubiera alguien presente.

Lo ignoré y me limité de contarle a Erika parte de lo sucedido. Le pedí que no hiciera preguntas. No estaba lista para aceptar la realidad y mis problemas no eran lo más importante que estaba sucediendo. Faltaban tres semanas para su boda y quedaba mucho por planear.

Era sábado en la tarde y finalmente estábamos camino a ver la casa de campo donde debía ser la boda si es que a Erika le gustaba. Si no, tendríamos un problema más por resolver.

—¿Vas a seguir sin contarnos por qué Ellis actúa como un imbécil cada vez que te ve? —preguntó Dana.

Paramos en una gasolinera a mitad de camino para comer algo y me había distraído mirando a través de la ventana de la tienda mientras ellas conversaban.

—No estoy de ánimo.

—Pues yo cada vez que lo veo y dice una estupidez me dan ganas de pegarle. —Miró a Erika—. Desde el respeto, es tu hermano, pero lo odio.

—Yo tampoco estoy contenta con su actitud y también se niega a contarme todo lo que pasó.

No quería ni imaginar lo que dirían si se enteraban de que Ellis se había follado a otra porque creía que lo había engañado.

—Porque no tiene nada que ver con ustedes y déjenlo decir lo que quiera. A mí no me molesta, no le den importancia. Que se revuelva en su miseria.

Varias veces me encontré pensando por qué no estaba enojada con él. Me costó entender que, entre tanto caos, la infidelidad era lo de menos. Sentía dolor e impotencia por lo fácil que le fue malinterpretar una situación, porque pensara que lo había traicionado y porque corrió a hacer algo que me lastimara. Eran sus acciones y su intención lo que me destrozaban, las palabras que usaba cuando nos cruzábamos me importaban poco.

—Boda —dije y ambas me miraron con el ceño fruncido—. Erika y Lucas. Viaje. Mucho trabajo por hacer. Despedida de soltera. Eso es lo único que me importa ahora mismo, y no estoy huyendo de mis problemas, estoy estableciendo prioridades.

Estuvieron de acuerdo y continuamos el viaje por otra hora hasta la casa palaciega en medio del campo. Era, sin lugar a dudas, hermosa. Los jardines estaban bien cuidados, la fachada cubierta de enredaderas de las que brotaban flores violáceas y el interior mantenía la estética clásica de dos siglos atrás.

Erika dio un sí rotundo sin haber puesto un pie en el vestíbulo. Cuando vio el jardín trasero, el lugar dedicado a las ceremonias de casamiento, quedó enamorada. Sería una boda pequeña, con no más de cincuenta invitados, y la cantidad de habitaciones del lugar eran suficientes para los que viajarían para asistir.

—Es perfecto —repetí por décima vez cuando me preguntó sobre la iluminación al atardecer mientras revisábamos las fotos que habíamos tomado—. Además, ya tienes un excelente fotógrafo que me encargué de reservar.

Dio saltitos en el lugar con una sonrisa gigante.

Nos quedamos en la zona de los jardines donde se celebraría la cena después de la boda. Dana se fue con la dueña del lugar para inspeccionar las habitaciones. Abracé a Erika con fuerza.

—Me muero de nervios y no sé si es porque ya hice el examen de grado y ahora me toca esperar semanas para tener los resultados o porque falta tan poco para la boda y tenemos demasiado por hacer.

—Respira —dije al notar que hiperventilaba—. Todo va a salir bien, por algo soy tu dama de honor y Dana la más estricta organizadora.

—La mujer es un general de ejército —murmuró—. Creo que la dueña de la casa le tiene miedo.

Reímos al unísono. Erika me besó en la mejilla y pasó un brazo por encima de mis hombros.

—¿Estás segura de que todo estará bien?

Se refería a Ellis, lo vi en su mirada. Preocuparse era parte de su naturaleza maternal.

—No he estado bien por meses. Haber sido feliz por unas semanas para que después… —Bufé—. Estar con Ellis me hizo darme cuenta de que no es solo tiempo y ayuda de mis amigas lo que necesito para superar lo que pasó. —Tomé una bocanada de aire—. Iré a terapia.

—¿Es en serio?

—Será por lo que viví los últimos meses, por mi infancia y lo que jamás sané y sigue conmigo desde que soy una niña. Esto no es solo por Ellis o Henry. Tiene que ver con mi madre y mi padre, los malos momentos en el instituto; lo estricta que soy conmigo misma.

Erika me abrazó.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—La primera vez que lo pensé sentí que era una tontería —murmuré—. Hay razones más fuertes para pedir ayuda profesional, problemas peores que superar a tu ex.

—La ayuda se pide cuando se necesita, sin importar la situación en la que estés.

—No quiero que las experiencias de los últimos meses me dejen marcada para el resto de mi vida. —No quería, como Ellis, seguir cargando con el pasado—. No me quiero convertir en la persona que

niega sus sentimientos, la que no confía en una pareja o la que es incapaz de ver un futuro con alguien solo porque depositó su confianza en la persona equivocada. No quiero sentir la necesidad de arreglar a cada persona que amo y no poder estar en paz a menos que todo sea perfecto, porque nunca nada lo es. Siento que si no exploro lo que la ruptura con Henry dejó en mí no podré plantearme hacer una vida con alguien más.

—Estás tomando una decisión muy valiente.

—¿Qué secretos cuentan en mi ausencia? —dijo Dana al aparecer de la nada—. ¿Por qué siempre me dejan fuera?

—Le dije a Erika lo de la terapia. Ya te lo había contado.

Nos sacó la lengua.

—Bien, porque no me gustan los secretos. Nada de secretos entre nosotras. Mira lo que le pasó a la pobre de Erika cuando se enteró de que Ellis y tú…

—Basta —interrumpió mi amiga con los ojos cerrados—. Pensar en lo que vi ese día me da ganas de vomitar.

—La dejaste traumada —me reprochó Dana con sorna, pero su risa se apagó cuando Erika salió corriendo hacia el árbol más cercano y vomitó.

—Lo siento —balbuceó Dana cuando nos paramos junto a Erika para ayudarla—. Pensé que lo del vómito era broma. ¿Tan mal te quedaste por sorprenderlos…?

—No es eso.

Erika se limpió la boca con la servilleta que le di y se sostuvo el estómago.

—Creo que llegó la hora de contar un secreto —musitó—. Pero no le pueden decir a nadie.

Se irguió en el lugar y respiró. El color volvió a sus mejillas poco a poco.

—Estoy embarazada.

Nos quedamos en silencio. No sabía si era una broma, pero la idea de un bebé con rasgos de mi amiga y de Lucas se fue formando en mi mente. Me imaginé cargándolo y diciéndole que me llamara tía cuando Dana chilló de la emoción y abrazó a Erika.

La euforia que se apoderó de mí cuando fue mi turno de felicitarla hizo que me pusiera a llorar. Erika se veía feliz, radiante y emocionada al contarnos cómo lo descubrió. No lo habían planificado, pero los dos querían tener el bebé.

—¡Serán tías! —chilló Erika cuando nos abrazamos las tres de nuevo—. ¡Mi madre va a poner el grito en el cielo cuando se entere!

—Y tu padre enloquecerá diciendo que nada de niños hasta después de los treinta.

Soltó una carcajada al recordar los regaños burlones que nos daba cuando éramos pequeñas. Volvimos a chillar y saltar, las tres emocionadas.

—¿Por qué no seguimos gritando en el camino de regreso? —preguntó Dana y se detuvo—. No vamos a limpiar ese vómito, y si la dueña del lugar se entera puede que cancele tu reservación.

Huimos de la escena del crimen para pasar a la fiesta de celebración en el auto. Por primera vez en los últimos días me sentí tan feliz que olvidé todo lo demás.

# CAPÍTULO 43

*No hay herida más profunda que la que crea nuestra imaginación en la búsqueda de la verdad.*

Salí de casa con las pruebas de impresión de las invitaciones para la boda. Erika no había podido pasar a recogerlas y estaba de compras con su suegra. Como Dana seguía ocupada con el servicio de catering, me encargué yo.

En lo que esperaba el elevador, del apartamento salieron Ellis, Kirian y, para mi nada grata sorpresa, la chica de aquella mañana. Había entrado y salido a toda velocidad con tal de evitar un encuentro; no sabía que estaban ahí.

—Hola, Alexandra.

Ignoré el sarcasmo en el saludo de Ellis.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —preguntó Kirian—. Me ofrecí a ayudar, pero dice Ellis que no hace falta.

Necesitábamos mucha ayuda, pero a Ellis le importaba poco la boda y su hermana.

—Estamos solucionándolo todo entre Dana y yo, con ayuda de Lucas y sus padrinos.

—Tranquilo, Kirian. Alex tiene un novio con buenos contactos.

Kirian no dijo nada, pero la chica de pelo negro arrugó las cejas.

—Pensé que tú y Ellis…

El elevador abrió y, de reojo, vi cómo Kirian le daba un coscorrón a la chica.

—¡No me pegues! Seremos mayores de edad, pero igual puedo quejarme con papá cuando me maltratas.

Las puertas del elevador cerraron.

—Me da igual la opinión de tu padre.

—*Nuestro* padre. —Le dio la espalda y me ofreció la mano—. Soy Kalia, la hermana de este insoportable.

Miré a los chicos sin entender. Era la hermana de su mejor amigo y la usaba para follar por despecho. Ese no era un comportamiento que encajara con el Ellis que conocía… Pero ese era el mismo Ellis que había escogido no confiar en mí a pesar de que le abrí mi corazón. Todo era posible.

Estreché la mano de Kalia. Ella no era responsable de nada, quizás ni sabía de mi existencia en la vida de Ellis.

—Por culpa de estos dos borrachos no me pude presentar el día que nos vimos.

Miró a los chicos con mala cara, pero a mí me dio una sonrisa.

—Deja de protestar —masculló Ellis.

—No. Mejor protesta todo lo que quieras —dijo Kirian—. Di las razones por las que nos odias.

—Son insoportables.

—Cállate, Kalia.

—Desahogate, hermanita.

—Basta, Kirian.

—¡Ya cállense los dos! —Estalló la chica y yo cada vez entendía menos—. Nunca más volveré a salir con ustedes. Es la tercera vez en el mes que tengo que cargar con un par de borrachos.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque sí —masculló Ellis.

—Cuéntale la verdad a Alex, hermanita —intervino Kirian—. Ella es la única que sabe poner a Ellis en su lugar.

Kalia se giró hacia mí.

—Pues te aconsejo que lo encierres y jamás lo dejes beber.

Ellis, tenso y con las manos en los bolsillos, tenía la mirada clavada en el suelo.

—¿Recuerdas el día que estaba en tu apartamento a las seis de la mañana? —preguntó Kalia—. Pues mi querido hermano estaba inconsciente en el asiento trasero del auto y casi tuve que cargar a Ellis hasta su habitación. —Se señaló de pies a cabeza—. Solo tengo dieciocho años y peso la mitad que ellos.

Kirian tenía una media sonrisa en los labios.

—Además, Ellis se empezó a quitar la ropa cuando lo dejé en la cama. Qué asco.

—Siempre hace lo mismo —se burló Kirian—. Hay borrachos que les da por quitarse la ropa. ¿Tú que crees, Alex?

Se me fue el alma a los pies. Ellis no me había engañado.

—No volveré a salir con ustedes cuando haya bebidas alcohólicas de por medio. —Kalia se cruzó de brazos y les dio la espalda para hablarme a mí—. Pero contigo sí saldría. —Me sonrió—. Ellis me contó que eres muy divertida cuando…

—¡Ya basta, Kalia! —espetó Ellis y quedamos en silencio.

Estaba claro que no había nada entre ellos. El corazón me iba a toda velocidad y traté de entretenerme al revisar las invitaciones. No podía permitir que mis planes se arruinaran por…

«Faltan invitaciones».

El día anterior había dejado mis preferidas sobre la mesa de la cocina.

Las puertas del elevador se abrieron en el primer piso y no me moví.

—¿No vienes con nosotros? Podemos llevarte a donde quieras.

—Yo… Se me quedó algo arriba, tengo que…

—Y a mí se me quedaron las llaves del auto. —Kirian le dio un empujón a Ellis que tuvo que volver a entrar al elevador con tal de no caerse hacia delante—. Búscalas en tu habitación. Las dejé cerca de la montaña de ropa que llevas días sin doblar.

Tocó el botón del piso veintidós y las puertas se cerraron antes de que pudiéramos protestar. El silencio fue tan incómodo que el impulso me dijo que detuviera el elevador y usara las escaleras, sin importar que me dejara las piernas en el camino.

—Bueno. Ya sabes que no te engañé —dijo Ellis y me dio una falsa sonrisa—. Ahora no podrás andar con la conciencia tranquila. Eres la única traidora.

Cerré los ojos y fingí no escucharlo.

—Kalia es mi amiga y la hermana pequeña de Kirian, jamás me liaría con ella, mucho menos jugaría con sus sentimientos. A diferencia de otras personas egoístas a las que solo les importa su bienestar.

Me tragué las palabras que le quería escupir.

—Por cierto… ¿qué tal va tu reconciliación oficial con Henry?

Era un hijo de puta, con todo el respeto que merecía su madre, a la que yo adoraba.

—¿Irán juntos a la boda? —No hablé—. Oh, vamos, Alex, contéstame. Necesito saber si debo conseguir una cita. Me gusta ser patético y arrastrado, pero hay un límite. Presentarme solo a la boda de mi hermana mientras tú…

—¿Por qué no negaste que te habías follado a otra?

Se mostró confundido ante mi reacción.

—Es bastante obvio.

—No para mí.

—Jugaste conmigo por segunda vez y me fui a beber y a llorar como el ridículo que soy. Si te creías que había pasado la noche con otra, heriría tu orgullo, aunque fuera poco y así mantendría algo de dignidad, pero la mentira ya se fue a la mierda. Vuelvo a ser el patético de siempre.

—Si me hubieras explicado, habría sido distinto, yo…

—Corta la actuación.

Me temblaron las manos por la ira. Si explotaba y decía la verdad el problema se volvería más grande y no podía permitirlo, no hasta después de la boda… o nunca, si podía evitarlo.

—Ves. Silencio. —Se cruzó de brazos—. Me da algo de tranquilidad ver que no eres capaz de inventar un montón de mentiras para salvarte y seguir pretendiendo ser la chica buena que solo quiere ayudar a todos.

Me giré al panel del elevador. Íbamos por el piso dieciséis y presioné el diecisiete, no se detuvo y presioné el dieciocho y el

diecinueve.

—Se va a bloquear.

—Quiero salir de aquí —espeté, marcando todos los botones y el elevador se detuvo abruptamente.

—Te lo dije.

Nos quedamos atrapados y Ellis presionó el botón de ayuda.

—Siempre tienes que cagarla —masculló.

Estaba ardiendo de rabia. Quería gritarle, pero me aguanté las ganas. No era la primera vez que me quedaba encerrada en el elevador. El conserje llegaba a los diez minutos, solo tenía que soportarlo por ese tiempo.

—No siempre puedes salir corriendo —se burló—. La verdad duele, pero hay que aceptarla.

—Cállate de una buena vez —murmuré con voz temblorosa.

—No sé por qué te enojas si a ti nada de esto te afecta. Te irás a la maestría perfecta con el hombre de tus sueños. Te casarás, cumplirás tus fantasías y tendrás tu final feliz. Deberías estar contenta.

—¡Cállate antes de que arruines el poco respeto que me queda por ti!

—¿Respeto? ¿Tú a mí? —ironizó—. Tú no sabes el significado de esa palabra.

—Y lo dices porque escuchaste mi conversación con Henry.

—Sí, y entiendo tu elección. Entre él y yo nunca existió una competencia; sabíamos que él siempre iba a ganar.

—¿Será eso o que estabas buscando una excusa para salir huyendo de nuestra relación?

—No funcionará que trates de victimizarte. Nadie me hizo la historia, yo estaba escuchando cuando…

—¡Pues debiste haber escuchado más!

La sonrisa desapareció de su rostro. La verdad a punto de caer sobre la mesa. No iba a permitir que siguiera atormentándome.

—Si esa noche regresaste a arreglar las cosas y nos viste, tenías que haberte quedado unos minutos más, escuchando a escondidas hasta el final de la maldita conversación.

—¿Qué quieres decir con eso?

Estaba harta de tragarme mis sentimientos.

—Quizás debí haberte confesado que te quiero con más intensidad, que te he querido siempre, que te amo desde que tengo memoria. Quizás debí haberte dicho que jamás te traicionaría, que siempre iría de frente contigo y que el único que podría hacer cambiar mis sentimientos por ti eres tú mismo.

—Alex, deja de…

—Quizás no debí darte tanto tiempo cuando vi que estaba celoso y evitándome. Puede que si no hubiera intentado respetar tu espacio, me habrías prestado atención y yo habría podido solucionarlo, pero ¿por qué tendría que arreglar algo que no es mi culpa? ¿Por qué tendría que sobrepasar los límites de alguien más para hacer que una relación funcione? ¿Por qué tendría que ocuparme yo sola de solucionar algo cuando la relación es de dos?

Mis ojos se llenaron de lágrimas y la expresión de desconcierto en el rostro de Ellis no me ayudaba.

—Quizás es porque el problema no soy yo. Tus inseguridades no son mi culpa y puedo decirte que no hay, y nunca ha habido, una competencia con ninguno de los hombres en mi vida, porque tú siempre has tenido mi corazón. Pero eso no cambiará lo que tú piensas. Tú te sientes menos cuando no lo eres. Tú te atormentas con fantasmas y yo habría estado dispuesta a ayudarte, pero no puedo solucionarlo todo por ti.

Las lágrimas escaparon de mis ojos, pero me mantuve tranquila.

—Quizás debías haberte quedado a escuchar cómo le decía a Henry que lo nuestro se había terminado. Quizás debías haberlo escuchado de mí, pero desde las sombras, porque está claro que si te lo digo a la cara no me crees, nunca me creíste porque no confías en mí.

Negó repetidas veces.

—No trates de…

—La conversación fue larga y tú solo escuchaste lo que querías.

—Yo vi cómo te pedía una oportunidad. Estaba a punto de besarte y no te negaste, le dijiste que era lo que deseabas escuchar y…

—Y te fuiste.

Presioné repetidas veces el botón de alarma, desesperada por salir. Me tomó del brazo para que me detuviera.

—Dime qué le dijiste.

—¡¿Qué más da que te cuente lo que pasó?!

—Hazlo.

—Perdiste tu oportunidad de pedirme explicaciones, las que te habría dado sin problemas si no fuera porque te comportas como un niño pequeño.

—Por favor, explícame lo que de verdad pasó.

—No te importa. —Me solté de su agarre—. Ya no quiero decirte nada, no quiero verte. Guardé silencio por tiempo suficiente, aguantando tus…

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Crees que iba a darte explicaciones después de ver lo fácil que te fue no confiar en lo que sentía por ti? Pensé que te habías ido corriendo a follar con otra.

—Yo no…

—Ya sé que no pasó nada entre tú y ella, me acabo de enterar… ¡Una semana más tarde y no gracias a ti!

—¡Me estaba volviendo loco después de escuchar esa conversación! ¿Cómo querías que reaccionara? Fui un estúpido, solo aproveché lo que habías malinterpretado para lastimarte.

Se escuchó un ruido al otro lado de la puerta del elevador.

—Esa es la diferencia entre nosotros. En tu lugar, yo te habría pedido una explicación; jamás habría tratado de hacerte daño.

Las puertas se abrieron y salí con ayuda del conserje. Ellis me llamó, pero corrí escaleras arriba para recoger las invitaciones de boda y bajé a la misma velocidad con tal de no volver a coincidir con él.

# CAPÍTULO 44

*Pedir disculpas es más fácil que aceptar que una disculpa no siempre arregla el desastre en el que nos metimos.*

—¡No pongan las sillas de ese lado! —chilló Dana.

—¡Me dejarás sorda!

—Lo siento. —Le dedicó una mirada asesina a Ellis y sus amigos que acomodaban las sillas—. Parece que nadie escucha lo que digo.

Mi mirada se encontró con la de Ellis y le di la espalda.

—¿No han vuelto a hablar?

—No hay nada que hablar.

—¿Lo bloqueaste?

—Sí, pero en la vida real eso no se puede hacer.

—Lamentablemente, aún no.

Me concentré en hacer el conteo de las sillas por mesa y que la organización coincidiera con la que habíamos diseñado. En dos días sería la ceremonia y la fiesta al aire libre.

—Yo no creo que te fuera infiel —dijo Dana.

—Yo tampoco, ese es el problema. Si es un infiel, no le buscas razones, se convierte en un hijo de puta y ya, pero lo que hizo es…

—¿Digno de un imbécil?

No quería aceptarlo, pero me aliviaba saber que no se había ido con otra chica. Sin embargo, la situación no mejoraba porque el problema principal seguía existiendo: no confiaba en mí.

—Concentrémonos —le pedí.

Hicimos un par de pruebas con el fotógrafo para tener claro lo que buscábamos, siempre cumpliendo las indicaciones que Erika nos había dejado. Al caer el sol, pasamos a la cocina donde ya estaban terminando el ensayo del menú completo.

Nos atiborramos a canapés y bocadillos mientras esperábamos a Erika y Lucas.

—¿Están buenos? —preguntó un chico de pelo rubio bajo una redecilla.

Era parte de la compañía de catering. Casi me atraganto por lo encantador que se veía al sonreír.

—Sí, es... —Me aclaré la garganta—. Todo es muy comible.

«¿Qué mierda acabo de decir?».

—Quiere decir que le gusta mucho el menú —intervino Dana—, pero se pone nerviosa cuando ve a un hombre guapo.

—¡Dana!

Todos en la cocina nos miraron, incluyendo a Ellis. Le sonreí al chico rubio.

—La comida es excelente. —Le extendí la mano—. Un gusto, soy Alex, dama de honor.

Estrechó mi mano.

—Un gusto, Alex, dama de honor. Soy Eren, *sous chef.*

—Excelente trabajo, *sous chef.*

—Si se lo dices a mi jefa, quizás me suba el sueldo. Lo necesitaría para invitar a salir a una chica esta noche.

Reí por lo bajo.

—Estoy segura de que podrás pagar una cena.

Negó repetidas veces.

—No me pagan hasta el mes que viene, me explotan —bromeó —. Pero quizás si a esa chica le gusta mi comida, podría cocinar para ella. ¿Qué te parece?

Abrí la boca y no salió sonido alguno. No sabía si acababa de malinterpretar una invitación a cenar.

—Qué raro liga la gente ahora —murmuró Dana.

Le di un codazo con disimulo.

—Perdona a mi amiga. Parece que bebió de más, la vi cerca de los licores.

—Estoy más que sobria, solo digo la verdad.

Nos dejó solos y Eren rio por lo bajo.

—Tu amiga tiene razón, no soy bueno ligando.

El corazón me subió a la garganta.

—Me estás invitando a…

—No, tranquila, no es a mi casa ni a cocinar para ti, pero… —Sonrió de medio lado—. Si quieres ir a cenar, me gustaría invitarte.

—No puede —intervino Ellis al salir de la nada, cargando un botellón de agua—. En pocos días es la boda, estará ocupada, pero quizás más adelante.

Me tomó de la mano y me sacó de la cocina. Soltó el botellón en la primera esquina y me llevó por un pasillo desierto.

—¿Qué crees que haces? —Le clavé las uñas en el brazo para que me soltara—. ¿Te volviste loco?

—Por favor, no salgas con él —dijo al interponerse en mi camino.

—¿Por qué no lo haría?

—Por favor, Alex. No tengo derecho a…

—Déjame en paz.

—No hagas esto. Sé que es mi culpa. Dame la oportunidad de arreglarlo.

—Esas palabras me suenan familiares y es porque las has dicho muchas veces en los ultimos meses.

—Déjame volver a intentarlo.

—¿Echarás el tiempo atrás? ¿Cambiarás todo mágicamente?

—Trataré de entender que tengo un problema, uno contigo porque eres la única persona con la que he querido tener algo serio y aun así lo arruino porque…

—Porque no estás preparado para tener una relación.

—Tienes razón, pero lo que hice, no aclarar lo de Kalia, no confiar en ti, escuchar esa conversación y no darte tiempo a contarme tu parte de la historia, ir sacando conclusiones que… —Se revolvió el pelo—. No es excusa, pero estaba dolido y no pensé en nada de lo

que habíamos vivido ni en lo bien que te conozco. Tenía miedo de que te volvieras a alejar de mí, que fuera como en el pasado, que hubieras jugado conmigo. Tenía miedo de sufrir…

—Ya pasó el momento de la conversación que podía haberlo aclarado todo —le interrumpí—. Lo echaste a perder y no, no voy a decir que es responsabilidad de los dos, porque por una vez en mi vida no pienso cargar con culpas ajenas.

—Alex. —Me detuve con su llamado—. Lo siento. Tienes razón, tengo un problema que me toca solucionar a solas… Y no es justificación, pero… eres la mujer más especial que conozco —dijo en voz más baja y lo miré a los ojos—. ¿Por qué alguien como tú querría a alguien como yo? Siempre pensé lo mismo. No fuiste tú quien puso esa idea en mi cabeza.

Su mirada era la del Ellis de trece años bajo el cerezo, regalándome una carta y un collar al confesar sus sentimientos. No quería seguir viéndolo o sufriendo o…

—Te amo, Alex. —Me quedé sin palabras—. No tendría que estarlo diciendo ahora, pero entre tú y yo nada ha salido como yo habría deseado, así que ya no importa cuándo lo diga.

—No sigas. No…

—Todo salió mal con nosotros, pero te amo y entiendo lo que sientes. Te amo y no debería estar rogándote que no vayas a una cita con alguien que, de seguro, te puede hacer más feliz que yo. Te amo y sé que es mi momento de darte espacio y es lo que haré.

Controlé las lágrimas cuando las suyas resbalaron por sus mejillas.

—No importa el tiempo que necesites, yo siempre te voy a estar esperando. Te voy a explicar todo lo que quieras, voy a pedir perdón de todas las maneras posibles y te prometo que voy a trabajar en todo lo que esté mal conmigo. Voy a convertirme en la persona que te merezca porque mereces a alguien que te dé el valor que tienes y yo quiero aprender a ser ese alguien.

Pasó por mi lado, pero se detuvo cuando su hombro rozó el mío.

—Siempre te he amado, Alex, y siempre te amaré.

Me dejó sola y sentí que volvía a hacerme pedazos porque yo también lo amaba con todo mi corazón.

# CAPÍTULO 45

*Por los reencuentros dolorosos y la tensión que vive un corazón enamorado.*

—Dijiste que era Lucas quien traería las alianzas —le reproché a Dana.

—Pero las traje yo porque él no podía pasar a recogerlas.

—¿Y dos horas antes de la boda me estás diciendo que no sabes dónde están?

Di vueltas por la habitación que compartíamos como damas de honor. Estaba todo al revés de tanto buscar.

—No tenemos tiempo de regresar a la ciudad para…

—Por la mañana tuve la caja en la mano, limpié las alianzas en esta misma habitación. No se quedaron en mi casa.

—Entonces ¡¿por qué no aparecen?!

—No me grites —advirtió Dana—. No fue a propósito y las vamos a encontrar.

Eran las tres de la tarde, ya estábamos vestidas, maquilladas y peinadas. Se suponía que debíamos estar inmóviles para lucir perfectas en la ceremonia y en las fotos.

—Dime a todos los lugares a los que fuiste después de la última vez en que viste la caja con las alianzas. Existe la posibilidad de que

no esté en la habitación.

—Bajé a revisar que las flores de la entrada estuvieran en su lugar. —Enumeró con los dedos—. Faltaba la mitad del trabajo, así que fui a gritarles a los encargados de la decoración.

—¿Les gritaste?

—Es una manera de hablar —dijo con el ceño fruncido—, no soy una tirana. Después fui a la cocina para chequear el catering y la comida. Por suerte, a ellos no tuve que gritarles. Comí algo. Regresé para decirte que ya casi nos tocaba entrar a maquillaje y peinado, pero tú estabas calmando los nervios de Erika que se había puesto a llorar, así que me aburrí y…

—¿Y qué?

—Fui al tercer piso a hablar con uno de los padrinos de Lucas.

—¿Define hablar?

Se aclaró la garganta.

—No nos quitamos la ropa para follar.

Tenía ganas de ahorcarla, de hacerla pedacitos y esconderla debajo de la cama.

—Después bajé a bañarme y fuimos a maquillaje y peinado.

—Y las alianzas salieron corriendo, solas.

—Se supone que estaban guardadas en el bolsillo delantero de mi maleta —se defendió—. ¿Cómo quieres que sepa dónde están si fue ahí donde las dejé?

—¿Estás segura? —Abrió la boca para contestar y no pudo—. ¿Y si las guardaste en un bolsillo de la chaqueta que llevabas y se te cayó?

Hizo un puchero.

—Es posible.

Bufé, frustrada.

—Tú te quedas buscando hasta que se te despellejen las manos y ordenas este desastre. Yo buscaré afuera.

Bajé por la escalera, mirando a cada esquina. Hice que el encargado de la decoración me llevara por donde había caminado con Dana. Me sumergí en la cocina, preguntando con discreción.

Al salir, ya estaba valorando la posibilidad de que un desconocido hubiera encontrado las alianzas. Quizás las habían robado, no

teníamos tanta suerte como para que las devolvieran.

Solo me quedaba un lugar: la habitación del padrino de Lucas, sabía cuál de ellos era al que Dana le había echado el ojo.

Entré al elevador, una pieza antigua. Tenía una manivela y había visto modelos similares, pero no sabía operarlo. Estaba a punto de darme por vencida por miedo a tocar lo que no debía, cuando alguien se subió. Su saludo se quedó a medias al verme.

«Ellis».

Contuve la respiración. Había cumplido su palabra, me estaba dando espacio. Llevábamos casi una semana sin hablar y yo había pensado demasiado en nosotros y lo sucedido. Lo extrañaba, no debía, pero era la verdad.

—Yo… iba a ver a mi hermana —murmuró.

El traje que llevaba era negro, con la camisa blanca. Clásico y elegante. Su pelo estaba arreglado con el mismo cuidado que el mío, tenía que haber pasado por manos de las estilistas, porque hasta llevaba maquillaje para acentuar sus rasgos. Los tatuajes se mostraban por encima del cuello de la camisa.

—Yo… —No me salían las palabras—. Te ves bien.

Me mordí la lengua al momento.

«Respira, Alex. Lo estabas mirando, es normal hacer un cumplido».

Forzó una sonrisa.

—Tú también.

Ni de niños habíamos tenido un intercambio tan incómodo. Estábamos juntos en un elevador, de nuevo… El silencio se extendió, los dos parados dentro del pequeño espacio, rehuyendo la mirada del otro.

—No dijiste a dónde ibas.

—Las alianzas se perdieron.

—¡¿Qué?! —Abrió mucho los ojos y se sostuvo de la puerta—. ¿Por eso Eri me mandó a llamar?

—¿Tu hermana te mando a llamar? —Revisé mi teléfono para ver si había perdido algún mensaje y no encontré nada—. ¿Pasó algo? ¿Por qué no me llamó a mí?

—No lo sé, pero si no es por las alianzas, espero que no se entere o tendremos problemas.

—¿Cómo crees que no se van a enterar? Cuando el señor que oficia la boda pida las alianzas, Dana les dará puro aire porque ni la caja tenemos.

—Se tendrán que poner alianzas invisibles. No hay de otra. Eri tiene práctica en eso de cuando las casé. Quizás si le hacemos unas de papel…

Se me escapó una carcajada y me acompañó; así de fácil era perdernos cuando estábamos juntos. Cuando nuestras miradas se encontraron la tensión volvió y con ella el silencio. Se aclaró la garganta.

—¿Qué piensas hacer?

—Buscar en el último lugar en el que pueden estar.

Me ahorré los detalles de la aventura de Dana con el amigo de Lucas. Pensaba asesinarla con mis propias manos si no aparecían las alianzas. Lo mejor era no dar razones para convertirme en la principal sospechosa del crimen.

—Te acompaño. Dos buscan mejor que uno.

—No hace falta, voy por la escalera. No sé usar esta cosa y…

—Yo sí.

Cerró la puerta y la rejilla interior del viejo elevador.

—¿Piso?

—Cuatro.

Hizo girar la palanca y comenzamos a ascender. El espacio era para unas cinco personas, pero con cada segundo lo sentía encogerse. Su presencia me ponía nerviosa. Cuando todo se detuvo y salí al pasillo, me di cuenta de que apenas había respirado.

Me alejé del elevador lo más rápido que pude. Al girar en la primera esquina, choqué contra un hombre de traje, uno de los padrinos de Lucas, el que estaba buscando.

—Alex, ¿te puedo ayudar? Luc me dijo que si necesitaban algo…

—La llave de tu habitación —dije—. Necesito ver si dejé algo dentro.

Arrugó el ceño y miró a Ellis.

—¿Por qué…?

—Me parece que dejé algo ahí. Necesito recuperarlo.

—¿Algo?

—Las alianzas de boda. Quizás se cayeron de mi bolsillo.

—¿Cuándo…?

Por suerte, captó que no me refería a mí, sino a Dana.

—Tengo que bajar a ver a Lucas. —Me dio la llave—. Regreso enseguida para ayudarte.

Entré sin mirar a Ellis y me puse a buscar bajo la cama. La habitación estaba impoluta, idéntica a como las entregaban al llegar.

—Tiene que estar en algún lugar —murmuré, imaginando dónde follaría si tuviera poco tiempo y muchas ganas—. Un día me las vas a pagar, Dana.

—¿Qué?

—Nada. Sigue buscando.

Deshice la cama y agité las sábanas, busqué entre las almohadas y estaba a punto de levantar el colchón cuando me di cuenta de que Ellis me miraba con el ceño fruncido.

—¿Puedo preguntar algo? —Asentí—. ¿Tú y…? ¿Por qué dejarías las alianzas aquí si...? —Se aclaró la garganta—. ¿Ustedes…?

—Dana —dije con tal de que sus pensamientos no siguieran tomando la dirección equivocada—. Ella es quien pudo haber usado esta cama y quien perdió la maldita caja con las alianzas. ¿Por qué sería yo la que estuvo aquí con una persona a la que acabo de conocer?

La pregunta salió cargada de enojo. No sabía si era por el estrés del día, no encontrar lo que buscaba o que él preguntara si yo había estado con alguien más después de lo que había pasado.

—Lo siento. No quería molestarte.

—No, yo lo siento, es solo… —Respiré profundamente—. Sigamos buscando.

Por mucho que revolvimos la cama, no encontramos nada y cuando pasé por su lado para mirar detrás de la cabecera, me tomó del brazo.

—No estaba insinuando nada, era una pregunta porque… La última vez no pregunté y mira lo que pasó. Estoy tratando de no cometer los mismos errores. —Sus labios se volvieron una línea—.

La verdad es que no soporto pensar que perdí mi oportunidad contigo y que puedes estar saliendo o conociendo a cualquiera que sea mejor que yo y que no te haga pasar por los malos momentos que yo…

—No he tenido nada con nadie y tampoco me interesa. Hay cosas más importantes en nuestras vidas ahora mismo.

Traté de alejarme y se interpuso en mi camino.

—Prometí darte tiempo, pero déjame volver a explicarte lo que pasó —suplicó—. Desde lo que malinterpreté hasta lo que siento, lo de Kalia, la manera en que…

—Este no es momento.

—¿Cuándo lo será?

Mi respiración tembló al exhalar un suspiro.

—Cuando no sea la boda de tu hermana.

Sus ojos brillaban más que nunca.

—Entiendo, pero… —Dio un paso hacia mí y la parte de atrás de mis piernas chocaron contra el escritorio—. Discúlpame, por favor. Fui un estúpido y escuché lo que quise para confirmar mis miedos. Tienes toda la razón. Me centré más en mí que en ti y en lo que te conozco, en cómo eres, en que…

—Basta.

—Alex, por favor…

—No quiero una cascada de disculpas ni de súplicas. Eso no cambiará nada.

—Entonces dame la oportunidad de intentarlo de nuevo, solucionemos esto. —Acarició mi mejilla y el contacto hizo que un cosquilleo me recorriera el cuerpo—. Los dos queremos arreglarlo, podemos hacerlo.

—Ellis… yo. —No podía hablar cuando estaba tan cerca de mí—. Esta no es una buena idea.

—Te extraño —murmuró sobre mis labios—. Te he extrañado cada minuto, de cada hora y de cada día. Por favor, no me pidas que me aleje.

El corazón me bombeaba con fuerza, tanta que dolía.

—Yo no quiero que te alejes —confesé, aunque no debía.

Sus labios tomaron los míos y me deshice entre sus brazos. Había extrañado cada parte de él. Su olor y su sabor me hundieron en un sinfín de sensaciones. Gemí cuando profundizó el beso y sus manos recorrieron mi cuerpo, cuando me sentó encima del escritorio y se posicionó entre mis piernas.

—Lo siento —dijo una y otra vez, sin parar de besarme—. No volveré a darte una oportunidad para huir de mí. —Su boca se deslizó por mi cuello con suaves caricias hasta llegar a mi clavícula —. Yo quiero confiar en ti, Alex. Quiero mejorar por los dos. Quiero que seas mía y casarnos y tener la casa de tus sueños, hijos, tres perros, dos gatos, lo que quieras…

Sus manos se metieron por debajo de mi vestido y subieron por mis piernas. Tomé su rostro entre mis manos e hice que se detuviera.

—Entonces, ¿por qué creíste tan fácilmente que te dejaría?

Analizó cada centímetro de mi rostro.

—Porque soy un imbécil y es demasiado fácil pensar que te van a echar a un lado cuando ni tú mismo te escogerías.

—Yo te escogería cada vez que tuviera la oportunidad de hacerlo.

Sus manos llegaron hasta mis caderas y me arrastraron al borde del escritorio.

—Te voy a pedir algo muy estúpido —murmuró—. Por favor, repite eso.

Ellis estaba tan lastimado y lo escondía tan bien... Ese fue el primer gesto de verdadera fragilidad que me mostró.

—Te escogería a ti, porque no hay competencia, no hay opción uno o dos —confesé y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Solo estás tú.

Me volvió a besar con un desenfreno que me calentó el cuerpo. Mis manos se fueron a su pantalón, lo toqué por encima de la ropa y se inclinó sobre mí. Mis codos golpearon el escritorio cuando traté de sostenerme y el sonido de una lámpara al caer al piso nos trajo a la realidad.

Maldije, asustada, y Ellis se agachó a recogerla.

—¿Pasó algo? —pregunté cuando, en vez de incorporarse, quedó mirando al suelo.

—Creo que encontramos las alianzas.

Entre la parte de atrás del escritorio y la pared estaba la caja roja. De seguro Dana había estado en la misma posición que yo. Con el movimiento, la caja se debía haber deslizado hasta caer al suelo y quedar bien escondida.

Nos miramos, conscientes de lo que había estado a punto de pasar; algo que los dos queríamos, pero...

—Boda —dijo y asentí.

Todavía no era momento para hablar sobre nosotros.

# CAPÍTULO 46

*Las lágrimas son contagiosas en las bodas.*

—Respira —le repetí a Erika, que no paraba de temblar.

—¿Y si sale todo mal?

—Todo está en orden —dijo Dana desde la puerta—. Lo único que falta es la novia.

La miré con mala cara. Erika empezaba a hiperventilar y apresurarla no ayudaría.

—No pasa nada. —Puse las manos sobre sus hombros—. Esto es solo una ceremonia y va a ser hermosa. La Erika que no tiene las hormonas y los nervios poniéndolo todo de cabeza quiere hacerlo.

—Pero… ¿y si lo hago mal? —murmuró—. Todo mal. Lucas, nosotros… el bebé.

La tomé de la barbilla.

—¿Estos nervios son porque vas a ser madre? —Asintió lentamente—. Erika, vamos, eres tú. Serás maravillosa. Has cuidado de mí y de Dana por años.

—¡Ey! No soy un bebé.

Erika estuvo a punto de sonreír.

—No pienses en el futuro, concéntrate en hoy y disfruta de tu momento con Lucas. Serán excelentes padres y aprenderán lo

necesario en el camino. —Le tomé las manos y entrelacé nuestros dedos—. Ahora toca enfrentar la boda.

Respiró profundamente y cuando abrió los ojos vi a mi amiga valiente y decidida.

La música baja de los violines comenzó con nuestra entrada. Se intensificó con la aparición de Erika al final del pasillo que se había creado por las sillas bien posicionadas en el patio trasero de la casa. Pétalos de rosa adornaban el camino que mi mejor amiga recorrió con los ojos puestos en Lucas, que no apartaba la mirada de su futura esposa, sonriendo como tonto.

Contuve las ganas de llorar. Erika se veía hermosa de blanco.

El sol de la tarde era perfecto cuando se tomaron de las manos y comenzó la ceremonia. Intercambiaron votos y Dana lloró a mi espalda. Me parecía un sueño hecho realidad ver a mi mejor amiga así de feliz.

Declarados marido y mujer, se alzaron los chillidos de emoción y los aplausos.

Las sillas desaparecieron y los invitados fueron libres de juntarse a conversar en pequeños grupos. Los bocadillos y bebidas iban de mano de los camareros.

La iluminación era perfecta al atardecer, justo como Erika quería. Dana y yo ayudábamos con la organización para que los invitados pasaran a tomarse las fotos con los novios y fue un alivio que cayera la noche. Llegó el momento de la cena y el brindis.

Seguíamos al aire libre, bajo una carpa con varias mesas. Me puse de pie con mi copa de champán en la mano y llamé la atención por el micrófono.

—No voy a presentarme, soy la dama de honor, todos lo saben. El noventa por ciento de ustedes recibió una llamada telefónica mía para hablar sobre la boda.

Algunos rieron. Dana y yo causamos dolores de cabeza confirmando invitados y acompañantes. Uno de los que estaba ahí sentado, no recordaba quién, me dejó hablando sola porque lo había llamado a la una de la madrugada. No podía culparlo.

Respiré profundamente y miré a Erika. Estaba más radiante que nunca, con una sonrisa y lágrimas en los ojos.

—Erika y yo soñamos con este momento toda nuestra infancia —comencé—. Nos casamos tantas veces que perdí la cuenta. Los anillos hechos de ramitas secas, los vestidos de viejas sábanas blancas y claro que no podía faltar la funda de una almohada como velo. Después usábamos anillos plásticos, disfraces de blanco y una vez hasta les pedimos a los vecinos que asistieran.

Le sonreí a mi mejor amiga.

—En la adolescencia ya no jugábamos así, pero pasábamos viendo fotos de vestidos, arreglos florales, documentales de bodas de los famosos. Estábamos al día con las tendencias, las temáticas, los colores. —Miré a la mesa de sus padres, mi madre y su novia—. Creo que nuestros padres llegaron a preocuparse por la obsesión y es que éramos ese tipo de niñas. —Me encogí de hombros—. Muchos se burlaban, pero nosotras seguíamos en nuestra burbuja.

»Queríamos la hora perfecta, las fotos en determinado ángulo y las servilletas dobladas en forma de rosa encima de los platos. Sí, eso que ven frente a ustedes no es una decisión arbitraria. Hasta el decorado de los platos fue cuidadosamente escogido y todo está inspirado en lo que soñaron dos niñas.

Pasé la vista por el salón y un pesar me oprimió el pecho.

—Éramos niñas pensando en todo menos en lo más importante: la persona con la que nos casaríamos. No iba de los adornos o las flores, del vestido o las fotos; cuando crecimos nos dimos cuenta de que lo importante era lo que sintiéramos y encontrar a nuestra alma gemela.

»Lucas es la suya y cada día descubro algo en ellos que me lo demuestra. Me alegra haber entendido que no es la boda perfecta, lo que cuenta, es…

—La boda también quedó perfecta —dijo Dana y las risas recorrieron el lugar.

—Sí, la boda quedó mejor que en nuestros sueños más alocados, pero lo más importante es que Erika encontró a su persona: Lucas. El hombre que la cubre con una manta cuando se queda dormida en el sofá, el que le lleva el desayuno a la cama y la única persona en esta Tierra que es capaz de ver todas las películas de *La guerra de*

*las galaxias* cada vez que a la mujer le da ganas de maratón. —Todos rieron—. Cuídalo, Erika, eso no lo soporta cualquiera.

Me sacó la lengua y Lucas me guiñó un ojo.

—Propongo un brindis por la persona indicada. —Alcé mi copa—. No aquella que hace todo perfecto, sino la que te hace sonreír de la manera en que mi mejor amiga lo está haciendo ahora. Por Lucas, que merece a la mejor persona de este mundo y hoy se la lleva a casa como su esposa.

Todos brindaron y corrí a abrazarlos fugazmente antes de dar paso al padrino de Lucas y su discurso.

—¿Cómo que no quedó perfecta la boda? —protestó Dana cuando me senté a su lado.

—Calla y limpia esos mocos.

Hizo un puchero.

—Mejor ayúdame a solucionar esto.

Me mostró los mensajes de alguien que había cambiado su menú a último momento y me dieron ganas de pararme a gritarles a todos hasta dar con el irresponsable, pero eso habría interrumpido el segundo brindis.

Con disimulo, me incliné para hablar al teléfono con la chef y tras unos minutos de espera me confirmó que el cambio podía ser hecho.

—Ya está solucionado y…

—¿Este qué coño hace? —masculló mi amiga.

El brindis había terminado, pero Ellis estaba de pie, recibiendo el micrófono de la mano del padrino.

—Ya viene la cena. Ellis no puede…

La tomé del brazo para que no se pusiera de pie.

—La cena se demorará unos diez minutos, no armes un espectáculo.

—Pero va a arruinar el cronograma de…

—Dana, la organizadora a la que le pagan está muy tranquila y Ellis es el hermano de la novia. No pasa nada.

—Pero él dijo que no hablaría.

—Habrá cambiado de idea. No importa. Calla.

Me enderecé en el lugar y le presté atención a Ellis.

—Lo siento mucho, señoras y señores, no tengo un discurso preparado y hablar en público no es lo que mejor se me da, pero… hay que hacer excepciones si la que se casa es tu hermana.

—Muchas gracias, Ellis —dijo Erika con voz monótona y burlona.

—De nada. Veamos si sigues dando las gracias cuando termine.

Nuestras miradas se encontraron por unos segundos.

—Gracias por compartir este momento con nosotros. —La sonrisa que se formó en sus labios me hizo un nudo en el estómago—. Varias veces me pidieron que dijera unas palabras hoy, pero la verdad es que no sabía qué decir, hasta hace un par de horas.

»Pasé gran parte de mi vida odiando a Eri. Somos hermanos, pensaba que era normal. Me obligaba a jugar con ella con sus peluches y se enojaba si no me aprendía sus nombres. Una vez leí su diario y su venganza fue destrozar mi ropa interior. Tuve que ir al colegio sin nada por una semana.

»Cada vez que quería algo me chantajeaba con contarles a nuestros padres que había sido yo el que rompió la tele jugando con una pelota de béisbol en la sala. —Miró a los Knox—. Fui yo, no una paloma que entró volando por la ventana.

—No me digas —dijo la señora Knox con sarcasmo en la voz—. Nadie lo sospechó.

—¿Ya ven? —dijo Ellis—. Me chantajeaba con algo que solo se creía un niño inocente.

—Me estás pintando como la mala —se quejó Erika—. Tú también…

—No, guárdate las quejas para mi boda. Este es mi momento.

Todos rieron.

—En resumen. Tengo veintiún años y pasé unos veinte creyendo que la odiaba de la manera más infantil, que la envidiaba y vivía celoso de ella. Estos últimos meses fueron lo que necesité para darme cuenta de que no son ese tipo de celos y que, en el fondo, lo que pasa es que Erika es la persona que más admiro en el mundo.

»Incluso hoy estoy celoso de ella y no solo lo digo porque acaba de casarse con Lucas y he visto a este hombre en traje de baño, sabemos que mi hermana es una mujer con suerte.

Todos rieron y Lucas se cubrió la cara, avergonzado.

—Sigo celoso y admirándola más que nunca por su valentía, su buen corazón y su capacidad de amar —continuó, mirando a su hermana—. Sabes cuándo escuchar, perdonar y ayudar. Eres a quien acudimos cuando necesitamos un consejo, la que recuerda cada cumpleaños y siempre tiene una sonrisa para regalar.

»Te veo con Lucas y me doy cuenta de que es lo que quiero para mí, una persona a la que amar y que me ame de la misma manera. —Sostuve la respiración cuando nuestras miradas se volvieron a cruzar—. Pones el listón por los cielos y te lo agradezco.

»Gracias por ser el mejor ejemplo a seguir, por enseñarme algo nuevo cada día y por, en esta última semana, hacerme entender uno de los más valiosos consejos de mi vida: amar es también dejar ir.

El corazón me latía a toda velocidad. Ellis alzó su copa y me costó imitarlo con el resto de invitados.

—Por Erika, por Lucas, por una vida en la que sigan enseñándome algo nuevo cada día, por su felicidad y por mi sobrino.

El alma me vino a los pies cuando Ellis sonrió de medio lado antes de beber. Todos se quedaron en silencio, inmóviles. Dana tenía la boca abierta.

—¿No van a beber? —preguntó Ellis—. Vamos, celebren. ¡Erika está embarazada!

Mi mejor amiga estalló en carcajadas y se puso de pie para abrazar a su hermano.

—Pensé que anunciarlo así sería más divertido —dijo al micrófono y caí en la cuenta de que lo habían planeado.

Los aplausos estallaron y los Knox corrieron a abrazar y felicitar a su hija. Mis ojos se llenaron de lágrimas porque lo habían vuelto a hacer: Erika y Ellis Knox anunciando cosas de la manera más tonta y explosiva posible.

Aguanté las ganas de llorar. A mi memoria venían las veces que habían soltado bombas en plena cena o en una fiesta de cumpleaños solo para grabar las reacciones. Desde una buena calificación hasta una suspensión de clase. Un reto cumplido o un fallo. Mientras fuera lo suficientemente impactante, bueno o malo, servía para representar sus obras de teatro y sorprender a todos.

Acababan de hacer la mejor de sus vidas porque el evento estaba siendo grabado y las reacciones iban desde la cara de susto de Dana hasta el ceño fruncido de la tatarabuela de Lucas que de seguro pensaría que obligaban a su tataranieto a casarse por un embarazo.

Me puse de pie cuando más y más recuerdos se agolparon en mi mente. Corrí al baño y me metí en el primer cubículo. Me incliné hacia delante para que las lágrimas no arruinaran mi maquillaje, pero se puso difícil cuando empecé a sollozar.

No podía detenerme. Ya no eran los recuerdos, era el estrés de los días planificando la boda, las palabras de Ellis unas horas antes, los años de odiarnos, mis secretos guardados y el peso de los meses de trabajo de tesis. Todo me cayó encima y no podía parar, me dolía el pecho y empecé a hiperventilar.

—Alex.

Alguien me llamaba y mi corazón palpitaba tan rápido que comencé a asustarme. No podían verme así. Traté de controlarme, pero tenía las manos empapadas en sudor y me temblaban.

—Alex, ¿estás…?

Ellis se calló al abrir la puerta del cubículo y encontrarme sentada en el suelo. Mi llanto empeoró, mi cuerpo empezó a temblar y el miedo me invadió. Me iba a ahogar.

—Alex, mírame. —Se agachó a mi lado y tomó mis manos—. Todo está bien, estoy contigo. Respira.

Hice lo que me dijo, lo intenté.

—Eso, muy bien. Todo está bien. Cuenta hasta cuatro y toma aire, rétenlo. Eso es. Déjalo salir lentamente. —Lo hice y el dolor en mi pecho mejoró—. Muy bien. —Me concentré en su sonrisa—. Estamos en un lugar seguro, Alex, estoy contigo, no me voy a ir.

Asentí varias veces. No podía hablar, pero mi respiración se fue calmando en lo que me guiaba. Tomó mis manos y las puso sobre sus mejillas.

—Te haría esto, pero no quiero arruinar tu maquillaje —murmuró —. Arruinarlo más porque eres un desastre.

Se me escapó la risa que me hizo toser hasta quedarme sin aire, pero eso ayudó. Ellis me abrazó contra su pecho y cerré los ojos.

—Lo hiciste muy bien —murmuró—. No pasa nada. Solo respira.

Había evitado mi ataque de ansiedad. Estuvimos inmóviles por varios minutos. Mi corazón se calmó y la oscuridad que había estado a punto de envolverme se disipó.

—Gracias —musité—. Tengo que volver a la fiesta. —Me ayudó a ponerme de pie, pero no me dejó ir—. Dana necesita mi ayuda.

—La única que necesita tu ayuda eres tú misma. —Me tomó del brazo—. Deja de priorizar a los demás.

Apoyé la espalda a la pared del cubículo y volví a respirar. Me sentía agotada, con frío y… Ellis pasó su chaqueta por encima de mis hombros.

—¿Cuán seguido te pasa esto?

—No mucho —confesé—. La última vez fue hace más de dos años.

No dijo más y el silencio nos envolvió.

—¿Por qué dijiste esas cosas? —pregunté tras unos minutos—. Lo de que quieres para ti algo como lo que tienen Erika y Lucas, una persona a la que amar y que te ame de la misma manera. Me miraste después de decirlo.

—Sabes la respuesta a eso. La única mujer con la que me casaría eres tú.

—¿Y lo de amar y dejar ir?

No contestó y mantuve la vista en mis pies, incapaz de enfrentarlo.

—Tengo que dejarte ir, Alex. Si no lo hago, nos haré más daño y no es como si me gustara la idea de alejarme, pero… —Exhaló un suspiro—. Me voy de la ciudad.

Lo miré a los ojos sin entender.

—Me ofrecieron un contrato de trabajo para jugar de manera profesional y… lo acepté.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—Pero… tus amigos, el videojuego…

—Entendimos que no podíamos seguir y la empresa nos cortó el financiamiento. Me tocó aceptar que tengo que dejar ir ese sueño… por ahora.

»Voy a dedicarme al streaming por dos años, los que dura el contrato que firmé con la compañía. Haré crecer mi plataforma, aprenderé cosas nuevas, cambiaré mi estilo de vida y… Después de eso no sé lo que pasará.

Me quedé en silencio, valorando lo que verlo salir de mi vida representaba. No despertaría con él en la habitación de al lado, no habría peleas en el baño, reconciliaciones o risas.

—Me alegro —confesé.

—¿De que me vaya?

—De que tengas claro que vas a hacer algo sin saber cómo terminará.

—Sé cómo me gustaría que terminara, pero ya aprendí que no puedo controlarlo todo y que los planes existen para arruinarse.

—Eso suena pesimista.

—Es la realidad.

Sonreí y nos quedamos en silencio, mirándonos.

—También me alegro por ti. Dana me contó que la próxima semana tienes una entrevista importante.

—Es una chismosa —murmuré—. Sí. Me ofrecieron la posibilidad de una maestría, no tendré que pagarla y… sería genial si…

—Te la van a dar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque solo un estúpido dejaría pasar una oportunidad con Alexandra Herrera.

Dio un paso hacia mí y su calor me envolvió. Era conocido y agradable.

—Perdóname por ser un estúpido —murmuró— y gracias por dejarme ir hace ocho años. Hasta hace unos días fue que entendí que lo hiciste porque me amabas.

Tomó mi rostro entre sus manos y se inclinó para besarme. Su boca sabía a menta y champán. Me dolió sentir la carga de aquel beso, la despedida que representaba. Una vez más nos íbamos a separar.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas cuando apoyó su frente sobre la mía.

—No pierdo la esperanza, Alex. Algún día será nuestro momento.

# UN AÑO Y MEDIO DESPUÉS

—Lo estás haciendo mal —masculló Dana sobre mi hombro.

—Lo estoy haciendo mejor que tú.

—Pero te demoras mucho.

—Si hubieras notado que el pastel de tu sobrina decía «¡Felicidades, Caca!», en vez de «Carla», no estaríamos pasando por esto.

—¡No fue mi culpa!

—¡Lo recogiste en la pastelería!

—¡Tú dijiste que era la mejor de la ciudad!

—De sabor, no de gente que revise dos veces lo que escribe en un pastel de cumpleaños para una bebé.

Me concentré en el glaseado rosa y verde, en crear una letra L con lo que tenía y acomodar la C para que pareciera una R.

—¿Todo listo? —preguntó Lucas y, en sincronía, Dana y yo cubrimos el desastre de pastel.

—Enseguida salimos —mentí.

—Cuiden a Carla por mí. Ayudaré a Erika a organizar la mesa.

Dana cargó a la bebé. Estaba hermosa con su vestido verde a juego con el pastel, los rizos color chocolate y sus ojos azules.

—Mueve un poco la L —dijo Dana y se inclinó sobre el pastel.

—Y tú aleja a Carla antes de que se lo coma.

La manito de la bebé estaba a centímetros del pastel. En su etapa de tocarlo todo, pocas cosas sobrevivían a la curiosidad de mi sobrina. La tomé en brazos y le di los cubiertos a mi amiga.

—Arregla tú el desastre, yo vigilaré para que nadie pase a la cocina.

—Silba dos veces si viene Erika, lanzaré el pastel por la ventana.

—¿Cómo arreglaría eso el problema?

—Erika preferiría no tener pastel antes de uno con la palabra «caca».

Tenía razón. Bloqueé la entrada de la cocina y les sonreí a los que iban y venían por el jardín.

Los padres de Lucas estaban encantados de que celebráramos el primer cumpleaños de Carla en su casa. Había más espacio que en el apartamento de Lucas y Erika, a donde se habían mudado meses atrás, y podían invitar a más personas con niños de distintas edades.

Carla señaló con su diminuta manito a mi espalda.

—Tranquila, amor. Juro que podrás vengarte de Dana cuando seas mayor.

Se revolvió en mis brazos y me di cuenta de que no señalaba a mi amiga, sino a la puerta trasera del jardín por donde venía Kirian y detrás de él… Ellis.

Dejé de respirar mientras Carla chillaba de emoción al ver a su tío. Iba con una camisa blanca remangada hasta debajo de los codos, los tatuajes expuestos en los brazos y el cuello. Llevaba el pelo bien cortado y peinado. No se veía ojeroso como siempre y su piel estaba algo bronceada, lo normal si te mudabas a la costa oeste del país y cerca de una playa.

Habíamos pasado un año y medio sin encontrarnos. Mi corazón no debía acelerarse como si fuera la primera vez que lo veía, como a mis catorce años, el día de nuestro primer beso.

Se quedó conversando con Lucas, pero cuando nuestras miradas se encontraron, terminó la conversación. Vino hacia mí, sin dejar de mirarme, y al detenerse… nada. No hubo más que silencio entre nosotros y tuve ganas de gritarle lo mucho que lo había extrañado. Me pareció leer lo mismo en su mirada.

—¿Me dejas cargar a Carla?

Los sonidos del jardín volvieron y la burbuja en la que habíamos estado desapareció. Carla estuvo encantada de pasar a los brazos de su tío.

—Parece que alguien me extrañó mucho —dijo con ternura y se me hizo un nudo en el estómago a pesar de que le hablaba a la bebé.

—No sabía que vendrías.

—No me iba a perder el primer cumpleaños de mi sobrina preferida.

—Es la única.

—Pero eso no quita que sea mi persona preferida en el mundo. —Le sonrió y Carla estalló en carcajadas antes de pasar sus cortos brazos sobre los hombros de su tío.

Nos habíamos evadido consciente o inconscientemente todo ese tiempo. Por conversaciones de otras personas sabía que Carla adoraba a su tío y que él, para sorpresa de todos, era excelente tratando con una bebé obsesionada.

—Ya veo que le caes mejor que yo —bromeé.

—Es muy difícil no amarme con locura. —Me dedicó una sonrisa ladina—. ¿O me equivoco?

—A alguien se le subió el ego ¿o me equivoco?

Carla tomó un mechón de mi pelo y tiró de él. Para evitar el dolor di un paso hacia ella y quedé tan cerca de Ellis que mi respiración se detuvo. Me perdí en sus ojos azules y en los buenos recuerdos.

—Veo que sigues usando mis regalos —murmuró con la vista en los dos collares que jamás me quitaba.

—Solo son…

—¡Hora de cantar feliz cumpleaños! —anunció la madre de Lucas.

—Ustedes tres se ven lindos juntos —dijo Dana al pasar por nuestro lado con el pastel—. Deberían tener un hijo.

Me aguanté las ganas de ponerle un traspié.

Erika saludó a su hermano y se llevó a Carla. Me alejé lo más que pude de Ellis durante la primera parte de la fiesta, pero llegó la hora de las fotos y fue inevitable que quedáramos uno junto al otro.

—No le ves algo raro al pastel —murmuró en lo que el fotógrafo pedía que cambiáramos de pose.

—No tiene nada.

—No sé, luce extraña la letra.

—Está perfecto —murmuré, nerviosa y tomé a Carla en brazos.

Fue el momento de quedarnos solos con la bebé.

—La verdad es que no importa —dijo Ellis—. No sé por qué le celebran un cumpleaños a una niña tan pequeña.

—Es lindo y ayuda al desarrollo social temprano, memoria emocional y…

—Tú y Erika le preguntaron eso a ChatGPT antes de montar la fiesta.

Le dediqué una mirada de odio y le pasé a Carla.

—Son momentos importantes para la vida de un niño. Es bueno hacerle una fiesta. Además, se ve feliz, ¿o no?

Carla rio cuando su padre la cargó. Con Erika se acomodaron en el centro. Dana se unió, también Kirian, Shanon y Laila. Por un momento me sentí como en los viejos tiempos, dos años atrás, todos juntos, en el salón, viendo una película y comiendo lasaña.

—Está feliz porque hay mucha gente sonriendo —me susurró Ellis —. Es solo un bebé.

—¿Siempre tienes que arruinarlo todo? —cuestioné por lo bajo.

—Estoy diciendo la verdad. Al menos no recordará que su pastel decía «¡Felicidades, Cama!». —Entrecerró los ojos—. O «Caca». Eso sería mucho peor.

—Lo importante es que está feliz.

—No hacía falta una fiesta para eso. No está consciente de nada.

—Pues nosotros te fuimos a ver a ti cuando estabas inconsciente después de tu circuncisión a los nueve años y bien que lo agradeciste.

Nuestros amigos nos miraron con la misma expresión de desconcierto. Había hablado demasiado alto.

—Gracias por recordarles a todos los presentes que tengo el pene circuncidado.

—Imbécil.

—Y que tú recuerdas muy bien cómo se ve.

Erika se aclaró la garganta y nos miró con mala cara.

—Me vengaré de ustedes si mi hija termina traumada.

Carla rio como si nada, y era cierto: ella estaba feliz mientras el ambiente fuera agradable y Ellis lo que quería era molestarme, como

siempre. Sonrió con satisfacción y me mordí la lengua para posar en la última foto y poner la mayor distancia entre nosotros.

---

La fiesta acabó al caer la noche y regresamos a la ciudad. Los Knox se quedaban en casa de Lucas y Erika por el fin de semana. Serían los niñeros de Carla para darles una noche libre a mis amigos.

Decidimos reunirnos en el que se había convertido en mi apartamento. Tenía espacio que no necesitaba, pero podía pagarlo, odiaba mudarme y me gustaba el lugar.

Lucas y Kirian se fueron a preparar bocadillos en la cocina mientras las chicas escogían una película.

—Cuéntame qué has hecho todo este tiempo —dijo Ellis cuando se acercó a ayudarme con las bebidas.

—Hacer streaming enmascarada y volverme famosa. ¿Y tú?

—Terminando mi máster de Arquitectura Paisajística y trabajando para la firma de arquitectura y diseño más importante del país.

Alcé una ceja.

—Nada mal. Parece que has preguntado por mí.

—Parece que estás suscrita a mi canal.

—A veces me aburro mientras trabajo y me gusta escuchar hablar a un imbécil. Tiene una bonita voz.

Se puso una mano en el pecho y sonrió.

—Un halago sincero. Esto es algo que no conocía de ti.

—Será el último que escuches.

Le ofrecí una cerveza y abrí una para mí.

—Me enteré de que estuviste yendo a terapia —dijo.

—Seis meses, me hizo bien.

—Lo entiendo.

—Supe que tú también fuiste.

—Sigo yendo. —Se encogió de hombros—. Me hace bien y aprendí que todos los problemas son de importancia. También me ayuda a lidiar con la presión de las redes sociales y la exposición pública.

Sabía que eso tampoco había sido fácil para él.

—Me alegro por ti —confesé.

—Yo también… Por ti y por mí.

El silencio volvió y sentí una extraña paz.

—Regresaré a la ciudad el mes que viene. Firmé con otro club y me quieren aquí.

—Ya lo sabía. Lucas tiene la lengua muy larga.

—Estaba pensando y…

—¿Y? —Ladeé la cabeza para mirarlo.

—Quizás podemos salir… Tú y yo, solos, posiblemente de noche, a una cena.

—¿Salir? ¿Una cita?

—Si quieres llamarlo así.

—¿Qué hacen ustedes dos bebiendo juntos? —interrumpió Kirian con voz grave y seria—. No me digan que no recuerdan lo que pasó la última vez que se emborracharon al mismo tiempo.

Todavía sentía el calor agolparse en mis mejillas cada vez que recordaba la mañana en la que desperté desnuda junto al hermano menor de mi mejor amiga.

—Nada de bebidas alcohólicas para ustedes.

Ellis impidió que se llevara nuestras cervezas.

—Se aprendió la lección. Aquí nadie vuelve a beber hasta quedarse perdido, follar y no recordar nada al otro día.

—¿Follar? —Kirian alzó una ceja—. ¿Quién folló borracho? ¿Ustedes? No.

—Deja de hacerte el tonto. Sabes bien lo que pasó.

—Tienes razón, yo no iba borracho. Tuve que presenciar cuando se pusieron a jugar a quién insultaba mejor mientras se retaban a seguir bebiendo.

Nos miramos sin entender. Otra parte de la noche que no recordábamos.

—Lo peor fue que apenas se podían mantener en pie y tuve que dejarlos tirados en mi antigua habitación. —Torció los labios—. Pensé que estarían tranquilos, pero se empezaron a quitar la ropa. Según ustedes, no soportan dormir con ropa.

—¿Sabías que íbamos a terminar follando y no nos detuviste? —cuestioné, indignada.

Kirian sonrió de medio lado.

—Nadie folló esa noche. Se desnudaron y cayeron dormidos. Inconscientes diría yo.

Nos miramos sin poder creerlo.

—¿Por qué me dejaste creer que sí había pasado? —le reprochó Ellis.

Kirian miró al techo por unos segundos.

—No sé. Siempre dices que tengo cara de amargado y me dieron ganas de divertirme.

Se llevó las cervezas y nos quedamos solos en la cocina.

—No follamos ese día —murmuré.

—Quiere decir que nuestra falsa primera vez sí fue nuestra primera vez.

—Y que nuestro segundo primer beso en la azotea también lo fue —añadí.

De alguna manera, tenía sentido. Si nunca recordamos nada de esa noche, era porque no había pasado.

Llevé más bebidas a la sala de estar y salí al balcón. No podía creer lo que estaba sucediendo. Me dejé caer en una silla, mirando a las luces de la ciudad. Ignoré que Ellis se sentó al otro lado de la pequeña mesa y que tenía los ojos clavados en mí.

—Oye, Alex —dijo tras unos minutos—, ¿no te gustaría repetir nuestra primera vez en el sofá después de nuestra segunda primera cita?

Me atraganté con mi propia saliva.

—¿Te parece gracioso soltar eso después de lo que dijo Kirian?

—Eso no cambia mucho.

—Estuvimos engañados todo este tiempo.

Se encogió de hombros.

—Eso no influyó en nada de lo que pasó entre nosotros. Sentíamos lo que sentíamos sin necesidad de creernos que habíamos metido la pata borrachos.

Era cierto. Me quedé mirándolo por un rato. Rememoré el pasado, el tiempo separados y cómo me sentía en ese instante.

—¿Repetimos lo del sofá o no? —bromeó.

—Hagamos algo. Empecemos con la cita y veamos qué pasa después.

—Empecemos por la cita —concordó.

Y algo en lo más profundo de mi pecho me dijo que ese sí era nuestro momento.

# ACERCA DEL AUTOR

Meera Kean. Amante del romance caótico, el terror y el misterio. Escribe 24/7. Adicta al drama y el café. Sueña con adoptar un gato, pero es obligada a vivir con tres perros.

---

**OTROS DE SUS LIBROS:**

**Biología *No te enamores***
***No te enamores de Nika* y *No te enamores de Mia***
Romance juvenil. Enemies to lovers. Vecino misterioso.

***Mi crush literario***
Comedia romántica. Personaje ficticio sale del libro.

***Maryposa***
Erótica. Chico enmascarado. Noche de Halloween.

***Scarlett***
Dark Romance. Erótica. Él regresa a vengarse.

---



Primera edición: junio 2025

© Meera Kean, 2025

Corrección de texto: Valentina González (@estrafalaria.a)

ISBN: 9798309938094

Imprint: independently published

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.